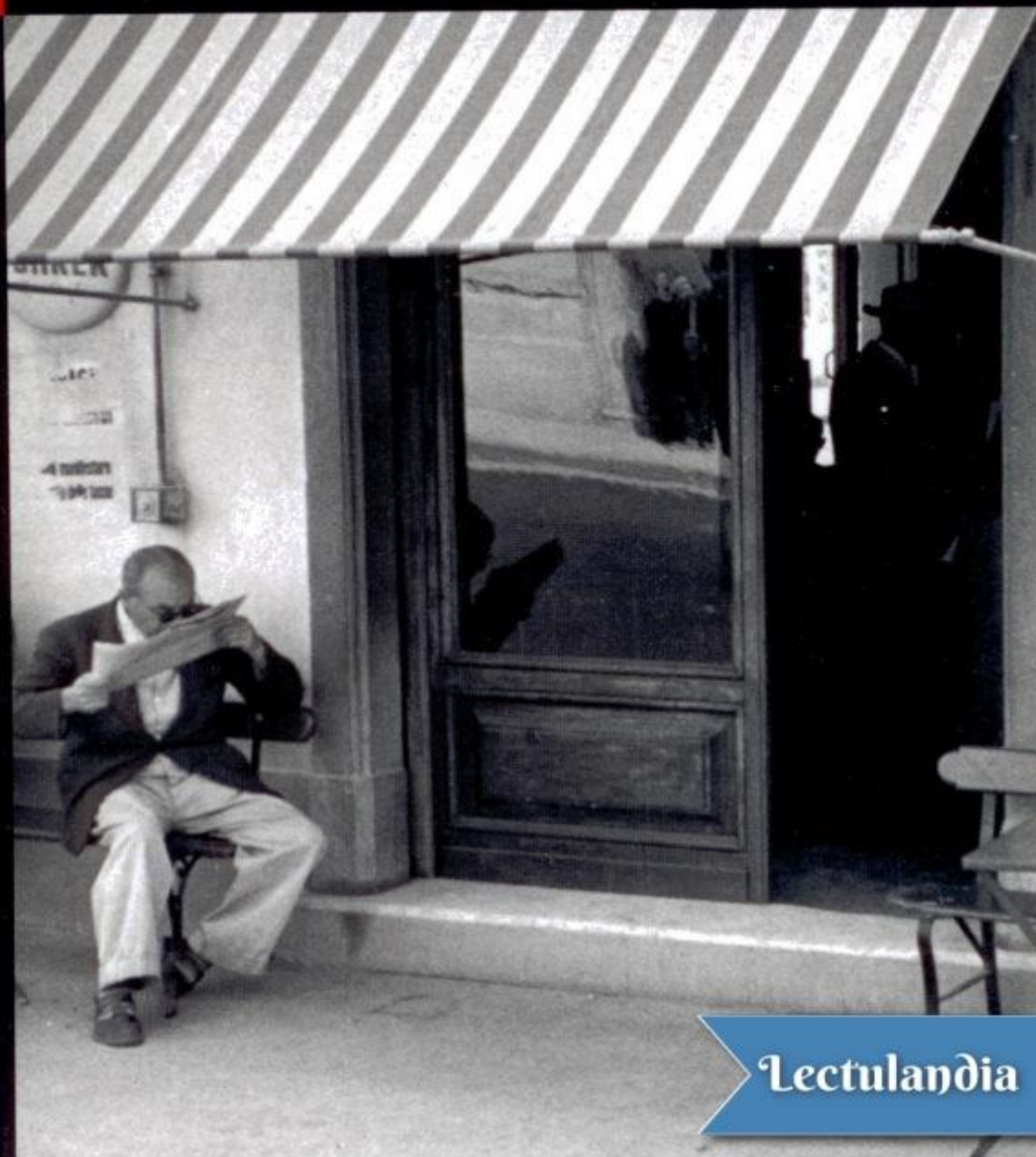


CITA EN EL AZUL PROFUNDO

ROBERTO AMPUERO

«Roberto Ampuero es un innovador de la novela negra,
un digno heredero de Hammett, Ambler y Chandler.» **Luis Sepúlveda**



Lectulandia

Delenda est Australopithecus... Con esta frase como única pista, el detective Cayetano Brulé inicia la investigación más extraña a la que se ha enfrentado. Y no porque las pesquisas le lleven desde Valparaíso a Estocolmo, La Habana y Cancún, sino porque su cliente ya está muerto.

Antes de que Agustín Lecuona pueda encargarle a Cayetano la investigación, Lecuona es acribillado a balazos ante las narices del detective en el Azul Profundo, un restaurante de Santiago de Chile en el que el cliente recién asesinado le había citado para explicarle para qué le ha contactado.

De regreso en su oficina, Cayetano recibe un sobre que contiene un breve mensaje de Lecuona con una única pista y un generoso cheque como adelanto por el trabajo. Así pues, Cayetano se considera contratado, aunque no para el misterioso encargo que no llegó a conocer, sino para encontrar al asesino de su cliente.

Lectulandia

Roberto Ampuero

Cita en el Azul Profundo

Cayetano Brulé - 4

ePub r1.0

Titivillus 16.02.15

Roberto Ampuero, 2003

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para
Mark Falcoff y Francisco Lobos,
incondicionales de Cayetano Brulé*

POÉTICA

Di la verdad.
Di, al menos, tu verdad.
Y después deja que cualquier cosa ocurra:
que te rompan la página querida,
que te tumben a pedradas la puerta,
que la gente
se amontone delante de tu cuerpo
como si fueras
un prodigio o un muerto.

HEBERTO PADILLA (1932-2000)

Esto es una novela. Cualquier parecido de sus personajes y circunstancias con personajes y circunstancias reales es meramente casual y no deliberado. De haber semejanzas entre la ficción y la realidad, es culpa de esta última.

Una calurosa noche de enero, tras acomodarse en el último taburete de la barra del Azul Profundo, Cayetano Brulé ordenó un mojito. Gente de mediana edad, vestida a la moda, con aire de intelectuales sesudos, políticos renovados o de nuevos ricos, conversaba animadamente en las mesas del restaurante disfrutando los platos de mariscos y pescados mientras una grabación del insuperable Coleman Hawkins brindaba la música de fondo.

El barman, un joven de ojos penetrantes y cola de caballo azabache, examinó divertido la corbata lila con guanaquitos y la chaqueta brillante de solapa ancha de aquel bigotudo de anteojos gruesos e incipiente calvita, personaje, por cierto, inusual en ese escenario capitalino, y luego comenzó a combinar el Havana Club con jugo de limón, azúcar y hojas de yerbabuena.

—Que te quede legal, mi *socio*, que soy cubano y entiendo de esos menesteres — advirtió Cayetano en medio del rumor de avispero que los envolvía, y encendió con fruición un Lucky Strike.

—No se preocupe, señor, que aquí hacemos los tragos como Dios manda — repuso picado el barman, ciñéndose la cola a la altura de la nuca, aunque en realidad su atención estaba fija ahora en el meneo arrabalero de una mesera negra.

Cayetano se encontraba en ese restaurante, al que se accede después que un tipo jovial, bien peinado y perfumado, en verdad un discreto catador de estirpes, abre la pesada puerta que da a la calle Constitución, sólo porque un desconocido con acento caribeño lo había citado allí.

—Es de suma urgencia —afirmó la voz. Cayetano dormía la siesta en su casa del cerro Concepción de Valparaíso después de una mañana sin encargos—. Necesito verle. Espéreme esta noche, a las diez en punto, en la barra del Azul Profundo de la capital.

—Pero identifíquese al menos —farfulló Cayetano mientras intentaba emerger de la somnolencia. Afuera el cielo seguía encapotado—. ¿Y por qué me llama a mí?

—Tengo datos de algo denominado «Delenda est Australopithecus». Pero no se me vaya a acercar. Debo cerciorarme antes de que no me siguen. Llevaré un maletín attaché. Déjeme a mí la iniciativa.

—¿De qué se trata?

—No puedo hablar ahora. Me siguen, ¿entiende? Pero hoy, a las diez, podré. No me falle.

Y tras decir eso, colgó.

En cuanto el barman puso el mojito sobre la barra, el investigador lo llevó a sus

labios preguntándose qué podría significar «Delenda est Australopitecus». Encontró soberbio el trago: fuerte, dulce y aromático, tal vez el mejor mojito que había probado en Chile.

—En verdad te quedó pasable, chico —admitió Cayetano—. ¿No serás habanero tú también?

—Soy del patio, nomás —respondió el barman sonriendo—. Pero el secreto está en usar ron de primera, yerbabuena fresca, limoncitos del oasis de Pica y dos gotitas de amargo Angostura, mi amigo.

—Y buena mano, mi socio, que la mano es la que hace al experto.

El comentario tuvo la virtud de arrancarle una sonrisa al barman del Azul Profundo, cuyo interior lo adornan estructuras, instrumentos y aparejos del *Santa Fe*, un velero que naufragó en 1918 en el Cabo de Hornos, cuando buscaba una nueva patria para nobles rusos fugitivos de los bolcheviques.

Mientras saboreaba el trago, los ojos miopes de Cayetano tropezaron con el palo mayor del velero, que se eleva en diagonal sobre las mesas hasta alcanzar los balcones interiores del segundo piso, construidos con el casco de la nave. Sirven allí de mesas barriles rescatados de las bodegas, y de lámparas unos faroles ya oxidados de la cubierta. También son auténticos el timón, la brújula de San Petersburgo y los molinetes de la proa con huellas de broma.

En la sala del fondo, Cayetano divisó una rubia de pómulos altos y pechos ubérrimos, con algo de Juana de Arco y la ansiedad pintada en el rostro, que levitaba sobre los comensales. Era el mascarón de proa del *Santa Fe*.

—¿Siempre se llena tanto este sitio? —preguntó al barman.

—Cuando yo preparo los tragos, siempre —repuso el hombre, cerciorándose una vez más de la correcta postura de su peinado.

Cayetano hizo girar el taburete y fijó la atención en una pared amarilla con retratos de escritores. Bajo los rostros de Whitman, Hemingway y Coloane cenaba tranquilamente una pareja con aspecto de diplomáticos. Más allá varias mujeres saboreaban un curanto acompañado de vino blanco, mientras en un rincón cuatro hombres, al parecer ejecutivos, reían alrededor de unas copas de champán y una fuente de picorocos. Justo cuando Coleman Hawkins comenzaba a interpretar «La Rosita», la mirada del detective tropezó con la única mesa vacía. Estaba junto a la ventana abierta que daba a la calle.

Tuvo la certeza de que había sido reservada por el hombre a quien esperaba. Bajó del taburete y, vaso en mano, se aproximó a la mesa. Una tarjeta apoyada contra una copa decía «Sr. Sami» y debajo, en números, veintidós horas. Miró a través de los barrotes hacia los automóviles estacionados en la calle y luego consultó su Poljot adquirido en La Habana, una reliquia que podría vender a buen precio en el Persa si la necesidad era mucha. Faltaban dos minutos para las diez. Regresó a la barra imaginando que pronto descifraría aquel misterio.

A la hora en punto emergió en el umbral un hombre de aspecto distinguido y ojos

vivaces, que vestía chaqueta de lino negro, camisa de cuello abierto y pantalón claro, y cargaba un maletín ataché. Constituía una presencia singular, por lo que durante algunos instantes cautivó la atención de las mujeres.

Sonriendo amable, la mesera negra lo guió hasta la mesa junto a la ventana. El hombre colocó el ataché sobre una silla, ocupó la de enfrente y ordenó algo de beber. Desde allí, con la calle a su izquierda, contempló con disimulo el local y por una fracción de segundo sus ojos se cruzaron con los de Cayetano, que lo observaba a su vez acodado en la barra. Le calculó treinta y cinco años, registró sus facciones finas y su aire deportivo, mas permaneció inmóvil, a la expectativa, tal como la voz le había indicado por teléfono.

Y fue mientras el barman agitaba la coctelera que las circunstancias se precipitaron con una celeridad tan pasmosa como indescriptible: una moto con dos ocupantes de casco con mirilla se detuvo junto a la ventana, uno de ellos desenfundó una pistola con silenciador y disparó varias veces contra Sami. Luego, antes de que la víctima se desplomara sobre la mesa con estruendo de copas y platos, cogió el maletín por entre los barrotes y el vehículo se dio a la fuga sin que nadie, excepto Cayetano y el barman, pudiera percatarse de lo ocurrido.

En cuanto comenzó a escurrir la sangre sobre las tablas del piso, estallaron los gritos, las carreras y el pánico. Cayetano Brulé aprovechó la confusión para abandonar discretamente el Azul Profundo.

Como era de suponer, los diarios de la mañana siguiente no alcanzaban a informar sobre el crimen de la víspera, por lo que Cayetano hojeó infructuosamente los periódicos en su oficinita del entretecho del Turri, edificio que se alza en el plan de Valparaíso. No obstante, el bloque informativo matutino de radio Cooperativa sí se refería al asunto.

—Ajuste de cuentas entre narcos —concluyó Bernardo Suzuki, el secretario de origen japonés del detective, mientras corrían los comerciales. Por las mañanas este hombre menudo y pícaro, de piel amarilla y ojos rasgados, recortaba las noticias policiales y las archivaba, pero durante la noche atendía su puesto de fritangas en el barrio del puerto, intoxicando a menudo a marineros y prostitutas—. A este paso los narcos terminarán por controlar al país, como a todo el continente.

—Los periodistas siempre especulan mucho, Suzukito —repuso Cayetano. Colaba café en la hornilla instalada junto a una ventana que daba a la bahía—. Tengo que averiguar la verdadera razón por la cual ese hombre quería verme.

Aquella mañana fresca y nublada la radio informó que la víctima era un ciudadano estadounidense de origen cubano, de profesión desconocida, llamado Agustín Lecuona. Desde hacía unos días alquilaba un cuarto en el céntrico Hotel Carrera de la capital.

En cuanto el café estuvo listo, Cayetano le agregó varias cucharadas de azúcar y lo vertió en dos tacitas. Pronto se olvidará la gente del cubano, pensó mientras le alcanzaba la bebida a Suzuki. Había otros asuntos inquietantes: el desempleo, asaltos a residencias, una rebelión mapuche en el sur y huelgas en el área exportadora. El país pasaba por una mala racha, se dijo al repatingarse en el sillón del escritorio que compartía con su secretario, mueble en el cual reinaba un desorden endémico. Ahora no tenía otra que esperar la llamada del Escorpión, el comisario de la Policía de Investigaciones, quien a veces solía suministrarle datos novedosos.

Lo había llamado a primera hora al cuartel central en Santiago y él le dijo que estaba ocupado. Eso significaba que lo llamaría desde una cabina pública para burlar al temido Departamento Quinto de la institución, especializado en vigilar a los agentes. Cayetano alzó el auricular en cuanto sonó el aparato.

—¿Y qué deseas ahora? —preguntó la voz del Escorpión.

El apodo de Arsenio Marín databa de años atrás, cuando la mafia le había emboscado en el puerto para secuestrarlo. Había repelido el ataque desde lo alto de un contenedor, reservándose la última bala del arma para suicidarse y no caer en manos de sus enemigos. El ulular de sirenas de los patrulleros lo salvó. Marín, como

los escorpiones heridos, no habría dudado en poner punto final a su vida.

—Te pedí que me llamaras por lo de Lecuona —dijo Cayetano—. Tengo que confesarte algo.

—Algo terrible será, entonces.

—Ayer lo presencié todo en el Azul Profundo. Estaba allí echándome unos tragos.

—¿Y desde cuándo te sobra el dinero?

No le respondió. El Escorpión era un tipo tranquilo, caballeroso, siempre de traje, cuello y corbata, lo que lo asemejaba más a un maestro de colegio de clase media que a un inspector de Investigaciones. Tenía buenos modales, incluso para tratar a los delincuentes peligrosos, modales que seguro había aprendido cuando estudiaba en el Instituto Nacional.

—Eras tú entonces el tipo con bigotazos al cual se refirió el barman —comentó atando cabos—. ¿Y por qué huiste como la mayoría?

—Los que mataron a Lecuona podían liquidarme.

—No bromees —advirtió serio—. A los motociclistas y la moto se los tragó la tierra, y a mí me endilgaron el caso. Uno más, como si no tuviera ya bastante con el secuestro del hijo del presidente de la Corte Suprema.

La noticia sorprendió a Cayetano. No sabía nada de ese secuestro. La prensa tampoco lo mencionaba. Era, en todo caso, un asunto delicado, porque dentro de poco el máximo tribunal debía entregar un fallo sobre la ocupación mapuche de tierras. Los indígenas alegaban ser los propietarios de ellas justo cuando una empresa pretendía iniciar allí el mayor proyecto de explotación maderera del hemisferio sur.

—¿Y cuándo lo secuestraron? —preguntó.

—Olvídalo, mejor, Cayetano.

—No, cuéntamelo. Yo también manejo algo importante sobre tu cubano.

—El viernes pasado —repuso tras lanzar un suspiro—. Y el gobierno optó por silenciar la noticia para facilitar las negociaciones y evitar que los jueces se vean presionados. Ellos tienen que decidir si las tierras pertenecen a los mapuches o a la empresa inversionista. ¿Y el cubano?

Le relató el breve contacto telefónico y el encuentro abortado. Quizás al Escorpión le serviría saber que la víctima había mencionado algo así como «Delenda est Australopitecus».

—¿Quieres ayudarme esta vez? —preguntó el Escorpión—. Quizás pueda conseguir unos pesos para pagarte el viaje a Santiago y la comida. Puedes alojar en mi departamento. Tú sabes cómo le quedan las empanaditas de piure a mi mujer...

Era cierto, Yolanda tenía una mano de ángel, pero, francamente, no le interesaba ponerse bajo el mando de nadie. Si bien como detective privado no ganaba mucho, gozaba de una independencia que lo enorgullecía. Sí, podía darse el lujo de aceptar los casos que le interesaran y disponer del tiempo a su antojo. Cuando le bajaban deseos de tomarse un café en el Bosanka, allá iba, o si tenía ganas de sentarse frente al muelle a ver los botes y soñar con otros países, nadie podía prohibírselo. Su

libertad no tenía precio.

—Gracias por la oferta, Escorpión, pero recuerda que soy un pequeño empresario. Ya veré si salta otra liebre. Le seguiré de todos modos la pista al asunto, pues me dejó intrigado. Parecía un buen tipo.

—De poco le servirá ahora con trajecito de madera —fanfurreó el Escorpión—. «Delenda est Australopithecus», ¿dijiste?

—Voy a ver a Margarita —anunció Cayetano a Suzukito mientras esperaba que llegara el roñoso ascensor de jaula del Turri—. Si alguien me llama, ya sabes, cuéntale que estoy atendiendo asuntos delicados y que deje las señas para localizarlo más tarde.

Siempre que partía a visitar a su amante, le recordaba a Suzuki que no fuera a meter las patas ante los clientes. No fuese a ocurrir que el japonés aquel, con la cabeza mala aún por los pisco sours embotellados y la trasnochada de la víspera en el Kamikaze, confesara que en medio de la crisis económica los encargos escaseaban y que su jefe aprovechaba el tiempo en materias de índole amorosa.

Salió al estrépito de calle Prat rumiando «Delenda est Australopitecus» y entró a La Cueva del Pirata, una minúscula cafetería que atendían muchachas curvilíneas en trajes breves y ajustados. Ordenó un *espresso* y aguardó admirando los muslos gruesos de su dependienta favorita, una cubana exiliada, que durante el día colaba café y por las noches enseñaba pasos de salsa y otros menesteres en el sindicato de estibadores.

—¿Valentina, has escuchado alguna vez la palabra *australopitecus*? —le preguntó acodado en la barra.

Las micros circulaban a la vuelta de la rueda frente al local despidiendo un humo negro y ácido, que terminaría pronto con los pulmones nada vírgenes de la muchacha. Afuera el viento levantaba papeles y la gente transitaba apresurada.

—¿Australo cuánto? Ten cuidado, chico, que eso me huele a secta satánica —reclamó escandalizada Valentina, mientras con una mano sostenía la taza bajo el chorrito de café y con el meñique de la otra corregía el rímel que le colgaba de las pestañas postizas—. ¿Por qué, papo? ¿Te integraste acaso a una?

—Porque creo que me persigue un *australopitecus* —comentó divertido, a la vez que se preguntaba qué relación existiría entre el hombre mono y el asesinato de Lecuona.

Intuyó que no podría desentenderse tan fácilmente del caso como lo deseaba, y vació de un largo sorbo la tacita ante el rostro maquillado y pícaro de Valentina, quien, con los brazos cruzados sobre el mesón y a escasos centímetros de sus bigotes, le enseñaba ahora con impudicia el excitante canal que moldeaban sus senos juveniles, por sobre el escote. Desvió de mala gana la vista hacia su Poljot y constató que eran las doce.

Tomó un trolley, se apeó frente al mercado del puerto, donde compró cuatro reinetas de tamaño mediano, y se las llevó a Margarita de las Flores, quien a esa hora

atendía su agencia de empleadas domésticas. Pensó que en cuanto ella cerrara a mediodía, se marcharían a su departamento ubicado bajo los rieles del ascensor Artillería. Allí adobaba ella el pescado y lo colocaba casi con unción en el horno envuelto en papel de aluminio, mientras el arroz graneado se cocinaba a fuego lento. Las melodías de Beny Moré y una buena botella de vino blanco se encargaban del resto.

Tras el almuerzo bien sazonado y mejor regado, pasaban al dormitorio, desde donde, como en toda vivienda porteña que se respete, podían contemplarse los cerros y la bahía. Entonces Cayetano se daba a la tarea de desnudar a la voluminosa mujer con lentitud y maña, mientras desde el tocadiscos llegaba la voz del Bárbaro del Ritmo, quien lo inducía a ensayar las posiciones más enrevesadas y portentosas, desde las propias del lecho, hasta aquellas más atrevidas, inspiradas en el *Kamasutra* o en el antiguo teatro chino de La Habana. Como aquella que ejecutaban en el taburete de respaldo alto, o esa en el columpio interior, o bien esa tan famosa, la de la jamba de la ventana, por donde Margarita se asomaba como si contemplase la herradura de Valparaíso, cuando en verdad ocurría que Cayetano, semioculto entre los pliegues de las cortinas, la atacaba por su ampulosa retaguardia, de modo que los transeúntes que acertaban a pasar por allí, o bien los pasajeros de los carros del ascensor, eran incapaces de imaginar que la dicha de esa mujeraza de ojos y labios pintados no la causaba tanto el grato espectáculo de los cerros y la bahía, sino el experimentado manipuleo de su amante tras las bambalinas.

Pero aquel mediodía, Margarita le anunció que no tenía tiempo para almorzar, lo que constituía a fin de cuentas un cruel rechazo a sus pretensiones amorosas. Confundido, el investigador encendió un cigarrillo y se sentó en el escritorio.

—¿Y dejaste aquello? —preguntó ella en tono gélido.

Se había pintado, quizás en exceso, tanto las cejas como el lunar que tenía junto a la boca, y sus labios gruesos parecían una frutilla a causa del rouge.

Con lo de «aquello» se refería a su oficio, a si había colgado los guantes de investigador privado. Desde hacía tiempo anhelaba para él un trabajo tranquilo, sin riesgos y de ingreso estable, quizás el de ascensorista o portero en un edificio institucional, opción, por cierto, que a él no le apetecía para nada, pues intuía que al aceptarla, no tardaría en morir de tristeza.

—No, no lo he dejado —repuso desafiante y vio cómo el pecho de Margarita se agitaba bajo el vestido.

—¿Tu última palabra?

—No puedo dejar esto, Margarita, es mi vida, y tú lo sabes.

A ella se le escapó un suspiro mientras reprimía la ira.

—Pues, si no lo dejas, ya sabes, me perderás —afirmó displicente, cerrando los párpados.

—Si eso ocurre, no será tan terrible —repuso en el tono tragicómico propio de las telenovelas de las dos de la tarde, que era el lenguaje que ella mejor entendía—, pero

si dejo de hacer lo que hago, me muero y pierdo toda esperanza de reconquistarte.

—Te quiero, Cayeta, y tú lo sabes —dijo ella de pronto, quebrada emocionalmente—. No puedo dormir tranquila sabiendo que te metes en asuntos peligrosos. Los delincuentes se apoderan de la ciudad y cualquier día una investigación tuya se les cruza en el camino y te despachan de un tiro.

—No puedo aceptar lo que me propones —dijo lacónico.

—Pues, entonces, ya todo estaría dicho —puntualizó ella con ojos enrojecidos, extrayendo de la manga de la chaleca un pañuelo arrugado con el cual se enjugó unas lágrimas invisibles.

Minutos más tarde, Cayetano se encontraba en la calle, acompañado sólo del firme propósito de preservar su oficio. Si Margarita discrepaba, que se atuviera entonces a las consecuencias. Tendría que vivir sin él y resignarse a las visitas de algún amante ocasional, huérfana del privilegio de acompañar a un hombre modesto y bien intencionado, de los que ya quedaban pocos, que pasaba el tiempo tratando de que la vida, ya de por sí bastante tortuosa, no terminara del todo torcida.

Volvió al Turri con un gusto amargo en la boca, subió en el ascensor y entró a su oficinita.

—Qué bueno que volvió, jefe —dijo Suzuki arrojando una caluga de sopas Maggi al agua que hervía en la cacerola—. ¿Le apetece? Las presas de esta cazuelita las trae el Viejo Pascuero el próximo diciembre.

—Ponme sólo consomé, que estoy a dieta. Las presas te las cedo. ¿Algún llamado?

—No, jefe, pero llegó un sobre que lo tirará de espaldas.

—¿De quién?

—De Agustín Lecuona —afirmó tras dejar caer una nueva caluga en la cacerola.

Cayetano se afincó incrédulo los anteojos sobre la nariz.

—Pero si está muerto.

—Estará muerto, pero le mandó un sobre por TNT —dijo el secretario apuntando con un cucharón al caos del escritorio.

Cogió la bolsa de plástico y la examinó. El remitente era efectivamente Lecuona. La abrió presuroso y extrajo un sobre de su interior. Al rasgarlo, sus dedos desplegaron una hoja manuscrita con un cheque corcheteado al reverso. Leyó el mensaje con la respiración agitada:

«No sabe cuánto me alivia que tenga en su poder el “Delenda est Australopitecus”. Aquí va un anticipo por las molestias y los riesgos. El documento hágalo llegar a quién corresponda. Ya ve que es clave y salvará muchas vidas. Cuídese. Pronto volveré a ponerme en contacto con usted. Agustín».

Cobró el cheque a la mañana siguiente en Cambios Prat. Ermenegildo Vega, el dueño de la agencia, le arrojó sobre el mesón cuatro mil setecientos dólares en billetes de veinte, en lugar de los cinco mil anunciados por el cheque, alegando que se trataba de un documento de «otra plaza» y podía carecer de fondos. Con el dinero en el bolsillo se fue a desayunar al Bosanka, la fuente de soda más pequeña de la ciudad, situada en perpendicular al Bar Inglés.

—Préstame el diario, Califa —le dijo a Mustafá, el propietario del local, un viejo de origen palestino que, pese a los decenios que llevaba en Chile, aún no se libraba del fuerte acento de su idioma materno ni había amasado fortuna.

Lo escrutó con sus ojos negros entre divertido y molesto, y luego hizo aparecer *La Tercera* que escondía bajo el mostrador.

—Tú bien sabes que me disgusta prestar el diario, porque la gente no se va nunca —reclamó con voz aguardentosa, entregándoselo a regañadientes—. Piden una leche con plátano o un agua mineral y se pasan la mañana leyendo, sacando la vuelta, ocupando espacio, sin consumir nada más.

—Tienes que modernizarte, Califa —dijo Cayetano con una amplia sonrisa bajo el bigotazo mientras abría el periódico—. Expansión es la palabra de moda, quien no se expande y moderniza, está condenado al fracaso, lo dicen los economistas, y hasta los políticos de la izquierda renovada.

Mustafá prefirió no responder al arranque neoliberal de su cliente y se dio a la tarea de seguir bruñendo la cafetera italiana. El detective era uno de los pocos a quien prestaba el diario, y eso se debía a que lo consideraba no sólo un cliente asiduo, sino también un experto en café, poseedor de un fino olfato que le permitía rechazar a la distancia las borras que él servía tranquilamente a la mayoría de sus habitués. Además, el cubano fumaba a veces unos tabacos que en cierta medida paliaban los detestables gases de los micros.

—¿Un cortado o un *espresso*? —preguntó.

—Un cortado y agrégale un Barros Jarpa —aclaró Cayetano sin levantar la cabeza del diario.

En cuanto desayunara viajaría en el Lada a la capital a reunirse con el Escorpión. Ahora que el caso Lecuona también era asunto suyo, necesitaba consultar ciertos detalles al policía. Sí, porque ahora, aunque sonase paradójico, trabajaba para un hombre que, a través de los malabares del correo, le había hecho llegar su paga desde el más allá.

Tropezó con la noticia en las páginas interiores. Ocupaba un recuadro menor

debajo de un amplio reportaje sobre la rebelión mapuche y el eco internacional que despertaba en Europa. Varios gobiernos europeos —especialmente los de Berlín y París, liderados por socialdemócratas— solicitaban al mandatario chileno que diera muestras de prudencia y tolerancia ante los indígenas, y le recordaban que las tierras en disputa pertenecían a los mapuches desde tiempos inmemoriales.

Sin embargo, ninguna sección de *La Tercera* se refería al secuestro del hijo del presidente de la Corte Suprema. ¿Cómo había logrado el gobierno ocultar la noticia a los periodistas? Sí halló datos nuevos sobre el crimen de Lecuona, como por ejemplo, que la víctima era hijo de cubanos exiliados de mucho dinero, y que en los años setenta había sido integrante de la controvertida Brigada Antonio Maceo.

—¡Coño, qué cosa! —exclamó en el momento en que Mustafá le servía una tacita llena.

—¿Algún reclamo? —preguntó el dueño del Bosanka posando las manazas sobre la barra. Miró a Cayetano de arriba abajo con aire de pocos amigos—. ¿Demasiado claro acaso?

—Es que las noticias son del carajo a veces, Califa —explicó el detective.

Mustafá se retiró a un rincón, donde calentaba algo en el microondas.

Aquello de la Brigada Antonio Maceo constituía un dato importante, pensó Cayetano, pues en la década del setenta la integraban jóvenes cubanos que vivían en Estados Unidos y simpatizaban con Fidel Castro. Viajaban a la isla y permanecían allá durante semanas, participando en la zafra y conociendo el rostro amable de la revolución. Se sabía que la Dirección General de Inteligencia, la DGI, cuerpo de espías de primer orden, aprovechaba las jornadas para reclutar a gente. La pertenencia de Lecuona a la brigada permitía suponer que el hijo de contrarrevolucionarios había terminado en Estados Unidos convertido en agente castrista, circunstancia que tal vez explicaría su asesinato.

¿Implicaba todo aquello que Lecuona era un agente cubano quemado? ¿Pero por qué había ido a buscar ayuda a un lugar tan remoto como Valparaíso? ¿Y por qué se había dirigido precisamente a él? Revolvió el cortado después de echarle tres cucharadas de azúcar, y mientras lo saboreaba —no había nada que reclamar, Califa seguía siendo el mejor manipulador de café del puerto—, se dijo que ahora le resultaba menos convincente la tesis de que Lecuona había sido asesinado por un asunto de drogas.

Le dio un mordisco al Barros Jarpa. Nunca había enfrentado un caso en el cual el cliente le hubiese encargado investigar su propia muerte, y tuvo que admitir que, de tener pepinos escabechados y algo más de jamón, el sándwich habría pasado por pariente de los «medianoche» habaneros de antes. Consultó el Poljot. Debía marcharse para llegar a tiempo al Chez Henry a conversar con el Escorpión.

De pronto sonó el teléfono del local. Mustafá le anunció que era para él y le advirtió que fuera breve, porque podían estar llamando de uno de aquellos celulares, que cobran el llamado también a quien lo recibe.

—Jefazo, le habla Suzuki desde el despacho —escuchó decir a su secretario.

—¿Qué pasa, chino?

—Acaban de telefonear de urgencia.

—¿Un cobrador o un receptor judicial?

—Nada de eso, jefazo. Una dama. Una dama con voz encantadora.

—¿Quién?

—Usted no lo va a creer, jefe.

—Coño, Suzukito, ya está bueno de historias. ¿Quién llamó?

—Es que no lo va a creer, jefazo.

—Vamos, Suzukito, ¿quieres matarme acaso de curiosidad? —exclamó plegando el diario.

—Bueno, jefazo, usted manda. Llamó Lourdes.

Cayetano se pasó el dorso de la mano por los bigotes y preguntó:

—Lourdes, ¿qué Lourdes?

—Lourdes, jefe, Lourdes Cisneros, prima de Agustín Lecuona. Llegará pronto a Chile y necesita hablarle.

—¿Cómo que te han quitado el caso? Si lo tenías hasta esta mañana.

—Pues me lo quitaron —contestó el Escorpión, resignado, de espaldas a la barra del Chez Henry, mirando con desgano la punta de sus zapatos bruñidos y después, con cierta curiosidad, a los hombres de terno y corbata que, con apariencia de corredores de la bolsa con tendencia a la baja, entraban a almorzar—. Y lo peor es que se lo pasaron al Pipa Núñez.

Cayetano acarició con sus dedos la copa helada de pisco sour después de echarse unas nueces de macadamia en la boca y contempló el cabello liso y canoso del policía. La noticia constituía un golpe fuerte para la autoestima del Escorpión y, en cierto sentido, también para su propia tarea.

Núñez era hijo de un viejo cacique político de izquierda, y contaba ahora, por lo tanto, con santos en el gobierno así como en la dirección de la policía, lo cual explicaba su ascenso meteórico. El Escorpión, por su parte, disponía de antecedentes de probada convicción democrática, incluso durante el régimen militar, pero carecía de los vínculos necesarios para prosperar. Ciertas personas instaladas en el poder mostraban no sólo desmesurado interés por conseguir mejores puestos en la administración pública, sino también por enriquecerse rápido. En medio de esas circunstancias, a gente sin influencia, como el Escorpión, no le quedaba más que resignarse a los hechos, confiando en que quienes detentaban el poder, lo perdieran mañana.

—Entonces te quedas sólo con el secuestro del tipo de la Suprema —resumió Cayetano.

—Así es, pero eso lo monitorean desde arriba —comentó el Escorpión tras beber del pisco sour—. Ya me advirtieron que coordine cada paso con La Casa, y allá se mueven exclusivamente por olfato político.

La Casa era un socorrido eufemismo para referirse a la institución del gobierno que estudiaba, mediante recursos conspirativos y análisis de inteligencia, a los grupos que pudieran amenazar la estabilidad del país. El misterio envolvía tanto su origen e instalaciones como a sus miembros, aunque se sabía que sus principales agentes habían sido formados en Cuba y la desaparecida Alemania oriental.

—¿Y tú? ¿Vas a seguir con lo de Lecuona? —preguntó el Escorpión depositando otra macadamia en su boca.

—Sí.

—Te estás convirtiendo en un Quijote —comentó el Escorpión en tono de burla, acodado en la barra—. Aunque con la barriguita esa tienes poco del caballero de la

triste figura. Tal vez es gente como tú la que necesitamos.

Cayetano elevó la copa para observarla a contraluz, como si le estorbase lo turbio de la bebida y el asunto. Dijo:

—Lo que sucede es que Lecuona me pagó por adelantado y lo mínimo que puedo hacer es respetar su última voluntad. ¿No averiguaste nada con respecto al «Delenda est Australopithecus»?

—No alcancé. Pero grábate esas palabras, que en algún momento armas el rompecabezas. Lo del sobre con cheque sí puede complicarte la existencia si son narcos —añadió preocupado.

—¿No crees que la pertenencia de Lecuona a la Brigada Antonio Maceo en el pasado no huele más bien a espionaje? —preguntó Cayetano—. ¿Que trabajaba para La Habana y lo descubrieron?

—¿Quiénes?

—Los del exilio cubano.

—Todo puede ser —el policía inclinó la cabeza inseguro—. Si era agente cubano o de la CIA, menos va a permitir La Casa que alguien ajeno se acerque al asunto.

El Escorpión se llevó la copa a los labios, sorbió el pisco sour con parsimonia y los párpados entornados y luego hizo chasquear la lengua. Lo mortificaba el hecho de que mientras a Núñez le entregaban el caso del cubano, a él lo obligaban a ocuparse del hijo de una personalidad nacional. Intuía que ese asunto no podría reportarle beneficios a su carrera, porque el gobierno, a través de La Casa, buscaba negociar con los secuestradores.

—Es una indiscreción tremenda la que voy a cometer —anunció mientras jugaba con la copa medio vacía. Estaban solos en el bar, envueltos en el silencio y la luz ámbar de las lámparas con pantalla de género—, pero tal vez te sirva para impresionar a la prima de Lecuona.

—Fumando espero...

—Dicen que Lecuona intentó hablar con el jefe de La Casa.

Aquella revelación situaba las cosas súbitamente en otra perspectiva e hizo que Cayetano se volviera hacia el policía y le preguntara:

—¿Cómo lo sabes?

—Desde su cuarto habló en dos oportunidades con la oficina del Conde Rojo. Los llamados quedaron registrados por mi gente.

—¿Entonces Lecuona llamó nada más y nada menos que al jefe de La Casa?

—Así es.

El Conde Rojo era el nombre de guerra de Ignacio Alcántara, descendiente de una antigua familia venida a menos. Había fundado la organización en 1990, tras el retorno del país a la democracia, con el objetivo de que el gobierno recolectara información de inteligencia prescindiendo de los militares. A los cincuenta años, amante de la buena mesa, los habanos y los vinos de calidad, el Conde Rojo solía recordar con orgullo en su oficina instalada en la casona de rejas altas y ventanas

tapiadas del barrio cívico, su paso por las Fuerzas Armadas Revolucionarias cubanas. Veterano de las guerras de Angola y Nicaragua, había regresado a Chile con el grado de capitán de las FAR y el apoyo de un grupo del Partido Socialista para formar el servicio de inteligencia.

—¿Y qué ha dicho La Casa? —preguntó Cayetano.

—Que Lecuona nunca habló con el Conde Rojo, pues la secretaria de éste pensó que se trataba de un chiflado y no le pasó la llamada.

—¿Y hay forma de comprobarlo? Porque si Lecuona tuvo vínculos con el jefe de La Casa, entonces el asunto cambia de tono.

—Ya te dije. El asunto está ahora en manos del Pipa Núñez y averiguar la verdad es cosa tuya —repuso el Escorpión colocando la copa sobre la barra—. Por cierto, ¿no será ya hora de almorzar?

—Sólo quiero saber si has recapacitado...

Desde las profundidades del sueño creyó reconocer el registro dramático de la voz de Margarita de las Flores. Encendió a tientas la lámpara del veladorcito y, desprovisto de sus anteojos, descifró con dificultad los números del despertador. Carajo, eran las seis de la mañana. Afuera estaba aclarando entre el cantar de pájaros y el rumor de la ciudad.

—¿A qué te refieres? —preguntó ronco.

—A si has cambiado —insistió ella. Su voz resonó enigmática, con el ligero acento agudo que solía emplear en la agencia de empleos para afrontar los conflictos—. Así abandonarás de una vez por todas esa profesión peligrosa y de medio pelo.

Lo irritó saber que era víctima del insomnio de Margarita. Ella no tenía derecho a despertarlo. Él había pasado el día anterior en la capital, acababa de tomarse un ron doble en la barra de La Piedra Feliz, planeando sus próximos pasos y ahora necesitaba descansar.

—No tengo nada de que arrepentirme, ni ningún guanajo —repuso sin perder la ecuanimidad, sabiendo que ya no reconciliaría el sueño. Se acordó de Lecuona, de su mensaje y su cheque venido del más allá, de las revelaciones del Escorpión en el Chez Henry y de la posibilidad de que Agustín hubiese contactado al Conde Rojo y fuese un espía cubano liquidado por el exilio—. Ignoro por qué me llamas a esta hora.

—Porque quiero salvarte —repuso ella con el tono mesiánico de algunos programas religiosos de la radio, a punto de romper en llanto—, porque aún creo que podemos ser felices juntos. Deja ese oficio, Cayetano. Sólo te ha traído dolores de cabeza, deudas, golvizas y enemigos.

—Y mucho mundo, Margarita, mucho mundo. No sé de qué otro modo podría hacer llevadera la vida en este rincón tan alejado de mi isla.

—Eres un malagradecido, eso es lo que eres —gritó ella llorando—. Chile te recogió como a un paria y de esa forma nos agradeces ahora...

Otra vez ella ponía en marcha el carrusel de reproches. No entendería jamás lo que era la nostalgia por su patria verde y calurosa, donde los inviernos no existían y la vegetación brotaba gracias a las lluvias tibias y generosas. Ella interpretaba su nostalgia como una traición a Chile, y no comprendía que la nostalgia crecía al mismo tiempo que su amor por Valparaíso y el país que lo había acogido decenios atrás. Ella no podía imaginar el nudo que esos países, distintos y a la vez complementarios, le iban amarrando en el alma.

—Ahora que mataron al cubano, seguro te vas a enredar en eso —continuó ella mientras Cayetano se revolvía entre las sábanas—. Ya me contó Suzukito que andabas en Santiago. Pero deberías saber lo que todo el mundo ya sabe: a ese hombre lo mataron los narcos. Si metes tu nariz en eso, no me sorprendería que te hicieran papilla y terminaras en un cauce.

Y tras decir esto, colgó.

Cayetano calzó el auricular en el aparato. Eran las seis y cuarto, y estaba completamente desvelado. Esa relación no daba para más por la sencilla razón de que Margarita quería obligarlo a renunciar a una de las pocas cosas que le interesaban realmente en la vida, la investigación privada. Bajó a la cocina envuelto en la sábana, murmurando maldiciones, y se quemó un dedo mientras sostenía, mediante un tenedor, la mitad de una hallulla sobre la hornilla. Tras colar café, quebró dos huevos en la paila.

De cuanto había conversado con el Escorpión, lo más llamativo era el supuesto contacto entre Lecuona y el Conde Rojo. Se trataba sólo de un rumor y la única forma de corroborarlo era conversando con el jefe de La Casa. Sin embargo, éste se había convertido en un hombre inalcanzable, de quien se ignoraban tanto su rutina como su vida privada y domicilio. Sólo se sabía que gustaba de los trajes Hugo Boss, que se desplazaba en vehículo blindado y que lo protegían unos guardaespaldas llamados «los africanos», porque en los ochenta habían combatido en Angola vistiendo el uniforme del ejército cubano. Formado en los servicios secretos de los países comunistas, el Conde Rojo no había tardado en imitar las medidas de seguridad que rodeaban a los jefes de esas instituciones y en granjearse cierta autonomía con respecto al poder político.

Durante los primeros años de democracia, La Casa había jugado un papel clave en el desmantelamiento de los grupos revolucionarios armados que operaban desde la época de Pinochet. La misión del Conde Rojo había consistido en desarticular a sus antiguos compañeros de armas. Unos aceptaron desmovilizarse a cambio de prebendas o garantías, otros rechazaron su oferta y continuaron la lucha desde la clandestinidad. Sin embargo, la desaparición de los países socialistas y el interés de La Habana por comerciar con Chile hizo que pronto los obcecados quedaran huérfanos de apoyo. Comenzaron así a caer sus casas de seguridad, luego sus miembros y por último sus líderes.

Fregaba con empecinamiento la paila en el lavaplatos, cuando recordó que conocía a un hombre que tal vez pudiera vincularlo con el Conde Rojo. Se trataba de Peter Blumen, un militante de izquierda que se dedicaba a la política gracias a una generosa jubilación obtenida en Alemania Federal, donde había vivido exiliado durante la dictadura. Su nombre real era Pedro Flores, pero en Hamburgo sus camaradas del Comité de la Resistencia Chilena se lo habían germanizado. Sí, pensó Cayetano cerrando de pronto el grifo del agua, tal vez Peter Blumen pueda acercarme al Conde Rojo.

En medio de toses y estornudos, el Lada obedeció las curvas de la avenida Alemania, que ciñe la cintura de Valparaíso, y bajó al rato por la empinada San Juan de Dios enganchado en primera hasta detenerse frente a una casita blanca con techo de zinc, que mantenía un precario equilibrio en la ladera del cerro. En cuanto comenzó a ascender unos peldaños de greda, un quiltro le ladró desde lejos. Él lo ignoró mientras tocaba a la puerta, de la cual colgaba un afiche de Santa Teresita de Los Andes.

Instantes después rechinó un picaporte y emergió la figura gruesa de Peter Blumen.

—Ya te reconocí por el ojo mágico —anunció serio aunque afectuoso—. Son épocas en que ninguna precaución basta. ¿Qué buscas a esta hora, Cayetano?

—Déjame pasar y te cuento.

—Desde luego, adelante —dijo Blumen acariciándose somnoliento la barba de unos cuantos días. Vestía una túnica burdeos de la India, y tenía la cabellera motuda en desorden—. Estás de suerte, anoche me quedé en casa estudiando un texto de Gramsci sobre los intelectuales orgánicos. Toma asiento.

Era una vivienda minúscula, que el viento porteño no había arrancado de cuajo por milagro. Constaba de un living-comedor, desde el cual se veía la cocina, y de dos piezas situadas al fondo; una servía de dormitorio y la otra de biblioteca. En esta última, Peter Blumen no sólo guardaba libros que habían escapado de la hoguera de la dictadura y escribía agudos análisis sobre las perspectivas revolucionarias en el Tercer Mundo bajo la globalización y el neoliberalismo.

—¿Sabes qué es un intelectual orgánico? —preguntó mientras cerraba la puerta a su espalda.

—No tengo ni idea —repuso Cayetano sin amilanarse.

—¿Y de Antonio Gramsci, Cayetano, no has escuchado nunca? Un tipo que escribió textos reveladores desde la cárcel fascista. ¡Gramsci!

—Disculpa, no soy experto ni en intelectuales orgánicos, que me suenan más bien a producción ecológica, ni en Gramsci, aunque sé que era un marxista italiano. Pero lo que me llama la atención es que, a juzgar por lo que vi en tu puerta, ahora estás dedicado a venerar a Santa Teresita de Los Andes.

Peter Blumen se llevó las palmas a las mejillas y, como pillado en falta, aclaró:

—No jodas, Cayetano. Tú sabes que atravesamos una época de reflujo revolucionario y hay que vivir con un pie en la clandestinidad. Aunque tengamos presidente socialista, aquí los que roncan son los milicos. El afiche en la puerta me

brinda cierta cobertura. Y te voy a decir que se ve hasta bien con ese cielo azul de fondo.

—¿Y en el barrio te consideran ahora místico?

—Aunque no lo creas, estoy estudiando el libro de Mormón con unos gringos muy simpáticos que vienen a visitarme cada semana.

—¡Concho, qué ecuménico! De pronto los gringuitos esos de pelo corto, camisa blanca, corbata y mochila son agentes de la CIA y te tienen chequeado, mi hermano.

Creyó percibir verdadera inquietud en las pupilas del dirigente del Movimiento Revolucionario Auténtico, MRA, que se había escindido de un partido atomizado tras el retorno del país a la democracia.

Cayetano jamás había logrado averiguar cuántos militantes reunía el MRA, cuyo postulado final era autodisolverse en cuanto se instaurara la dictadura del proletariado en Chile. Tampoco sabía cuáles eran sus referentes políticos internacionales ahora que Cuba y China abogaban por inversionistas extranjeros, pero una cosa estaba clara: Peter Blumen era un tipo íntegro y honesto, que se dedicaba a vender cacharros de gredas y volantines en la feria de artesanía de Valparaíso y a especular con el materialismo histórico y el dialéctico. Era un hombre que permanecía fiel a la única causa de su vida y que mostraba más consecuencia que muchos de los izquierdistas instalados en el poder, que si bien en la época de la dictadura habían sido sus compañeros de ruta, ahora tenían como objetivo primordial preservar sus posiciones en el Parlamento, el gabinete, los gobiernos regionales y las embajadas.

—¿Te animas a un cortadito? —preguntó Blumen para espantar la incertidumbre en que lo había sumergido Cayetano.

Puso a hervir agua en la cocina, donde apenas cabían ambos, y cuya ventanita daba a la quebrada. La vivienda constituía la prueba de que Blumen no había logrado ubicarse en el poder. Muchos dirigentes de la izquierda residían ahora en La Reina, Providencia o Vitacura, o hasta en El Arrayán o Las Condes, pero ninguno en los cerros porteños, cada vez más pobres y abandonados.

—No será un cortadito como los de tu tierra, pero peor es mascar lauchas —comentó Blumen tras sacar dos tazones trizados de la despensa—. Dime, ¿qué te trae por aquí?

Le explicó sucintamente que buscaba información sobre el jefe de La Casa mientras el anfitrión destapaba un frasco de café en polvo y vigilaba al mismo tiempo que no se subiera la leche.

—El Conde Rojo es un traidor de la peor calaña —sentenció Blumen vertiendo cucharaditas de café en los tazones—. Militamos juntos en los años setenta en el movimiento Madre Aquí, y en Cuba él se hizo soldado de las FAR y se marchó después a pelear a Angola y a Nicaragua.

—También tú perteneciste a las FAR.

—Pero jamás me habría prestado para denunciar a mis propios compañeros.

—Bueno, hiciste algo por el estilo, te marchaste de Cuba a Alemania occidental.

—No tergiverses la historia. Yo viajé al capitalismo con el propósito de llegar a Portugal a apoyar la Revolución de los Claveles, mi hermano. ¿O tampoco sabes quién era Otelo Saraiva de Carvalho?

—Un amigo de Gramsci, supongo.

—En cierta forma, sí, coño. Veo que como buen cubano no eres un gran teórico.

—Ibas a la Revolución de los Claveles, pero lo cierto es que al final desembocaste en Hamburgo...

—Sólo porque nos falló el contacto para el traslado conspirativo a Lisboa, que es un asunto muy diferente.

—Y en Hamburgo hiciste mérito hasta para una jubilación en marcos alemanes, que, dado que aún no alcanzas los sesenta, debe ser de origen *non sancto*.

—No es una jubilación —corrigió ruborizado—. Es una indemnización que se da a víctimas del fascismo.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Cayetano. Peter Blumen agregó:

—Por cierto, hay varios políticos chilenos apitutados, que reciben más que yo de otros países...

—Hablemos mejor del Conde Rojo, que lo tuyo se complica con cada palabra que pronuncias.

Blumen cogió la olla cuando la leche estaba a punto de hervir. La vertió después sobre el polvo que aguardaba en los tazones y el aroma a café inundó la casa, reconfortando a Cayetano.

—Después de alcanzar el grado de capitán de las FAR —continuó Blumen picado—, Alcántara se unió a los mencheviques, que años más tarde llegaron al poder con Aylwin. Ahí mismo los convenció de que crearan un cuerpo de inteligencia civil.

—Todo eso es legítimo, mi amigo.

—Sí, pero la idea central del Conde era neutralizarnos a nosotros, a sus antiguos camaradas de lucha, quienes nos habíamos preparado, al igual que él, para instaurar el socialismo en Chile. No hay peor astilla que la del propio palo y el Conde es la peor astilla imaginable.

Mientras bebían el cortado en el living-comedor, Blumen no cesó de despotricar en contra del Conde Rojo, a quien sindicaba como traidor, cobarde y oportunista. Cayetano extrajo una cajetilla de Lucky Strike y le ofreció cigarrillos al ex artillero de las FAR. Luego le preguntó:

—¿Tú crees que Alcántara sea capaz de silenciar a alguien que le conozca una yayita?

—Sin asco —afirmó Blumen haciendo una mueca de disgusto.

Encendieron los cigarrillos y fumaron en silencio. El quiltro volvió a ladrar afuera varias veces, lo cual impulsó al dueño de casa a espiar los alrededores por entre las cortinas de la ventana.

—Es por culpa del maldito gato de la vecina, una acólita de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días —comentó regresando a la mesa—. Siempre me imagino

que pueden ser los ratis o los de La Casa.

—¿Te siguen?

—¿Y quién puede sentirse seguro con mi historial y el gobierno que tenemos?

Cayetano aspiró el cigarrillo y lanzó el humo después por la nariz. Preguntó:

—¿Hay algún asunto que podría molestarle tanto al Conde Rojo como para liquidar a alguien?

Blumen caminó hasta el aparato de radio, puso un compacto de Silvio Rodríguez y regresó a la mesa con el cigarrillo entre los labios. Bebieron escuchando «Mi unicornio azul», dejando pasar el tiempo sin palabras, como si sus almas estuviesen acercándose de a poco.

—Lo que Alcántara no perdona es que alguien ponga en peligro su posición.

—Más concreto.

Peter Blumen frunció el ceño mirando la superficie de la mesa como si descubriera allí fragmentos de un fresco antiguo, y dijo al rato:

—Estos tipos renovados lo que más cuidan es su posición. Saben que es la última voltereta que pueden darse en la vida.

—Tú también tienes alma de trapequista —picaneó Cayetano—. Ahora vives de las rentas del segundo país capitalista más rico del mundo. Menos mal que no te exiliaste en Alemania oriental, o si no te estarían mandando papelitos para jugar «metrópolis».

—No jodas, Cayetano. Pese a todos los reveses circunstanciales, yo me mantengo fiel a mi postura de siempre. No se me pasaría ni por la cabeza convertirme en traidor y soplón como el Conde Rojo. Un tipo como él sólo tiene una alternativa, seguir en el poder hasta que muera. Sin el cargo y la escolta es hombre muerto.

—¿Y conoces alguna forma de llegar cerca suyo?

Una sonrisa burlesca cruzó el rostro de Peter Blumen.

—No jodas, Cayetano. Si la conociera, ya tendrías una preocupación menos.

Lo cautivaron de inmediato la palidez, el pelo negro y largo y la mirada alerta de la mujer que lo aguardaba en el restaurante Bristol del hotel Plaza San Francisco junto a un hombre mayor, de terno azul y corbata de seda. En la mesa descansaban tazas de té y platillos con pastelitos, y frente a ellos, más allá del ventanal, se alzaba la iglesia franciscana bajo el cielo ámbar de Santiago.

—Celebro que su secretario lo haya ubicado tan rápido, señor Brulé —dijo Lourdes al saludarlo. Intentó una sonrisa amable, pero el dolor de los últimos días se la arruinó. El detective le calculó treinta años—. Le presento a mi marido, el ingeniero Ramón Cisneros.

Desde luego hubiese preferido conversar a solas con ella, pero ahí estaba ese hombre alto, de cuidada cabellera blanca y espaldas de waterpolista, de dientes grandes y fulgor desdeñoso en la mirada. El Patek Phillippe en su muñeca y el grueso prendedor de oro de su corbata indicaban a las claras cuánto calzaba.

—Por favor, siéntese, necesitamos hablar con usted —dijo Cisneros con voz grave, mirando hacia uno de los mozos, mientras se acomodaban alrededor de la mesa—. ¿Se sirve algo?

—Un café, por favor —dijo Cayetano escrutando a Lourdes desde el fondo de sus dioptrías. Siempre le resultaba embarazoso enfrentar a las personas que acababan de perder a un ser querido—. Ustedes me llamaron y ustedes dirán.

Le había bastado con verla unos instantes para constatar que bajo aquel traje sastre claro, que realzaba sus facciones aguzadas, habitaba el cuerpo de ánfora de las cubanas. Eran las cinco de la tarde, la hora del té, y las mesas del Bristol, situado en pleno centro de la capital, las ocupaban principalmente mujeres de mediana edad, vestidas y maquilladas con esmero, que dejaban morir la tarde conversando en torno a la taza de té y pastelillos.

—Hemos venido a Chile por los trámites que usted imagina y para saber cómo se encauzará la investigación del asesinato —dijo Cisneros. Algo en su rostro, quizás sus ojos levemente inyectados en sangre, le indicaron que se encontraba ante un hombre temperamental—. Queríamos verlo, porque consideramos que puede darnos cierta luz sobre lo ocurrido.

Cayetano contrajo el ceño dubitativo. En realidad le costaba explicarle a la pareja que su encuentro con Agustín había sido tan fugaz como enigmático. Desde algún lugar llegaban las notas cristalinas de un pianista que imitaba a Keith Jarret. Ordenó un *espresso*, pero desechó los pastelillos, cosa que pareció contrariar al dependiente, un tipo circunspecto y peinado a la gomina que actuaba como si fuese el accionista

principal del hotel.

—No entiendo por qué soy pieza clave en todo esto —comentó Cayetano.

—Pocos días antes de su muerte, Agustín me llamó a Miami para decirme que se sentía en peligro —explicó Lourdes. Ahora su mirada parecía opaca—. El plan que lo había traído a Chile había fracasado y pretendía comunicarse con un detective cubano de apellido Brulé. ¿No hay en Chile otro detective que se llame Cayetano Brulé, verdad?

Mientras hablaba, las yemas de sus dedos acariciaban su gargantilla Tiffany's.

—Como en esta época todo se copia, a veces me temo que no soy el único detective privado con ese nombre —afirmó sonriendo. Ambos lo escucharon confundidos—. Siempre imitado, pero jamás igualado. Sí, debo ser el Cayetano Brulé con quien Agustín deseaba hablar.

—¿No le dijo por qué estaba en Chile?

—No.

—Nadie lo sabe —afirmó Cisneros—. El señor Núñez, encargado del caso por Investigaciones, nos dijo que allí radicaba el *quid* de la cuestión. Pensábamos que usted sabría algo más.

—Sólo pude intercambiar pocas palabras al teléfono con Agustín, cosa que declaré a Investigaciones. A propósito, ¿Agustín nunca les mencionó algo así como «Delenda est Australopitecus» o a un señor de apellido Sami?

Cisneros se cruzó de brazos, soltó un resoplido y dijo desanimado:

—Núñez nos preguntó lo mismo. Investigaciones sabe tanto como usted.

—Pero hay algo que Investigaciones ignora —aclaró peinándose hacia abajo las puntas del bigote con el índice y el pulgar—. Agustín me entregó un cheque para que yo iniciara las pesquisas. Lo malo es que nunca supe qué había que investigar.

Les explicó lo del cheque, cosa que asombró a la pareja. Todo aquel misterio con respecto al «señor Sami», el «Delenda est Australopitecus» y el documento bancario enviado con antelación, así como su inexplicable e incesante vagar por el mundo, afirmó Cisneros, sólo había sido posible gracias al dinero que Agustín había heredado de su padre, un exiliado cubano muerto después de amasar una considerable fortuna con supermercados populares, y revelaba la contradictoria personalidad de su único hijo.

—Nunca quiso asentar cabeza, casarse y llevar una vida normal —comentó Cisneros ordenando la caída de su chaqueta, como si de esa forma indicase el camino que debió haber seguido Agustín—. Se pasó la vida viajando y escribiendo uno que otro artículo para revistas sin importancia. Es duro decirlo, en especial delante de su prima, pero fue así. Sólo dolores de cabeza nos deparó...

—No seas injusto, Ramón —protestó ella con los ojos fijos en el mantel blanco—. Agustín optó sencillamente por un tipo de vida distinto.

—Y ya ves cómo terminó.

—En todo caso les anuncio que voy a seguir con mi investigación —aclaró

Cayetano en el preciso instante en que el admirador de Keith Jarret dejaba de tocar el piano—. Tengo una deuda con Agustín y creo que investigando su muerte es la única forma de pagarla.

—Espero que no sueñe con que lo contratemos nosotros también —advirtió Ramón—. Debe quedarle claro que sólo lo consultamos porque supimos que Agustín lo llamó para pedirle ayuda.

—Mire, señor Cisneros —repuso Cayetano picado. El tipo daba muestras de ser avaro y mal pensado—. Yo voy a investigar este asunto porque Lecuona me adelantó dinero para hacerlo. Si llego a necesitar algo adicional, ya me las arreglaré, pero tenga la seguridad de que no lo importunaré a usted.

—No es que desconfiemos —dijo Lourdes tratando de calmar las cosas. El ambiente se estaba tornando tenso ahora que el Jarret criollo volvía a hacer de las suyas desde el piano oculto en algún rincón del Bristol—. La policía chilena merece nuestro respeto y no deseamos que los esfuerzos se dupliquen innecesariamente. Usted puede seguir adelante, si su conciencia así se lo dicta.

—¿Aquí no hay seguros comprometidos? —preguntó Cayetano, sabiendo que llevaba la conversación a un extremo insostenible, y se concentró en saborear el *espresso*.

—¿Pero qué coños se cree este comemierda? —exclamó airado Cisneros y extendió los brazos con tal mala suerte que derribó una botellita de agua Perrier. Varias mujeres dirigieron miradas indiscretas hacia el trío—. Usted no sabe quién soy yo, carajo. Tengo muchas relaciones y recursos. No necesito crímenes para acrecentar mi fortuna.

Cayetano encendió con displicencia un cigarrillo y fijó sus ojos en la lumbre, como si el tono agresivo de Cisneros, que concitaba atención, no se dirigiese a él. El rostro de Lourdes, sin embargo, revelaba incomodidad ante el exabrupto de su marido.

—Le voy a sugerir que se calme, mi amigo —dijo el detective con sangre fría—. No me retiro porque este asunto me interesa por las razones que les di, y pues quiero ayudar a Lourdes, que sí sufre con la muerte de su primo, un hombre por el cual usted no parece sentir más que desprecio.

—¿Cómo se atreve? —vociferó Cisneros. Ya la distinguida clientela del Bristol comenzaba a seguir sin disimulo el altercado—. ¿Cómo se atreve a meterse en asuntos familiares? Usted es un bretero, un tipejo, un miserable —tartamudeó enardecido, y luego le preguntó a su mujer—: ¿No te dije acaso que no valía la pena meterse con gentuza como ésta?

—Cálmate, Ramón, cálmate, que todo el mundo nos está observando —rogó ella avergonzada—. El señor Brulé no se merece este trato.

—¿Y acaso quieres que acepte sin chistar sus insultos?

—No, quiero que te calmes y no te fajes como si fueses un muchacho —repuso ella decidida—. ¿Es mucho pedir? ¿No te das cuenta de que ya he sufrido bastante —

estaba a punto de romper a llorar, pero se contuvo— con todo esto y las preguntas de los policías?

—Pues, este señor ya nos dijo todo cuanto sabe de tu Agustín.

—Sí, pero yo confío en él y creo que aún nos puede ayudar.

—Pues será en otra oportunidad —afirmó Cisneros con el rostro encendido y la barbilla trémula a causa de la ira—. Ahora nos vamos —ordenó y se puso de pie—. Vamos, que aquí se acabó lo que se daba y sólo hablaré con este señor cuando se excuse por su insolencia.

Divisó al Mexicano entre las sombras de los árboles, que aún estilaban después de un extraño aguacero veraniego. Al menos el agua bruñiría la noche santiaguina, pensó Cayetano.

—¿Se lo lavo y se lo dejo como nuevo mientras se lo cuida, patrón? —preguntó el Mexicano en cuanto el investigador estacionó su destartado Lada en la calle Pío Nono.

—Si me lo deja como nuevo, es mago, mi amigo —repuso bajando del vehículo. La portezuela chirrió como compuerta de submarino oxidado—. A éste lo dio de baja un taxista arruinado, pero todavía camina y nadie se atreve a robármelo. Gasta como un tanque.

El Mexicano era un borrachín de edad indefinida, ojos pequeños y pelo lacio. Junto a un árbol mantenía un cubo con agua y un trapo, el instrumental imprescindible para lavar automóviles.

—¿Sabes lo que me interesa, Mexicano? —dijo de sopetón el detective y constató que el hombre parecía honrado de que un señor de terno, corbata y anteojos conociese su apodo—. Que me laves el carro y me cuentes sobre un crimen ocurrido hace poco...

—¿Y no quiere que le planche también su Mercedes, patrón?

Sonrió con ganas. Por fortuna había consultado una y otra vez en las calles de Bellavista hasta dar con quienes cuidaban por las noches vehículos en las cercanías del Azul Profundo. Unos billetes habían tornado parlanchín al vigilante más suspicaz, que trabajaba al margen de la ley. Gracias a él estaba ahora allí.

—Bueno, el asuntito ese ocurrió en el Azul Profundo... —precisó el Mexicano.

—¿En el Azul Profundo?

—Sí.

El Mexicano se llevó las manos a los bolsillos del delantal y miró de reojo al detective.

—No me diga que usted es tira —comentó decepcionado.

—No lo soy.

—Pues, me alegra, porque usted para mí que es doctor. ¿No será médico usted por casualidad?

—Soy médico, mi amigo, y si quiere después hablamos de sus dolencias.

—Gracias, doctor, ya sabía yo —dijo emocionado—. Esa corbata y esas gafas son de médico, no así el auto —agregó risueño—. Me interesa hablarle, porque me tinca que estoy jodido —se llevó una mano a la altura del hígado—. Usted sabe que los del

Fonasa nunca hablan claro y que hay que esperar meses para que a uno lo atiendan.

—Así es la vida, mi amigo, pero ¿pasamos a lo mío primero?

—Como usted diga, doctor.

—El día del asesinato nadie vio nada, pero la moto en la que llegaron los asesinos tiene que haber pasado por algún lado. ¿Sabes a qué me refiero?

El Mexicano puso cara de circunstancia mientras hurgaba en los bolsillos del delantal. Tenía los ojos vidriosos y la nariz colorada. Cayetano supo que estaba ante uno de aquellos hombres que prefieren evitar a la policía, porque ésta tarde o temprano termina acusándolos de algo.

—¿Y por qué le interesa tanto el asunto, doctor?

—Era un amigo. Dejó una viuda y dos hijos.

—Veo que usted es una especie de Llanero Solitario —agregó el Mexicano. Su gorra tenía el logotipo de McDonald's sobre la visera.

—¿Llanero Solitario?

—Sí, jefe, y por eso me cae bien. A falta de antifaz, buenos son los potos de botella, patrón —comentó y soltó una carcajada que le arrugó la cara y dejó al descubierto sus encías escasamente pobladas.

—Oye, Toro, necesito saber si alguien vio algo sospechoso la noche del asesinato. Yo me encargo del resto.

—¿Y cómo vamos en la parada, doctor?

—Diez lucas por buena información, y la posibilidad de pasar a la posteridad.

El Mexicano se retorció un poco, como estirándose después de haber dormido, y chequeó la calle. Dijo:

—Mire, doctor, por diez lucas yo hasta me autoincrimino. Pero le voy a contar que un cabro divisó esa moto dando vueltas por el barrio poquito antes del crimen.

—¿Y se lo informó a Investigaciones?

—¿Está loco usted? Si se presenta él o yo, vamos a la cárcel por ilegales.

—¿Los motociclistas nunca se sacaron los cascos?

—Se nota a la legua que usted no es policía, doctor. ¿Cómo se le ocurre, pues? Un tipo de esos jamás va a mostrar la cara. Sería un pelota, ¿verdad?

—Ya lo creo —repuso Cayetano y extrajo dos billetes de cinco mil—. Pero quizás tu amigo vio algún detalle especial, algo interesante.

Ambos callaron ante una pareja que cruzaba frente a ellos. El eco de sus pasos lo apagó un automóvil, con tres ocupantes, que pasó a la vuelta de la rueda, con las luces altas.

—Bueno, le voy a contar, doctor, que el cabro vio que los motociclistas conversaron con un tipo que manejaba una Expedition color vino tinto. ¡Putas, qué buen color! —afirmó el Mexicano sonriendo, sin dejar de seguir con la vista al vehículo hasta que desapareció en una esquina.

—¿Cómo una Expedition?

Cayetano sumergió la mano con los billetes en el bolsillo de su chaqueta y el

Mexicano comprendió que el dinero corría el peligro de esfumarse.

—Minutos antes del crimen la Expedition se detuvo en la esquina con Dardignac. Le llamó la atención al Rambo, el cuidador ahí, pues estaba mal estacionada. Se acercó entonces a ella para hacer respetar el reglamento del tránsito, usted sabe, porque uno será marginal, pero no delincuente, y el chofer, un rubio idiota, le dijo que se iba a quedar allí sólo un rato y que él cuidaba su auto.

—¿Y entonces?

—Al ratito pasaron dos tipos de casco en una moto y le dijeron algo al de la Expedition. El vehículo tenía abajo el vidrio del copiloto. Después aceleraron y se perdieron. Entonces el de la Expedition fue hasta un quiosco a comprar cigarrillos y se marchó de inmediato.

—¿Y el Rambo se acuerda de la patente?

—No pos, jefe. ¿Quién va a acordarse de números en esta profesión? Ni que uno fuera computadora.

Le entregó el dinero.

—¿Pero tampoco recuerda ninguna marca especial del vehículo? ¿Una calcomanía, un adorno?

—Especial, especial, no pues, doctor —repuso el Mexicano arrugando los billetes—. Pero el Rambo no tiene nada que ver con monos. ¿Y sabe lo que le hizo a la Expedition por estacionarse gratis?

—¿Qué?

—Fue una estupidez de su parte y por eso el Rambo anda ahora fondeado. No se imaginó nunca que esa gente ajusta cuentas a tiros.

—Bueno, pero ¿qué coño le hizo?

—A la puerta trasera le pasó un clavo de lado a lado mientras el rubio compraba cigarrillos. ¿Mal hecho, verdad? Pero al menos nunca más va a ser prepotente con un pobre cuidador de autos, doctor.

De regreso por la noche a Valparaíso, Cayetano detuvo el Lada frente a la cafetería de una estación COPEC en la Ruta 68 y entró al local. No ofrecían allí el mejor café, pero estaba oscuro y llovía a intervalos, y su cuerpo le pedía con urgencia algo caliente. Además, necesitaba fumar un cigarrillo para analizar la conversación con los Cisneros y el Mexicano.

Era una lástima que una mujer tan atractiva como Lourdes se hubiese emparejado con un rufián, pensó. No, por Ramón no movería un solo dedo, por ella quizás sí, y sólo porque le resultaba agradable. Sin embargo, continuaría su investigación por cuenta propia. Se la debía al finado y había cosas raras. Y en ese sentido el encuentro con el cuidador de autos le había resultado fructífero.

Mientras esperaba el nescafé con leche, aprovechó de llamar a Suzuki para consultarle cómo iban las cosas. El secretario estaba a punto de dejar la oficina para ir a abrir el Kamikaze.

—Aquí nadie ha llamado —protestó—. Sólo llegaron facturas y el aviso de que nos cortan el teléfono si no pagamos mañana. Así que hable rápido, jefezo.

Le fastidió aquella noticia, pues tenía la convicción de que con el cheque de Lecuona tenía para cubrir las deudas, pero después recordó que no le había ordenado a Suzuki pagar las cuentas.

—Te tengo un nuevo encargo —le anunció. La cafetería estaba vacía y las dependientes cuadraban la caja—. Mañana tendrás que viajar a Santiago y recorrer todos los talleres de chapistería de autos Ford de la capital.

—Ya era hora de que se decidiera a vender el Lada, jefe. El cacharro ese es una vergüenza.

—No, Suzukito, por nada del mundo me desharía yo de mi carro vitalicio.

—¿Y entonces?

Le resumió la historia del Mexicano y el episodio de la raya que el Rambo había hecho en la Expedition, y le dijo que debía dar con el garaje donde reparaban ese vehículo. Iba a ser una tarea engorrosa, pero debía cumplirla.

—Mañana saldré a primera hora a Santiago, jefezo, y no se preocupe, removeré cielo y tierra, y lo mantendré informado. Por cierto —dijo al rato. El aparato ya anunciaba que el tiempo se acababa.

—Dime.

—Sería bueno que se consiguiera un celular, y postulara a un crédito en Falabella o Almacenes París para comprar un ordenador.

—¿Y desde cuándo esa pasión por la *high-tech*?

—Jefazo, no se olvide de que soy japonés y lo mío es la electrónica. Lo que pasa es que madame Eloísa adquirió un computador y me enseñó ciertos trucos para archivar datos.

La comunicación se cortó y Cayetano permaneció unos instantes sonriendo pensativo ante el teléfono. Suzuki no dejaba de tener razón, debería pensar en un computador, sobre todo ahora que él estaba aprendiendo a manejarlos en casa de su amante, la dueña del salón de masajes del barrio Almendral, hasta donde llegaba a veces gente del Parlamento. Madame Eloísa marchaba con los tiempos y él debía imitarla.

Abandonó el local despabilado y entró al Lada. El parabrisas estaba cubierto de gotas, la cafetería, iluminada por los tubos fluorescentes, parecía lejana, como en una película en blanco y negro, y en el carro olía a bencina y a un extraño perfume medio dulzón. No supo por qué pensó en Humphrey Bogart mientras arrancaba el motor y encendía los faroles. Al mirar por el retrovisor se encontró con el rostro impávido de un hombre sentado en la parte posterior del auto. Un escalofrío le bajó por la espalda hasta el mismo nacimiento del culo.

—Buenas noches, cubano —dijo el hombre con voz gutural—. Andábamos patrullando por aquí y mira, la suerte, nos encontramos con tu cacharro y decidimos refugiarnos en él hasta que pase la lluvia. ¿No te molesta, verdad?

—¿Quién es usted? —preguntó Cayetano acercando con disimulo una mano al pecho. Pretendía extraer la pistola. En los últimos meses arreciaban los asaltos y robos de vehículos a mano armada.

El rostro del desconocido se acercó al detective de modo que éste pudo aspirar a fondo su perfume de dudosa calidad; que hedía como las aguas de colonia rusas en La Habana de los ochenta. Después sintió un palmoteo en el hombro.

—Sin ponerse nervioso —advirtió el desconocido—. El amigo que me acompaña tiene la pésima costumbre de cargar siempre una Luger consigo y como no goza de buen pulso, dispara al bulto. Resultado: forado occipital para los que pierden la calma. Esos sí que nunca reclaman después. Así que tranquilito, tranquilito.

Inclinó ligeramente la cabeza hacia la derecha y a través del retrovisor vio al otro pasajero y pudo comprobar que el hombre no exageraba con la descripción de la pistola.

—¿Qué quieren?

—Aquí soy yo quien hace las preguntas.

—Entonces hágalas.

Sus ojos ya acostumbrados a la oscuridad pudieron comprobar que se trataba de un tipo pálido, de rostro aguzado, nariz huesuda y pelo negro. Debía frisar los cuarenta.

—Andas metido en un caso que lleva Investigaciones —anunció el hombre—, y no es conveniente que sigas inmiscuyéndote en eso, porque confundes a los familiares del finado.

—¿Se refieren al caso Lecuona?

—Te vamos a quedar muy agradecidos si te retiras hoy mismo del asunto y lo dejas en manos de quienes debe estar, la policía oficial.

Cayetano intentó volver su cabeza, pero se encontró con la resistencia fría del cañón de la Luger.

—Soy un detective privado y me están pagando para investigar.

—Mentira. Los Cisneros no te necesitan, y ya te lo dijeron. Así que a partir de mañana te levantas temprano, pero con otros propósitos.

—¿Y si me niego?

—Recuerda que eres extranjero y que cualquier día puede vencer tu permiso de residencia en este bello país, aunque estés *aplantado* —advirtió el hombre con una sonrisa forzada—. ¿Te imaginas adónde irías a estas alturas de la vida? ¿Y qué harían tu mujercita y tu ayudante sin ti?

Aún sentía la presión del arma contra su cuello. Los vidrios del coche se habían empañado y la lluvia golpeaba sobre el techo y de lejos llegaba el zumbido de los vehículos que corrían entre Santiago y la costa. La imagen borrosa de un vehículo se detuvo de pronto junto al Lada.

—Entonces estamos de acuerdo, ¿verdad? —preguntó el hombre abriendo la puerta trasera. El otro lo imitó por su lado—. Sabemos que eres un tipo precavido. Mañana te tomas el cortadito en el Bosanka y lees *La Tercera* con amnesia total sobre el caso. Y no se te vaya a ocurrir alguna gracia mientras nos alejamos.

Envueltos en los impermeables, los hombres se apearon del Lada y abordaron el vehículo contiguo. Sus luces rojas se diluyeron en el aguacero nocturno.

A la mañana siguiente, que emergió fresca, despejada y con mar jaspeado, Cayetano Brulé bajó en el funicular al plan, entró al Bosanka y ordenó su cortadito de costumbre y un Barros Jarpa, y se enfrascó en la lectura siempre amena de la columna de Javier Ortúzar sobre la inquietante actualidad del país.

Desde los estanquillos los periódicos se referían al aislamiento en que se encontraban Temuco y Osorno por la rebelión mapuche, a la exigencia de la Unión Europea de que el gobierno postergara la explotación de los bosques australes hasta que los ánimos se hubiesen calmado, y a la amenaza de la compañía forestal de abandonar el país. Todas las portadas destacaban asimismo que Investigaciones no avanzaba de modo sustancial en las diligencias relacionadas con el asesinato de Lecuona.

—Los ajusticiamientos entre narcotraficantes ya no interesan a nadie —comentó Mustafá recogiendo con premura el diario del mesón cuando Cayetano terminó de examinarlo—. Son el pan de cada día, y yo observo hasta con alivio que estos delincuentes terminen eliminándose entre ellos. Ya ves como Iquique y Arica están cayendo en manos del narcotráfico.

De la Sony, instalada en una repisa entre botellas de Bilz y Pap, llegaba la voz de un homeópata de pacotilla recomendando tabletas contra la constipación y las hemorroides. Afuera los buses y colectivos congestionaban implacables la calle Blanco.

Se pasó la servilleta por el bigote con gesto cardenalicio, a la vez que se preguntaba quién diablos estaría actuando desde las sombras para evitar que sacara a flote la verdad. Bebió un sorbo breve del cortado —mientras más viejo y avaro, mejor preparaba el café el Mustafá— y reflexionó sobre los asuntos que le resultaban llamativos. De partida, los matones de la gasolinera habían actuado con la osadía propia de quien goza de impunidad. A uno de ellos se le había escapado la palabra «aplatanado», que era un cubanismo para referirse a quien se adapta a la Isla. «Recuerda que cualquier día puede vencer ese permiso de residencia, aunque estés muy aplatanado», le habían advertido. Eso indicaba que al menos uno de ellos conocía bien Cuba.

¿Pero quiénes eran esos hombres? ¿Quién los protegía como para desplazarse armados? ¿Eran «los africanos» del Conde Rojo, gente que había hecho del espionaje su razón de ser en la política, o ex agentes de la policía política de Pinochet, que vivían al amparo de la amnistía pese a sus crímenes? ¿O simplemente ultraizquierdistas autónomos? Arrancó con fruición un nuevo trozo al Barros Jarpa

admitiendo, al comienzo de una vieja canción de Buddy Richard, que de una u otra forma pisaba terreno minado.

También le resultaba curioso que Cisneros se hubiese mostrado tan agresivo hacia él. Aquello no era lógico. A fin de cuentas, él era la última persona con la cual Agustín se había contactado. Su actitud permitía suponer que había sido predispuesto en su contra por el «Pipa» Núñez. Y en ese caso era probable que existiera un nexo entre el «Pipa» y los matones, en una palabra, entre el Conde Rojo y los tipos de la gasolinera. ¿Qué sabía Lecuona como para que lo asesinaran? Y al final reemergía, como una ola empecinada, la duda constante: ¿Por qué Lecuona lo había buscado a él?

Aunque en Investigaciones lo consideraran un intruso capaz de husmear hasta en los latones de la basura, él no cedería, se dijo al encender el primer cigarrillo de la mañana. Llevaría adelante su propia pesquisa no sólo debido al pago anticipado de Lecuona, sino también porque el enigma comenzaba a apasionarlo. Calculó que a esa hora Suzuki estaría ya en la capital recorriendo los garajes donde reparaban automóviles Ford. Abrigaba la esperanza de que su labor resultase fructífera, pues a lo mejor la pintura de la Expedition sólo la vendían en ciertos talleres. Si ubicaba el vehículo, identificaría al dueño, y con él la pista clave hacia los asesinos.

—¿Otro sanguchito, Cayetano? —le preguntó Mustafá rescatándolo de sus cavilaciones.

—Me como uno más y reviento.

—Un jugo de naranjas te abre espacio. Además, tengo un mote con huesillo heladito.

—Mejor otro día.

—¿Podría ser un nuevo cortado?

—Sólo si te queda tan soberbio como éste.

Vio cómo Mustafá trasteaba en la máquina italiana y pensó que no debía otorgarles tanto crédito a las palabras del Mexicano. Tal vez el Rambo era sólo un invento de su imaginación para ganarse los billetes que él le había puesto en perspectiva. O quizás el rayado o, peor aún, la Expedition no existía. No debía precipitarse. Lo aconsejable era esperar pacientemente, pagar las deudas y seguir indagando. En todo caso la versión dada por el Mexicano podía arrojar algo. Vacío la taza en el mismo instante en que Mustafá le colocaba el segundo cortado sobre la barra y sonaba el teléfono.

—Tu chino —anunció el dueño del Bosanka con el auricular en la mano y cara de pocos amigos—. Sé breve que seguro está llamando de uno de esos famosos celulares.

—Dime, Suzukito.

—Le tengo buenas noticias, jefazo.

—Confiesa, entonces.

Alertado por las palabras de Cayetano, Mustafá se alejó fingiendo secar una

tacita. No le apetecían confidencias de ningún tipo, menos aún entre policías medio clandestinos.

—La pintura metálica rojo toreador, que así se llama —afirmó Suzuki carraspeando para darse importancia—, sólo la aplican en las plantas de los concesionarios o en garajes autorizados por la Ford.

—Magnífico. A ese paso daremos pronto con el dueño del vehículo —exclamó Cayetano mientras se atusaba las puntas del bigote—. ¿Qué harás ahora?

—Con esto me voy derecho a visitar los garajes que tengo apuntados en mi lista. Son doce. Después de esto, me tiene que subir el sueldo, jefazo.

—Aumenta mejor el precio de esa horrorosa merluza frita con puré de papas y ensalada, que tienes la osadía de ofrecerles en el Kamikaze a las asalariadas del sexo.

—Si lo subo un solo peso, se me marchan con proxenetas y clientes al Rey del Pescado Frito, jefazo. En la subida Ecuador abunda la competencia desleal con precios de dumping.

—Está jodida entonces la cosa. A lo más podría proponer que te levanten un monumento con recursos públicos. Te presento como político y lo sacas rápido. En fin, manténme informado. Ya sabes dónde llamarme.

—No a este teléfono —aclaró Mustafá serio mientras Cayetano le devolvía el auricular.

—Mira lo que te voy a decir, Mustafá.

—Dime, Cayetano.

—Suzukito será el último en este país en andar con celular.

—¿Ah sí?

—Sí. Con lo que le pago, no le alcanza ni para tarjeta telefónica.

—Pues, mira que su madame Eloísa ya compró hasta CD-Rom.

—Déjate de pendejadas mejor, Mustafá. Tú sabes a lo que ella se dedica, y ponme ahí mejor un mote con bastantes huesillos, que tengo ganas de celebrar...

Se quedó pasmado al divisarla junto a la puerta de su oficina, al final del pasillo. La cabellera ocultaba el perfil y brillaba bajo el parpadeo del tubo fluorescente. Ensimismada, ni se había percatado de que Cayetano acababa de salir del ascensor y se le aproximaba.

—Lourdes —exclamó él sin poder reprimir un temblor en su voz.

La hizo pasar a la oficinita y tras ofrecerle un café, que ella aceptó gustosa, puso la cafetera sobre la hornilla. Abajo la ciudad respiraba atosigada por el calor de la mañana. Ella tomó asiento al otro lado del escritorio en perenne desorden y dijo:

—Vine a verlo, porque le debo una explicación.

—No se preocupe. Usted y su marido son libres para encargar la investigación a quien deseen. Son las reglas del mercado, como decimos hoy. Yo voy a seguir el asunto por mis propias pistolas.

Le explicó que no compartía el exabrupto de su marido, quien esa mañana había viajado temprano a Buenos Aires por asuntos de negocios. Ramón no perdía a menudo los estribos, pero en la víspera habían tenido que soportar tediosos interrogatorios en Investigaciones y una entrevista en el consulado norteamericano, lo que había terminado por agotar su paciencia.

—¿Quién le recomendó alejarse de mí? —preguntó Cayetano mientras servía el café en tacitas.

—Nadie. En realidad el inspector Núñez sólo nos dijo que era mejor que la investigación la condujesen ellos. Pero no se refirió a usted, sólo a la conveniencia de que todo se centralizase en ellos. Dijo que en Chile es inusual que un detective privado investigue de forma paralela.

—Yo estaré viviendo en China, entonces.

Ella bebió un sorbo y aprobó el café con un movimiento de cabeza.

—Bueno, ya me pidió las excusas y yo se las acepté —dijo de improviso Cayetano, jugándose el todo por el todo—. Pero ahora no tiene para qué retirarse —agrego cuando notó que ella se ponía de pie—. Sí me gustaría que me ayudase con datos sobre Agustín. Para mi propia investigación, usted sabe.

Le entregó varios detalles importantes. En primer término, que su primo no era el hombre rico que pintaba la prensa chilena. Si bien su padre había amasado una fortuna mediante una cadena de supermercados y la especulación bursátil, a su muerte, ocurrida diez años atrás, había donado gran parte de sus medios a fundaciones sin fines de lucro y obras de caridad, dejando una suma relativamente modesta a su hijo, con quien jamás logró mantener una relación fluida.

Tal vez esa falta de comprensión se debía a que Agustín rechazaba aquello que para su padre era importante: un cartón del MBA y que lo asistiera en los negocios. Pero Agustín, quien tocaba el saxófono y amaba el jazz tanto como la antropología cultural, había terminado a duras penas su educación media en un exclusivo internado de la Florida sin aceptar jamás los planes de su progenitor.

—Nunca le atrajo la idea de llevar una vida como la que quería su padre —precisó con tristeza Lourdes—. Por el contrario, se dedicó a viajar por el mundo y a escribir de vez en cuando para revistas alternativas, e intentó, sin mayor éxito, publicar unas novelitas de corte policial.

—Me gustaría leerlas.

—Eran pésimas —aseveró cruzando las piernas, mirando a Cayetano con ojos agudos—. Soy literata doctorada en Cornell y sé lo que digo. Admito que tenían una trama interesante, pero de allí no pasaban, estaban definitivamente mal escritas.

—De todas formas me gustaría leerlas. ¿Él nunca le contó que tuviese enemigos?

—¿Enemigos? ¿De qué tipo?

Cayetano abrió los brazos con el cigarrillo prendido entre los dedos.

—Bueno, todos nos buscamos enemigos —afirmó—. A veces porque nos metemos en lo que no debemos, en cuentas ajenas, negocios ajenos o lechos ajenos. Usted me entiende.

Ella se humedeció los labios con la punta de la lengua y dijo:

—Nunca me habló de enemigos.

—¿Y de dónde venía Agustín cuando llegó a Chile?

—Andaba en uno de sus periplos interminables por el mundo. En eso se gastaba el dinero. Parece que de San Petersburgo, porque después recibí una tarjeta postal suya de esa ciudad.

—¿Y en qué andaba por Rusia?

—¿Qué sé yo? —preguntó mortificada. Cayetano creyó percibir que sus ojos se aguaban.

Ella le explicó que su primo tenía algo interesante entre manos la noche en que la había llamado desde el aeropuerto de Miami. Eran cerca de las once de la noche y él estaba a punto de abordar el vuelo de American Airlines a Santiago de Chile, ciudad que no conocía. Le reveló que investigaba algo gordo y que confiaba en que el asunto no se le escapara de las manos.

—¿Y cuándo le habló de mí? ¿Esa noche?

Lourdes apartó con gracia la cascada de cabellos de su rostro.

—No, exactamente hace cinco noches. Ahí me dijo que la cosa se había puesto brava y que tendría que recurrir a un detective privado cubano, que vivía en Valparaíso.

—¿Le contó eso a Investigaciones?

—Lo mencionó Ramón, y Núñez tomó nota, pero no me pareció que le preocupara mayormente.

Cayetano probó su café y tuvo que reconocer con hidalguía que no le quedaba como a Mustafá.

—¿Y qué interés los trajo a ustedes a Chile? —preguntó—. Entiéndame bien: ¿por qué vinieron ustedes y no otros familiares de Agustín?

Ella le explicó que en realidad su primo era un ser solitario y misterioso, y ella la única persona de la familia extendida —sí, utilizó ese concepto sociológico que a Cayetano le causó gracia— con la cual él mantenía contacto regular. Lo veía de vez en cuando en Miami, almorzaban en el Versailles, de la Little Havana, cuando a él lo asaltaba la nostalgia por Cuba, o en el Déllano, si le apetecía algo sofisticado, o bien en el Abracci, cuando deseaba comida italiana.

—Si no me equivoco —Cayetano soltó una bocanada de humo hacia la ampolleta desnuda del cielo. Desde abajo subían a ratos los bocinazos—, el Déllano es un hotel con habitaciones muy confortables...

—Sí —afirmó ella y de pronto se ruborizó—. Es decir, creo que sí.

Sintió que la había calzado de lleno. Con un sentimiento de satisfacción vació la tacita de café y volvió a aspirar el Lucky Strike.

—O sea que tenemos a un Agustín viajero —resumió—, que le anuncia desde el aeropuerto que tiene algo misterioso entre manos y es asesinado en Chile antes de que me revele la verdad de todo.

—Así es.

Meditó unos instantes, mientras se paseaba por la oficinita lanzando miradas hacia el molo de abrigo, y luego, tras detenerse junto a Lourdes, preguntó:

—¿Y ustedes van a volver ahora a Miami y dejar el asunto en manos de Investigaciones?

—Bueno, mi marido ya se fue —le recordó ella. Un dramático pitazo de barco llegó por el aire—. Yo me quedo esperando la repatriación del cadáver, y luego volveré a Miami. El resto de los asuntos prácticos habrá que solucionarlos desde allá.

Cayetano jugó unos instantes con el cigarrillo mientras ella echaba a vagar sus ojos por el despacho. La sorprendieron el viejo teléfono entre las carpetas, el título otorgado por un instituto de estudios a la distancia, y un ropero de madera cuyas puertas no cerraban a causa del desorden de archivos que reinaba en su interior.

—Si quiere que le sea franco —agregó dejando escapar el humo por la nariz—, esto me huele a crimen político. Su primo puede haber sido fidelista, según la prensa.

—Fidelista jamás —aclaró ella molesta—. Él sólo se unió a una brigada juvenil de cubanos nacidos en Estados Unidos, pero se decepcionó hace mucho de la revolución.

—De los arrepentidos es el reino de los cielos. El mundo está lleno de renegados. Mire en Chile, unos reniegan del comunismo, otros de la dictadura. Claro que me temo que con gente así no se puede construir al final nada permanente, que digamos.

—Pero Agustín no fue fidelista.

—Da lo mismo. Pudo haber sido considerado fidelista por algún exaltado y eso

basta. ¿Me entiende?

—Trato.

—Estuvo en San Petersburgo, conoce Cuba y llegó a Chile con información valiosa, que le cuesta la vida. Hay rumores de que intentó hablar con el jefe del espionaje chileno. ¿Lo sabía?

La pregunta la anonadó. Resultaba extraño que el Pipa Núñez no se lo hubiese mencionado. Supuso que ella comenzaba a desconfiar del hombre de Investigaciones.

—Bueno, creo que aquí nuestros caminos se separan —concluyó en tono imparcial.

Hubiese preferido invitarla a un restaurante vedado para su estirpe: al Los Porteños, en el mercado del puerto, que servía unas marineras de chuparse los bigotes, o al Cinzano, para que escuchara tangos y probara chorrillanas. Pensó también en un sitio más sofisticado, La Cuisine, por ejemplo, donde preparaban deliciosos champiñones rellenos mientras uno escuchaba a la Edith Piaf y bebía Pernod.

Lourdes se puso de pie.

—En fin —dijo—. Me interesaba presentarle mis excusas, Cayetano.

—No se preocupe, todo está ahora más claro.

—Entonces me marchó tranquila. Que tenga un buen día.

Sus miradas se cruzaron en silencio como si ambos se hubiesen quedado de pronto sin libreto en aquel escenario. Cayetano no supo si debía acompañarla hasta el ascensor o la planta baja. En realidad, la torpeza lo paralizó y sólo pudo abrirle la puerta para que ella franquease el umbral.

—Ojalá las cosas salgan bien —comentó con el presentimiento de que la veía por última vez.

Ella salió al pasillo con un suave vaivén de caderas bajo el traje sastre. No se volvió a mirar al detective cuando abordó el ascensor.

—¿Y qué bicho te picó ahora? —le preguntó el Escorpión estrechándole la mano.

Se habían reunido en una cafetería del metro Pedro de Valdivia, donde era posible consumir un café nada detestable y unos Barros Jarpa en verdad inocuos. Era mediodía, pero el local aún estaba semivacío, a la espera de la oleada de oficinistas que sale a almorzar cerca de la una.

—Vine a hacerte una confesión —dijo Cayetano mientras se sentaba a la mesa junto al inspector. A través de los cristales, por entre pasteles y panes, podían ver los transeúntes que entraban y salían apresurados de los trenes—. Como cobré el cheque de Lecuona, no me queda más que seguir investigando.

El Escorpión alargó cejijunto una bolsita de maní confitado que cargaba en el bolsillo y preguntó en voz baja:

—Yo que tú me iba de vacaciones a República Dominicana a bailar merengue y conquistar una mulata, en lugar de andar con esos remilgos de solterona especulativa. Además, lo mejor es que te alejes del asunto Lecuona.

Los interrumpió una mesera entusiasta y pícara. Optaron por el menú ejecutivo: entrada palta reina, guatitas a la italiana, refresco, pan, gelatina y un nescafé. Era para ejecutivos más bien modestos a juzgar por el precio. Pidieron aparte sendas Becker.

—¿Por qué quieres alejarme del asunto?

El Escorpión le ofreció más maní mientras lo escrutaba con ojos atentos. Había un fulgor verdoso en sus pupilas.

—¿Cómo por qué? ¿No te dije la vez pasada que al parecer el Conde estaba involucrado en esto?

—¿Y eso?

—Te puedes buscar un tremendo lío.

Le contó con lujo de detalles el abordaje de los matones en la gasolinera, lo que hizo que el Escorpión viera corroborados sus temores. Todo apunta en esa dirección, aclaró. El «Pipa» Núñez, aliado del Conde en Investigaciones, tenía el caso Lecuona congelado en sus manos. Se rumoreaba en la institución que había una decisión política de por medio, impulsada por La Casa y respaldada por el gobierno. No había que ser tan ingenuo como para creer que las gestiones investigativas conducirían a un esclarecimiento del asunto. Algo brumoso, tal vez siniestro, que nadie alcanzaba a vislumbrar con precisión, se ocultaba detrás de la maniobra.

Con un escándalo que los devolvió de súbito a la cafetería, la dependienta colocó el pan batido, la mantequilla y las cervezas con los vasos sobre la mesa y se marchó anunciando que ya traería la palta reina a los caballeros. Palta reina, pensó Cayetano,

¿cuántas veces había comido palta reina en Chile? Tal vez la palta reina era el verdadero plato nacional de Chile. Cuando menos, debería estar en el escudo, pensó llenando el vaso de cerveza.

—¿Y estás seguro, que Lecuona habló con el Conde? —preguntó.

—Sólo te dije que los llamados a la secretaría central de La Casa se hicieron desde el cuarto de Lecuona en el hotel Carrera —aclaró el Escorpión. La espuma también coronaba ya su vaso—. Eso lo registraron mis hombres y yo vi el parte con mis propios ojos.

—¿No es seguro de que habló con el Conde, entonces?

—La secretaria del Conde reconoció ante la prensa que había recibido llamadas de un desconocido de apellido Sami, que deseaba hablar con su jefe, pero aclaró que no lo comunicó con él porque carecía de referencias sobre su persona. Allí muere la cosa, al menos en términos públicos. Pero a mí toda esta martingala me resulta dudosa...

—Bueno, ¿quieres que investigue o me haga el loco? No te entiendo, viejo.

—Ya te dije, yo que tú me iba a Punta Cana.

Esta vez la mesera volvió no sólo trayendo la palta reina, sino también las guatitas a la italiana. No era fácil comerse una palta reina aspirando al mismo tiempo el olor a guatitas.

—¿Y por qué no te convence la explicación de la secretaria? —preguntó Cayetano.

El Escorpión se inclinó sobre la mesa y respondió engolando la voz con aplomo:

—Porque los tres llamados fueron de cinco a siete minutos cada uno. ¿Raro, no? El tiempo suficiente como para pasarle la llamada al Conde y para que éste intercambiara unas palabras con Lecuona.

—¿Quieres decir que acordaron encuentros y que se reunieron?

—Es posible.

Cayetano dejó de lado la palta, demasiado insípida, y atacó el plato principal. Ese salvaba el honor del localcito. Eran unas guatitas caseras, es cierto, pero blandas y bien sazonadas por la salsa de tomates. Se refrescó con un sorbo de cerveza y se preguntó si acaso el Escorpión no estaría lanzando infundios contra el Conde sólo para desprestigiar al «Pipa» Núñez.

—Y no son meras suposiciones —aclaró el Escorpión como si hubiese intuido las dudas que lo corroían—. La planta telefónica del hotel no miente. Ahí estaba el número de la secretaria del jefe de La Casa.

—Está bien, está bien, Escorpión, por lo mismo. Ahora yo necesito tu ayuda.

—A ver, explícate.

Cayetano se introdujo unas tiras de guatitas en la boca para ganar tiempo. En realidad ignoraba si el policía de buenos modales y flema británica estaría interesado en ayudarlo a esclarecer el crimen.

Si hacía memoria, él lo había socorrido sólo una vez en un caso trascendente: el

asesinato de un maestro de esgrima de la Escuela Naval, que había concentrado el interés de las autoridades y la población durante bastante tiempo. Sin sus conocimientos de Valparaíso ni sus soplones, el Escorpión jamás habría hallado a los criminales. Desde entonces se había ido consolidando esa relación algo vaga, pero de cierta forma fiable, entre un policía oficial y un investigador privado, algo poco común, por lo demás, ya que los primeros consideraban a éstos simples diletantes.

—Necesito hablar con el Conde —dijo Cayetano de pronto. El tenedor, con un trozo de guatita ensartada, quedó a medio camino entre el plato y la boca del Escorpión.

—¿Con el Conde? —tartamudeó.

Le divertía el espanto que causaba su petición. Apartó el plato y el vaso a la vez que dirigía una mirada hacia los pasteles de la vitrina. Un niño mendigo contemplaba hambriento las golosinas con la nariz aplastada contra el cristal.

—Sí, con el Conde Rojo —subrayó—. Necesito hablar con él.

—No te va a recibir. Recuerda que La Casa ni siquiera existe oficialmente. Si la institución no existe, mal te puede recibir su director.

La mesera salió a corretear al niño de mala gana y Cayetano lamentó no haberle comprado un *berlín*. El menor ya se confundía, atemorizado, con la marejada de transeúntes.

—¿Y entonces qué hago, Escorpión? —preguntó acariciándose los bigotazos—. ¿Dejar que el crimen de Lecuona se hunda en el olvido? ¿Esperar a que un día te pasen el caso a ti?

—Recuerda, Cayetano, que el Conde y La Casa no existen. ¿Entiendes? Operan, pero no existen.

—¡No puede ser que no exista un hombre que se desplaza por esta ciudad en coche blindado y con guardaespaldas, coño! ¿O estoy loco?

El Escorpión se pasó la servilleta por la frente, bebió de su cerveza y luego dijo:

—Si quieres una entrevista con el Conde, tienes que llamar al ministerio de cooperación y decir que planeas donar recursos para el desarrollo de una comuna pobre. Quizás en ese caso te comuniquen con él, porque su cobertura y su justificación presupuestaria están en el ítem de desarrollo regional.

—¿Y crees que me reciba?

—No lo creo. En el mejor caso te recibirá Franco, su segundo, formado en Múnich. Ahí puedes intentar subirte al carro. Tiene su oficina en la misma casona del Paseo Bulnes, cerca del palacio presidencial. ¿Y qué le vas a decir?

—Algo se me ocurrirá.

—Mira, Cayetano, me estás dando lástima. No pierdas más el tiempo. Si quieres sorprender al Conde, haz mejor lo que te voy a indicar ahora. Pero nunca, ¿me entiendes?, nunca, pase lo que pase, vayas a citarme, pues me hundes.

Lourdes lo aguardaba en el mirador de la plaza Bismarck. La divisó mientras estacionaba el Lada a un costado de la escuela Pedro Montt. Acodada en la baranda de concreto, contemplaba la ciudad y la bahía, que resplandecían plácidas abajo. De jeans, blusa y gorrita beisbolera, poco se asemejaba a la mujer elegante de las ocasiones anteriores.

Cayetano cruzó hacia el mirador arremangándose la camisa. Era una espléndida mañana de enero, de cielo alto y limpio. Una bandada de palomas despegó de la plaza y de lejos llegó el grito de niños. El corazón le anduvo galopando ante la sonrisa fresca de Lourdes.

—Ojalá no me reproche por hacerle perder el tiempo —dijo ella mientras le ofrecía una mejilla para que se la besara, cosa que él hizo con suavidad.

Lo había llamado temprano a su casa, antes de que él bajara al Bosanka a desayunar. Afirmó que se trataba de algo urgente.

—¿Y qué hace todavía en Valparaíso?

Lila posó una mano sobre su antebrazo desnudo y dijo:

—No le conté toda la verdad de lo ocurrido con el inspector Núñez.

Cayetano sacó la cajetilla que llevaba en el bolsillo de la camisa, escogió un cigarrillo y lo encendió. Le hizo bien aspirarlo a fondo mezclado con el aire prístino y tibio de la mañana, aunque le arrancó una tosecita que comenzaba a repetírsele cada vez que fumaba. Tendría que ir al médico, se dijo.

—¿Quiere confesarse?

—Así es —repuso ella. Bajo la visera parecía aún más radiante su rostro aguzado de labios finos. Tenía una barbilla redonda, perfecta, que Cayetano, guiado por un impulso repentino, deseó acariciar.

—Soy todo oídos —se liberó la presión del nudo de la corbata ante la sensación de sofoco.

—Núñez sí nos ordenó que nos alejáramos de usted o el avance del caso se iba a ver perjudicado.

—¿Y qué comentaba de mí?

—Que era un tipo que no le inspiraba confianza, que iba a aprovecharse de nuestro dolor para cobrar una suma abusiva y que al final no iba a lograr nada como no fuese entorpecer el trabajo policial.

—¿Y qué le respondió usted?

—Ramón le dijo que él sabía cómo actuar con gente así, pero que hablaría con usted sólo para averiguar algo más de Agustín. Por eso lo esperamos en el hotel...

Una micro que pasaba vacía y a la vuelta de la rueda detuvo su marcha junto a ellos. El chofer le dirigió una mirada ávida a Lourdes y después continuó el recorrido.

—Ellos son libres para opinar lo que quieran de mí —comentó con aire indiferente Cayetano—, y usted para creer lo que le convenga. ¿Me ha citado sólo para eso?

—Lo hice porque ellos no han avanzado nada, y usted, pese a que trabaja por su cuenta, ya ha logrado cosas. Me extraña que traten de indisponernos justo con quien más investiga.

—Le agradezco la honestidad, Lourdes, pero para eso bien pudo haberme telefoneado.

—No lo hice por miedo.

—¿Cómo?

—Creo que me siguen —aclaró.

Cayetano se dio vuelta discretamente para barrer el entorno con la mirada. Vio la avenida desierta, la plaza con sus palmeras, gorriones y chincoles, huérfana del busto de Von Bismarck, que los cacos del cerro robaban cada vez que la embajada alemana colocaba una nueva, y más allá, como telón de fondo, los muros altos y grises de la escuela. Andaba sin cola al menos en ese momento.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo la impresión —dijo encogiéndose de hombros, nerviosa—. Tal vez interceptan mis llamados telefónicos. Por eso no he vuelto al Plaza San Francisco. Siento que unos hombres me siguen.

No podía descartar esa posibilidad después del episodio con los matones en la gasolinera. Era evidente que alguien observaba de cerca el asunto.

—¿Y dónde está parando usted ahora?

—En el Brighton, del paseo Dimalov.

A él le parecía acogedor ese hotelito instalado en una casa victoriana. Desde una ladera del cerro Concepción dominaba parte de la ciudad. Era un lugar tranquilo, limpio y cercano al centro porteño.

—Quiero hacerle una oferta —continuó ella—. Quiero que usted siga investigando. Si son razonables sus honorarios, no habrá problemas. Creo que usted puede ayudarnos. Núñez no me despierta confianza. Más le interesa que yo lo saque a usted del juego. Y desconozco sus motivos. ¿Acepta?

—¿Su esposo sabe de esta oferta?

—Para serle sincera, no.

Le sugirió que caminaran hacia el sur. Por allí la avenida estaba más arbolada y se hacía más íntima, y discurría entre las casas levantadas por comerciantes alemanes e ingleses a mediados del siglo XIX, cuando Valparaíso era una ciudad próspera e importante. Terminó su cigarrillo, lo aplastó contra un poste y lo arrojó después a un tarro con desperdicios.

—Mis honorarios podemos arreglarlos más tarde —dijo tratando de sonar

ecuánime, aunque le urgían unos pesitos en medio de la crisis económica—. Ahora necesito saber quién era realmente Agustín.

—Ya se lo conté.

—No me ha contado toda la verdad, Lourdes. No me ha dicho, por ejemplo, que mantenía una relación amorosa con él.

Sus mejillas se sonrojaron. Se detuvo cerrando los párpados y soltó un suspiro de fastidio.

—¿Cómo lo averiguó?

—Por la forma en que habla de él, y porque me dijo que almorzaban en el Délano. Muchos amantes se reúnen allí para pasar después a una habitación... Yo haría lo mismo.

Lourdes admitió la relación amorosa y dijo que su esposo la había descubierto. Sin embargo, tras una separación temporal y su promesa de que rompería con Agustín, el matrimonio se había reconciliado. En verdad se sentía dichosa junto a Ramón, aseguró. Era un hombre bueno, que la amaba pese a que no le había dado hijos, y le brindaba protección, cariño y estabilidad económica.

—¿A qué se dedica su marido?

—Es socio de una exportadora de fruta en California.

—Pero usted no dejó nunca de verse con Agustín. ¿Verdad? —preguntó Cayetano acariciándose el bigote con parsimonia.

—Así es.

—¿No pensaron en casarse?

—Agustín no estaba para compromisos. Lo suyo era viajar, tocar el saxo, escribir sus novelitas y artículos, y navegar a vela. No quería asumir responsabilidades.

—¿Y entonces por qué usted no terminó la relación si se lo había prometido a Ramón?

—Fue imposible hacerlo —dijo consternada—. Usted debería entender.

—¿Y eso duró hasta la muerte de Agustín?

—Sí.

Pasaron frente a un almacén. Luis Miguel cantaba por una radio a todo volumen. Caminaron un rato en silencio, escuchando la letra, que prometía el renacimiento de un amor fenecido.

—¿No se le ha pasado por la mente que su marido tenga algo que ver en todo esto?

—Sí, pero no lo creo. Ramón no es de ese tipo de hombres. Se habría divorciado sencillamente. No, él creyó que nos habíamos separado.

—Debo advertirle que soy un detective muy particular. Si descubro que mi cliente es el culpable, lo denuncio. Comienzo un caso por la paga, pero lo continúo por un instinto de justicia.

—Ya le dije, mi esposo sería incapaz de algo así.

—Está bien, yo sólo cumplo con advertirla. Y ahora, querida Lourdes, pasemos

entonces a lo de mis honorarios.

Sentado pacientemente en un boliche de la plaza Waddington junto a un cafecito aguado, Cayetano Brulé esperaba a que el Fonola pasara en su taxi colectivo por la avenida Gran Bretaña. Eran las tres de la tarde, la mejor hora para una siesta, el calor rajaba las piedras y el viento escarmenaba los cirrus en el azul del cielo.

Ya comenzaba a apasionarle el caso Lecuona. El «Delenda est Australopitecus», la relación entre Lourdes y Agustín, los celos de Cisneros, la actitud del «Pipa» Núñez, la aparición de los matones, el papel de La Casa, en fin, todos esos enigmas ejercían ahora una seducción irresistible sobre él. Como si no bastara, Suzukito, que buscaba la Expedition en Santiago, desde hacía rato no daba señales de vida. Ojalá no despilfarrara con una conquista ocasional el dinero que le había confiado, porque el japonés aquel era capaz de cualquier cosa con tal de llevarse a una mujer a la cama.

Y ahora él aguardaba allí, junto a la Becker que ya había pagado, aspirando aburrido la brisa refrescante que se aventuraba hasta la barra y agitaba el polvo del piso. En algún momento vería allí al hombre que, según el Escorpión, podía conducirlo hacia el Conde Rojo. Era cosa de paciencia.

Y cuando el Fonola apareció, Cayetano supo que era su día de suerte, porque el Nissan negro iba vacío y a la vuelta de la rueda. Bebió un último sorbo y salió corriendo en demanda del vehículo. Se sentó en el asiento trasero y le ordenó al conductor que no recogiera más pasajeros y lo llevara a Las Torpederas, una playa cercana y de aguas tranquilas.

—¿Quiere que lo espere allá, caballero? —preguntó el Fonola examinando a Cayetano de reojo a través del retrovisor.

—Sería lo mejor.

Con que ése era el Fonola. No se veía mal. Tendría unos cincuenta años, algo panzón, de ojos verduscos y pelo chuzo, y siseaba al hablar. Parecía un hombre a medio camino, como si se hubiese congelado entre feo y buen mozo, entre un ser vulgar y uno educado, entre un tipo pusilánime y otro seguro, en fin, un proyecto a medias, algo que no había cuajado y que no debía constituir precisamente motivo de orgullo para nadie.

El Fonola manejaba el Nissan esquivando baches y a prudente distancia de los vehículos que lo antecedían. Sólo su preferencia por el casete de Silvio Rodríguez que oía, revelaba que antaño había conocido una existencia más emocionante que la de chofer de colectivo en los cerros porteños. Porque en la época de Pinochet, el Fonola se había marchado clandestinamente a Cuba para adiestrarse como guerrillero e instaurar el socialismo en Chile.

Pero los acuerdos de mediados de los años ochenta entre el régimen militar y la oposición habían marginado del juego al Fonola y a numerosos de sus camaradas. Ahora los antiguos guerrilleros subsistían en Chile como taxistas, porteros o empleados de empresas menores, ocultando que habían estado dispuestos a enfrentar a los militares en el único terreno en que nadie los había probado durante más de un siglo: el de las armas.

—Déjeme cerca de la Piedra Feliz —dijo Cayetano mientras pasaban frente al estadio del Wanderers, su equipo favorito.

La Piedra Feliz tenía la virtud de despertar en él evocaciones diversas. Allí no sólo solían suicidarse los protagonistas de amores imposibles, sino que Cayetano se había enterado de aspectos claves de la vida de Cristián Kustermann, un joven idealista asesinado por razones políticas años atrás. Aquel caso, resuelto por él tras un periplo por varios países, le había significado cierta popularidad en Valparaíso, por cuanto el joven era hijo de un empresario de la zona. Pese a todo, la Piedra Feliz era un lugar adecuado para conversar, si es que el Fonola conversaba.

En algún momento de su aventura militar, porque el Fonola había luchado en Angola y Nicaragua, apoyando al MPLA y los sandinistas, respectivamente, los dirigentes de su movimiento le habían comunicado que el proyecto militar se cancelaba, que la democracia respiraba nuevamente en Chile y que las circunstancias demandaban ahora la lucha política, cultural y sindical. Despidete de los hierros, le ordenaron, y él se quedó de la noche a la mañana sin lo único que sabía manejar: el AK-47.

Y ahora conducía un colectivo bajo una identidad falsa. Sí, porque tras su retorno a Chile, y en un instante de debilidad inconfesable, el Fonola había cooperado con la desarticulación de su propio movimiento al ponerse al servicio de La Casa. Tras revelar datos sobre viviendas de seguridad y escondites de armas, el Fonola recibió su paga. Fue el Conde Rojo, encargado entonces de la neutralización del terrorismo en la incipiente democracia, quien le ofreció sacarlo a Europa para darle garantías. Sin embargo, el Fonola, o mejor dicho, su mujer, una muchacha modesta y apegada a su familia, había rechazado la oferta, porque prefería vivir cerca de su madre viuda. Entonces La Casa le financió al Fonola una cirugía plástica, que le acható la nariz y le modificó el arco de las cejas, lo instaló en un departamento céntrico y le obsequió el vehículo que conducía.

—¿Y cómo van las cosas, Alejandro? —preguntó Cayetano cuando el vehículo tomaba la última gran curva frente al Pacífico antes de llegar a la Piedra Feliz. La playa estaba atestada de gente. Alejandro había sido el nombre de combate del Fonola en Angola y Nicaragua.

Simuló no escuchar lo que le decían, pero el rubor en su rostro y un encogimiento casi imperceptible de los hombros le indicó a Cayetano que los datos del Escorpión eran fidedignos, que estaba ante Alejandro, un descolgado del movimiento y ex informante de La Casa.

—Este calorcito seco no lo sintió nunca en Luanda, ¿verdad, Alejandro? — insistió Cayetano—. Tampoco en Managua.

El vehículo se detuvo bruscamente y el Fonola se viró hacia el detective encañonándolo con un revólver. No estaba para bromas. Temía un ajusticiamiento. Seguro sus ex camaradas buscaban su pista por doquier, y cuando lo hallaran, lo acribillarían a balazos y lo tirarían a una zanja.

—Cálmate, muchacho —repuso el investigador con pachorra—, que no estoy solo y no deseo causarte molestia alguna. Sólo necesito tu ayuda y después me ataca la arteriosclerosis.

—¿Qué quiere? —preguntó el Fonola sin bajar el arma, la frente perlada de sudor.

—Ya le dije. Necesito hablar con el Conde Rojo.

—No lo conozco.

—Si te digo que es el tipo que te regaló este cacharrito, ¿se te refresca la memoria?

—¿Quién mierda eres?

—Alguien que necesita ver al Conde Rojo. No tengo nada que ver con tus ex camaradas.

—No sé de quién hablas —repitió con los ojos anclados en los de Cayetano.

—No lo protejas. Todas tus tropelías las conozco porque el Conde las comenta en cuanto se echa unos tragos de más.

—En mis tiempos iba de vez en cuando al club de tenis del Pato Rodríguez, en el Barrio Alto de Santiago —dijo al rato resignado, con voz trémula—. En el gimnasio corría la cinta sin fin, levantaba pesas y después entraba al sauna.

—¿Y se desplaza con escolta?

—Claro, pues. Pero al sauna entra solo.

Desde la puerta del gimnasio, una gran superficie techada, de piso de madera laqueado y amplios ventanales que daban hacia los picos áridos y filudos de la cordillera, Cayetano Brulé divisó al Conde Rojo corriendo sobre una cinta sin fin.

Cruzó entonces el lugar cuasidesierto en bermudas y camiseta, atuendo que denunciaba a gritos su exceso de peso y falta de aeróbicos, y no tardó en constatar lo que temía: dos hombres vigilaban los movimientos en torno al jefe de La Casa desde la distancia. Llevaban ambo, corbata y anteojos calobares, y seguro pistolas de servicio bajo la chaqueta. Subió a una cinta próxima al Conde y echó a caminar a una velocidad moderada.

Quince minutos más tarde, cuando se encontraba al borde de la taquicardia y las zapatillas le apretaban los juanetes, soltó un resoplido de alivio al ver que el Conde se dirigía hacia las pesas. Detuvo la máquina y lo siguió. No tardó en descubrir la causa por la cual el Conde fortalecía ahora los pectorales: una rubia de edad mediana y malla negra. La mujer parecía meditar sobre una colchoneta en la posición de loto mientras el Conde le dirigía miradas infructuosas.

Cayetano se aproximó al rincón agitando los brazos para fingir que calentaba sus músculos. Con el rabillo del ojo constató que los guardaespaldas se desplazaban ahora hacia la entrada del gimnasio, desde donde podían ver al jefe a través de los ventanales. El movimiento no era casual, se producía en el momento en que el Conde trataba de dialogar con la mujer. Le alcanzaron retazos del intento: ¿No nos hemos visto antes? ¿Cómo te llamas? ¿Vienes a menudo?

A Cayetano le pareció que el Conde era definitivamente un arribista social. Tras el retorno del país a la democracia, muchos tipos semejantes se habían enquistado en el poder. Habían jugado un papel importante en la lucha contra el régimen militar y eran los mismos que a fines de los años sesenta y a comienzos de los setenta demandaban la expropiación de la burguesía y los terratenientes. Ahora, después de que el exilio los había refinado y les permitía valorar en su justo término el Chivas Regal y el Napoleón, los trajes Hugo Boss y los perfumes Cartier, así como las calles sofisticadas de París y Roma, y tras ejercer durante un tiempo el poder en democracia, terminaban convertidos en burguesitos que viajaban en automóviles con chofer, vivían en condominios exclusivos, jugaban al tenis y al golf, poseían casas de veraneo en la costa e inauguraban consultoras que ofrecían servicios de cabildeo a los mismos empresarios que decenios atrás habían intentado expropiar.

«La vida nos da sorpresas, sorpresas nos da la vida», tarareó para sí Cayetano, y se dijo que las clases sociales se parecían mucho a los pasajeros que intentan subir a

un microbús repleto. Mientras están en la pisadera, pujan para que la gente se mueva hacia el fondo, pero cuando alcanzan un asiento, se olvidan de quienes siguen abajo y apuran al chofer para que eche a andar. Sí, la vida es una micro, sentenció, una micro llena. Y el Conde Rojo un pasajero que viajaba sentado.

La rubia se alejó de pronto, fastidiada quizás por los avances del Conde, dejándolo solo ante las pesas en su impecable tenida de gimnasta. Y cuando se dirigió resignado a los camarines, Cayetano lo siguió, se desvistió rápido y entró al sauna, donde lo recibieron el calor seco, el aroma a eucalipto y la luz opalescente del recinto vacío. Estaba contento, pues llevaba tres días de espera infructuosa en el club y al fin cumplía su objetivo.

Admitió que no distinguía mucho sin gafas. Su miopía representaba una desventaja considerable en un lugar así, pero esperó pacientemente hasta que el Conde, envuelto en una toalla y duchado, entró al sauna y se acomodó en el nivel superior. Entonces Cayetano decidió jugarse el todo por el todo.

—Conde —dijo modulando su voz ronca—. ¿Qué mensaje le trajo Lecuona?

El hombre acusó de inmediato el golpe. Se pasó una punta de la toalla por la frente como para ganar tiempo, bajó la cabeza y miró fijo a Cayetano con sus ojos de moro.

—No conozco a ningún Agustín Lecuona —repuso con frialdad.

—Yo no hablé de Agustín. Sólo dije Lecuona, Conde.

El jefe de La Casa se puso de pie, molesto tanto por haber mencionado el nombre como por el hecho de que alguien se permitiera el lujo de someterlo a un interrogatorio. Desnudo y sudoroso, aferrado a una toalla, debía sentirse impotente. Reparó con estupor que una gruesa y larga cicatriz surcaba el pecho del Conde en forma horizontal. No podía apreciarla con claridad, pero no le cupo duda de que se trataba de una huella de proyectil de la época en que había combatido en tierras lejanas vistiendo el uniforme de las FAR.

—Lecuona habló con usted y me interesa, Conde. Yo investigo en forma privada.

—Ya le dije. No conozco a nadie con ese nombre.

—Vamos, Conde, que usted dirige La Casa.

—Señor, me temo que usted me confunde o está loco.

Su exasperación despertó suspicacia en Cayetano. Quizás no era efectivamente el Conde y había caído en una trampa tendida por el Fonola. Sí, pues, ¿qué razón tenía el Fonola para denunciar de buenas a primeras al funcionario que, según el Escorpión, lo protegía?

—¿Qué le dijo Lecuona, Conde? —insistió situándose delante de la puerta.

—Ya le dije que usted me confunde —repitió el Conde, ansioso por abandonar el sauna—, y tenga la bondad de no cortarme la salida.

Cayetano no se apartó.

—Usted es el Conde, usted es el jefe de La Casa. ¿Por qué lo oculta?

—¿Quiere que pida ayuda, acaso?

—No le conviene. Mañana los diarios anunciarían que tuvo un altercado en un sauna. ¿Se imagina el escándalo?

—¿Qué quiere saber? —preguntó el Conde conciliador, midiendo las consecuencias que despertarían titulares de esa naturaleza.

—Lo que le reveló Lecuona.

—Nunca hablé con él, pero sé a quien usted se refiere, al cubano-americano que murió asesinado en un restaurante del barrio Bellavista. Entiendo que la cosa es complicada, pero a mí no se me habla en un sauna. ¿Cómo es su nombre?

—Brulé. Cayetano Brulé.

—¿Detective, me dijo?

—Sí, privado, de Valparaíso.

—Pues, sí, señor Brulé, si quiere hablarme, puede hacerlo sin problemas, pero no aquí. En este país todos nos entendemos.

—Eso me tranquiliza.

—Soy un hombre serio, dirijo un departamento que lucha contra la pobreza desde la misma presidencia, pero no acostumbro a abordar asuntos de trabajo en un sauna. Llámeme más tarde, deje su teléfono y yo lo ubicaré personalmente.

Tras decir esto, el Conde salió ofuscado y con un portazo. Cayetano intentó relajarse en el calor y supuso que sólo gracias a la sorpresa había conseguido esa cita. Dormitaba en aquel calor que le evocaba a ratos el Caribe, cuando escuchó que la puerta se abría y entraban dos hombres de ambo y corbata. Se incorporó intuyendo que las cosas se complicaban, pero un feroz puñetazo en pleno rostro y un puntapiés furibundo contra los riñones lo hicieron rodar por los peldaños hasta quedar tendido a escasos centímetros del calentador. Después, con la misma celeridad con que había entrado, la pareja abandonó el lugar.

—¿Y me vas a contar al fin qué te ocurrió, Cayetano?

La mañana olía a mar y a café en el Bosanka. Apoyado contra la barra, con un cortadito a su diestra y la calle aún en sombras, Brulé buscaba en *La Tercera* novedades sobre el caso Lecuona. Llevaba un parche curita sobre una ceja y un ojo en tinta, y aún le dolían las costillas, recuerdos todos del fugaz encuentro con los guardaespaldas del Conde. Sin embargo, lo que lo apesadumbraba no era ese episodio desigual, sino la conversación de la tarde anterior con el doctor Elmo Müller.

—Tuve una pequeña disputa con Muhammed Alí, gran califa —repuso el detective sin entusiasmo.

—¿Por dinero o mujeres?

—Por asuntos protocolares, si es que eso te explica algo.

Mustafá mantuvo sus palmas abiertas sobre la barra y examinó con preocupación el rostro de su cliente, quien se sumergió en la columna de Javier Ortúzar. Éste comentaba que los habitantes de Isla de Pascua, inspirados por la rebelión mapuche, comenzaban a exigir mayor atención del poder central y a expresar su interés por integrarse a una confederación polinésica, lo que bien podía marcar el inicio de un progresivo desmembramiento del país a partir de los pueblos autóctonos.

—Te pregunto de nuevo si hubo una mujer de por medio, porque ayer pasó Margarita y me interrogó sobre tus pasos —insistió Mustafá—. Quiere saber si tienes una sucursal por ahí...

El detective encendió un cigarrillo, tosió y lo apagó de inmediato contra el cenicero de metal que descansaba sobre la barra.

—¿Qué le contaste? —preguntó.

—Que tu única amante es la investigación.

—¿Y qué dijo?

—Que eso mismo iba a terminar por joderte.

Sorbió de nuevo de la tacita y siguió leyendo el diario. No quería ver ni hablar de esa mujer. Era bueno que ella sufriera algo, de lo contrario abusaría de él con frecuencia; la mantendría en la incertidumbre, a ver si aprendía. Pero en verdad en esos minutos no le interesaban ni las tribulaciones de Margarita, ni la incapacidad de Suzuki para descubrir el paradero de la Expedition, ni que el profesor Inostroza lo estuviese esperando para conversar sobre el «Delenda est Australopitecus». No, no estaba para nada de eso, porque dos días después de la golpiza que le habían propinado los mastines del Conde había acudido al doctor Müller para que le tomara una radiografía. Y entonces el médico le había dicho algo inesperado mientras

contemplaban sus placas contra la luz de la ventana:

—Tienes todos los huesos sanos. Estás fuerte como un muchachón de veinte, Cayetano, pero encontré una manchita que me preocupa. ¿La ves? Es ésta.

Su índice se posó en una nubecilla de uno de los pulmones.

—¿Y qué es eso? —preguntó Cayetano.

El doctor Müller se cruzó de brazos y apoyó el trasero en el antepecho de la ventana. Tenía el pelo castaño y los ojos verdosos y vivaces, como un bávaro. Abajo se deslizaban lentamente por las calles los trolebuses y las micros, y más allá espejeaba la superficie calma del Pacífico.

—Puede ser la cicatriz de una tuberculosis...

—Nunca he tenido nada. Soy sano como una tuna.

—O bien un tumor —dijo de pronto Müller, inclinando la cabeza, con los ojos fijos en el suelo.

La imagen del cangrejo comiéndole los tejidos no le pareció terrible, porque en un primer momento pensó que jamás podía ocurrirle algo semejante. El cáncer siempre atacaba a los demás, nunca a uno. Pero esta vez quizás no era así. Se dijo que así era simplemente la vida: a cada uno le correspondía sacar a diario un papelillo de la bolsa del destino, y a veces la suerte era perra, como aquel día.

—Pero no quiero que te preocupes, Cayetano —aclaró el doctor con voz tranquila—. Tenemos que eliminar primero la posibilidad de la tuberculosis. Te aplicamos una inyeccioncita y en cosa de una semana sabemos si es tuberculosis o algo diferente.

—Entiendo.

—Pero aunque fuese tumor maligno, tú sabes que ya no son todos letales como antes. Hay que ir por etapas y con paciencia y fe.

—¿Me lo dices para calmarme?

Y al preguntar aquello, pensó en el pobre Mexicano, en que había abierto su boca creyéndole que era médico y podría salvarlo de la cirrosis. Pobre tipo, poco tardaría en descubrir que el teléfono que le había dado no era el suyo. Quizás con la propina pudiera visitar a un especialista auténtico.

—No, te lo digo en serio —repuso Müller mientras se mordía los labios—. En caso de que la tuberculosis arroje negativo, fijaremos una nueva cita para examinar esa mancha. Es un procedimiento complejo, pero necesario. Te haría una biopsia del pulmón. Puede que el asunto no sea maligno, pero en todo caso debes dejar el cigarrillo.

Por eso le daba lo mismo que su oficio terminara por matarlo, pensó mientras plegaba el diario y se lo devolvía a Mustafá, quien no tardó en ocultarlo bajo la barra. Por primera vez se confrontaba con el hecho brutal de que cada uno tenía su tiempo cronometrado en el mundo. Dejar de fumar, se dijo mientras tocaba la textura del cenicero de la barra, ¿valía la pena dejar de fumar a esas alturas? En realidad, los males surgían del hecho indudable de que durante la juventud todos actuábamos como si fuésemos inmortales, concluyó.

—De algo se muere la gente —dijo asumiendo un tono filosófico—. Eso es lo peor de la vida: es tan letal que siempre termina matándolo a uno.

Eché una mirada al reloj. Las once. Iban a tener otro día caluroso. Por la tarde se desataría el viento y los papeles revolotearían por las calles. Aún tenía tiempo para llegar a la casa de Inostroza, el profesor de la Universidad de Playa Ancha, que combinaba su actividad académica con el acarreo de novios y padrinos en el antiguo Mercedes que había traído de Alemania, donde había vivido exiliado.

El teléfono sonó en ese instante. Mustafá, quien preparaba un café en polvo para otro cliente, se apuró en responder.

—Ya sabes, sé breve, que es tu chino —anunció entregándole el auricular.

—Le tengo buenas noticias, jefazo —dijo Suzuki.

—A ver.

Aquel día necesitaba efectivamente algo estimulante. A juzgar por el estrépito de fondo, Suzuki se hallaba en una calle concurrida.

—Esta mañana llamé a un garaje de mala muerte en San Miguel —añadió el secretario con voz entrecortada— y dije que necesitaba una mano de pintura para una Expedition de color burdeos. ¿Y sabe qué me dijeron?

—¿Cómo voy a saberlo, Suzukito?

—Que qué me había ocurrido. ¿Y sabe lo que les dije?

—No sé, Suzukito.

Mustafá lo miraba desde el fondo de la fuente de soda con los brazos en jarra.

—Que me habían rayado la Expedition en la puerta trasera. ¿Y sabe qué me dijeron?

Ya le estaba fastidiando esa forma dosificada de suministrar datos.

—¿Qué te dijeron, viejo?

—Que parecía que los cacos estaban de acuerdo en dañar vehículos de ese color. ¿Sabe por qué?

—No, coño, no. ¿Por qué?

—Porque tenían otra Expedition burdeos en el garaje a la que también le habían rayado de lado a lado la puerta trasera. Y fui a verla, jefazo, y es la que buscamos, y tengo todos sus datos. ¿Me escucha, jefe? Ahora mismo me voy a Valparaíso. Busque material para mi monumento mientras tanto.

El profesor Félix Inostroza alquilaba una modesta vivienda colindante con el Museo La Sebastiana, la antigua casa de Pablo Neruda en Valparaíso. Invitó a Cayetano a sentarse a la sombra del parrón de la terraza. A sus espaldas, La Sebastiana atalayaba sobre los techos que se extendían relumbrando escalonados hasta la costanera.

—Así que ahora estás dedicado a temas culturales —comentó tras servirle una tacita de café y un vaso de agua Cachantún—. Aunque me imagino que el parche y el moretón no te los ganaste en un simposio sobre antropología estructural.

Inostroza era un ser de cara redonda y mofletuda y ojos que brillaban alertas detrás de las gafas. Con sesenta años, viudo desde hace cinco, cercano a la jubilación, durante los fines de semana aumentaba sus escuálidos ingresos trasladando novios y padrinos en el Mercedes. El vehículo y el frac constituían sus principales herramientas de sobrevivencia.

—¿Y qué piensas del «Delenda est Australopitecus»? —preguntó Cayetano. Revolvía el café con una cucharilla de Lufthansa.

Inostroza sonrió turbado.

—Bueno, primero me suena a guerra —dijo doctoral—. Pero no me da más pistas.

—¿Por qué a guerra?

—Muy simple, porque el «delenda» me recuerda el «Delenda est Cartago» de Catón.

—No me hables en chino, por favor.

—Catón, un senador romano, terminaba sus discursos en el Senado con esa frase, que quiere decir «hay que destruir a Cartago».

—Eso fue hace mucho...

—Durante las Guerras Púnicas, mi amigo. Guerras que sostuvieron Roma y Cartago por el control del Mediterráneo, unos 150 años antes de nuestra era. Sólo la destrucción de la ciudad africana, donde estudió San Agustín cuando era maniqueo, aseguraba a los ojos de Catón la hegemonía de Roma.

Cayetano extrajo la cajetilla de su camisa de mangas cortas, se cruzó de piernas y dudó entre encender o no un cigarrillo, incómodo por el recuerdo del doctor Müller. Sin embargo, lo encendió y luego aspiró el humo mezclado con el aire prístino de Valparaíso. Reprimió un pequeño acceso de tos y se examinó discretamente el punto del brazo en el cual tendría que aparecer la roncha si la maldita mancha del pulmón se debía a la tuberculosis. Pero el antebrazo mostraba la palidez de siempre. Bajo el parrón, disfrutando el café, el cigarrillo y ese panorama sólo limitado por el

horizonte, le pareció injusto que en algún momento no remoto él ya no pudiera experimentar todo aquello.

—¿Y cómo le fue a Catón? —preguntó tratando de pensar en otra cosa.

—Bueno, los legionarios romanos, bajo el mando de Escipión Emiliano, pasaron el arado por Cartago, y la declararon tabú —explicó Inostroza con rostro circunspecto—. A una parte de su población la esclavizaron y al resto la desterraron. ¿Es que nunca te hablaron de las Guerras Púnicas?

—Y si lo hicieron, se me olvidó. Delenda, delenda, coño.

—Roma terminó imponiéndose en forma sangrienta —agregó Inostroza. Miró hacia el molo, donde atracaban los barcos de la escuadra—. Era un grito de guerra, algo definitivo.

—¿Y qué sabes del *Australopithecus*?

Inostroza sonrió. Le divertía que el detective se ocupara de esos asuntos.

—No soy antropólogo ni prehistoriador —explicó sorbiendo el café—, sino profesor de historia especializado en Martín Lutero y Thomas Münzer, en la Reforma, así que mucho no sé de eso. Pero el *australopithecus* fue un primate superior, que existió durante el Pleistoceno en el sur y este de África.

—¿Pleistoceno? ¿Hace cuánto eso? Háblame claro, por favor.

—Hum, hace unos cuatro millones de años. Caminaba erecto, parecía más hombre que mono, tal vez usaba instrumentos básicos, pero no es, al parecer, antecesor nuestro. Pertenece a una rama que abortó, por decirlo de algún modo.

—¿Emparentado con el Hombre de Neanderthal?

—Para nada —el profesor comenzó a pasearse por la terraza con la bahía como telón de fondo—. El Hombre de Neanderthal apareció hace un millón de años, y poco después, doscientos cincuenta mil años más tarde, surge el *Homo sapiens*. Coexistieron durante milenios en Europa y lucharon a muerte por controlar esa región.

—¿Lucharon entre ellos? —preguntó Cayetano, incrédulo—. ¿Por controlar el mundo? ¿Como los rusos y los norteamericanos?

Inostroza volvió a tomar asiento y dijo:

—Fue la primera guerra que desató el hombre en la Tierra. El *Homo sapiens* era más pequeño y débil que el de Neanderthal, pero más inteligente. Fue una guerra sin cuartel de cientos de miles de años.

Aspiró profundamente el cigarrillo y sintió que el humo le quemaba las entrañas. Imaginó escenas dantescas: el choque entre los homínidos, su feroz deseo de aniquilar al enemigo, la tenebrosa agonía en las cavernas y los cuerpos abandonados en los campos de batalla.

¿Qué diablos tenían que ver la historia y la prehistoria y todas esas elucubraciones con el asesinato de Lecuona? Por más que se esforzaba, no lograba establecer vínculos convincentes. Evidentemente se trataba de claves y códigos de los cuales Agustín se proponía informarlo en el Azul Profundo.

Abajo la ciudad brillaba variopinta bajo el sol límpido de enero. Refulgía silenciosa, como si toda la vida de Valparaíso palpitará en su plan. De alguna manera los cerros seguían viviendo anclados en el pasado, contemplando con desconfianza el porvenir.

—Entonces «Delenda est Australopitecus», ¿no te suena a nada?

Inostroza vació su taza y repuso impaciente:

—Bueno, significa «hay que destruir al australopitecus», pero él ya no existe desde hace cientos de miles de años...

Un grupo de turistas europeos llegó en ese momento al museo. Los vieron ingresar en riguroso orden y silencio. Inostroza fue hasta su casita y volvió con la tetera hirviendo y un nuevo frasco de café.

—¿Y el apellido Sami, que utilizó Lecuona en el Azul Profundo, te dice algo? —preguntó Cayetano al rato.

Ahora un barco enorme dejaba la bahía, cargado tal vez con fruta hacia el norte. Pensó en Ramón Cisneros y en que esa nave llevaba productos que le harían competencia.

—No conozco ese apellido —dijo Inostroza mientras volvía a sentarse—. Pero hay una asociación que puede resultarte interesante.

—Desenrolla, muchacho, desenrolla.

—Existe un pueblo que se denomina a sí mismo Sami. Nosotros lo conocemos por el nombre de lapones. Habitan el norte de Noruega, Suecia, Finlandia y la ex Unión Soviética. Se desconoce su origen, aunque hablan un idioma parecido al finés. Su tierra, a la que llegaron en tiempos inmemoriales, la denominaban Saamiätnam.

—¿Existen los sami todavía? —preguntó Cayetano expectante.

—Por supuesto. Dedicados a la explotación del reno y del turismo. Constituyen una minoría, no creo que lleguen a las cien mil personas. Los escandinavos y los rusos se han apoderado de gran parte de sus tierras ancestrales.

—¿Y también se han rebelado como los mapuches?

—No, allá las cosas se hacen de otro modo, más tranquilo. ¿Te sirve de algo lo que te he dicho?

Cayetano resopló mientras se afilaba los bigotes. Lo preocupaba entrar en un laberinto de conceptos complicados: australopitecus, neanderthalenses, homo sapiens, samis. Lo más recomendable era seguramente seguir buscando por el lado de la Expedition.

—En verdad, todo me sirve —dijo para no desanimar a Inostroza, quien seguro había consultado enciclopedias con el fin de ayudarlo.

—Si soy franco, tampoco yo entiendo qué diablos se oculta detrás de todo esto —reconoció el académico, y después de unos instantes, agregó—: Lo mejor es que ahora veas los taparuedas que le compré al Mercedes. Me quedará completamente blanco y lo convertiré en el mejor automóvil para los casamientos y bautizos de Valparaíso.

Mediante el número de la placa conseguido por Suzuki, Cayetano logró ubicar a través de la Municipalidad de Valparaíso la dirección del propietario de la Expedition. Tal como lo había supuesto, no se trataba de una persona, sino de una empresa, la Consultoría de Inversiones Transworld Ltda., ubicada en el Manhattan santiaguino.

Era una verdadera lástima, pensó mientras caminaba por Condell en dirección a su oficina, respirando el humo ácido de los autobuses, por cuanto estaba seguro de que en su archivo carecía de información sobre esa empresa. Era un error, como sostenía Suzuki, no contar con una computadora. No le quedaba más que recurrir a un abogado de la capital experto en materia de empresas. Se trataba de Hugo Botticelli, profesional de origen italiano, que tenía su despacho en la Plaza de Armas. Lo había conocido una madrugada en el Valparaíso Eterno, donde bailaba salsa con envidiable soltura de cuerpo junto a su mujer venezolana. Entendía de ritmo, música y espontaneidad, pues había vivido diez años de exilio en la delirante Caracas. Desde entonces, Botticelli mantenía una relación nostálgica con los trópicos y simpatizaba con los cubanos, viniesen de donde viniesen.

—¿Consultoría de Inversiones Transworld? —repitió Botticelli al teléfono. Cayetano se encontraba en la oficinita del Turri y Suzuki colaba café—. No me suena, pero un conocido de una notaría cercana puede conseguirme la información. No te preocupes. Te llamaré en cuanto la tenga.

Colgó y llamó de inmediato al hotel Brighton. Era un buen día para almorzar con Lourdes, pero al escuchar su tono de voz intuyó de inmediato que ella no se sentía bien. Afirmaba estar tranquila dentro de las circunstancias y le anunció que permanecería más tiempo de lo imaginado en el país, pues la repatriación del cuerpo de Agustín sufría un inexplicable retraso.

—Y ahora mismo tengo que viajar a Santiago —precisó—. Me llamó Núñez y quiere hablar urgente conmigo. Quizás sería mejor que nos viésemos allá. Así le cuento en qué anda.

Acordaron que él la ubicaría en el Plaza San Francisco para ir a «comer japonés». Le parecía una excelente idea enterarse de primera mano de lo que hacía el inspector Núñez mientras probaba con la mujer esos famosos sushis.

—Tómese mejor otro cafecito, jefazo, que veo que le fracasó la reunión con Lourdes —dijo Suzuki cuando hubo colgado. Luego, poniéndose serio, le preguntó—: ¿No será que esa cubana le está devanando los sesos y poniendo a latir demasiado rápido el cucharón?

—Déjate de barbaridades, Suzukito, que nunca hay que confundir el placer con el

deber. Seremos una agencia modesta, pero honorable.

Y tras decir esto sin demasiada convicción, cosa de la cual su ayudante tomó nota, intentó una vez más lo que intentaba de modo infructuoso desde el día de la golpiza en el sauna: hablar con el Conde Rojo. Volvió a fracasar. El hombre no se hallaba en el despacho, por lo que la secretaria le pidió el nombre y teléfono, prometiéndole devolver el llamado. No le quedó más que confiar en ella.

Se acercó a la ventana con la tacita de café en la mano y contempló el mar, las embarcaciones y las gaviotas. El Pacífico tenía la facultad de sedarlo. Tal vez morir era, en cierta forma, como planear sobre el océano y alejarse de Valparaíso y su estrépito, hasta no oír ni ver nada, ni costa, ni luces, ni barcos, sólo el cielo y el mar fundidos en un solo color inmóvil y mudo. Quizás así era morir, se dijo de espaldas a Suzuki, a quien no deseaba inquietar con lo del doctor Müller.

Cuando el teléfono sonó, temió que pudiera tratarse del médico, para preguntarle si había aparecido por fin la roncha en el antebrazo, o de Margarita, para convencerlo de que abandonase su oficio y se uniera a ella, que conocía el modo de hacerlo feliz. Cogió el auricular a regañadientes.

—¿Señor Brulé? —preguntó una voz.

—Con él.

—Soy Ignacio Alcántara. ¿Usted quería hablar conmigo?

Soltó un suspiro de alivio y se arrepintió de haber pensado mal de Alcántara. Él cumplía su palabra.

—Sí, me alegra que me devuelva el llamado —dijo satisfecho.

—¿De qué se trata?

—De lo que hablamos en el sauna el otro día.

—Perdón. ¿De qué sauna me habla usted, señor Brulé?

Cayetano gozaba de un envidiable oído musical, que le permitía distinguir a leguas de distancia el timbre de voz del Bárbaro del Ritmo de entre un millar de imitadores. Y no le cupo duda de que hablaba con el Conde Rojo.

—Me refiero al sitio donde le pregunté por Lecuona —aclaró confiado en que el otro recordaría.

—Temo que me confunde, señor Brulé. Aquí le habla el director del departamento de modernización provincial, y no conozco a ningún Lecuona.

El detective se sentó al escritorio mientras Suzuki recortaba la crónica roja de *El Mercurio de Valparaíso*.

—Está bien, señor Alcántara —dijo al cabo de unos instantes—, no intente confundirme, sé que usted es el director de ese departamento y me interesa saber si el señor Lecuona, Agustín Lecuona, se puso en contacto con usted por algún motivo poco antes de su muerte.

—No conozco a ningún Lecuona, señor Brulé. Lo lamento.

—¿Y podría recibirme en su despacho?

—¿Con qué objeto?

—Para hablar de Lecuona.

—Pero es que no entiendo a qué se refiere, señor Brulé.

—Oiga, Alcántara, ¿no quedamos en el sauna en que hablaríamos de Lecuona, o estoy loco?

—Está loco, señor Brulé. Y mida, a pesar de eso, sus palabras. Está hablando con una autoridad de la república, a la cual le debe mínimo respeto, máxime siendo un cubano con residencia permanente.

—Oiga, Conde —volvió a insistir.

—Por favor, señor Brulé, no estoy para perder el tiempo con caribeños deschavetados.

Y colgó. Cayetano se quedó con el auricular en la mano pensativo. ¿Por qué ese interés del Conde en ponerlo entre la espada y la pared, por sugerirle que le convenía olvidarse del asunto? En ese instante supo que había caído ingenuamente en su trampa y que nunca más volvería a encontrarlo.

—Y si la biopsia sale maligna, ¿cuánto tiempo crees que...?

Envuelto en su bata blanca, el doctor Müller acababa de ingresar al cuartito del Hospital Valparaíso, ubicado en lo alto de la ciudad, entre retazos de bosques de eucaliptos. Cayetano descansaba tras la biopsia al pulmón izquierdo. En realidad, la experiencia de tragar una manguerita había sido, pese a la anestesia, abominable. Ahora que la clínica disponía de las muestras del pulmón, no había nada más que esperar los resultados.

—En tres semanas sabremos qué ocurre —dijo el doctor palmeando al detective con afecto sobre el hombro—. Mientras tanto no hay que preocuparse, sólo dejar de fumar. Vístete, mejor, y disfruta la vida.

—No me engañes. Vivo solo y prefiero la verdad a la milanesa. Me he pasado los últimos veinte años dedicado a descubrirla.

—No hay que adelantarse a los acontecimientos, amigo —aclaró Müller antes de dejar la sala. Cayetano lo vio alzar un índice admonitorio—. Tu oficio se basa en la especulación, el mío en la entrega de datos precisos y pronósticos aproximados. Y lo único que puedo decirte es que debes esperar.

Cayetano salió media hora después a la magnífica mañana y caminó entre la fachada *art déco* del hospital y los eucaliptos. Era una suerte que la ciudad no hubiese derruido aún esa construcción blanca, sencilla y hermosa, que se apreciaba desde todas partes. Aún sentía la náusea que le había causado la manguerita. La eventualidad de la muerte, la sospecha de que la mancha podía llevárselo, lo empujaba a aislarse y reflexionar en silencio, a caminar y observar las cosas con el presentimiento de que todo eso podía estar haciéndolo por última vez. Si tras la muerte perduraban los deseos y las ambiciones, entonces ella era un castigo inhumano. No había nada que hacer, admitió, sólo esperar a que llegaran los resultados.

Divisó un teléfono público y decidió llamar a Hugo Botticelli.

—Te tengo una buena noticia —le anunció de sopetón el abogado con su tono cordial y optimista de siempre—. La Consultora Transworld Inversiones fue fundada hace diez años y representa empresas extranjeras en el país. Es una sociedad singular, porque, según los registros, también se dedica a respaldar proyectos culturales, artísticos y ecológicos.

—¿Son filántropos, entonces? —gritó, porque dos buses pasaban en esos instantes en enloquecida carrera en dirección al plan.

—Me imagino que en alguna instancia combinan los negocios con la cultura, y

seguramente algún tipo de beneficio tributario conseguirán aquí o en el extranjero. Vaya uno a saber, pero en todo caso el asunto suena interesante: negocios y cultura, la cuadratura del círculo.

—¿Y quién es el capo aquí?

—Un tipo al que no conozco, se llama Helmut Frosch.

—Parece alemán.

—Al menos debe ser de origen alemán. Es el propietario de la consultora.

Colgó, introdujo más monedas en el aparato y le pidió por teléfono a Suzuki que le consiguiera una cita con Frosch simulando que era un experto en genealogía. Después llamó al Plaza San Francisco y como no encontró a Lourdes, le dejó un mensaje en el buzón de voz para que cenaran al día siguiente en el japonés que ella sugiriese. En verdad estaba ansioso por recibir las impresiones de la mujer sobre su encuentro con el «Pipa» Núñez.

—Y no olvide llevar la postal que Agustín le envió de San Petersburgo —
puntualizó antes de cortar.

Cuando desembarcó a la tarde siguiente en el último piso del rascacielos santiaguino, ingresó a un ambiente climatizado, silencioso y ajeno al tráfico de la ciudad. Avanzó por el pasillo alfombrado y entró a la oficina de la consultora, donde lo recibió una secretaria que ocupaba un escritorio de madera. Observó sorprendida su parche en la frente y el ojo morado.

Se desentendió de sus averías y se presentó como *Ciro Abrantes*, recordándole que había pedido cita para reunirse con *Helmut Frosch* por unos parientes lejanos que vivían en la ciudad sajona de *Leipzig*. Confiaba en esa treta, se la había recomendado el profesor *Inostroza*. En *Leipzig* tenía que haber gente de apellido *Frosch*, afirmaba el académico, ya que en el *Fausto*, de *Goethe*, aparecía en el subterráneo del *Auerbachskeller* un estudiante de apellido *Frosch*.

Mientras la recepcionista se comunicaba con la secretaria de *Frosch*, *Cayetano* recordó que aquella mañana, al tomar un cortado con *Botticelli* en el *Café Haití* y recrear la vista con las meseras de vestidos *stretch*, el abogado le había dicho que no existían muchas referencias de la sociedad y que parecía más bien seria y sólida.

—¿No será lavado de dinero? —preguntó *Cayetano*.

—Yo, a estas alturas de la vida, no pongo por nadie mis manos al fuego —repuso *Botticelli* enarcando una ceja.

—Dice la secretaria del señor *Frosch* que pase —escuchó anunciar a la recepcionista—. Tenga la bondad de seguir por el pasillo hasta la puerta del fondo.

Avanzó por el pasillo alfombrado, envuelto en una música de hotel norteamericano, pensando que tal vez *Frosch* era el hombre que se había comunicado con los motociclistas la noche del crimen, y entró a una salita donde se encontró con una rubia parecida a *Romy Schneider*.

Supuso que ella se vestía en las boutiques de *Alonso de Córdova* y vivía ajena, desde luego, a los mundos del *Mexicano*, el desempleo, la rebelión mapuche y el bombazo que esa mañana había paralizado al puerto de *Valparaíso* en plena época de exportaciones. A aquella mujer, se dijo, seguramente sólo la intimidaban los secuestros de gente adinerada, así como la delincuencia y el esmog que, como la muerte, los igualaba a todos en la capital.

—El señor *Frosch* está en una reunión, pero si me da su celular, podemos comunicarnos en breve con usted —anunció *Romy Schneider*.

¡No tenía computadora e iba a tener celular! ¿Sería verdad lo que decía o era la treta usual que empleaban en la consultora con quienes llegaban sin recomendación? ¿O es que el *Conde Rojo* ya había alertado a *Frosch*? Era improbable, porque se había

presentado bajo un nombre falso y porque nada indicaba que ambos se conociesen.

—Ando sin el celular —mintió e interpretó como reproche su mirada azul y distante.

—No se preocupe, déjenos entonces un numerito de teléfono de un vecino y lo ubicamos de alguna forma.

—Mire, señorita —dijo Cayetano tras ajustarse la corbata de guanaquitos—. Hace poco visité Alemania y me reuní con una familia Frosch, que investiga el paradero de la rama que emigró a Chile. Me pidieron que los ayudara. Es gente influyente. Le robaré quizás sólo media hora a su jefe.

Romy Schneider se limitó a repetir que su jefe participaba a esa hora en una importante reunión. Y mientras le entregaba supuestos detalles que subrayaban la importancia de aquello, el detective divisó a un hombre rubio, de unos cincuenta años, macizo y de terno gris, que salía al pasillo y se dirigía al ascensor flanqueado por dos jóvenes fornidos de traje y corbata.

En cuanto el trío hubo desaparecido por el ascensor, Romy Schneider dijo avergonzada:

—Ése era el señor Frosch. Disculpe. ¿En qué número me dijo que podemos ubicarlo?

—¿Y cómo supo de la existencia de esto? —preguntó Cayetano mientras intentaba introducir las piernas bajo la mesa sumergida del Japón, un restaurante instalado en una vieja casona de la calle Marcoleta. La costura de la pernera izquierda saludó quejumbrosa el esfuerzo.

—Los amantes del sushi somos una logia, siempre andamos a la caza del lugar donde saborearlo —repuso Lourdes—. Y éste es un lugar sin pretensiones, pero dicen que es uno de los más adecuados de Chile para ello.

Era la primera vez que Cayetano franqueaba la puerta de un restaurante japonés en su vida, y por ello dirigió una mirada atenta a las lámparas de papel de arroz y los parabanes de bambú de la sala en que estaban. A Lourdes la escandalizó la confesión del detective. Aclaró que era una fanática del *sushi*, la sopa *misu*, el *hanamaki*, el *sashimi*, el *omochikareri*, el sake y el té verde, a su juicio, la única dieta sana del universo. Le parecía mentira que los latinoamericanos siguiesen llenándose con chuletas, tortillas, empanadas, prietas, pernils y fritangas.

Cuando el camarero les presentó los menús con fotografías del pescado crudo coronando puñados de arroz, Cayetano estuvo a punto de tirar la toalla. Si lo pensaba bien, el pescado crudo era más bien para los gatos.

—No se preocupe —lo calmó Lourdes en tono maternal—. Vamos a pedir té verde, sopa *misu* y un surtido de *sushis* y *sashimis*, acompañado de *sake*. Ya verá cuán delicioso es el *sushi* untado en soya.

El camarero intentó explicarle las ventajas del pescado crudo, pero aquello le evocó a Cayetano las impracticables lecciones sobre vida sana del doctor Müller. Desesperado, ordenó pan y mantequilla por si el sushi no le apetecía.

—El arroz es el pan de los asiáticos, señor —aclaró el camarero—, pero si quiere, le mando a comprar un par de hallullitas a la vuelta de la esquina.

—¿Y Núñez tenía novedades? —le preguntó Cayetano a Lourdes cuando quedaron solos.

Ya le había explicado la causa del parche y del ojo en tinta, cosa que, por cierto, sirvió para que la mujer constatará cuán seriamente se tomaba él su caso.

—De Núñez quería hablarle, Cayetano, pero no se entusiasme. No tenía novedades —aclaró molesta.

Era efectivo. Investigaciones aún no identificaba el tipo de moto empleado por los asesinos. Lo único claro era que tras el crimen, los motociclistas habían escapado hacia el oriente de la ciudad. Tampoco podía confirmar el intento de Agustín por comunicarse con el Conde Rojo, lo que se atribuía más bien a rumores periodísticos,

ya que la memoria de la planta telefónica de La Casa no registraba llamados de Lecuona. En lo referente a la repatriación de los restos, eso era un trámite que avanzaba con lentitud.

—No me sorprende nada lo que me dice si pensamos que La Casa puede estar metida en el asunto —comentó Cayetano afilándose los bigotes—. Y yo, por mi parte, mediante unas diligencias, ya corroboré que el Conde ubicaba a Agustín y di con el personaje que habló con los asesinos poco antes del crimen.

Le explicó en detalle la forma en que había llegado a la oficina de Helmut Frosch y le recordó la golpiza de los guardaespaldas del Conde Rojo en el sauna de Las Condes y la amenaza recibida en la gasolinera. En pocos días podía exhibir resultados concretos y alentadores, lo que demostraba su profesionalismo.

—¿Me trajo la postal que le envió Agustín desde San Petersburgo? —preguntó mientras el camarero colocaba sobre la mesa los pozuelos con sopa *misu*, las garrafitas de *sake* y el té verde.

Se la entregó en su sobre y él la extrajo casi con unción. Mostraba la nave *Aurora*, desde donde se había disparado el cañonazo anunciando el inicio de la Revolución de Octubre, en 1917. Leyó las líneas al reverso. Mencionaban escuetamente un recorrido por la ciudad y una visita al museo L'Ermitage, y luego revelaban que le seguía la pista a un asunto que daría que hablar.

—¿Le mostró la tarjeta al «Pipa» Núñez?

—Preferí guardársela a usted.

—Bien, muy bien —murmuró examinando de nuevo la fotografía algo imprecisa. Luego, tras despojarse de los anteojos, acercó el sobre a la punta de su nariz y lo husmeó—. ¿Vio esto?

—¿Qué cosa?

—¿El timbre y los sellos de este sobre?

—No.

—Pues el sobre no fue enviado desde San Petersburgo, sino de Estocolmo, exactamente desde el Grand Hotel —dijo volviendo a calzarse las gafas—. Es el sello de los correos suecos y el timbre de cortesía del hotel, y la estampilla muestra la cara de Carlos Gustavo XVI, el rey sueco.

—Entiendo.

—Agustín estuvo en San Petersburgo, pero también visitó Estocolmo.

—¿Y entonces?

El camarero apareció de pronto cargando una enorme bandeja en forma de bote, un impresionante *funanori*, atestado de *sushis*, *sashimis*, *California rolls*, *temakis*, *futomakis* y *narutomakis*, que ocupó casi toda la superficie de la mesa e inundó los pulmones de Cayetano de estimulantes fragancias marinas. Jamás había visto semejante carnaval de colores en una comida.

—Que lo disfrute —dijo el dependiente—. Y si se complica con los palitos, gustoso le traemos tenedor y cuchillo, caballero.

—No se preocupe, los palitos los manejo a las mil maravillas, mi problema es que soy de puerco frito, arroz con frijoles, yuca con mojo y de guarapo, mi amigo.

Su manifiesto culinario despertó un nuevo reproche de Lourdes, para quien los manjares no podían consistir más que en esos trocitos de pescado crudo o el arroz envuelto en láminas de alga. Lo demás eran platos menores para paladares en ciernes.

Lo primero que Cayetano se introdujo en la boca fue un filetillo de salmón que aprisionaba una rueda de arroz blanco con alga y palta, un *hanamaki*, que le pareció el cielo mismo. Después continuó con una especie de pistón de alga conteniendo arroz coronado por huevas de salmón, un *ikura*, exquisitez que jamás había imaginado y que saboreó con voluptuosidad.

—Coño, esto está más que bueno —comentó con entusiasmo, tratando de calzar con los palillos un pistoncito tocado por una lengüita de erizo. Y luego, ya serio, agregó—: Pero volvamos a lo que le estaba diciendo, el sobre indica que Agustín también estuvo en Suecia.

—De eso no me comentó nada.

—Y por eso es importante. Así reconstituimos gradualmente el viaje de su primo, y según mi experiencia, en alguna parte emerge siempre la persona o la circunstancia que explica todo.

La dignidad, el olfato y la agudeza mental de aquel hombre de calvita incipiente, terno pasado de moda, anteojos gruesos y bigotazos a lo Pancho Villa comenzaban a gustarle a Lourdes. El detective, que ahora devoraba con fruición un *sushi* de pulpo y distaba mucho de ser uno de aquellos adonis que la cortejaban, le resultaba de pronto simpático.

—Ramón me hizo llegar esta mañana una tarjeta que llegó a nuestra casa de Boca Ratón a nombre de Agustín.

—¿A su casa?

—A veces, cuando viajaba y no vivía en su apartamento de Miami, desviaba su correspondencia a nuestra casa. Así podía enterarse a través de mí de quién le escribía...

—¿Quién le escribe?

—Un tal «Pato». Mírela —dijo ella y le entregó una postal que extrajo de su cartera.

Mostraba una vista panorámica de Estocolmo con el barrio de Gamla Stan y el palacio real en primer plano. Tomada en la luz opalescente de una tarde otoñal, bañaba de un colorido irreal las fachadas de los edificios medievales frente a las aguas del Malären y el Báltico.

Cayetano leyó: «No te olvides de mantenerme informado. Yo seguiré entre el archipiélago y el iglú más grande del mundo. Tampoco olvides al otro pasajero del vuelo Ámsterdam-Berlín. Pato».

—¡Coño! —exclamó limpiándose los bigotes—, pero esto es peor que un enigma artificial. Y de nuevo aparece Suecia.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Ya con la sola postal, salta mucha cosa a la vista. Un tal Pato, un vuelo en Europa...

—¿Y qué será el iglú más grande del mundo?

—Lo ignoro, pero es evidente que después de San Petersburgo, Agustín estuvo en Estocolmo. Posteriormente se mantuvo en algún sitio hasta que emergió en Chile y lo mataron. Habría que dar con ese Pato...

—Nunca daremos con él.

—Me sorprende su pesimismo —repuso Cayetano saboreando un *sushi* de mero, que bajó con la ayuda de un largo trago de *sake*—. ¿Son todos los literatos como usted?

—Con el surrealismo que imperaba en el departamento donde estudié, no se extraña de que sea pesimista.

—Perdone mi ignorancia —dijo él escogiendo ahora un *sashimi* de reineta—, pero yo creía que la literatura se escribe o se lee, y no me imaginé que, además de escritores y lectores, hubiera gente que se especializa en difundir la interpretación de los textos, como si los lectores fuésemos unos brutos.

—Mejor no hablemos de eso. En las universidades se termina a veces estudiando sólo a escritores ininteligibles para desarrollar teorías literarias más ininteligibles y justificar sueldos y viajes de los expertos a simposios, foros y conferencias.

—Bueno, si los expertos se especializaran en best-sellers, perderían respetabilidad. Me imagino que los teóricos prefieren libros que nadie entiende, así justifican su función en este mundo.

Ella sacudió la cabeza y comentó:

—Los expertos han terminado por institucionalizar la literatura. Los escritores son los santos y los expertos los monjes que los interpretan. Da lo mismo qué quisieron decir Auster, Goytisolo o Süsskind, los monjes construyen la interpretación correcta y el resto que se atenga a las consecuencias.

—En fin, Lourdes, volvamos mejor a lo nuestro. Recuerde que Suecia nos surge también en otro contexto: cuando Agustín reservó la mesa en el Azul Profundo, lo hizo a nombre de un señor Sami. Y sami es el pueblo milenario que habita en el norte de Escandinavia.

—¿Sabe? —dijo mientras se acomodaba el marco de las gafas—. Si el Conde no me recibe y Frosch se me escabulle, creo que tendremos que viajar a Estocolmo. Es una decisión de peso y nada barata, pero me huelo que allá encontraremos nuevas pistas. Es evidente que el «Pato» vive en el archipiélago o en el iglú más grande del mundo, sabe mucho y podrá orientarnos.

—¿Estocolmo? —repitió Lourdes estupefacta.

Al día siguiente desayunó a la carrera huevos fritos con tostadas y un café con leche en el restaurancito del hotel Pedro de Valdivia y se dirigió a pie hacia las torres del International Trade Center. La noche anterior, después de la cena con Lourdes en el Japón, Suzuki le había anunciado que Helmut Frosch estaba dispuesto a recibirlo a la mañana siguiente en su oficina.

El empresario lo esperaba en una sala amplia con ventanal de lado a lado. Pese al esmog, disponía allí de una espectacular panorámica de la cordillera. Una pared estaba cubierta con cuadros de pintura chilena del siglo XIX y la otra con estantes repletos de libros antiguos empastados en cuero, lo que asemejaba el lugar a una galería de arte. Frosch llevaba terno oscuro, camisa blanca de cuello oxfordiano y corbata de seda. Examinó sin comentario el terno percutido de Cayetano, su corbata de guanaquitos, el parche de la frente y el moretón en el ojo.

—¿Así que busca información para unos parientes míos? —preguntó con una sonrisa amplia y acento extranjero mientras agitaba un habano—. Bueno, los Frosch se instalaron en La Unión, en el siglo pasado, pero yo no llevo muchos años en Chile. ¿Cómo se llaman los parientes y dónde viven?

—Lecuona —repuso Cayetano.

—¿Cómo dijo?

—Lecuona. Agustín Lecuona.

Creyó advertir que Frosch se esforzaba por fingir normalidad. Aprovechó de tomar asiento en el sillón de cuero frente al escritorio.

—¿Lecuona? —repitió Frosch—. Ese apellido no es alemán, a lo mejor francés.

—Me refiero a Agustín Lecuona, señor Frosch. Al hombre que asesinaron hace unos días en un restaurante del barrio Bellavista.

—¿No era cubano, acaso?

Frosch se dejó caer sobre su sillón y comenzó a acariciar el tabaco con la yema de los dedos. Lo observaba pensativo, presionándolo con suavidad, evitando mirar a los ojos a Cayetano.

—Era un cubano que investigaba un asunto en Chile, señor Frosch.

—Bueno, ¿pero esto qué tiene que ver conmigo?

—Eso es lo que trato de establecer.

No le quitó la vista de encima. Alguna de sus reacciones debía traicionarlo. Quizás la mirada, el rubor de su piel, un tartamudeo. Pero Frosch le devolvía una mirada impenetrable, de la cual era imposible extraer conclusión alguna.

—A ver, a ver —refunfuñó Frosch—. Yo no tengo nada que ver con ese señor, y

me extraña que usted venga a hablarme de él. Yo represento en Chile una empresa seria e influyente, con buenos vínculos internacionales, que actúa en ese pequeño y difícil terreno que se extiende entre el mundo de los negocios y el de la cultura.

—Usted financia organizaciones culturales y ecológicas en Chile, ¿verdad?

Frosch aspiró su habano y cruzó una pierna sobre la otra.

—Entre otras cosas. Como verá —desplazó satisfecho la mano con el habano por el aire—, me interesan el arte y la cultura. Y cuando las condiciones me lo permiten, donamos recursos, modestos por cierto, a organizaciones o publicaciones que se lo merecen.

—Lo felicito —dijo en tono cínico Cayetano—. Pero eso no quita que usted sepa algo de Lecuona.

—Disculpe, ¿pero quién diablos es usted? ¿Se podría saber quién es usted?

—Brulé, Cayetano Brulé, un investigador privado, señor Frosch. Actúo por encargo de la familia de Lecuona para esclarecer el crimen.

—O sea que usted se coló aquí con mentiras. ¿No le dijo acaso a mi secretaria que se dedicaba a investigar genealogías?

—Era la única forma de llegar a usted.

—Pues, no sé qué se imagina, ni qué busca aquí, haciéndome perder el tiempo, con respecto a ese cubano. Es un asunto que debería estar en manos de la policía chilena y no de un tipo como usted.

—Bueno, eso lo deciden los familiares de Lecuona. Por lo demás, me figuro que a un empresario no puede importarle que un detective privado se ocupe de investigar en lugar de que lo haga uno estatal. ¿O no?

—No me venga con estupideces de ese tipo.

—Me sorprende que se irrite tanto, señor.

Frosch colocó el habano en un cenicero y cruzó los brazos impaciente. Dijo:

—Tiene un minuto para decirme qué es lo que pretende aquí, señor Brulé. De lo contrario, lo mando a sacar a patadas. Y me va a importar un rábano si usted es un detective formado en La Habana, la escuela de Chicago o la policía montada de Canadá.

—¿Usted está seguro de que no tiene nada que ver con Lecuona? —insistió Cayetano de pie, desafiante.

—Pero ¿usted se volvió loco, hombre?

Al preguntar aquello, Frosch oprimió con disimulo el botón que tenía bajo el escritorio.

—No estoy loco yo ni la gente que lo vio a usted la noche del crimen rondando cerca del Azul Profundo.

Frosch soltó una carcajada estentórea y cogió el habano y se lo introdujo en la boca.

—No puedo creer que el solo hecho de haber visitado esa noche el barrio Bellavista pueda convertirme en sospechoso.

—¿Estuvo esa noche en el barrio entonces?

—Me imagino que cada noche van miles de personas a divertirse a ese barrio, señor Brulé. Y no le voy a dar en el gusto diciéndole si estuve esa noche allí, aunque quiero que sepa que hay otros locales cercanos que también ofrecen buena comida. ¿Contento o tiene ganas de dejarnos como se lo anuncié?

—La noche del crimen a usted lo vieron conversar con los motociclistas que asesinaron a Lecuona.

Frosch aspiró el humo del cigarro y preguntó extrañado:

—¿En el restaurante?

—Usted no entró esa noche al Azul Profundo, pero conversó en la calle con los motociclistas desde su Expedition.

—No recuerdo con quién conversé aquella noche. ¿Pero quién carajo es usted para acusarme así?

Se levantó de su asiento y se aproximó a Cayetano como dispuesto a embestirlo, pero se detuvo a un paso suyo. En ese instante se abrió la puerta e ingresó un fornido mozo de chaqueta blanca y humita negra con los convincentes rasgos de un peso pesado. No estaba de ánimo para fajarse con una réplica de Ringo Bonavena, admitió el investigador...

—¿Se marcha ahora, señor Brulé, o lo sacamos en bandeja? —preguntó Frosch.

Cayetano estudió el entorno y optó por dar media vuelta y salir con un portazo furibundo.

Cuando esa madrugada, mucho después de haber salido de la oficina de Helmut Frosch y viajado de vuelta a Valparaíso, y con algunas medidas de ron en el cuerpo, Cayetano abrió tambaleando la puerta de su casa, intuyó de inmediato que alguien la había registrado, porque en el pasillo flotaba el aroma a una loción dulzona.

Destrabó el seguro de su Beretta y comenzó a recorrer sigiloso la primera planta en sombras con el arma en la mano. Afuera las estrellas parecían un espejo de los cerros, soplaba el viento sur y la sirena insistente de una embarcación anunciaba zozobras.

Halló indicios de registro en una gaveta del aparador del living, donde almacenaba documentos junto a servilletas y platos, y en la mesita de la cocina, de la que echó de menos un block con apuntes sobre un alemán asesinado años atrás en el oasis de San Pedro de Atacama. Mientras subía los peldaños de madera que crujieron bajo sus pies, se preguntó si la acción era obra de delincuentes comunes, de Frosch o del Conde Rojo, y si Margarita de las Flores no tendría razón con lo de su oficio.

Al encender la luz de su dormitorio reparó en que la gaveta del velador estaba completamente cerrada, algo que él jamás se permitía, porque después le costaba abrirla. En el cuarto contiguo no halló nada sospechoso, pero en el bañito volvió a aspirar, esta vez con mayor intensidad, la loción que le recordaba a los matones de la gasolinera. Su cuerpo se puso en guardia y el corazón le palpitó desbocado. Prendió la ampolleta y pudo distinguir en el acto los contornos de un cuerpo tras la cortina plástica de la tina. La descorrió de un manotazo.

Se encontró con un hombre de jockey e impermeable, que llevaba las manos en los bolsillos y tenía una mirada metálica. Su rostro no reflejaba sorpresa ni temor, sino más bien la calma de quien sabe que ocurre lo que debe ocurrir.

—Hazme el favor de presentarte y decirme qué buscas aquí —ordenó Cayetano apuntándolo—, o de lo contrario voy a ducharte, pero a balazos.

—No dispare, mi amigo —dijo con calma el desconocido—. Déjeme explicarle. Estoy seguro de que podemos entendernos.

—Saliendo, muchacho. ¿Necesitas toalla? Te la voy a pasar, así que saca lentamente las manos de los bolsillos. Y sin trucos, que tengo pésimo genio, y me empeora cuando sorprendo a un hombre en mi cama o en mi ducha.

El extraño elevó una pierna para salir de la tina.

—¿Qué diablos buscas aquí? Y cuidado con decirme que buscas champú.

Mientras el hombre recuperaba el equilibrio fuera de la tina, Cayetano Brulé escrutó detenidamente su rostro. Tenía la piel clara, la nariz fina, los pómulos altos y

cierto parecido a los rusos aquellos sin corazón ni sentimientos que en las películas de Michael Caine actuaban como agentes de la KGB. En el impermeable le encontró una billetera vacía, una pequeña ganzúa y un pañuelo demasiado grande, tal vez para amordazar, así como una respetable Smith and Wesson bastante bruñida.

—¿Quién te manda? —insistió sopesando su osada acreditación como profesional —. ¿Frosch o el Conde?

—No sé a quién se refiere.

Tenía los colmillos superiores recortados.

—¿Qué buscas en mi casa, muchacho?

Por toda respuesta el ruso le asestó un certero puntapié entre las piernas, que lo hizo doblarse de dolor y oprimir el gatillo. El proyectil rebotó contra la tina, arrancándole un silbido y se incrustó entre dos cerámicos. El ruido se fue apagando mientras los hombres forcejeaban. Al menos la reliquia dispara aún, se consoló Cayetano en los instantes en que intentaba librarse del abrazo del oso de su contrincante.

De pronto, una llave de judo aprendida de un viejo manual comprado en el mercado de las pulgas del parque Italia, le permitió zafarse del abrazo del contrincante y propinarle un feroz empujón. El hombre perdió el equilibrio, trató de aferrarse de la cortina, que cedió bajo su peso, y cayó aparatosamente en la tina, cubierto por el plástico, lo que Cayetano aprovechó para recuperar el dominio de la escena.

—Se acabó lo que se daba —bravuconeó afincándose las gafas. Ahora sí lo tenía bien encañonado y con un arma que al menos disparaba—. Un truco más y te pongo una bala en el ojo que menos te sirva. ¿Con cuál ves menos?

El hombre comenzó a incorporarse lentamente en silencio, sorprendido por la agilidad del bigotudo.

—Y antes de irte, me vas a tener que enganchar bien la cortina, que harto me costó instalarla —advirtió Cayetano.

La refriega lo había hecho perder el pulso, por lo que encañonaba ahora al ruso de modo nada convincente. Quizás tenía razón Margarita, él se estaba poniendo irremediablemente viejo y lo mejor sería abandonar aquel oficio. Y de pronto, mientras se preguntaba cómo se las arreglaría para que el tipo le revelara el motivo de la visita, un furibundo mazazo en pleno cráneo le aguló las rodillas y lo hizo trastabillar como alcanzado por un *uppercut* de Mohamed Alí en los tiempos en que aún se llamaba Cassius Clay. Escuchó de lejos el impacto de su pistola estrellándose contra las baldosas y vio que el ruso flameaba como un espejismo, sin dar muestras de la más mínima compasión ante ese estilo poco caballeroso de poner fin a una entrevista.

Despertó con un dolor de cabeza salvaje. Yacía en la oscuridad sobre un piso de tablas. Con la punta de la lengua comprobó que había perdido una corona. Se puso a trastear a ciegas hasta encontrarla y se la guardó con el propósito de pegarla más tarde con cemento duco. Un poco más allá dio con las gafas. Le pareció estar en el living de su casa.

Se puso de pie y dio unos pasos hacia donde imaginaba que estaba el interruptor, pero tropezó con un bulto. Encendió al fin la luz: la mesita de centro estaba partida en dos, las sillas desparramadas y una falsificación poco convincente de Sommerscales, su única obra de arte, había sido arrancada de cuajo del marco. Junto a la puerta que conducía al pasillo vio a un hombre tirado. Se acercó a él.

Supuso que se trataba del ruso. Quizás lo había baleado antes de perder el conocimiento en el baño. Se arrodilló junto a él preguntándose por qué lo habrían abandonado. Volteó el cuerpo para examinar su rostro, y la sorpresa le produjo escalofríos.

—¡El Mexicano! —masculló.

En efecto, era el cuidador de autos de Bellavista, el mismo que le había dado los datos que lo condujeron hasta Frosch. Llevaba el delantal azul y la gorra de McDonald's de aquel día. En su rostro cobrizo de boca y ojos abiertos había una mueca de pavor. Cuando registró los bolsillos del delantal, la sangre, tibia y viscosa, le manchó los dedos. También otra mancha roja a la altura del corazón del Mexicano. Acercó la oreja al pecho del hombre y contuvo la respiración.

Estaba muerto.

Imaginando que todo aquello no era otra cosa que la trampa de alguien que quería imposibilitar la pesquisa, se irguió pálido e inseguro, y volvió a revisar la vestimenta del muerto. No halló documentos, sólo billetes de mil y cinco mil pesos, y una bolsa de plástico amarrada a la cintura con sobrecitos. Abrió uno. Contenía cocaína.

Se acercó a la ventana con la conciencia de que le habían plantado un muerto, y vio el muelle bajo la luz anaranjada de los faroles, atiborrado de camiones, portacargas y contenedores. De pronto sonó el teléfono en la cocina. Corrió hacia él, pero sin atreverse a responder. Quizás alguien necesitaba probar que a esa hora se hallaba en casa para inculparlo. Al regresar al living, tropezó con su arma y comprobó que le faltaban tres balas. Si él había disparado sólo una, entonces las restantes alojaban en el cuerpo del Mexicano.

El teléfono volvió a sonar. Esta vez lo cogió, pero sin decir nada.

—Cayetano —susurró una voz de mujer al otro lado—. Habla Lourdes. Estoy en

un teléfono público.

—Dígame.

—Acabo de volver al Brighton y noté que registraron mi cuarto. Según el barman, unos tipos de civil preguntaron por mí esta tarde. Tenga cuidado. Estoy segura de que lo buscan.

—Gracias, pero no se preocupe demasiado. Cualquier cosa, ubíqueme mejor a través de Suzukito.

—Cuídese, por favor —imploró ella—. No sabría qué hacer si le ocurriera algo.

Junto con su voz cálida y atemorizada le llegó al detective de pronto el ulular de sirenas lejanas. Colgó y se introdujo la pistola en el pantalón. Salió al paseo Gervasoni y echó a correr en demanda de las escaleras que desembocan en el plan de Valparaíso.

Ya en el plan de la ciudad abordó un trolley con dirección al centro.

Era la madrugada del viernes. A esa hora las calles de Valparaíso recuperan misteriosamente el esplendor y la vitalidad de la época en que, después de San Francisco, era la principal ciudad del Pacífico, época ya lejana en que sus tiendas exhibían las novedades europeas y sus teatros las piezas de moda que aplaudían londinenses y parisinos.

Se apeó del trolley en la plazuela Ecuador, atochada de taxis y trasnochadores, y se internó por entre los grupos apostados frente a los pubs de una subida. Dejó atrás el Mr. Egg, donde resonaba el «Help» de The Beatles, y cruzó hacia el Dubois mientras se convencía de que estaba en el barrio indicado para despistar a la policía. Obviamente le habían tendido una trampa y ahora no le quedaba más que huir. Así eran las vueltas que deparaba la vida, ayer un investigador, hoy un fugitivo. Escapar había sido lo correcto. Con huellas de sangre y cocaína en las manos, Carabineros lo habría detenido y la justicia condenado. Más arriba lo envolvió la voz de Óscar de León cantando «Ven, morena». Sí, los criminales le habían dado el soplo a Carabineros tras instalar en su living el cadáver del Mexicano, el testigo que complicaba a Frosch.

Empalmó por la empinada calle San Juan de Dios y quince minutos más tarde alcanzó sin aliento la vivienda de Peter Blumen. Tocó varias veces, pero nadie abrió. Santa Teresita de los Andes lo miraba con ojos tristes desde el afiche clavado a la puerta, y la madrugada aún mantenía en sombras al barrio. De lejos, transportados por la brisa marina, llegaban los estertores del jolgorio nocturno.

—¿Y qué te trajo de nuevo por acá? —preguntó Blumen abriendo la puerta. Tenía cara de sueño—. ¿Cazaste al Conde al fin?

—Necesito ocultarme.

—¿De tus acreedores o de tu mujer?

—De la policía.

Lo hizo pasar al living, donde subrayaba párrafos de *El estado y la revolución*, le sirvió una taza de café y le preguntó:

—¿Atropellaste a alguien o te llevaste un ceda el paso? porque tipos como tú no son capaces de infringir la ley.

—Las razones las conocerás mañana —dijo Cayetano enjugándose con el pañuelo el sudor de las mejillas.

—Vamos, me sorprendes. Dime quién te persigue y te diré si puedo ser tu aliado.

—No es broma. Necesito que me ocultes, porque la cosa pinta mal. Y hasta es

posible que requiera documentación falsa.

Peter esbozó una mueca y colocó las piernas sobre la mesita de centro, donde descansaba el texto de Lenin. Comenzó a acariciarse la barba con los ojos entrecerrados.

—Debo advertirte, eso sí —puntualizó con el ceño adusto—, que no puedo caer en acciones aventureras. Las cosas están muy duras en este paisito tutelado por los militares como para meterme en las patas de los caballos.

—Lo sé, pero me tendieron una trampa y caí como un comemierda en ella.

—¿El Conde Rojo?

—Parece.

—Me lo imaginé. Esos renovados se la saben por libros. Han estado en el poder desde Frei padre y no te sorprenda si mañana lo están con la derecha. Pero el pueblo ya los castigará.

—Coño, viejo, necesito refugio, no un tribunal popular.

—Mira, Cayetano, puedo ayudarte, porque si bien no eres un cubano revolucionario, tampoco eres un gusano de Miami. Y aquí nuestra tarea es unir a todos los sectores para construir un país decente. Puedo ayudarte, siempre y cuando me cuentes claramente qué se teje aquí.

—Pero acaba ya con los teques revolucionarios, por favor, que andaré prófugo, pero no deschavetado. ¿Me tiras un cable o no?

Peter se dirigió a la cocina para calentar agua y habló desde allá:

—¿Necesitas documentación? —enfaticó en voz alta—. Entonces la cosa va para largo. Puedes explayarte con toda confianza, que habrá micrófonos ocultos en La Moneda, pero no aquí. Para eso tenemos a los compañeros formados en la técnica.

—¿Y los mormones?

—Después de lo que me dijiste el otro día, se me encendió la ampolleta y los mandé al demonio. No estoy para cometer errores, que la mano viene dura.

—No comiences tampoco a darte demasiada importancia, que a la hora de los mameyes, a ustedes se los pasaron por alto los militares y los demócratas.

—Tampoco voy a responder a provocaciones. Los transotas me tienen sin cuidado. Ya verás cómo los aplasta la rueda de la historia.

—¿Transotas?

—Sí, toda esa calaña que con el cuento de la transición y los compromisos no han hecho más que desmovilizar al pueblo y medrar del poder.

—Por favor, gracias a ellos tenemos democracia. —Se atusó el bigote, mirando de hito en hito a ese hombre que con toda seguridad hubiese respondido con absoluto desprecio a quien le hubiese pedido renovarse para obtener un puesto público—. No divagues más y dime si puedes ayudarme.

—En estos momentos cualquiera se convierte en un *agent provocateur*, Cayetano, aun sin saberlo —repuso Peter volviendo de la cocina con tacitas humeantes—. ¿No te apetece un tabaco cubano?

—¿Populares?

—H. Upmann —aclaró orondo. Fue a su cuarto y regresó con dos cigarros.

—No sabía que ahora te dedicabas al contrabando.

—En época de reflujó revolucionario hay que hacerle a todo con tal de conseguir fondos para la causa —respondió Peter. Palpaba con indisimulado goce los tabacos—. Estos vienen directo de La Habana. Pobres yanquis pelotudos que no los pueden disfrutar por el bloqueo.

Los encendieron y fumaron en silencio mientras tomaban café.

—¿Y qué dices? —Cayetano tosió—. ¿Me concedes o me niegas el asilo?

Una sirena se escuchó a lo lejos. Su primera intención fue la de huir, pero decidió permanecer quieto en el sillón, contemplando cómo el humo de los habanos ascendía al cielo raso amarillento. El ulular continuaba aproximándose.

—En la época de la dictadura presagiaban cosas horrendas las sirenas, Cayetano. Ya no. Ahora los pacos tocan primero el timbre y preguntan si pueden pasar.

—¿Me tiras el cable o no?

—Chico, esperemos mejor a ver qué dice la prensa mañana —aseveró Blumen y cruzó las piernas sobre la mesita—. Después consultamos a los compañeros del centro y decidimos. ¿Y qué te parecen estos H. Upmann?

A la mañana siguiente el tema ocupaba los principales espacios de las radios locales. Cayetano, que había logrado fijarse la corona con cemento duco, desayunó junto a Peter Blumen escuchando los comentarios periodísticos. Afuera la calle culebreaba húmeda y desierta hacia la avenida Alemania y los cerros parecían somnolientos.

Según las noticias, la policía buscaba a Cayetano Brulé como sospechoso del asesinato de un desconocido hallado en su domicilio del cerro Concepción. Si bien aún carecían de las pruebas definitivas sobre la autoría del crimen, las autoridades sostenían que la desaparición del investigador lo incriminaba. Además, en la vivienda había papelillos con clorhidrato de cocaína, lo que elevaba la probabilidad de que se tratara de un ajuste de cuentas entre el cubano y un narcotraficante.

—Oye, no te conocía ese lado —comentó Blumen masticando la tostada—. ¿Y qué dices ahora?

—No quieren que investigue el caso Lecuona, eso es todo.

Durante la noche, que la había pasado sin pegar pestaña, le contó en detalle cuanto sabía del asesinato de Agustín. Y Peter Blumen, con las manos enlazadas sobre un libro de Marta Harnecker acerca de las nuevas tareas del leninismo tras la desaparición del campo socialista, lo escuchaba en completo silencio, fumando o tomando café, incrédulo a ratos, especulativo de pronto sobre las razones que La Casa podía abrigar para impedir la investigación del caso.

—No sé si creerte o no —dijo restregándose las manos. Usaba una holgada bata india, que le colgaba hasta el piso cuando permanecía sentado—. Pero entre creerte a ti y al *establishment*, mi amigo, es a ti a quien creo.

Descubrieron que radio Cooperativa entrevistaba a Suzuki en vivo. Con voz nerviosa el secretario afirmaba que su jefe jamás había consumido ni comercializado drogas, y que, por el contrario, era un hombre decente, trabajador y sufrido, dedicado a luchar contra el crimen, y que todo se debía a una confusión.

—¿Y el cadáver que apareció en casa de Brulé —preguntó el periodista— también es una confusión?

—Ese cadáver se lo plantaron a mi jefe —repuso Suzuki sin amilanarse.

—Gracias, chino, por hablar bien de este roble caído —murmuró Cayetano intuyendo ahora con claridad que tardaría mucho en volver a su vida cotidiana.

—El Suzuki es un tipo en quien puedes confiar —resumió filosófico Blumen, quien ahora esparcía mantequilla por su tostada—. En estas situaciones se conoce a la gente. Es como cuando eres clandestina y quedas a merced de todo, ahí conoces a quien realmente te aprecia.

La policía, anunció Suzuki, había registrado tanto la oficina del detective como su casa del paseo Gervasoni sin haber encontrado nada comprometedor, porque su jefe era un hombre íntegro, víctima de una conspiración criminal para desprestigiarlo e impedirle que investigara el caso Lecuona.

—Ignoro las razones específicas para joder a Brulé —puntualizó Suzuki. Al parecer leía de un texto que madame Eloísa, famosa en todo el puerto por su talento poético, le había redactado—. Pero una cosa está clara, aquí hay gente que no quiere que él investigue. Desde ya advierto que Brulé entregó hace poco una declaración notarial denunciando a quienes están detrás de esta maniobra. Esa declaración saldrá de inmediato a la opinión pública si a él le ocurre algo.

Cayetano quedó anonadado por la genial movida de su secretario. No sólo defendía en forma convincente su bien ganado prestigio, sino que al mismo tiempo ponía en jaque a quienes acariciaran la posibilidad de eliminarlo para que no siguiera investigando. Suzuki, no cabía dudas, era un magistral jugador de ajedrez. Frosch, el Conde o quien fuera estaba, en cierta forma, en jaque y no podrían liquidarlo como al Mexicano.

—¡Coño, el chino ese se la comió! —exclamó emocionado.

Ahora lo más perjudicial era que lo vincularan al narcotráfico. En ese ambiente los ajustes de cuentas constituían un asunto cotidiano. Por otra parte, entendía que la prensa ignorara quién era el Mexicano, pero le angustiaba que la policía tampoco lo supiera. ¿Tanto tardaban en establecer la identidad de un cadáver? El Escorpión, a quien ya no recurriría para no perjudicarlo, le había dicho una vez que la identificación de alguien a través de las huellas digitales era un asunto de segundos gracias a las nuevas computadoras de Investigaciones. Alguien estaba entonces interesado en dilatar el procedimiento para cazarlo antes a él.

—Y ahora, Peter —preguntó cabizbajo—, ¿me tiras el cable?

Blumen tragó la tostada, se limpió pensativo los labios con una servilleta de papel y dijo:

—Hoy mismo contactaré al centro y le informaré lo que ocurre. Habrá que esperar a ver qué deciden. No te preocupes, que daré las mejores referencias tuyas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que podemos tal vez ayudarte a que te esfumes, pero no podemos hacernos cargo de tu persona.

Cayetano se acarició el chichón que tenía en la nuca a causa del ataque de la noche anterior y luego tosió. Vislumbró por un instante la imagen del doctor Müller, pero se dijo que ahora más le valía olvidarse de la sombra en el pulmón y también del médico.

—¿Tengo que proponerte yo el plan? —preguntó entre toses.

—Tú propones y el centro dispone. El Movimiento Revolucionario Auténtico está para instaurar el socialismo en Chile y no para ocuparse de las contradicciones secundarias del sistema. Y tú has de ser una contradicción absolutamente irrelevante,

si me permites que te cuente la firme.

Lo miró desalentado a través de sus dioptrías.

—¿Y entonces?

Peter Blumen lo escrutó con ojillos atentos mientras se restregaba la barba. Dijo:

—Tú mismo tienes que salir del entuerto. En tu contra se viró el mundo entero. Pero no te desanimas. Recuerda que Fidel se recuperó con siete hombres tras el desastroso desembarco del Granma y que Ho Chi Minh pasó años oculto en madrigueras...

Cayetano se puso de pie y se acercó a la ventana, desde donde contempló el mar en silencio. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Entonces ayúdenme mejor a salir del país.

El hombre encargado de la documentación clandestina del MRA llegó al día siguiente a las diez de la mañana en punto, cuando Cayetano leía noticias inquietantes sobre su persona en los diarios. Peter Blumen había salido a comprar pan, mortadela y huevos para el desayuno.

—No se preocupe —advirtió Lorenzo—, le voy a tomar la foto tal como usted es. Aunque sería recomendable que se peine los bigotes y limpie las manchas de grasa de los cristales, que no me explico cómo ve.

—¿Y usted cree que si me peino los bigotes cambio mucho? —preguntó el detective ordenándolos con un cepillo que encontró a mano—. Me deben tener circulando por todo el país a esta hora, aunque le juro que mucho no me entusiasma cambiar de aspecto. De camaleón nada tengo.

—Lo único importante es que el pasaporte y el carnet de identidad sean más auténticos que los impactos de bala de La Moneda. Lo demás, mi amigo, no me interesa. Nosotros estamos aquí como los peluqueros y los taxistas, para servir y callar.

A Cayetano le parecía arriesgado recorrer la ciudad o atravesar fronteras bajo su aspecto usual; una nueva apariencia, en cambio, pensaba, le permitiría despistar por cierto tiempo a sus perseguidores. Lorenzo lo invitó a sentarse en el bañito con la cortina de la ducha como telón de fondo, le maquilló el moretón del pómulos, causado por la golpiza del sauna, y lo retrató con una cámara que llevaba en un maletín de gásfiter. Luego desarrolló la foto, la secó utilizando un secador de pelo y la adhirió a un pasaporte chileno. Sin decir palabra, concentrado en lo que hacía, extrajo timbres de goma del Gabinete de Identificación y los estampó en un orden preestablecido.

—Ahora pongámonos a viajar —sugirió. Era uno de aquellos chilenos delgados, pálidos y lógicos, de pelo lacio y negro, capaces de decir cosas asombrosas sin inmutarse—. ¿Ha visitado Buenos Aires?

Mientras Cayetano mencionaba los países que había recorrido, Lorenzo fue estampando nombres de aeropuertos y fechas, teniendo la precaución de que los periplos coincidiesen desde el punto de vista geográfico y temporal.

—¿Y con este aspecto pasaré por inmigración? —preguntó el investigador.

—A los oficiales sólo les interesa el número de pasaporte y la pantalla para averiguar si el documento circula como robado o su portador tiene orden de arraigo, mi amigo. El resto les importa un comino.

—Creí que eran rigurosos, que por lo menos le miraban a uno la cara.

—Ni ellos lo saben, es una deformación profesional —agregó Lorenzo timbrando

las páginas del documento—. Los únicos que controlaban pasaportes como corresponde era la inmigración de los países socialistas, en especial los del regimiento Felix Dzerjinsky, en Alemania Oriental, y eso se acabó, como sabe.

—Dedicaron demasiado tiempo a controlar documentos y poco a la gente.

—Supongo que usted, con su pasado, no querrá ocultarse en Cuba, mi amigo —observó Lorenzo al descartar un timbre—. Aunque allá las cosas han cambiado mucho, y hoy un dólar tira más que una yunta de bueyes. ¿Me dijo que Madrid también es patio conocido? Con los españoles hay que tener cuidado, se convirtieron en hijos de puta desde que se creyeron el cuento de que también son europeos.

Llevaban una docena de destinos turísticos impresos en el pasaporte extendido a nombre de Inocencio Ciabatta, cuando la puerta de la vivienda se abrió violentamente e ingresaron Peter Blumen y un hombre bajito, de frondosa cabellera colorina y anteojos oscuros, con aspecto de moscardón.

—¿Conocen a este tipo? —le preguntó Peter a Cayetano mientras Lorenzo envejecía el sello del aeropuerto Charles de Gaulle de París con una goma.

—Primera vez que lo veo —dijo Cayetano, pero el aspecto del desconocido le hizo recordar a un actor secundario de JFK.

—Pues te equivocas —aclaró Peter y soltó una carcajada mientras despojaba de las gafas y la peluca a su acompañante.

—¡Coño, compay, si eras tú! —exclamó Cayetano abrazando emocionado a Suzuki—. ¿Y a qué se debe tanto disfraz si es a mí a quien buscan?

—Decidí retocar al chino por si lo seguían.

—Cuidado y más respeto, que de chino tengo lo que usted de paquistaní —advirtió Suzuki—. Soy samurai a mucha honra, descendiente de japonés. No confunda los *nigiris* con el *chao-mein*.

—Da lo mismo, chino, en este país los asiáticos, sean coreanos, japoneses, camboyanos o vietnamitas, son todos chinos, y los árabes todos turcos —aclaró Peter—. Es parte de nuestra idiosincrasia, el simplificar las cosas. Lo importante es que te trajimos hasta aquí sin inconvenientes, cosa meritoria, porque los pacos y los tiras andan desesperados tras Cayetano.

—Me alegra verte, Suzukito —comentó el detective mientras palmoteaba al secretario en el hombro—. ¿Cómo te trajo este Peter?

—Esa es una historia de varios capítulos, jefe. Me hicieron subir a dos taxis, me pasearon un rato por Valparaíso y Viña del Mar, y por último Peter me llevó a un supermercado y me condujo hasta aquí. Difícil que alguien se haya tomado la molestia de seguirnos.

—¿Y la peluca?

—Me la endilgaron antes de bajarme del primer taxi. En el segundo me agregaron las gafas. ¡Flor de disfraz! Ahora sólo me falta que me llamen Bernhard von Zuzucken.

—A veces las medidas pueden parecer exageradas, pero no lo son, muchachos —

aclaró Peter Blumen antes de retirarse a la cocina a colar café, seguido de Lorenzo, quien había sellado, mediante una vela y una plancha, el carnet de identidad y el pasaporte.

—Para qué te voy a mentir, Suzukito: te ves mejor con peluca y calobares —comentó Cayetano cuando quedó solo con su ayudante—. ¿No has pensado en dejártelos en forma permanente? Llegarían seguro más clientes al Kamikaze.

Suzuki prefirió entregarle los mensajes que traía de Investigaciones: primero, los agentes habían registrado tanto la casa como la agencia; segundo, afirmaban que las balas halladas en el cuerpo del Mexicano correspondían al arma inscrita a nombre de Cayetano y, tercero, exigían que se entregase cuanto antes a las autoridades, quienes le garantizaban un trato justo.

—Si me entrego, me emparedan —afirmó Cayetano. Luego, cambiando de tono, preguntó—: ¿Y no has sabido de Margarita?

—Me llamó ayer para decirme que estaba al tanto de todo y que ya se lo había advertido lo suficiente, que lo mejor era que abandonara esta profesión, pues iba a terminar peor de lo que ya estaba.

—Haciendo leña del árbol caído, la desalmada. Ya me cansó definitivamente. Me quiere como simple marioneta.

—Y está con sangre en el ojo, jefazo. Los ratis le contaron que usted anda con una cubana muy bonita para ver si le soltaban la lengua.

—Es Lourdes, ¿qué has sabido de ella?

—Hablamos en la agencia antes de que Peter me fuera a buscar. Está a la espera de lo que usted le oriente. ¿Sabe, jefe?

—¿Qué?

—Esa mujer está muy bien —dijo Suzuki deleitado por la evocación—, y seguro que pinta para usted.

—¿Quieres decir que ese huevo quiere sal?

—Quiere sal, jefazo. Créame, yo sé mucho de amores, me conozco el *Kamasutra* al revés y al derecho, y no me pierdo los consultorios sentimentales de los diarios. El amor, jefazo, es pura psicología, y usted hechizó a Lourdes.

Cayetano encendió un Lucky Strike divertido por el mensaje. No era el momento de pensar en requiebros amorosos, desde luego, pero Suzuki tenía la virtud de reanimarlo y contagiarlo de vitalidad, cosa que a esa hora le agradecía.

—¿Alguien más apareció por la agencia, Suzukito?

—Dos tipos bastante raros. Grandotes, bien vestidos, con aire misterioso.

—¿Como de las películas de Humphrey Bogart?

—Le faltaban sólo los sombreros de ala ancha, jefazo.

Supuso que eran los sujetos que lo habían amenazado en la estación COPEC y visitado en casa.

—¿Qué dijeron?

—Que lo buscaban para encargarle una investigación.

—¿Te dejaron señas?

—Anunciaron que lo llamarían, mejor, así que no se inquiete. Pero, jefe, no se olvide de Lourdes. ¿Quiere mandarle a decir algo con este pechito?

A la mañana siguiente, cerca del mediodía, Peter Blumen trasladó a Cayetano Brulé a una casa de seguridad del movimiento que quedaba en las inmediaciones del paseo 21 de Mayo, frente a la antigua Escuela Naval. En la vivienda que colgaba de un cerro y tenía una espectacular vista sobre la bahía, lo esperaba Marcia, la líder clandestina del MRA, la mujer más buscada por la institución que dirigía el Conde Rojo.

—Quise hablar con usted, porque tenemos la impresión de que estás tocando un nervio central del sistema —le dijo Marcia mientras almorzaban cazuela de ave junto al ventanal del comedor.

Hacía calor y por las ventanas abiertas de par en par no sólo penetraba la brisa tibia, perfumada a salitre, sino también el rumor sordo de la ciudad. Cuando Cayetano vio que bajo el cielo resplandecía el Pacífico y emergían nítidos los contornos de las casas y las iglesias en los cerros, anheló salir a pasear.

—Eso es lo único que puede explicar mi situación, porque me imagino que ustedes no pensarán que yo maté al Mexicano —repuso cogiendo la botella de un tinto innoble que Peter Blumen había colocado sobre la mesa antes de dejarlos solos—. ¿Una copita?

—No, gracias. No bebo cuando trabajo.

Era una mujer frágil, de cabello corto y arrugas en la frente, de actuar pausado reflexivo. Pocos hubiesen podido imaginar que Marcia, a la cual la prensa describía como de aspecto masculino y vulgar, se hubiese convertido en la clandestinidad en una mujer con aire de intelectual emancipada.

—Usted no es santo de nuestra devoción —continuó ella, gélida, retornando de inmediato a lo que le preocupaba—, pero en las circunstancias por las que atraviesa se ha convertido, cómo decirlo, en un aliado objetivo nuestro. Todo indica —continuó seria, acomodando con la cuchara una presita adicional en el fondo del plato— que usted se metió en un terreno sensible para los peces gordos y eso nos interesa en extremo...

—¿Que yo di con ese nervio?

—Exactamente y de forma casual —repuso ella, limpiándose delicadamente los labios con la servilleta.

—¿Y por qué supones eso?

—Porque tenemos reportes de que el caso Lecuona ha causado inquietud muy arriba.

—Soy un investigador profesional —repuso él. Le pareció que la cazuela tenía demasiado comino—. Y dudo de que su movimiento, que anda vendiendo tabacos y

tal vez hasta guayaberas y caimancitos embalsamados, disponga de recursos para contratarme.

Ella tragó la broma junto con una cucharada y esperó unos segundos con la vista baja a que Cayetano terminara de celebrar sus propias palabras. Después moduló con suavidad y dulzura:

—Y a se habrá dado cuenta de que usted no atraviesa un momento como para imponer condiciones...

—Pero tampoco para aceptar cualquier sacrificio, Marcia. Es probable que ustedes estén detrás del secuestro del hijo del presidente de la Corte Suprema o de la rebelión mapuche. ¿Y entonces qué monos pinto yo ahí si me cogen? No sólo me acusarán de un crimen que no he cometido, sino también de incitar a la violencia, y usted sabe que yo soy medio budista para muchas cosas.

—Nos gusta su dignidad, Cayetano, quizás es lo único que nos gusta de usted, su dignidad y, por qué no decirlo, su compasión, aunque sea una compasión abstracta, burguesa.

—A mí lo que me molesta de ustedes es que aún no aceptan las reglas del juego democrático y se mantienen al margen de la legalidad, en las sombras, como preparándose para dar un zarpazo.

—Es que no confiamos en el sistema, sencillamente —repuso lacónica—. ¿Usted confía en él? No sea ingenuo, por favor. Aquí lo único que ha cambiado desde el retorno de la democracia son los inquilinos temporales de La Moneda y los ministerios.

—Al menos ya no desaparece gente.

—Lo que hizo la derecha fue entregarles a los concertacionistas escritorios y sillas de algunos edificios en el barrio cívico y las embajadas. El resto sigue igual.

El vino le escoció la garganta, y pensó que era absurdo discutir de política mientras las autoridades lo perseguían.

—Yo soy un simple detective caído en desgracia y ustedes un movimiento revolucionario con aspiración de cambiar radicalmente las cosas, así que no veo por dónde podemos tener afinidades, como no sea con respecto a este vino tres tiritones y al exceso de comino en la cazuela. Me tinca que el sommelier está resfriado y el cocinero ídem.

Marcia sonrió y luego dijo:

—Quizás entienda mejor si le digo que nos interesa que continúe la investigación, que nosotros lo ayudaremos en lo que podamos, abriéndole puertas, facilitándole fuentes, otorgándole protección.

—¿Quiere convertirme en espía suyo?

Ella aspiró profundo y miró hacia la bahía. Cayetano se preguntó a qué se dedicaría esa mujer cuarentona, tan atractiva y deseable, en las horas en que no se entregaba a la causa revolucionaria. ¿Reiría, lloraría, estaría enamorada? Cada vez que observaba a un político, sobre todo a aquellos que pontificaban sobre la vida y la

moral, se preguntaba si experimentaban las mismas depresiones e incertidumbres de todos, y si tenían conciencia de su propia fragilidad.

—Digamos que sería un hombre de confianza del MRA —precisó la mujer sonriendo.

—No me gusta la idea, no comparto los métodos ni los objetivos del MRA. Soy un tipo quitado de bulla y reformista tibio. Las cosas no me gustan como están en esta vida y creo que deben cambiar, pero le mentiría, Marcia, si le dijera que sé cómo deben cambiar.

La mujer cuchareó impávida su cazuela mientras Cayetano partía un trozo de zapallo y lo combinaba con uno de pechuga para echárselo a la boca.

—No tiene que renunciar a esa cubana millonaria de dudoso historial político —aclaró Marcia—. Usted avanza en lo suyo y sólo intercambiamos información en determinados momentos. No me va a negar que es una oferta tentadora. No recibiré dinero de nuestra parte, ni nosotros le exigiremos nada como no sea que nos cuente lo esencial de la historia.

—¿Y qué obtendría yo a cambio de eso?

Ella extendió los brazos y repuso con pachorra:

—Bueno, alojamiento donde el Peter, pasaporte, carnet de identidad, la salida sin problemas del país... ¿Le parece poco? Además, si cree que la clave está en Estocolmo y su amiguita le financia el viaje, ¿por qué no viajar allá y colaborar con nosotros? Suecia está cerca de la ex Unión Soviética, y esa región nos interesa por razones obvias...

—¿Buscan acaso a un topo a estas alturas?

—Imagínese, las noches blancas, el barrio de Gamla Stan y la posibilidad de que aclare el crimen y demuestre su inocencia —continuó ella entusiasmada, sin responderle—. Nosotros le ofrecemos protección y fuentes.

—¿No será que ustedes venden la información a la Dirección General de Inteligencia cubana?

—No me haga reír. Cuba hace tiempo ya que corre con colores propios. ¿Usted no sabe que cuando los empresarios chilenos llegan a La Habana, Fidel les envía al aeropuerto uno de sus Mercedes Benz, y a los líderes comunistas apenas un Moskvich, si es que los pobres no se ven en la penosa obligación de coger un taxi Anchaes por su cuenta?

—Usted, en la práctica, me está reclutando como agente.

—Llámelo cómo quiera, pero no se mueva a engaño —advirtió ella con firmeza y se examinó las uñas pintadas de rosado—. Usted no tiene otra alternativa para salir con vida de esto. Si acepta colaborar con nosotros, puede terminar la cazuela e irse al extranjero, de lo contrario lo pondremos de patitas en la calle. Y si algún día habla de este encuentro no tardará en alcanzarlo la mano nuestra, que es más larga e implacable que la de la policía chilena.

El Hyundai se detuvo en la playa de estacionamiento del aeropuerto de Pudahuel a las nueve de la mañana. Era un día caluroso y sin viento, y por el este la campana ámbar de esmog se había instalado ya sobre la capital. Dentro de dos horas despegaría el *jumbo* de Iberia con destino a Madrid, vía Buenos Aires. Desde España, Cayetano cruzaría en un SAS a Estocolmo.

—Ahora tranquilo, que todo está bajo control —aseguró Peter Blumen mientras contemplaba desde detrás del manubrio la mole de acero y cristal del aeropuerto—. Tu nombre está circulando y tiene arraigo, eso está claro, pero la identidad de Ciabatta te permitirá salir sin sobresaltos. Lourdes abordará la nave en Buenos Aires y te hizo llegar estos dólares por si acaso.

Cayetano guardó el sobre en el interior de su chaqueta, consciente de que en los últimos días demasiadas cosas habían quedado inconclusas, por ejemplo, el significado de la mancha en el pulmón, el futuro con Margarita y el esclarecimiento del crimen de Lecuona. Además, los datos recogidos por los hombres del MRA indicaban que La Casa lo perseguía, lo que reforzaba la convicción de los revolucionarios de que el caso rozaba un nervio esencial del sistema.

El asunto había desaparecido ya de las primeras planas de la prensa, pues el panorama en el país continuaba empeorando: la rebelión mapuche no sólo despertaba declaraciones de solidaridad en Europa y Estados Unidos, sino que había paralizado las inversiones forestales en el sur. Por otro lado, los pascuenses seguían acariciando la idea de integrar una confederación polinésica, y en el norte, los atacameños realizaban acciones violentas para recuperar sus derechos milenarios sobre los ríos de la zona, ahora en manos de las mineras. Además, en la víspera, Alamiro Urquiza Ferrer, vicepresidente de la Sociedad de Fomento Fabril, había sido asesinado mientras cenaba con su familia en un exclusivo restaurante de la avenida Alonso de Córdoba esquina de Escrivá de Balaguer, lo que demostraba que el país ya no ofrecía seguridad. Los dirigentes de los principales partidos de oposición exigían al gobierno la convocatoria del Consejo de Seguridad Nacional para restaurar el imperio de la ley.

Si bien en medio de ese ambiente los controles policiales en las calles se habían hecho frecuentes, los hombres del MRA consideraban que la policía perseguía a esas alturas a un Cayetano rasurado y sin gafas, por lo que le mantuvieron su apariencia tradicional.

La noche anterior, un militante del MRA se había encargado en Puerto Varas de declarar a una radio local que acababa de divisar a un sospechoso con todas las trazas del detective en el rodoviario interregional. Lo describió sin bigote y con parka verde,

por lo que la policía habría reforzado ya supuestamente la búsqueda en la zona austral.

—Mientras te buscan en el sur, tú te vas por el centro. No hay nada que temer — aseguró Peter, confiado.

—Espero que no se les hayan confundido las cosas.

—A nosotros nada se nos escapa, muchacho.

—Quiero creerte, Peter, lo que me desconcierta es que con tanta faramalla aún estén en la oposición.

—Déjate de bromas —Peter comenzó a bajarse del vehículo—. Recuerda que fuimos muy golpeados, pero que desde entonces desarrollamos un aparato clandestino que cuenta con células, militares, relaciones internacionales, equipo de propaganda y servicio de espionaje. Somos una organización con estructuras paralelas.

—Así jamás podrán apoderarse de la que les interesa, el Estado.

—¿Quién sabe? —repuso Peter pensativo—. Por lo menos sobrevivimos y seguiremos así, con una pata en la legalidad y otra en la clandestinidad, por lo que pudieran hacer un día los milicos. Éste es un país amnésico y los militares son los únicos que tienen buena memoria. Fíjate que la tienen tan buena, que disponen hasta de un plan para olvidar el pasado.

Cayetano limpió las gafas y sus ojos de manatí se empequeñecieron. Admitió que sólo las circunstancias lo habían llevado a pactar con gente con la cual de otro modo jamás lo habría hecho. Era ajeno a aquellos militantes radicales que mantenían siempre, como la luna, un rostro en la penumbra permanente. Había algo de los cristianos de la época de las catacumbas en ellos, algo que tal vez los hacía disfrutar esa vida secreta, de símbolos y ritos de iniciados, de medidas de precaución propias de espías y no de políticos. Eran seres que no creían que el régimen de Pinochet hubiese fenecido. Pese a que la presidencia la ostentaba ahora un civil, para ellos los militares continuaban dirigiendo los destinos del país detrás de las bambalinas y podían volver a salir de los cuarteles en cualquier momento.

Se asemejaban a una secta. Estudiaban el acontecer nacional y a sus líderes, se formaban ideológicamente y preparaban programas de gobierno que tal vez jamás llegarían a formar, se reunían en casas de seguridad o en estaciones del metro o cafés portando identidades falsas, utilizando los resguardos que les ofrecía la sociedad que pretendían reemplazar. Eran, claramente, los hijos del desencanto político total. No sólo detestaban a los militares por haber instaurado la dictadura de Pinochet, sino también a sus antiguos compañeros de lucha, devenidos socialdemócratas, que disfrutaban de las prebendas del poder tras haber sepultado sus banderas iniciales de lucha.

—Somos los únicos que aún tenemos ideales —le había dicho Blumen en la oscuridad del túnel Lo Prado—. La dirigencia de la izquierda renunció a ellos para tomar el gobierno. Sólo les queda la retórica, el envoltorio de lo que un día soñaron

para el país, y la amnesia política.

—Dime una cosa, Peter —dijo Cayetano abriendo el maletero del carro—. ¿Cuál es el plan alternativo si me descubre inmigración?

—No hay plan alternativo, Cayetano. Si la cosa fracasa, fracasa.

Cogió la Samsonite roja que le había comprado el MRA y repuso:

—Francamente eso es lo que me desagrada de ustedes, la actitud de jugador de póquer que asumen en política.

—Bueno, cubano, tú conoces el dicho «la hora de los mameyes» —dijo Peter Blumen mientras sacaba del baúl el maletín de cabina, otro Samsonite de pura cepa para no despertar sospecha entre los policías—. No es por nada, pero ahora sí que te llegó la hora de los mameyes, mi hermano...

Cruzaron sobre el pavimento caliente hacia la terminal, donde los recibió el movimiento de avispero del aeropuerto, una estructura de hierro y cristales, que en invierno resultaba demasiado fría y en verano excesivamente calurosa.

—Y recuerda que antes de bajar en Estocolmo debes ponerte el gorro de piel, los calzoncillos largos y el abrigo. Si se te olvida, se te congelarán hasta los timbales y terminarás hospitalizado en el último Estado de bienestar social de Europa. Ni la embajada va a poder cubrir los gastos.

—Coño, suspende ya el teque, mi hermano, que me tienes cansado.

—Y no olvides —continuó Peter Blumen mientras se aproximaban al solitario *desk* de clase ejecutiva—, en cuanto llegues a Estocolmo llamas a Jerez al número que te di. Él te orientará.

—Y me controlará, porque es de ustedes.

—Ya sabes que tenemos un acuerdo y los acuerdos están para respetarlos. Concéntrate en lo que viene ahora. Debes cruzar por la ventanilla siete. Tú tranquilo, que el nerviosismo y mucha explicación, delatan. Y recuerda que Lourdes subirá en Ezeiza. ¡Que los orishas se apiaden de ti, mi hermano!

Segunda parte
Azul Báltico

«El postmodernismo se propone como una literatura del no conocimiento. De modo paralelo a la visión postestructuralista de la realidad, el postmodernismo considera el mundo no como una entidad existente *per se* que contuviera en sí misma los principios de su organización, sino como una construcción artificial de la razón. Esta razón es, a su vez, arbitraria y no fiable. Más que explicar la realidad de modo objetivo, la razón elabora modelos culturales ideales que sobreimpone a la materialidad indescifrable del mundo. De acuerdo con este...»

Cerró desanimado el libro que le había enviado Lourdes días atrás y se dedicó a degustar el *filet mignon* y la copa de tinto riojano que le acababa de servir una afable aeromoza. Las turbinas de la nave zumbaban lejanas y abajo se extendía la pampa argentina. Se trataba, en realidad, del primer párrafo de esa antología de textos teórico-literarios que creía descifrar, pero todo aquello le parecía inútil. Claro, si su razón era arbitraria y el mundo una construcción artificial suya, entonces el esclarecimiento de crímenes era en verdad imposible y todo crimen perfecto. Admitió que él también elaboraba hipótesis y especulaciones, al igual que los teóricos literarios, pero mediante la investigación se veía obligado a fundamentar todo lo que sostenía, y la prueba definitiva de la identidad entre su modelo y la realidad radicaba en la confesión del criminal.

Vació la copa, que la aeromoza volvió a llenar con premura, y decidió pasar a cosas más concretas. Pese a las circunstancias que afrontaba, no debía convertirse en agente del MRA. Era un investigador particular, cuya misión consistía en esclarecer el asesinato de Agustín Lecuona. Mirando bien las cosas, los del MRA sólo se habían aprovechado de su emergencia. Además, cada cual corría aquí con colores propios. Era interesante que Marcia hubiese impulsado con tanto interés ese viaje a Suecia. Le resultaba evidente que el MRA buscaba alrededor de la antigua Unión Soviética a un topo, y confiaba en que sus pesquisas le permitirían descubrirlo.

Miró largo rato por la ventanilla, hacia el paisaje monótono de la pampa, sin poder olvidar todo cuanto dejaba atrás en esos instantes. Porque en Valparaíso no sólo quedaban la casita del paseo Gervasoni y el despacho en el entretecho del Turri, al mando provisionalmente de Suzuki, sino también Margarita de las Flores, su salerosa y veleidosa amiga de tantos años, y su nada despreciable trayectoria policial. No, no podía alegrarse por el hecho de haber eludido a la justicia, ya que su verdadero objetivo consistía en retornar a casa cuanto antes, limpio de polvo y paja, y con la frente en alto, como gustaban decir los futbolistas chilenos. No tenía otro camino, él era un tipo digno y decente, de manos limpias y buenas intenciones, que entraba y

salía de los países por la puerta ancha, y no entre gallos y medianoche. No sólo tenía que esclarecer el caso, sino también comprobar su inocencia, de lo contrario nunca más podría regresar a Chile, su otra patria, pensó nostálgico.

Vació nuevamente la copa y la aeromoza se la llenó de inmediato con un gesto comprensivo que a él lo enterneció. Quizás debía permitirse ahora una pausa de alcohol, una tregua que le permitiera olvidar por unos días el crimen de Lecuona, el cinismo del Conde Rojo, la agresividad de Frosch, la inexplicable aparición del cadáver del Mexicano en su vivienda, la persecución policial, el intento de dominio de Margarita y, por qué no, la trampa que le había tendido Marcia.

Pero también debía reconocer que el MRA le había entregado refugio y documentación. Gracias a ello ocupaba ahora una butaca en esa nave y no en un tétrico calabozo de la cárcel de Valparaíso. Si bien los del MRA se orientaban por sus propios intereses, cumplían también su palabra y él estaba ahora en deuda con ellos. Sí, el hombre de inmigración, tal como le anunciaran, se había concentrado en el pasaporte y los datos del formulario anexo, sin dirigirle más que una mirada fugaz, que le hizo suponer lo peor. Terminó el filete y volvió a ordenar otra copa para atacar el surtido de quesos que le sirvieron después del postre. Por último, en estado ya somnoliento, se tomó un coñac.

Las tareas no eran fáciles. En Estocolmo debía dar con un hombre apodado Pato. Confiaba en la posibilidad de encontrarlo —había postales que sugerían su existencia— y en que jugaba un papel relevante en el crimen de Lecuona. Pero tampoco podía descartar la posibilidad de que Agustín hubiese sido asesinado por encargo de Ramón Cisneros. En muchos casos los celos constituían razón suficiente para matar a alguien. Al evocar el tono iracundo de Cisneros en la cafetería del Plaza San Francisco, no le costaba imaginarlo adoptando decisiones extremas.

Después se quedó dormido con la copa de coñac en la mano. La voz cálida y afable de la aeromoza junto a su mejilla lo despertó. Habían arribado a Buenos Aires y debía abandonar la nave por media hora. Tardó unos segundos en darse cuenta de dónde estaba, pero la perspectiva de conversar de nuevo con Lourdes, lo hizo dejar el asiento y salir presuroso hacia la sala de tránsito.

La buscó en vano entre los pasajeros. Lourdes no apareció en Ezeiza.

Cuando la nave aterrizó en Arlanda, un aeropuerto perdido entre lagos congelados e interminables bosques cubiertos de nieve, eran las tres de la tarde y el sol se hundía en el horizonte sumiendo a Escandinavia en las penumbras. Acompañado sólo por el eco de sus pasos, Cayetano Brulé cruzó los pasillos y alcanzó las casetas de inmigración.

Una oficial de aspecto severo examinó con detención las hojas del pasaporte, y Cayetano tuvo la sospecha de que fotocopiaba algunas.

—¿Motivo del viaje? —preguntó ella fríamente, en perfecto español.

—Turístico.

—Yo en esta época no vendría a Suecia ni aunque me pagaran.

Afuera nevaba tupido y había diez grados bajo cero y, pese a los calzoncillos largos, el gorro, el abrigo y los guantes, tuvo la sensación de que estaba en pelotas, tal como se lo había pronosticado Peter Blumen en Pudahuel, porque el frío se le coló en un santiamén hasta el alma. No le quedó más que resistir, temblando de pies a cabeza, en la larga cola de pasajeros que aguardaban taxi.

Le tocó al fin un Volvo negro de doble largo deliciosamente calefaccionado. El chofer, un viejo hermético, condujo a toda velocidad por la autopista nevada escuchando una sinfonía de Jan Sibelius y lo dejó frente al hotel escogido por el MRA, el Scandic, una construcción moderna de concreto y cristales, semejante a una caja de zapatos, que se alzaba, contaminando visualmente el magnífico centro antiguo de Estocolmo, entre el Parque del Rey y la plaza Stureplan.

La ciudad, o lo poco que de ella había visto, le resultó fascinante por el trazado claro y limpio de sus calles y la armonía que reinaba entre las fachadas neoclásicas. Era un mundo sin rascacielos ni grandes atochamientos, de acogedoras tiendas pequeñas iluminadas con velas, una ciudad más bien apacible, de conductores gentiles y transeúntes abrigados y afables, que parecían disfrutar la nieve.

Tal como lo suponía, su cuarto y el de Lourdes estaban debidamente reservados. Pero Lourdes aún no llegaba. Ya en la habitación, desde cuya ventana se divisaba el Parque del Rey, sacó del minibar una botellita de ron Bacardí, encendió un cigarrillo y se recostó en la cama a observar cómo nevaba. Nunca había visto una noche cerrada a las cinco de la tarde. Los copos caían recortándose contra la luz amarilla de los faroles de la calle. En Valparaíso debían ser las once de la mañana, hora en que él acostumbraba servirse un café en el Bosanka mientras leía el diario y lanzaba miradas furtivas a las mujeres que pasaban.

Aspiró el humo del cigarrillo con nerviosismo, temiendo que Lourdes hubiese

sido secuestrada y apareciese muerta en Buenos Aires. No le quedaba más que esperar. Algo había salido mal. Los casos de Agustín y del Mexicano demostraban que sus perseguidores eran capaces de cualquier cosa. Volvió a llamar a la recepción para preguntar por la cubana.

—No, la señora Cisneros no se ha registrado —informó el recepcionista en inglés.

Lo peor era que poco antes, al llamar al teléfono que Blumen le había entregado como contacto en Estocolmo, no atendía el tal Jerez, sino una contestadora en sueco. Se reprochó haber confiado en una red clandestina manejada tal vez por ineptos. ¿Debía comunicarle a Blumen lo que ocurría o esperar un día más? Estaba a punto de llamar al hombre del MRA, cosa que él le había sugerido hacer sólo en caso extremo, cuando sonó el teléfono.

Era precisamente Blumen. Quería saber cómo había llegado. Junto con su voz le llegaron ladridos lejanos de perros. Seguro Blumen disfrutaba una Becker mientras leía a Gramsci o a Marta Harnecker al aire libre, imaginó con envidia al ver la barredora de nieve que cruzaba con estruendo de blindado frente a su ventana.

—¿Cómo que ella no ha aparecido? —exclamó Blumen. La comunicación era tan nítida como si Peter se hallase en el Palacio Real, circunstancia difícil de imaginar, por cierto, en un personaje revolucionario y republicano como él.

—Como lo escuchas. No ha aparecido.

—¿Le avisaste a Jerez?

—Allí sólo contesta una grabadora en sueco y no me atreví a dejar mensaje.

—Carajo. Ármate de paciencia, no desesperes. Piensa en Fidel y Ho Chi Minh.

—Ya te dije que a ustedes las cosas siempre terminan por salirles mal, Peter. Tienen partida de pura sangre y llegada de burro.

Un nuevo escándalo de quiltros porteños le alcanzó por la línea en ese cuarto tan aséptico como una farmacia. Sorbió de la botellita desconcertado.

—Vamos, cálmate, viejo, que no es para tanto. Has cruzado el mundo entero y aún estás bajo nuestra protección. La mejor prueba es este llamado. Ya verás cómo el contacto se reactiva localmente.

—¿Y Lourdes?

—Déjame ver cómo la ubico, pero no te inquietes, tenemos todo bajo control, bajo *nuestro* control. Estás en manos inmejorables. Cálmate, cambio y fuera.

Fundada hace mil años en una isla que controla el acceso del mar Báltico al lago Malären, isla donde hoy se extiende Gamla Stan con sus tortuosas callejuelas y antiguas fachadas de color ocre, Estocolmo cautiva de inmediato al visitante con sus palacios, iglesias, edificios señoriales y parques. Sin lugar a dudas, ha de ser una de las ciudades más bellas de Europa.

Desayunó en la desolada cafetería del Scandic, contemplando, por entre los árboles desnudos, una escultura monumental cubierta de nieve al otro lado de la calle desierta. No le quedó más que servirse arenque ahumado, yogur con murta ácida y unas insípidas galletas Vasa, y le fue imposible establecer quién había puesto el bufet, porque los camareros no aparecían por ninguna parte. La calle y el Parque del Rey se extendían igualmente vacíos y silenciosos, cubiertos de nieve. ¿Dónde diablos estaban los suecos?

Antes de desayunar había llamado al cuarto de Lourdes sin obtener respuesta, y luego a la recepción, pero allí no disponían de información sobre ella. Cuando intentó comunicarse con Jerez, volvió a responderle la cinta automática en sueco. Tuvo de pronto la certidumbre de que se encontraba en manos de diletantes, la especie que más odiaba en el mundo, y de que Lourdes y Jerez habían sido neutralizados. Constituía una irresponsabilidad de su parte confiar en esos combatientes clandestinos. Llamaría a Peter Blumen en cuanto amaneciese en Valparaíso para mandarlo al carajo.

Después de fracasar en su intento por traducir alguna noticia del *Svenska Dagesblatt* o del *Dagens Nyheter*, los diarios que yacían sobre una mesa, regresó al cuarto con un sentimiento de naufragio. Encontró allí el mismo desorden que había dejado. Se preguntó si en algún momento aparecería algún empleado del hotel. Los pasillos se extendían desiertos y sólo en la recepción le parecía haber divisado a una rubia concentrada en la pantalla de un computador.

A las nueve de la mañana aún no aclaraba. Era evidente que en enero el sol alumbraba sólo por escasas horas en Estocolmo. Desde la ventana la ciudad tenía un aspecto fantasmal. Dos taxis Volvo corrían por la Birger Jarlsgatan a velocidad moderada, un bus sin pasajeros se detuvo en las inmediaciones del Scandic a recoger una anciana, y las tiendas aún no abrían.

Tras enjuagarse la boca con especial encono para neutralizar el olor a arenque, extrajo el sobre que Lourdes le había entregado con la postal de San Petersburgo. Lo interesante, como sabía, era que Agustín la había enviado desde el Grand Hotel. Carecía de datos sobre el establecimiento, pero un mapa de la ciudad le indicó que no

quedaba lejos. Se puso el abrigo y cargó con los guantes y el gorro para salir.

En el pasillo se cruzó con una camarera que empujaba un carrito con toallas y sábanas. ¡Al fin encontraba a alguien en ese sitio fantasmal! Era una preciosa muchacha de pelo negro, ojos azules y piel canela, el tono de las mulatas en el Caribe. Vestía un delantal crema, y su mirada, directa y fresca, con algo de niña, lo descontroló.

—¿Cómo puedo llegar al Grand Hotel? —le preguntó en inglés para entablar conversación.

—¿Es que nos deja? —repuso ella sonriendo bajo la luz mortecina de los tubos fluorescentes.

—No, sólo tengo una reunión allá. Vengo de América Latina y es mi primera visita a Estocolmo.

—¿Entonces usted habla español? —inquirió ella en castellano.

—Claro que sí. ¿Y dónde lo aprendió usted?

Le contó a media voz, como si incurriese en falta, que se llamaba Kim Ruz y era hija de sueca y cubano. Veinticinco años atrás, mientras se desempeñaba como diplomática en La Habana, su madre había quedado embarazada de un novio isleño. Ella tenía veinticuatro, estudiaba ciencias políticas y trabajaba en las vacaciones. Esa era su historia.

—¿Y ve a su padre a menudo?

—Nunca lo he visto —repuso seria y posó las manos sobre las toallas—. Mi mamá intentó sacarlo de la isla para que viniera a Suecia, pero él nunca quiso, ni siquiera para conocerme.

—Perdone la curiosidad, pero ¿sabe al menos hoy de él?

—Nada, casi nada. —Hizo una pausa—. ¿Y usted de qué país es?

—Soy una mezcla entre cubano y chileno —repuso apoyándose en la pared, risueño—. Nací en Cuba y me afiné hace mucho en Valparaíso, que es mi otra patria.

—Pues qué casualidad —comentó Kim, ya dispuesta a reemprender su marcha—. Mi padre es cubano y usted también, así de pequeño es el mundo. Le deseo un buen día.

—Gracias, me llamo Inocencio Ciabatta, habitación 403, por si se le ofrece algo. Me gustaría volver a encontrarla. ¿Tendría tiempo?

Ella sonrió y en las mejillas se le marcaron dos hoyitos.

—Termino el turno a las cuatro —respondió tras consultar su reloj—. Mucho me gustaría que conversáramos sobre Cuba.

A Cayetano le fascinó que la beldad afronórdica aceptara la invitación de un hombre maduro como él. Se cercioró de que la corbata de guanaquitos estuviese bien centrada en el cuello y el botón de la chaqueta calzado en el ojal correcto mientras pensaba ufano que, a pesar de su medio siglo, aún ejercía cierto atractivo en el sexo opuesto.

—¿Paso a buscarla al hotel? —preguntó el detective sintiendo que el abrigo ya comenzaba a abrasarlo.

—Mejor espéreme en un local de la Birl Jarlsgatan, el café Doble F. Queda cerca y todo el mundo lo conoce. ¿Le gusta el café? Allí se bebe el mejor de Estocolmo.

—Entonces la espero a las seis en el Doble F —respondió satisfecho—. Pero dígame, ¿no conoce a nadie en el Grand Hotel que pueda ayudarme a conseguir cierta información sobre un huésped?

Una sonrisa de ojos chispeantes cruzó el rostro de Kim.

—¡Vaya, qué clase de amigos tiene usted, que se alojan en el Grand Hotel! Es el más caro y lujoso de Estocolmo. Allí sólo se hospedan los ganadores del Premio Nobel y gente rica.

—Pues, un motivo más para visitarlo —comentó él, alegre, atusándose el bigotazo—. Pero ¿conoce usted a alguien allí?

—En Estocolmo todo se sabe y todo el mundo se conoce, señor Ciabatta. Así que tenga cuidado —afirmó ella con picardía—. Ciudad pequeña, infierno grande. Pero pregunte en el Grand Hotel por Bo Johansson y dígame que va de mi parte.

El Grand Hotel es una imponente construcción neoclásica de varios pisos con puertas de cristal y bronce y una amplia terraza techada que mira hacia el Báltico, el Palacio del Rey y el barrio medieval de Gamla Stan.

Un portero con sombrero de copa y largo abrigo burdeos le abrió teatralmente las puertas y Cayetano se encontró de pronto caminando bajo los *chandeliers* de cristal que arrancaban destellos a las columnas de alabastro y al piso de mármol.

—Soy un detective privado, vengo de Chile y necesito cierta información sobre un pasajero que se hospedó aquí —anunció en inglés al recepcionista, un señor de sesenta años con barba de chivo, traje decimonónico y gafas de marco metálico.

—¿Le ocurrió algo al distinguido pasajero?

Supuso que lo había alarmado de forma innecesaria. Dudó por unos instantes entre callar o contarle que días atrás habían asesinado en Santiago de Chile al ex pasajero, pero optó por lo primero. Supuso que la noticia impresionaría desfavorablemente a un ser acostumbrado a la seguridad de Estocolmo, a las noches invernales y a los paseos frente a las aguas ahora congeladas.

—Investigo por encargo de la familia del finado.

—¿Y de dónde dijo usted que viene?

Preguntaba con cuidado, como si Cayetano —o él mismo— fuese un huevo en peligro de quebrarse si elevaba el tono.

—De Chile.

Sin perder su actitud ceremoniosa, el recepcionista cruzó las manos enguantadas sobre la superficie marmórea de la barra, asumió una postura de filósofo existencialista y dijo:

—Me temo que yo no pueda serle de utilidad. Es preferible que converse directamente con el gerente del establecimiento. Se llama Ericsson, tiene el mismo apellido mío, pero no estamos emparentados. Tenga la bondad de esperar. El señor Bjorn Ericsson —ensayó una nueva sonrisa exculpatoria— también lleva mi nombre, lo que en este hotel genera a ratos ciertas confusiones. En Suecia muchos se apellidan Ericsson.

Ericsson, el recepcionista, se dirigió a paso de mayordomo hacia el teléfono situado a sus espaldas, pronunció unas palabras en sueco y volvió para anunciarle, mientras hacía sonar la articulación de sus dedos, que el otro Ericsson lo esperaba en su oficina del entresuelo.

Al entrar al despacho, Cayetano quedó consternado porque aquel hombre era idéntico al de la recepción, y la única diferencia la presentaba la vestimenta de traje

claro y corbata de seda. Sospechó por unos instantes que se trataba del recepcionista disfrazado. Tras presentarse bajo su nombre falso, el detective tomó asiento.

—Cuénteme en qué podemos serle útil, señor Ciabatta —dijo el doble acomodándose al otro lado del escritorio—. Por lo pronto podemos hablar italiano, si lo prefiere.

—En realidad, no hablo italiano.

—Disculpe, juzgué por el apellido que lo hablaría.

—Prefiero el castellano.

—Entonces entendámonos en castellano. Yo estudié economía, pero antes de eso hice un doctorado en lenguas romances. Casi todos los suecos hablamos varios idiomas, porque el sueco no lo habla nadie —aclaró con sonrisita indulgente—. Y cada invierno paso un mes en mi casa de Mallorca, sí, en Mallorca. Definitivamente este frío sólo lo soportan los inmigrantes extranjeros.

El investigador intentó explicar en pocas palabras parte de la enrevesada historia que lo había empujado hasta Estocolmo, intuyendo que para la lógica rectilínea del alma nórdica resultaría bastante inverosímil.

—Con respecto a lo que me cuenta —dijo Ericsson después de reflexionar unos instantes con el ceño adusto y las manos enlazadas—, debo decirle que nada puedo decirle, y permíteme la redundancia.

—¿Por qué no?

—Existe en Suecia una ley que prohíbe entregar datos sobre las personas, señor Ciabatta. Usted no es policía sueco, ni cuenta con autorización de nuestro gobierno para investigar aquí, y yo no puedo entregarle datos sobre ese o cualquier otro pasajero.

—Se trata de un crimen.

—Lo siento, no puedo ayudarlo.

Se sintió desfallecer. No podía resignarse a que el viaje de Valparaíso a Estocolmo terminara en ese callejón sin salida de la legislación sueca. Se llevó la mano a la chaqueta para extraer un cigarrillo. En cuanto Ericsson vio que asomaba una cajetilla, repuso alarmado:

—Espero que no vaya a tener la osadía de encender uno de aquellos objetos cancerígenos, pues me vería en la triste obligación de pedirle que salga de inmediato a satisfacer su adicción al frío.

—Disculpe, sólo me ejercitaba para más tarde —repuso Cayetano maldiciendo la intolerancia y volvió a guardar la cajetilla—. Le explicaba que se trata de un crimen...

—Como si se tratara de dos. La ley es la ley. Si quiere, se toma un aguardiente o come unos arenques ahumados, que están hartos buenos esta semana, o se acerca al *smörgåsbord*, todo a cuenta mía, ya que viene de tan lejos, pero de aquí no sale un dato sobre nadie.

—¿Esa sería su última palabra?

—Mire, señor Ciabatta, yo sé que en América Latina las regulaciones de la ley van cambiando en la medida en que la gente conversa —dijo sonrojándose—. Pero aquí eso no ocurre y por eso, entre paréntesis, estamos como estamos. No se haga ilusiones. Si logra esta tarde que el Parlamento modifique la Constitución, entonces vuelva mañana con el diario oficial como testimonio y le doy los datos que necesita y doble ración de arenque y galletitas Vasa, que, por cierto, debería probar, pues no suben el colesterol.

Resonaba demasiado convincente e insobornable, pensó Cayetano. ¿Cuántas coronas habría que ponerle sobre la mesa para que cambiara de actitud? Admitió que se trataba de una especulación improductiva, porque no tenía dinero ni para invitarlo a una vuelta en trineo por el Malären.

Salió del despacho amargado, convencido de que se le escapaba la única posibilidad de dar con la pista que podría guiarlo a los contactos de Agustín en Estocolmo. Bajó en el elevador, cruzó el lobby entre el amoblado clásico y la refulgente vidriera de una joyería, y se encaminó a la salida, donde el gigantón de copa y librea le abrió solícito una de las puertas.

Recién ahí se acordó de la sugerencia de Kim Ruz.

—¿Dónde puedo ubicar a Bo Johansson? —preguntó al portero.

—¿Bo Johansson? Pues muy fácil. Ese soy yo.

Bo Johansson llegó a las doce y treinta al Malilla Trädgården, un pequeño restaurante instalado en un subterráneo de las inmediaciones de la plaza Karlaplan. Cayetano Brulé lo esperaba en una mesa junto a la ventana que daba a un patio nevado. Bo vestía aún de hongo y abrigo circense, aspecto que, para sorpresa del detective, no despertó ninguna reacción entre los comensales.

—Por Kim, cualquier cosa —dijo mientras colgaba la indumentaria en el respaldo de su silla y quedaba en pantalones negros y camisa con humita—. La conozco desde la infancia, pues vivíamos en Djursholm, el barrio de los diplomáticos y ricos.

Ordenaron salmón al grill con crema de alcaparras, ensalada y cerveza Falcon, aunque Bo optó por una botella de agua mineral.

—Me estoy preparando para participar en las próximas olimpiadas, soy bastante bueno en lucha libre —aclaró Bo como si dijera que le gustaba coleccionar estampillas—. Me entreno por las mañanas o las noches, dependiendo de mi horario. Alguna medalla ganaré. ¿No cree usted?

—Con ese tamaño, gana sin entrenarse —aseguró Cayetano tras probar una galleta ácida con aspecto de cholguán—. A usted le basta con desplomarse sobre el adversario para obtener oro.

Al igual que Kim, Bo hablaba español, además de otros idiomas, y trabajaba para financiar su vida de estudiante. Cursaba ingeniería en computación en Estocolmo y aspiraba a ingresar después a la Ericsson o la Nokia. Como en el caso de Kim, su alma irradiaba una bondad e inocencia que lo emparentaban con los niños.

Le explicó a grandes rasgos la causa por la cual se hallaba en Estocolmo y la importancia que revestía para él conseguir los detalles sobre la estada de Lecuona en el hotel. La respuesta de Bo lo alentó: él sabía cómo acceder a la red computacional del establecimiento y averiguarlo todo. Si bien aquello no era legal, le resultaba sencillo sobre todo por cuanto la administración almacenaba los datos de los huéspedes en un disco duro para controlar cuentas y pagos.

—Eso se lo preparo hoy mismo —afirmó sin aspavientos mientras sorbía un vaso de agua después de otro—. Apúnteme los datos del personaje.

—¿Y cuánto cuesta el servicio? —preguntó Cayetano garabateando el nombre de Lecuona en la servilleta.

—Nada, porque es ilegal. Lo hago porque considero que esclarecer un asesinato es más importante que respetar normas burocráticas de un Estado expoliador.

—¿Cómo es eso?

Bo esperó a que el mozo sirviera los platos con unos minúsculos trozos de salmón

acompañados de rodajitas de papas hervidas, y luego dijo:

—Es cierto que el Estado nos brinda muchos beneficios, como salud y educación gratuitas, y todo aquello que los extranjeros ven como ejemplar, pero la verdad es que nada de esto es ya rentable y Suecia pierde competitividad a nivel internacional.

—Ahora entiendo —dijo Cayetano sin demasiado interés y probó el salmón.

—Bueno, al lado de los problemas de su país, los de Suecia son casi inexistentes —aseveró Bo mientras guardaba la servilleta con los datos de Lecuona—. Lo que pasa es que nosotros vivimos en Suecia, no en Chile.

—Así es.

—Siempre he sido muy solidario con Chile —continuó Bo—. Mis padres se iniciaron en la vida política apoyando a Allende y realizando después protestas contra Pinochet.

—¿Sus padres son políticos?

—En los años setenta, usted sabe, los jóvenes eran socialistas y apoyaban la lucha del Tercer Mundo. Hoy los antiguos revolucionarios, la generación de mis padres, trabajan para los consorcios internacionales y se aburguesaron. Igual que los revolucionarios chilenos de entonces —agregó sonriendo—, ahora que están en el gobierno, engordaron y perdieron el pelo y la memoria, una memoria folicular, por cierto.

—¿Y usted no piensa igual que sus padres acaso?

Bo tomó agua antes de responder.

—Yo no doy el rodeo de ellos para alcanzar lo que me interesa —afirmó—. Después de graduarme, espero entrar a una empresa importante y hacer dinero. Durante su juventud mis padres, tal vez sin darse cuenta, fingieron despreciar el dinero, pero en verdad les apetecía. Hoy son burgueses.

—Entiendo.

—Y a muchos chilenos exiliados les ocurrió lo mismo. Se pasaron diecisiete años diciendo que el poder no les interesaba, que sólo querían la democracia, y ahora que lo tienen, hacen lo imposible por preservarlo.

Tenía demasiados asuntos pendientes como para enfrascarse en disquisiciones políticas con el muchacho y prefirió imaginar que Lourdes y un mensaje de Jerez lo aguardaban en el Scandic. Sí, de alguna forma las aguas debían volver a su cauce. El hecho de que las cosas no se presentaran como se las había descrito Peter Blumen en Chile lo colocaba en una situación que podía tornarse desesperada.

—¿Usted sabe algo del pueblo sami? —preguntó.

—Son los pobladores originales del extremo norte de Escandinavia, lo que la gente llama Laponia. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Y tienen algún significado especial en términos políticos?

Bo clavó una rodaja de papa con el tenedor y repuso:

—Bueno, es gente que ha luchado mucho por preservar su identidad. Oscilan entre sus tradiciones y la vida moderna. Eran los dueños del extremo norte de

Escandinavia. Ya no.

—Y si alguien dice en Suecia que vivirá entre el archipiélago y el iglú más grande del mundo, ¿a qué puede estar refiriéndose?

—Creo que al archipiélago frente a las costas de Estocolmo. Es una zona paradisíaca. Miles de islas y canales. Islas deshabitadas en su mayoría, vírgenes, con bosques que nadie ha recorrido.

Cayetano miró el plato vacío y lamentó que no hubiese alcanzado a saciar su hambre. El salmón lo preparaban exquisito los suecos, pero los trozos eran para pigmeos. Se preguntó cómo sobrevivían aquellos gigantones rubios con dietas tan espartanas.

—¿Y el iglú más grande del mundo?

—Debe ser el famoso Hotel de Hielo de Jukkas Järvi, al norte del círculo polar ártico. Es la construcción de hielo más grande del planeta, con cientos de habitaciones, pasillos, una capilla y hasta un bar. Lo levantan todos los años, porque se derrite en la primavera.

—¿Y alguien puede vivir en el archipiélago y en Judas... no sé cuánto?

—Järvi. Jukkas Järvi —corrigió divertido Bo, luego se pasó la servilleta por los labios—. Obviamente, en ambos lugares vive gente. Claro, gente muy especial. Vive alejada del mundo y no quiere saber nada de él.

Bo anunció que debía marcharse, lo que Cayetano aprovechó para ordenar un *espresso* y preguntarle.

—¿Y cuándo cree que podría entregarme el informe?

—Pase hoy a las seis por el hotel y le daré un sobre. Si necesita que le aclare algo, me llama al teléfono que encontrará dentro. Y ahora tengo que volver, que de lo contrario pierdo la plaza.

—¿No podría mejor pasar usted a las seis y media por el Doble F?

—Veo que ya conoce algo de Estocolmo. Es un buen lugar. Allí estaré, no se preocupe.

Y diciendo esto el vikingo se puso el abrigo, el sombrero y los guantes, cruzó presuroso entre los comensales del Malilla Trädgården y ascendió los peldaños de madera que conducen a la calle, donde seguía nevando.

Poco antes de las seis de la tarde, bajo el cielo estrellado, Cayetano dejó el hotel Scandic y caminó a paso rápido entre los transeúntes abrigados de la calle Birger Jarlsgatan. Había quince grados bajo cero y el frío le quemó las mejillas y le atenazó de inmediato el cuerpo, mientras se preguntaba cómo diablos los suecos habían resistido por siglos esos inviernos implacables. No quiso pensar en los samis, que vivían al norte del círculo polar ártico, allá donde el sol desaparecía durante semanas en enero.

Una densa nube de humo y el inconfundible olor a café y a pastelería fresca lo envolvió nada más entrar al pequeño Doble F. Kim lo aguardaba sentada en una de las butacas del ventanal que mira hacia la Birger Jarlsgatan. Se había pintado los ojos y bajo el cabello recogido en forma de tomate, emergía su largo cuello de bailarina. Vestía un jeans desteñido y una chomba negra de Banana Republic.

—Bo me llamó para contarme que buscará la información que usted precisa —anunció ella. A su lado humeaba un tazón—. Ordene en la caja un café *au lait* como el mío y no se arrepentirá.

Volvió trayendo uno que le quemaba las yemas de los dedos. Se desprendió del abrigo y se acomodó frente al ventanal a disfrutar del ambiente temperado. Afuera la gente pasaba presurosa. Lo sorprendió el hecho de que tanto la leche como el café supiesen tan bien.

—Bo llegará dentro de poco —anunció Cayetano con aire preocupado—. Le agradezco que me haya puesto en contacto con él. Si me consigue los datos, avanzaré mucho en la investigación.

—No hable tan alto —advirtió Kim—. Esos hombres a nuestras espaldas pueden escucharnos.

—¿Quiénes son?

—El embajador de Chile y un escritor chileno de novelas policiales. No son de fiar, el primero informa a su gobierno de lo que ocurre aquí, el segundo revela todo a través de sus libros. Y me imagino que usted necesita discreción.

—Así es —admitió Cayetano mientras se viraba con disimulo para observarlos. Extrajo un cigarrillo y lo encendió pensando en que nuevamente estaba a un paso de las autoridades que lo buscaban—. Parece que la vida los trata bien —comentó.

—Así como los ve, eran revolucionarios en su juventud. Ahora viven apegados al poder. Es justo el tipo de gente que no me *piacce*.

—Pasemos a lo nuestro mejor —propuso Cayetano—. ¿Sabe?, aún ignoro la razón por la cual usted me ayuda. Al fin y al cabo, no me conoce y se está metiendo,

al igual que Bo, en cuestiones delicadas.

Ella sonrió pensativa.

—Lo hago por cálculo —dijo.

—¿Por cálculo?

—Porque creo que usted en algún momento volverá a Cuba y podrá ubicar tal vez a mi padre, Maximiliano Ruz.

—No me explico por qué su padre rompió el contacto con ustedes. ¿Lo imagina?

—Según mi madre, él nunca le perdonó que saliera embarazada —dijo mirando hacia la calle. Un bus vacío cruzó veloz frente al Doble F—. La relación fue para él sólo una aventura y yo fruto de la casualidad. Pero ¿no somos todos acaso resultado de la casualidad?

—Tal vez. Yo creo que a lo mejor su padre nunca obtuvo permiso para salir de la isla.

—¿Quién sabe? Pero si usted va alguna vez a Cuba, me interesa que lo busque y le diga que anhelo hablar con él. Nada más.

Le impresionó la determinación con que le pedía el favor. Cerca de ellos unas muchachas fumaban y charlaban tal vez de sus novios, y el embajador y el escritor comentaban seguramente la política internacional mientras una canción de Phil Collins inundaba el local. No quiso desanimar a Kim contándole que era improbable que volviese a La Habana, o diciéndole cuán difícil era ubicar a alguien en un país donde la gente no tenía teléfono o, si lo tenía, no aparecía en la guía, ni menos plantearle lo que más temía, que el padre sencillamente no deseaba verla.

—Usted tiene una obsesión con Cuba, cosa que le ocurre a todo el que ha estado allá —comentó—. Me gustaría invitarla a cenar esta noche a un lugar tranquilo, donde podamos conversar.

—Hay uno que me fascina —dijo ella—. Se llama La Habana, precisamente. ¿Le parece?

Estaba por responder, cuando sintió que alguien posaba las manos sobre sus hombros.

—Aquí tiene lo que me pidió —dijo Bo arrojando a la mesa un sobre cerrado—. Exijo a cambio un café *au lait* y kuchen de fresas salvajes.

—Aprovecha mejor de ordenar una leche milo para que estés fortachín para las olimpiadas —bromeó Cayetano, entusiasmado, tuteándolo—. Todo a mi cuenta, por favor.

Bo volvió con el *au lait* y el kuchen, y se sentó junto al detective.

—Ahí están las noches que Lecuona se hospedó en el Grand Hotel. Siete en total —dijo Bo extrayendo unas hojas impresas del sobre. Pasó el índice sobre una de ellas—. Acá vemos que ocupó la habitación realmente sólo las dos primeras noches, el 1 y 2 de septiembre, y las dos últimas, el 7 y el 8 de septiembre. Se desprende del hecho de que no hizo llamadas telefónicas ni tomó desayuno.

—Pudiera ser —admitió Cayetano.

—Hay tres noches en que él se ausentó del hotel, pero pagó el cuarto. ¿Raro, eh?

Bo examinaba los datos sin reparar en que el *au lait* se le enfriaba. De pronto, con el índice sobre una línea, agregó:

—El segundo día Lecuona ordenó servicios de la línea de veleros Sail-Scandinavia, de Estocolmo. Es decir, alquiló un velero. Lo alquiló por dos noches. Lo que está acreditado por el pago mediante su tarjeta de crédito.

—Interesante —masculló Cayetano atusándose el bigote, absorto en una idea que le perseguía desde hacía rato—. ¿Y por qué mantuvo un cuarto en un hotel tan caro si iba a alojarse en otro lugar?

—Quizás no imaginó que su viaje iba a durar tanto.

—¿Podemos establecer dónde estuvo las noches en que se ausentó del hotel? —preguntó el detective.

—No, pero los de la Sail-Scandinavia podrían saberlo. Hay que llamarlos.

—Y cuando volvió al Grand Hotel, ¿qué hizo? —preguntó el investigador.

—El penúltimo día compró un pasaje para viajar en ferry a San Petersburgo por el fin de semana. Eso también quedó registrado en los pagos con la American Express.

Era la ciudad rusa donde Agustín había escrito la postal que enviaría posteriormente desde el Grand Hotel, pensó Cayetano. ¿Qué motivo lo llevaría a San Petersburgo?

—Entonces sólo la Sail-Scandinavia sabe dónde estuvo Lecuona en aquellos días —concluyó.

—Es probable que ellos lo sepan —dijo Kim compaginando el *Financial Times* que yacía sobre la barra—. Y en eso también lo podemos ayudar, porque Bo conoce al dueño de la empresa. Como le dije, en Estocolmo todo se sabe y todo el mundo se conoce.

—¿Cuándo podemos ver a esa persona? —inquirió Cayetano.

—Mañana a mediodía, ¿le parece? —preguntó Bo—. Durante mi pausa de almuerzo. Lo paso a buscar poco después de las doce al Scandic.

—De acuerdo —contestó Cayetano y, dirigiéndose a la muchacha, le preguntó—: Y nosotros, ¿estamos preparados para irnos a La Habana?

No fueron de inmediato al restaurante La Habana. Recorrieron primero las callejuelas nevadas y solitarias del Gamla Stan, y después dieron con un bar oculto en las profundidades de un subterráneo medieval de paredes rocosas. El sitio estaba atestado de gente que bebía, fumaba y hablaba a gritos, ajena al frío que los aguardaba afuera.

Kim invitó a Cayetano a conocer otros bares de la ciudad, e instantes después bebían cerveza Falcon y picaban aceitunas verdes en un pub de amoblado escaso y estilo retro, y más tarde entraron a uno de corte tradicional, con lamparitas de pantalla de tela y óleos en las paredes, en el cual se sirvieron Pilsen y Urquell. Gradualmente el alcohol, las canciones de Abba y el invierno fueron empujando a Kim a hablar de su vida.

Aspiraba a seguir los pasos de su madre en la Cancillería sueca, por ello estudiaba ciencias políticas. Pensaba especializarse en un tema que a Cayetano le pareció arrancado de un libro de política-ficción: los conflictos bélicos del futuro. Pero Kim, entre la cerveza y la música, acodada en la barra de los bares locales, lo convenció de que el futuro estaba muy cerca y que sólo los países en desarrollo se limitaban a vivir en el presente. Tenía una visión apocalíptica de las perspectivas. A su juicio, en el futuro, pese al orden unipolar del mundo, las guerras aumentarían y estarían determinadas por los recursos naturales como el agua, la madera, los minerales y el petróleo.

—No suena muy original tu pronóstico —repuso Cayetano. Se hallaban en un local semivacío y en penumbras—. Como diría un amigo mío de Valparaíso que gusta de leer a Gramsci, todas las guerras son causadas por razones económicas.

—Pero es primera vez en la historia que los recursos renovables no alcanzan —porfió ella—. A comienzos del siglo pasado éramos mil millones de seres humanos, ahora somos seis mil y en veinte años más llegaremos a ocho mil. El petróleo se acabará en cincuenta años y el agua escaseará en muchos países. La única forma de imponerse en el futuro para sobrevivir como país, será mediante las armas.

—Suena terrible todo eso —comentó Cayetano encendiendo un cigarrillo. Se sentía agotado a causa de lo bebido, el viaje y el cambio de hora, pero le resultaba fascinante aquella muchacha llena de vitalidad, especulaciones y proyectos—. Lo que es yo, no estaré en la Tierra cuando todo eso estalle.

—Esa es la posición de los países pobres, desgraciadamente —afirmó Kim—. Sólo los países ricos actúan hoy teniendo claro el panorama de los próximos decenios. Esa es la gran diferencia entre unos y otros.

Le encantaron sus ínfulas de pitonisa.

—Y tú que sabes tanto —dijo risueño—, ¿cuáles serán los problemas principales de los países de donde vengo?

—Eso ya lo han estudiado los futurólogos. Aunque suene paradójico, Cuba carecerá de agua, como casi todos los países tropicales, y se convertirá en un estado asociado de Estados Unidos, al igual que Puerto Rico. Chile tendrá agua en exceso y también minerales, y hasta quizás petróleo, por lo mismo será una región codiciada por intereses foráneos y afectada por conflictos étnicos. Debe poblar cuanto antes, y con mucho criterio, los extremos del país, de lo contrario terminará despedazado.

¿Qué sentido tenía aquella conversación sobre el futuro de los países si a él tal vez le quedaba muy poco de vida? ¿Tendría fundamento lo que planteaba Kim o se trataría sólo de especulaciones afiebradas del mundo académico? Ya Lourdes le había revelado lo que sucedía en las escuelas de letras, y era posible que algo semejante ocurriera en las de ciencias políticas. Siempre los pronósticos habían sido peores que las realidades. Sí era importante constatar que muchos asuntos decisivos para el destino de la gente, se desenvolvían en forma subterránea, velada, como si las escribiese un demiurgo que habitaba en las sombras. El mundo era un *Titanic* que navegaba sin imaginar la tragedia que tenía reservada, se dijo preocupado, y abrazó a Kim y la besó en la mejilla.

—A esta altura, con lo bebido, ya no respondo por todo lo que digo —advirtió ella con los párpados entornados. Vestía de negro, llevaba el cabello amarrado en cola de caballo y unos aros metálicos grandes, que destacaban la finura de sus rasgos—. Lo digo para que guardes tu dosis de escepticismo.

Cayetano tendió un brazo en torno a la cintura de la muchacha y la atrajo hacia sí. Al aspirar su aliento cálido, sintió que su corazón se agitaba y que era una irresponsabilidad andar en aventuras en Estocolmo mientras en Chile lo perseguían a causa de un cadáver plantado en su vivienda.

—Todos somos débiles de vez en cuando, sobre todo en la víspera del apocalipsis que anuncias —comentó tras vaciar una jarra de cerveza—. Unos lo somos ante la carne, otros lo son ante el dinero, así que no te preocupes. Me aburre la gente sin debilidades.

—Pensé que sólo eras detective y ahora veo que además eres filósofo —susurró ella en su oreja, cosa que lo erizó.

Salieron abrazados, cruzaron con paso inseguro frente a la catedral en sombras, ajenos al frío, y bajaron por las callejuelas en dirección al Báltico, donde Cayetano le preguntó:

—¿Lo soñé o te acabo de soltar el pelo?

Ella se llevó las manos a la cabeza en el instante en que la melena le caía sobre los hombros. Sonrió y selló los labios de Cayetano con un beso delicado. Él se apoyó en la baranda metálica, las aguas congeladas a su espalda.

—¿Te gusto más con la cabellera suelta? —preguntó ella cogiendo al detective por las solapas.

—Me gustas siempre —dijo él y acarició su barbilla con las manos enguantadas—. ¿Es verdad que en verano aquí no cae el sol?

—Durante las noches blancas casi no oscurece. ¿No has leído a Gogol o a Pushkin? En verano el sol se esconde por pocas horas. Oscurece a las doce y amanece a las tres. Deberías venir.

Llegaron al restaurante La Habana en taxi. El sitio estaba lleno, la música tropical sonaba ensordecedora y en la barra la gente bebía apretujada mojitos, daiquiris y Cuba libre.

—Mira, mi hermano —le dijo Cayetano a un mozo con aspecto de isleño que cruzaba con una bandeja repleta de tragos y le endilgó un billete de diez dólares en el bolsillo—. Estoy sólo por esta noche en Estocolmo y si no me agencias una mesa, de nada me habrá valido salir en balsa.

El tipo examinó con mirada de fauno a Kim, y repuso:

—Sígueme al sótano, compay, que ahí te resuelvo. Pero si necesitas una manita con semejante monumento, me llamas no más.

—Tu manita sólo la quiero para que me limpie la mesa, compadre, que el resto lo arreglo solo.

Bajaron hacia un sótano en penumbras, donde se oía un bolero de Beny Moré, y encontraron una pista de baile inundada de parejas. Después de desprenderse de los abrigos, tomaron asiento y ordenaron mojitos y algo de comer.

—Esta canción hay que gozarla —dijo el investigador cuando una trompeta anunció las primeras notas de «Hoy como ayer», su bolero predilecto, y comenzaron a bailar.

Aprovecharon desde la música romántica, que hablaba de amores imposibles, hasta la salsa más descoyuntadora y febril, y a las tres de la mañana, cuando ya amanecía, un taxi los llevó a toda velocidad a Södermalm, el barrio donde Kim tenía su apartamento.

Cayetano empezó a desnudarla en el pasillo de la vivienda mientras del dormitorio llegaban la voz melodiosa de Ibrahim Ferrer y el piano de Rubén González. Condujo delicadamente a la muchacha hacia el cuarto en semipenumbras, donde pudo palpar la reciedumbre de sus carnes mulatas y gatillar su pasión desbordante, más bien propia del Caribe que de Escandinavia. Luego, haciendo gala de toda su ternura, Cayetano emprendió un periplo gradual y sinuoso hacia el reino tibio y húmedo, que atesoraba Kim con los párpados entornados y una sonrisa pintada en los labios.

Cayetano desayunó un cortado y un sándwich de camarones en el pequeño café de la planta baja del edificio donde vivía Kim. Mientras los parlantes transmitían una canción de los años ochenta y él contemplaba a través de la vitrina la nieve ya sucia sobre las veredas, recordó la noche junto a la muchacha. Estaba impresionado no sólo por su ternura y experiencia, sino también por su visión práctica de lo acaecido: aquella noche fugaz —no de amor, sino de placer, subrayó ella antes de partir al Scandic— no los amarraba de forma alguna.

Cuando cogió un bus hacia la Central Stationen, el barrio comenzaba ya a sacudirse de la modorra. En un estanquillo compró *El País* madrileño, que leyó en un traqueteado vagón del metro. Constató que todo empeoraba en Chile: la rebelión mapuche, la ola de huelgas masivas y los secuestros. El editorial lamentaba que América Latina perdiera el último oasis de paz y prosperidad, y llamaba al gobierno chileno a aceptar las exigencias, ahora autonomistas, de los mapuches y hacía votos porque pronto se restableciera la cordura en el país. Abandonó el metro en Ostermalmstorg y caminó apurado con el diario bajo el brazo hacia el hotel Scandic, donde lo aguardaba un hombre bajo y calvo, de rostro atormentado.

—Soy Jerez —le dijo discretamente—. Tenemos que conversar.

—¿Aquí?

Le indicó que lo mejor era que salieran al Parque del Rey. La perspectiva de seguir a la intemperie no entusiasmó a Cayetano, pero se dijo que el contacto del MRA debía saber por qué prefería conversar afuera. Una interrogante cruzó por su cabeza: ¿quién le aseguraba que era realmente Jerez? Peter Blumen nunca se lo había descrito y él desconocía hasta su voz. Podía tratarse de un impostor. Frente a la puerta del hotel aguardaba un taxi y más allá el parque se extendía nevado, desierto. Supuso que era improbable que lo secuestrasen o liquidaran en pleno centro, aunque decenios atrás un desconocido había asesinado al primer ministro Olof Palme no muy lejos de allí.

Jerez se encasquetó una *shapka* de cuero y encendió un cigarrillo, cosa que despertó el deseo de fumar en Cayetano. Caminaron en silencio. La nieve crujía bajo sus pies y el aire de la mañana los saludó grueso y seco. Avanzaron entre árboles desnudos, un palacete y la escultura, fumando.

—¿Sabe usted que esa escultura es de un chileno llamado Francisco Gacitúa? —preguntó Jerez mientras se acercaban al gran cubo de granito—. Está hecha de roca andina.

—¿Y qué simboliza? —preguntó Cayetano.

—Pues la amistad entre los pueblos de Chile y Suecia. Miles de chilenos encontramos refugio acá durante la dictadura de Pinochet. Hace unos años el gobierno chileno envió esa estatua a Estocolmo. ¿Extraño, no? Que dos pueblos tan lejanos se sientan hermanados por algo...

—¿De eso quería hablarme? —farfulló Cayetano encendiendo un cigarrillo sin sacarse los guantes. Estaba harto ya de tanto esperar noticias y le pareció de mal gusto que Jerez se las diera ahora de crítico de arte. Con las teorías literarias de Lourdes y los escenarios apocalípticos de Kim tenía más que suficiente.

—Peter Blumen está preocupado —dijo Jerez.

—Yo también. No sé qué sucede.

—Yo estaba en Malmö, por eso no atendí el teléfono. Lo siento.

Hablaba pausado y respetando las eses, como si cada palabra fuese crucial. El abrigo negro, las botas altas y la *shapka* le conferían aspecto de soldado soviético.

—¿Y sabe al menos qué ocurre? —Cayetano llevaba las manos en los bolsillos y el cigarrillo pendiendo de una esquina de la boca.

—A usted lo buscan por asesinato —aclaró Jerez con frialdad—, perdimos contacto con Lourdes y en Chile los compañeros mapuches continúan la guerra por sus tierras.

—Cuando yo vuelva, ya no habrá país.

—Los mapuches hacen lo que les corresponde, expropián a sus expropiadores. Esas tierras les pertenecían. Se las quitaron a punta de mentiras, engaños y represión. Pero usted no entiende eso, porque es cubano y en Cuba los españoles exterminaron a los indios en el siglo XVII.

Tosió como para brindar solidez a lo que afirmaba. Su forma de caminar le asemejaba a un cuervo, con la cabeza encogida entre los hombros, cosa que despertó desconfianza en Cayetano.

—¿Y a qué atribuye Peter la desaparición de Lourdes? —preguntó en un intento por reencauzar la conversación. Intuyó que Jerez, al igual que todos los miembros del MRA que conocía, era adicto a la utopía, la que al final de cuentas le daba un sentido a su existencia.

—¿La echa de menos? —preguntó Jerez y se detuvo a aspirar el cigarrillo.

—Me aseguraron que abordaría el avión en Buenos Aires —hizo una mueca de fastidio. El cielo estaba sucio y el día silencioso—. Y aún no aparece. Llevaba dinero consigo y no me ha llamado.

O Jerez representaba el papel de tonto o era un impostor. En ambos casos le servía de poco. No traía novedades, sólo exigía información. No podía esperar mucho de él. Quizás con el apoyo de Kim y Bo, personas transparentes, podría avanzar. Supuso que lo más indicado sería aprovechar el desorden del MRA en Estocolmo para desligarse del acuerdo con Marcia. No podrían acusarlo de haberlos utilizado, mas sí darle el soplo preciso a Interpol para que lo detuvieran.

—¿Y qué hacemos, entonces? —inquirió Cayetano.

Estuvo a punto de resbalar sobre un trozo de hielo, pero Jerez lo cogió firme de un brazo.

—Primero, confíe en mí —afirmó éste sin soltarlo—. Segundo, no olvide que la política es aquello que no se ve. La derecha dice que dio el golpe en Chile para salvar la democracia, y lo hizo en verdad para rescatar sus bienes. Los transotas afirman que están en el poder para traer bienestar al país, y en verdad están para aprovechar cargos y prebendas. La política es el arte de la simulación.

—¿Y por qué entonces voy a tener que creer en usted?

Jerez soltó una bocanada.

—Sólo los que tenemos ideales auténticos decimos la verdad —aclaró—. No le fallaremos, pero cuéntenos lo que vaya averiguando...

—Ubiquen a Lourdes y después hablamos —replicó molesto.

—Cálmese —volvió a cogerlo del brazo, esta vez apretándoselo con fuerza—. Lo más aconsejable es que espere mi llamada. El centro me comunicará cualquier noticia sobre la cubana. Además, no se preocupe tanto, ella bien puede haber variado sus planes.

—Eso presumiendo que está viva.

—¿Necesita dinero para continuar? ¿O hay algo en que yo pueda ayudarlo efectivamente?

Cayetano giró sobre los talones y contempló el Scandic desde la distancia, pensando que en verdad era una construcción sin gracia ni carácter, horrenda como la mayoría de los edificios modernos de Estocolmo.

—Si la cubana no aparece —puntualizó—, no podré seguir. Ella me paga y se me está acabando la guita.

—Tenemos que cumplir el acuerdo, mi amigo —dijo Jerez usando un tono intimidante—. En el interior estiman que usted está en la huella de algo clave y que debe seguir avanzando. Además, no le queda otra. Ni se imagine que puede volver a Chile. Es una suerte que esté acá. En Chile, por lo que se escucha, le habrían echado perpetua.

—No se preocupe, la oficina de Scandinavia Sailing está cerca —dijo Bo mientras pasaban junto a unas naves oxidadas, cañoneras de la Guerra Fría, atracadas al muelle, prisioneras del hielo—. Y mi amigo Bjorn nos espera allá.

Se habían reunido primero en el Doble F y cruzado por Birler Jarlsgatan en dirección al mar. Bo se detuvo frente a un edificio que albergaba en su primera planta una casa de subastas, y pulsó el cerrojo computarizado de una mampara de cristales biselados, que cedió con un zumbido. En el séptimo piso encontraron el letrero de la Scandinavia Sailing. Franquearon la puerta.

—*¡God moron!* —les dijo el joven que trabajaba en un ordenador colocado sobre sus rodillas en una sala de paredes albas—. Mi nombre es Bjorn Carlsson, señor Ciabatta, y me encargo de todo aquí. No se haga ilusiones, la compañía la conforman esta salita, el escritorio, el computador y yo. Soy su único empleado y dueño. Manejo desde aquí la venta de pasajes y el alquiler de las embarcaciones.

—Bjorn es también un fanático de la computación. La mitad de lo que gana se lo quitan los impuestos —aclaró Bo—. Pero ya verás que no es desesperada su situación, tiene un espectacular departamento en la Karlavágen, repleto de antigüedades y óleos escandinavos.

Los muchachos se conocían desde la escuela básica de Djursholm. Bjorn había renunciado un año atrás a la universidad para dedicarse a su empresita. De ese modo ganaba más de lo que podría obtener como ejecutivo de una transnacional. Su producto era sencillo: servir de intermediario entre las compañías navieras y los turistas.

De inmediato se dieron a la tarea de navegar por internet y pronto, ante el estupor de Cayetano, lograron ubicar la reserva hecha por Lecuona desde el Grand Hotel.

—La hizo el 2 de septiembre pasado. Un velero de 17 metros. Con capitán. Viaje por el archipiélago —dijo Bjorn alzando satisfecho la cabeza de la pantalla. Bo estaba a su lado, de rodillas—. Reservó velero para dos días, pero lo devolvió al quinto. Volvió a Estocolmo más tarde de lo planeado.

Cayetano estudió la hoja de papel que Bo le había entregado el día anterior en el café Doble F y constató que Lecuona había reservado la embarcación a su llegada al hotel.

—¿Es usual que la gente alquile un velero para recorrer el archipiélago?

—Es un paraje espectacular —dijo Bjorn enlazando las manos por detrás de la nuca—. La mayoría de los suecos tiene su lanchita o velero, y los turistas siempre quieren recorrer el archipiélago. Casi todos lo hacen en naves de las flotas de

pasajeros.

—¿Y Lecuona?

—Bueno, Lecuona se dio el lujo de alquilar un velero para él solo. La gente puede pilotar si tiene la documentación en regla. De lo contrario, les pongo un capitán a disposición.

—Es normal, entonces, lo que hizo Lecuona...

—Sí, aunque me llama la atención que haya permanecido tanto tiempo afuera, sobre todo si reservó la nave por dos días solamente.

¿Quién había inducido a Lecuona a emprender ese viaje por el archipiélago y qué había hecho durante ese tiempo? ¿Anidaba allí la clave del «Delenda est Australopithecus» y del señor Sami?, se preguntó tratando de atar cabos. Sí, estaba claro que su arribo a Estocolmo no obedecía a propósitos turísticos.

—¿Cuándo reservó el viaje para San Petersburgo? —preguntó Cayetano y le pasó la hoja a Bo.

—Antes de alquilar el velero. ¿Lo ve? —indicó Bo inspeccionando el documento—. Pagó el viaje a través del hotel. Viajó en un ferry de la Viking Line al término de su estada en el establecimiento. Ignoramos si volvió o no a Estocolmo.

Cayetano intentó reconstruir el periplo: Agustín dejaba el Grand Hotel en septiembre con dirección a San Petersburgo, y aparecía a comienzos de enero en el aeropuerto de Miami, llamando a Lourdes, poco antes de volar a Santiago. ¿Dónde había estado en el período comprendido entre la salida del Grand Hotel y su llegada al aeropuerto de Miami? ¿En Rusia todo el tiempo? ¿Haciendo qué? Por un momento pensó en la posibilidad de que el cubano hubiese sido un correo de la droga. ¿Pero por qué lo había citado a esa reunión, entonces? ¿Cómo iba a poder ayudarlo? Quizás nunca lo sabría. Con su muerte, Agustín se había llevado el secreto a la tumba. ¿Y qué relación guardaba esa historia con La Casa y Frosch? Descartó la posibilidad de que detrás de todo pudiera hallarse el esposo de Lourdes, a menos que Ramón Cisneros debiese su fortuna a negocios con la mafia rusa. Pero ya estaba hilando demasiado fino.

Chequeó una vez más las llamadas telefónicas de Lecuona desde el Grand Hotel y constató que tres de ellas se repetían. Preguntó a los muchachos:

—¿Cómo sé a quién corresponden esos números?

—Eso es fácil —repuso Bjorn y comenzó a teclear—. Tengo un programa para averiguar el nombre y dirección del suscriptor mediante el número del teléfono. Es una guía de teléfonos al revés. Dícteme.

Cayetano le dictó el primer número.

—Esa es la agencia de turismo de la ciudad —repuso Bjorn.

Le dictó otro.

—Ese es el teléfono de la competencia. Seguramente estaba comparando precios o itinerarios. Después descubrió que el paquete a través del hotel le resultaba más conveniente.

Cayetano le dictó un nuevo número.

—Es de un Dimitri Neto, Riddergatan 7, Estocolmo. Ubicación céntrica. Huele a ruso.

El número volvía a repetirse varias veces antes de la reserva del velero. Le llamó la atención. Después no aparecían llamadas, obviamente porque Lecuona estaba en el archipiélago. Tras el viaje había dos nuevas llamadas a Dimitri Neto, y una a la oficina de American Airlines en la ciudad. Seguramente Lecuona había cambiado las fechas del viaje.

—¿Muchos rusos en Estocolmo? —preguntó caminando hacia la ventana del cuarto.

Desde allí se apreciaba el Djursgarden con sus bosques blancos.

Los suecos sonrieron. Bo se incorporó y se detuvo junto a Cayetano.

—Aquí viven ahora muchos —repuso Bjorn—. Algunos son de la mafia. Gente peligrosa.

Eso le daba un sentido más definido a las cosas, pensó. Tendría que llamar a ese Dimitri.

—Dígame, Bjorn —continuó—. ¿Pudo haber viajado Lecuona en el velero a San Petersburgo?

—Técnicamente, claro. ¿Por qué?

—Es sólo una corazonada —explicó inseguro—. ¿Y en la memoria de su computadora no estarán el velero y el capitán con el cual Lecuona hizo el viaje?

—Pudiera ser.

Bjorn presionó con celeridad el teclado y la pantalla exhibió una lista de datos.

—El velero que alquiló Lecuona es el *Valparaíso* —anunció Bjorn—. Y su capitán se llama Vladimir Lobos. Creo que es un exiliado chileno, navegante de experiencia. ¿Le interesa que lo ponga en contacto con él?

Vladimir Lobos había citado a Cayetano Brulé a un restaurante marinero del Hötorget, el mercado subterráneo de Estocolmo, donde el detective encontró un mundo inesperado y variopinto, que olía a especias y fritangas. Deambuló entre los puestos observando los movimientos precisos de los maestros del *sushi*, la actitud paciente de los chinos que hervían sopas en ollas enormes, y el resplandor cegante de los cuchillos que afilaban los turcos para arrancar lonjas al *gyros*. Por unos minutos contempló con nostalgia y disimulo a un chileno que vendía desde chancaca de Payta hasta bailahuén, pero luego siguió hacia el restaurante.

—Aquí es donde preparan la mejor sopa marinera de Suecia —anunció de pronto alguien a su espalda—. Soy Vladimir. Sígame.

Tenía la barba y el pelo cano, cejas espesas y ojos negros. Era macizo, de su tamaño, y parecía huraño. Se incorporaron a la cola sin protocolo, como si se hubiesen conocido de siempre, pero Cayetano intuyó que Vladimir lo estaba catando. Llenaron sus platos con sopa marinera y luego los cargaron, junto con una copa de vino blanco, hasta una mesa que daba al pasillo y a un mesón con mariscos y pulpos.

—Bueno, aquí estoy, señor Ciabatta —dijo una vez que estuvieron sentados. Ambos se escrutaron como boxeadores antes del combate—. Acepté sólo porque me lo solicitó Bjorn.

—Se lo agradezco, el asunto es simple —precisó mientras aspiraba con fruición el aroma de la sopa—. Hace unos meses usted llevó al archipiélago en velero a un cubano llamado Agustín Lecuona.

—Así es —repuso Vladimir saboreando la sopa—. Era joven, buen mozo e inteligente. Lo recuerdo.

—Pues a Agustín lo asesinaron hace poco en Chile.

Vladimir sorbió ruidoso una cucharada y después guardó silencio. Alrededor, el mercado era un hervidero de aromas y voces. Cayetano intuyó que estaba ante un hombre impenetrable, enigmático y endurecido por los años de exilio en un país lejano y de clima severo.

—¿Un asalto? —preguntó Lobos levantando las cejas.

—Lo mataron para apoderarse del maletín que portaba.

—Un asalto, en el fondo.

—Al parecer el maletín contenía información valiosa.

—Lo siento —ahora saboreó el vino—. Lo siento de verdad. Yo llevo a mucha gente al archipiélago en el verano, pero nunca me entero de su muerte. Quedan viviendo eternamente en mi memoria. Muchos me dicen que si la muerte fuese como

el archipiélago, valdría la pena morir. Yo no sé.

La sopa estaba sustanciosa, como las marineras que le deleitaban en el restaurante Los Porteños del mercado de Valparaíso. Vladimir gozaba de buena memoria y eso facilitaría las cosas, pensó mientras descubría trocitos de salmón, anguila y camarones en el fondo del plato.

—Soy investigador privado y me encargaron el asunto —explicó.

Se arrepintió inmediatamente de haberlo hecho. En Estocolmo existían varias emisoras chilenas de exiliados, que transmitían noticias y comentarios sobre Chile. Seguramente ya habían reportado sobre un cubano detective y prófugo.

—¿Y qué monos pinto yo en todo esto? —preguntó Vladimir inquieto.

—Me interesa saber qué pudo haber llevado a Lecuona al archipiélago.

—Eso es fácil —dijo quitándole importancia al asunto. La vida en Suecia le había enseñado a ser preciso y directo, a eliminar el barroquismo y los rodeos—. Lecuona tenía un propósito muy definido.

—¿Cuál?

—Visitar a un tipo que vivía en la *stuga* de una isla.

—¿*Stuga*?

—Una cabaña.

—Me dicen que hay más de tres mil islas. ¿Recuerda cómo se llama la que él visitó?

—Me acuerdo más o menos de donde quedaba —admitió erupcionando con el ceño fruncido—. Creo que con algo de suerte podría encontrarla en el verano.

—¿En el verano?

Vladimir captó de inmediato el desaliento del bigotudo. Le pareció un tipo simpático y bonachón. Le costaba entender, sin embargo, cómo podía operar con éxito en el mundo del crimen.

—¿Y usted tiene alma de mártir que quiere viajar ahora? —le preguntó por el afán de provocarlo.

—¿No es posible acaso llegar allá en esta época? No puede ser que esa gente viva aislada todo el invierno.

—Se puede llegar con *isjakt*, un velero con trineo que alcanza sobre el hielo sin inmutarse los ochenta kilómetros por hora —afirmó Vladimir y sorbió de la cucharada. Parecía tener hambre—. Pero usted no resiste un viaje así con veinte grados bajo cero.

Lo afirmó con una sonrisa burlona mientras apartaba una espina de su barba. Cayetano insistió:

—Quiero llegar vivo en esta época del año a esa isla. ¿Puede identificarla?

—Debo tener las coordenadas en la bitácora —carraspeó y bebió vino—, porque recuerdo que el asunto me sorprendió.

—¿Qué asunto?

—El hecho de que alguien viva allí todo el año. Es un lugar precioso, pero de una

soledad pasmosa. Cualquiera se vuelve loco al cabo de un tiempo. A mí me gusta velear, pero no podría vivir sin los pubs, restaurantes y librerías del Södermalm.

—Me interesa saber todo del finado. Por eso quiero viajar a la isla y ver a la persona con la cual Agustín se reunió. ¿Sabe su nombre?

—No. Lecuona se bajó y se quedó unos días allá. Sólo vi al tipo y a una mujer de lejos. Yo permanecí todo el tiempo en el velero. Lecuona me entregó víveres, pero nunca me presentó a sus anfitriones. Habitan una *stuga* roja que da hacia el embarcadero, cercada por bosques. La única casa en toda esa isla.

—¿Y nunca habló con la pareja?

—No, cosa extraña, porque en el mar reina un código de solidaridad tremendo. La gente se conoce y se ayuda. En el mar, todos somos iguales, y fue raro que me marginaran. Bueno, algo demasiado importante tenían que conversar, supongo.

Cayetano barrió el mercado con la mirada. De algún lado llegaban gritos en árabe, y por el pasillo cruzaron mujeres con el rostro envuelto en velos.

—Este es el mercado del pueblo —comentó Vladimir—. Aquí encuentra lo que se necesita para preparar cualquier plato. Pero también hay otro mercado, el de Ostermalmstorg, que es el de los ricos. Demasiado refinamiento. Prefiero este sitio por precio y calidad, y además, porque aquí se puede tomar después del almuerzo un fantástico café en el Piccolino. ¿Le gustó la sopa?

—Sólo en Valparaíso he probado algo así, aunque ya me dijeron que en el Azul Profundo sirven una marinera de chuparse los bigotes, que en mi caso constituye una tarea ardua. Algún día volveré a ese lugar por la marinera.

Vladimir dejó la cuchara en el plato y preguntó inseguro:

—¿Usted no es chileno, verdad?

Captó de inmediato hacia dónde apuntaba la pregunta. Si Vladimir era exiliado, tenía que ser izquierdista. Ese nombre, además, constituía el sello que su padre, tal vez comunista, le había aplicado en la frente para que jamás renegara de sus convicciones políticas. Sí, en Chile sólo un comunista podía ponerle Vladimir a su hijo. La situación se tornaría delicada si Vladimir sospechaba de él, pues perdería la única posibilidad de llegar hasta el hombre con el cual Lecuona había conversado.

—Soy cubano exiliado —aclaró con voz ronca—. No hay nada peor que el exilio. Sólo las dictaduras lo usan contra la gente que piensa distinto.

Por el repentino fulgor de sus ojos percibió que lo había ablandado. Vladimir estaba listo para defender a la Revolución cubana de cuanta crítica emergiera, pero no para enfrentar a un simple cubano que, desde la otra orilla, sufría el mismo extrañamiento con que a él lo habían castigado años atrás. Aunque resultase paradójico, el exilio los hermanaba. Tal vez en ese instante, en el mundo subterráneo del Hötorget, Vladimir admitía que los exilios no tenían apellido, que no había exilios merecidos, sólo dictaduras y exilios, todos execrables.

—¿Y alcanza a vivir de la pega de detective? —preguntó serio.

—Esto es como la pesca, mi amigo. A veces se logra algo, a veces bastante y en

la mayoría de las ocasiones, nada. Más de alguna mujer ha abandonado a su hombre porque era detective privado.

—Entiendo —repuso pensativo, porque la referencia de Cayetano a su oficio había gatillado en él una simpatía adicional repentina, la solidaridad típica que siente un exiliado por otro—. Debe ser interesante andar por el mundo investigando casos.

—Más me fascinaría andar navegando por el archipiélago.

—No todo lo que brilla es oro —replicó Vladimir. En su plato sólo quedaban colitas de camarones y la concha de una almeja—. No es lo mismo velear para otros que velear para uno mismo. Si tuviera dinero, me compraría un velero y en verano me iría a navegar por el Mediterráneo o el Caribe. Pero sólo me da para transportar gente. No, definitivamente, no es lo mismo.

Cayetano se limpió los bigotes y, tras contemplar la carne rosada y viscosa de los pulpos del mesón de enfrente, preguntó:

—¿Y usted, Vladimir, no se atrevería a llevarme por el Báltico congelado hasta la islita?

Lourdes llamó a las siete de la tarde, cuando él se disponía a ir a reunirse con Kim, quien lo aguardaba en el Doble F. Nevaba copiosamente y sobre la ciudad se había instalado una especie de soporífera calma adicional.

—Estoy en Miami —dijo Lourdes con voz entrecortada—. Bien, dentro de lo posible. No te preocupes por mí. Peter Blumen me dio tus señas.

—¿Y qué ocurre con nuestro encuentro? —preguntó el detective sentado en la cama de su cuarto—. ¿Por qué no apareciste en Ezeiza? ¿Por qué no estás aquí?

Aguardó la respuesta mientras veía a través de la ventana cómo los copos de nieve cruzaban en diagonal el cono de luz de un farol.

—Me acaban de confirmar que el cuerpo de Agustín llega mañana a Miami —dijo ella al rato—. Por lo menos podremos darle sepultura cristiana. Ahora no puedo ir a Estocolmo, debo quedarme aquí. Tú entiendes.

—Entiendo —dijo acariciándose el bigote. Ella lo estaba tuteando por primera vez. Percibió que algo había cambiado entre ellos, pero su tono evasivo lo defraudó—. ¿Y cuánto tardarás en todo eso?

—Tal vez una o dos semanas.

—¿Y lo nuestro?

—¿Cómo lo nuestro?

—Digo, la investigación, el asunto para el cual me contrataste.

—¿Has avanzado algo?

—Parece que hoy di un gran paso. Me imaginé que pronto estarías aquí para compartirlo contigo. Me acerco a la clave, pero puede que también me equivoque.

—¿Sabes?

—Dime.

—Creo que jamás podré ir a Estocolmo.

—¿Qué significa eso?

—Que no me verás.

Se hizo un nuevo y largo silencio, que lo incomodó. La perspectiva de no verla de nuevo lo angustió. Lo hizo sentirse absolutamente solitario. ¿De dónde estaría llamando?

—No entiendo nada. ¿Estás interesada o no en aclarar lo que le ocurrió a Agustín?

—Creo que es mejor dejar las cosas como están.

—¿Quieres decirme con eso que no vendrás y que cancelas la investigación?

—Creo que no lograremos nada. Al menos ya tengo el cuerpo de Agustín. Esa

gente, tú sabes a quiénes me refiero, me dijo que lo mejor era dejar todo en manos de la policía chilena y no seguir mostrándole desconfianza mediante un detective privado.

—¿Esa gente? ¿A quién te refieres? —encendió un cigarrillo y lo aspiró inquieto. Tuvo la sensación de que naufragaba ahora en Escandinavia.

—No quiero que sufras, Cayetano. Es preferible que no sigas. Ayer te envié por *courier* un cheque con más de lo que te debo, una especie de indemnización por todo. Espero que me entiendas.

—¿Estás bien, Lourdes? No suenas bien. No me engañes.

—Estoy bien —respondió ella sin entusiasmo—. Cobra ese cheque y deja todo en paz. A veces es mejor hacer concesiones en la vida. Suena mal, pero no hay alternativa. Ser consecuente suena estupendo, pero en este caso es peligroso.

—¿Te chantajearon, Lourdes? Dime, ¿te chantajearon?

—No, no —repuso ella a punto de sollozar.

—¿Quién es esa gente a quien te refieres, Lourdes? Si te están presionando, resiste. Saber la verdad es más importante que nada. No te quiebres, vamos, muchacha, no te quiebres.

—Perdóname, Cayetano, no puedo cambiar ya la decisión. —Ahora sollozaba. A través de la línea los asuntos parecían siempre peor de lo que eran, pensó Cayetano—. Lo más conveniente para ambos es dejar las cosas tal como están y que tú regreses a Chile.

—Tú sabes que no puedo volver, que tengo un muerto en mi cuenta —dijo ofendido, porque se sentía traicionado—. Para mí no hay vuelta atrás.

—Ellos me dijeron que todo podría arreglarse, que si tú abandonas el asunto y vuelves a casa, todo se restablecerá, que no tienes nada que temer, que no eres el culpable y que la justicia siempre termina por imponerse.

—¡Pero tú has enloquecido, Lourdes! —gritó él—. ¿Quiénes son ellos?

—Eso no importa, lo que cuenta es que están dispuestos a conversar contigo y a buscar un arreglo.

—¡Has perdido la chaveta! ¿Quiénes son?

—Unos abogados, Cayetano —repuso ella más tranquila—. Sólo quieren ayudarte y dicen que lo tuyo puede resolverse favorablemente. No debes seguir adelante, no me devolverás a Agustín. Lleguemos a un acuerdo con ellos, Cayetano. Para eso te llamo.

—¿Quiénes son esos abogados?

—Son de una compañía internacional. Están interesados en el asunto de Agustín, quieren hablar contigo. Ellos saben cómo manejar las cosas en esta etapa. Creí que ibas a estar de acuerdo, Cayetano, y que ibas a permitirme terminar la investigación, porque al fin y al cabo soy yo quien te paga.

—¡Pero, Lourdes! —insistió pausado, tratando de que ella recuperara la cordura—. ¿Les diste acaso mi ubicación en Estocolmo?

—Perdóname, Cayetano. Pensé que ibas a entenderme. Sí, les di tu dirección en el hotel.

Sus palabras fueron peor que un balde de agua fría.

—¿Cuándo lo hiciste?

—Acaban de estar aquí, Cayetano —gimoteó—. Y se las entregué para que me dejaran tranquila. Perdóname, Cayetano, perdóname...

Dimitri Neto vivía en el tercer piso de la Riddergatan 7. Era un edificio céntrico, antiguo y limpio, con un pequeño ascensor de jaula de comienzos de siglo, que subió rechinando. Desde alguna vivienda le llegó el humor tranquilizante de un saxo.

Llevaba minutos esperando frente a la puerta del apartamento, donde una placa de bronce indicaba a las claras el nombre del ruso, cuando se abrió una puerta del pasillo y emergió un tipo delgado con un saxo en la mano.

Le dijo algo en sueco, pero él explicó en inglés que no le entendía.

—Sólo preguntaba a quién busca —tradujo el sueco.

Tenía una barbita sin bigote, el rostro alargado y pálido, como de hippie botado por la ola, y andaba descalzo, lo que a Cayetano le causó frío.

—Al señor Dimitri Neto.

—¿Usted es pariente suyo?

—No, digamos que es un asunto periodístico. Trabajo para una revista latinoamericana.

El sueco cambió de mano el instrumento.

—¿No sabe acaso que Neto murió hace dos semanas en un accidente de metro? Venía con unos vodkas de más, trastabilló en el andén y cayó en la línea... tuvo una muerte horrenda. ¿No se anima a un café?

Entró a un departamento pequeño, atestado de muebles antiguos y pinturas, varias de las cuales descansaban en el piso, apoyadas contra la pared. En el living-comedor pendía una lámpara de lágrimas de cristal y junto a la ventana había unos parlantes. El flaco le dijo que esperara y desapareció en la cocina para volver con un tazón de café humeante.

—Así es —continuó. Lo invitó a sentarse en un sillón—. A Neto lo mataron. Yo no creo mucho en la teoría del accidente, porque el maquinista del tren también era ruso.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Vaya, ¿qué clase de periodista es usted? ¿Viene a entrevistar a alguien que está muerto y ni siquiera conoce su biografía? Neto fue agente de la KGB hasta que se asiló en Estocolmo a principios de los ochenta, cuando trabajaba aquí bajo cobertura diplomática. Seguro que el crimen fue perpetrado por orden de Moscú: medianoche, la estación vacía, Neto que cae del andén, el único testigo es un ruso exiliado...

—Eso no prueba nada —dijo Cayetano hundido en un sillón.

—No sea ingenuo. Ese maquinista ruso era agente o se vio obligado a sostener que Neto se cayó solo a la línea. Los sucesores de la KGB se aliaron con la mafia y

mediante amenazas logran todo lo que se proponen. Así están las cosas hoy día. Por cierto —dijo llevándose la mano a la boca—, me llamo Chris Lucius y toco jazz en un trío. ¿Y usted?

—Inocencio Ciabatta, periodista venezolano.

—¿Qué diablos puede buscar un venezolano en Suecia?

—Escapar del hambre de allá. ¿Y es seguro que Neto trabajaba para la KGB? —preguntó para recuperar el tema de la conversación. El café, lamentablemente, no sólo estaba aguado, sino también amargo.

—Fue un caso muy sonado aquí, porque no se pudo quedar en Estocolmo. Dicen que la CIA lo trasladó a Estados Unidos, donde le sacó el jugo. Sólo después de la caída de los socialismos reales volvió a Suecia. Eso es lo que dicen, pero yo creo que lo tenían fondeado aquí por razones de seguridad. Era un tipo que sabía mucho. De poco le valió, lo liquidaron igual.

—¿Vivía solo? —preguntó. Dedujo que se desvanecía otra pista clave de su investigación.

—Sí, solo. No es por nada, pero estaba hartito viejo y alcoholizado.

—¿Nunca vio a alguien rondando por aquí con aspecto de latinoamericano?

—Pasaba mucho fuera del departamento ese señor. Nunca se vinculó con los vecinos y ahora regresó al reino tétrico de las sombras. Dicen que cuando uno trabaja para un servicio secreto, nunca puede dejarlo. Y si lo deja, le sucede lo que a Dimitri, que por cierto era un gran admirador de Chaikovski. ¿Le gusta Chaikovski a usted?

Intuyó que la pesquisa llegaba a su fin en la calle Riddergatan. Si había evitado discutir con Peter Blumen sobre Antonio Gramsci, con Lourdes de teoría literaria y con Kim del apocalipsis que aguardaba a la humanidad, no perdería el tiempo hablando de música clásica con el saxofonista. Era evidente que cada persona tenía su obsesión en la vida, su carnada vitalicia para darle sentido a su existencia. Halló en la hora una excusa para poner fin a la visita y se despidió cordialmente. Bajó las escaleras del edificio escuchando de lejos las notas melancólicas del instrumento, que apagó el paso de una barredora de nieve con su baliza por la calle.

Lo de Dimitri podía ser una casualidad. Detrás de su crimen se ocultaba una mano profesional. Nadie lograría probar los vínculos entre una muerte ocurrida en Valparaíso y otra en Estocolmo. Nadie, ni siquiera él, pero sospechaba que de alguna forma los asesinatos de Lecuona, el Mexicano y de Neto se relacionaban entre sí. En fin, se dijo, tal vez tendría que acostumbrarse a aceptar las cosas tal como viniesen. Lo peor era lo que Lourdes le había anunciado la noche anterior, que un par de hombres andaba a su siga en Estados Unidos y que podían cruzar el charco para encontrarlo. Tal vez el cheque de Lourdes arribaría antes que ellos y podría cobrarlo sin inconvenientes.

Llegó al Scandic en un taxi y se dirigió a su pieza. Lourdes y sus honorarios lo abandonaban a medio camino. Iniciaría un plan para abaratar el hospedaje y comer al paso. Sí, debía reconocerlo, estaba asustado, como cantaba John Lennon en una de

sus últimas canciones, pero él no renunciaría a la búsqueda de la verdad.

Mirando bien las cosas, pensó mientras se despojaba del abrigo, Estocolmo se había convertido en un callejón sin salida. Estaba solo, carente de recursos, desorientado, y Jerez, el supuesto contacto en Suecia, no aparecía por ninguna parte y en su teléfono sólo respondía la grabadora. ¿Eran realmente abogados quienes habían hablado con Lourdes? ¿O se trataba de una trampa para localizarlo y hacerlo desaparecer del mapa? Esos hombres no podían ser policías, pues en ese caso habrían recurrido a la Interpol y él ya estaría cruzando el Atlántico esposado hacia Chile. No, esa gente lo buscaba en términos privados. Abrió el minibar y se sirvió una botellita de Bacardí para espantar el miedo.

—Te estás poniendo pendejo —se dijo mientras bebía el ron frente al espejo del baño. Al contemplarse bajo la luz blanquecina del tubo fluorescente se deprimió. La calvita seguía ganando terreno, la piel bajo el cuello comenzaba a ceder y el brillo de sus ojos se opacaba—. Coño, es un milagro que a esta edad Kim todavía me encuentre atractivo.

Salió de la pieza y la buscó por los pasillos. La encontró a punto de entrar a una suite en el último piso y le explicó lo que sucedía.

—¿Tienes forma de enterarte de las reservas de habitaciones? —le preguntó a la muchacha.

—Puedo intentarlo con la recepcionista de por la noche, que la conozco. Pero tras lo que te dijo Lourdes, yo abandonaré de inmediato el hotel. Esos tipos pueden llegar en cualquier instante. ¿No será mejor dar aviso a la policía?

—¿Y cómo explico todo esto?

—Pero ¿por qué tienes que permanecer en el hotel?

—Estoy esperando el sobre con el cheque de Miami.

—Eso tal vez pueda arreglarlo con mi amiga para que me lo entregue bajo cuerda. Pero si ella no está en la recepción cuando llegue el sobre, el recepcionista lo devolverá a su destinatario.

—¿Y qué hotel me sugieres?

Ella puso las manos en jarra.

—¿Hotel? ¿Por qué tiene que ser un hotel? —inquirió risueña—. ¿No prefieres trasladarte a mi apartamento?

—Ronco demasiado —repuso colocando su mano sobre la de ella—. Y además no quiero involucrarte en un asunto peligroso.

—Si te ofrezco alojamiento, es porque asumo las consecuencias —dijo Kim y lo miró con afecto—. Toma, bobito, aquí tienes las llaves del apartamento, agarra cuanto antes un taxi con tu equipaje y allá nos vemos más tarde.

Al día siguiente, mientras desayunaba en el cafetín del edificio de Kim un cortado con una *baguette* de jamón y queso caliente, Cayetano recibió la llamada de su amiga. Le anunciaba que un sobre de TNT lo esperaba en la recepción del Scandic.

Abordó un bus vacío preguntándose cuándo arribarían sus perseguidores. Su única alternativa consistía en ubicar al hombre con el cual Lecuona había conversado meses atrás, el «Pato». Tenía que permanecer en Suecia aunque el enemigo le pisara los talones. Iba en el último asiento y cabeceó varias veces debido al calorcito del motor a su espalda. La noche anterior había sido nuevamente de recorrer pubs en el Gamla Stan y terminar bailando con Kim, esta vez en un club de medio pelo, La Isla, donde hacía nata el exilio latinoamericano. Quizás estaba siendo demasiado imprudente, tal vez era preferible que mantuviera un perfil bajo durante las frías noches estocolminas, pero algo, una sensación de fin de mundo, alimentada por el recuerdo vago de que llevaba una mancha en el pulmón izquierdo, lo empujaba a relativizar el peligro y a disfrutar los retazos de vida que aún le quedaban.

El sobre de TNT, que le entregó una recepcionista rubia, estaba dirigido a su nueva identidad. Tomó asiento en un sillón del lobby, entre la ventana que se abría al Parque del Rey y un acuario, para examinarlo con calma. Estaba abriéndolo cuando escuchó que alguien pronunciaba su apellido, no el de Ciabatta, sino el de Brulé, lo que lo hizo erizarse. Al elevar la vista, se encontró con un panorama que le infundió pánico.

Dos hombres conversaban con la recepcionista. Uno de ellos repetía su apellido mientras el otro examinaba los alrededores con el aspecto alerta y desconfiado de los guardaespaldas. Eran de contextura fuerte y aspecto anglosajón, gente a la cual no hubiese querido encontrar en una calle desierta. Afortunadamente no podían verlo detrás de los peces dorados y las algas del acuario.

Escuchó esta vez con claridad que deletreaban su nombre completo a la recepcionista, la que lo buscaba infructuosamente en la pantalla del ordenador. Intuyó que eran los supuestos abogados de Lourdes. Al menos no les había entregado su nueva identidad.

De pronto ocurrió lo que temía: la rubia indicó hacia el acuario. Se puso de pie con el sobre bajo el brazo, pero su movimiento despertó la atención de los hombres. No lo pensó dos veces y echó a caminar hacia la salida. A través de la puerta divisó un carro que aguardaba afuera con las luces encendidas y el motor en marcha, giró, por lo tanto, espantado sobre sus talones, atravesó frente al guardarropa vacío y buscó refugio en el restaurante.

Un estremecimiento lo recorrió al comprobar que el sitio estaba absolutamente vacío. ¿Adónde escaparía ahora? Cruzó sobre la alfombra mullida viéndose reflejado en los ventanales que daban al parque y empujó una puerta blanca. Había desembocado en la cocina, entre reposteros, mesones y cacerolas. Un cocinero fileteaba absorto salmones en un rincón.

¿Debía pedir ayuda? Y si sus perseguidores escapaban, ¿cómo les explicaría todo aquello a los agentes suecos? ¿Les diría acaso que lo buscaban para matarlo? ¿Por qué? ¿Y cómo justificaría su ingreso al país empleando pasaporte falso? Lo más probable era que lo detuvieran y repatriaran de inmediato.

Franqueó otra puerta y se encontró con un pasillo largo y gris, iluminado por tubos fluorescentes. Nadie allí tampoco, sólo la soledad angustiante de las pesadillas de las películas de Ingmar Bergman. Su corazón palpó con fuerza. Necesitaba alcanzar la calle. Mientras permaneciera en ese pasadizo desolado, podían darse el gusto de eliminarlo sin testigos. No tardó en escuchar nuevos pasos.

Se volvió. Eran ellos. Ahora corrían detrás suyo. No le quedó más que hacer lo mismo. Al final del pasillo, que se quebraba en esquina, trastabilló y cayó al piso. Su mano derecha buscó instintivamente la Beretta, pero constató que andaba desarmado justo en el instante en que uno de los hombres desenfundaba una pistola y lo encañonaba.

—¡Deténgase! —gritó el hombre en español con acento angloparlante.

Cayetano se incorporó con cierta agilidad y echó a correr de nuevo. No tardó en sentir la falta de aire y un alboroto extraño en su corazón. Se juró que si salía con vida de esto, frecuentaría un gimnasio como el Conde Rojo. Cuando intuyó que estaban a punto de alcanzarlo, pateó violentamente una puerta y franqueó el umbral. Se encontró en una sala en penumbras, donde varias personas observaban transparencias en una pantalla. Ha de ser un seminario sobre calidad total, se dijo mientras cruzaba entre los espectadores derribando sillas, tazas de café y platos de kuchen con fresas salvajes.

—¿Dónde está la salida de emergencia? —gritó en inglés, y los espectadores, respetuosos como buenos escandinavos, le indicaron una puerta al otro extremo de la sala.

Salió de allí dando un portazo feroz, seguro el primer estampido que oía en Estocolmo, y desde lejos pudo escuchar que alguien, en medio del barullo, gritaba que ya estaba harto con las interrupciones de los seminarios y que renunciaba en el acto y para siempre a ellos.

Alcanzó la calle por una rampa de descarga, apresuró el paso entre los transeúntes matinales de la Birger Jarlsgatan y después de atravesar la Sturegallerien, ordenó a un taxista lo condujera raudo al barrio de Södermalm.

Dos días más tarde, conduciendo un oxidado Volvo azul, Vladimir Lobos recogió a Cayetano Brulé en la puerta del edificio de Kim. Viajarían en *isjakt* hacia la isla que Agustín Lecuona había visitado meses atrás. Era una mañana perfecta, el cielo resplandecía limpio y el frío seco hería los pulmones. Brulé y Lobos habían acordado los detalles la tarde anterior en un pequeño local del Södermalm, donde servían un café detestable.

Cayetano vestía como para una expedición polar: ropa interior térmica, botas y mono para la nieve. Además, Kim le había conseguido guantes diseñados para el espacio y un pasamontañas que sólo le dejaba libre los ojos, los que a su vez se protegería mediante un visor.

—Habrán quince bajo cero —había anunciado Lobos el día anterior en el café—, pero con el viento la sensación térmica será de treinta bajo cero.

En la víspera el capitán no consideraba conveniente aceptar la misión de Cayetano. Si el detective moría durante el viaje, tendría que asumir la responsabilidad legal y hasta podría perder la licencia como navegante. En realidad, le parecía riesgoso embarcar en el velero en medio del invierno escandinavo a un latinoamericano sin experiencia ártica y cruzar las vastedades congeladas del Báltico. A gran velocidad y bajo aquella temperatura, resultaba difícil imaginar la reacción del cuerpo del investigador. En ese mar no había vuelta atrás: se sobrevivía el periplo o se moría congelado en el intento.

—Le pagaré por adelantado —prometió Cayetano mientras se calentaba las manos con la taza—. Si me congelo, usted se quedará igual con sus dólares.

La noche anterior, tras el acuerdo con Vladimir, Cayetano había cenado con Kim en el Alex, un restaurante exclusivo, del *red-set* estocolmino, para celebrar el cobro del cheque, que ascendía a diez mil dólares y que la sueca depositó en su cuenta del Skandinaviska Enskilda Banken. Como de costumbre, habían terminado la jornada recorriendo los bares del Gamla Stan.

Y ahora abordaba el auto de Lobos cargando toda la parafernalia térmica. Media hora más tarde, el Volvo se aproximó a los muelles de madera del club de yates, donde los recibió un espectáculo de belleza conmovedora: el Báltico congelado refulgía como espejo entre los islotes mientras el sol, una cresta de gallo equilibrada sobre las copas de los abedules, teñía de ocre el cielo abovedado.

El *isjakt*, más frágil de lo que había supuesto, permanecía junto al muelle con las velas plegadas. En verdad se reducía a un par de maderos apernados, el mástil y dos asientos sin respaldo.

—Así, como usted lo ve —explicó Vladimir mientras se calzaba los guantes—, no hay nadie que dé un centavo por él. Me acusan de suicida por navegarlo, pero nunca me ha dejado mal.

Le entregó al detective una mochila con galletas, un termo, una botellita de vodka y una muda de ropa en una bolsita de plástico inflada y luego le colgó al cuello un silbato y unas garras de metal.

—Por si se quiebra el hielo —advirtió Vladimir—. Las garras son para aferrarse al hielo y salir del agua, y la bolsita sirve como flotador. Una vez fuera de peligro, debe cambiarse de inmediato la ropa, de lo contrario lo matará la hipotermia.

—¿Y el pito? —preguntó Cayetano examinándolo con sus manos enguantadas.

—Para pedir ayuda.

—¿Y usted cree que alguien nos va a escuchar en medio del Báltico?

—Si quiere que le sea franco, le diré que en caso de que ceda el hielo, ni la sirena de un faro nos ayudará a conseguir auxilio. Pero son las reglas del juego y hay que cumplirlas. ¿Ve a esos que patinan en la lejanía?

Miró hacia donde le indicaba Lobos y divisó unos palotes ínfimos sobre el hielo, a medio camino entre ellos y unos islotes.

—Toda esa gente carga su bolsita, sus garras y su pito. Es un acto de fe. Pero dejémonos de pendejadas y zarpemos. Debemos arribar a la isla antes de que caiga el sol.

Tras decir esto, Vladimir desplegó las velas y la nave echó a andar con un silbido que a Cayetano le infundió un sentimiento de ingravidez. Y en cuanto la nave alcanzó cierta velocidad envuelta en el silencio y la luz escuálida, el frío empezó a colársele por el buzo térmico.

Fue entonces que volvió a preguntarse qué diablos hacía sentado en esa silla que se deslizaba por el archipiélago si a esa hora en Valparaíso el sol comenzaba a entibiar su despacho, las butacas del Bosanka y las tortuosas calles que culebrean hacia los cerros. ¿Quién lo había metido en ese zapato chino? Recordó los textos de teoría literaria de Lourdes, las afiebradas especulaciones sobre ficción y realidad de los literatos, y se estremeció. ¿Y si todas sus vicisitudes brotaban de la imaginación de un escritorzuelo insignificante y él no era nada más que un personaje de ficción en una extensa novela policial? ¿Y si debía su existencia simplemente a la voluntad arbitraria de alguien que se valía de apuntes, un teclado, y un tazón de café *au lait* para redactar esa trama sin fin de la cual no tenía escapatoria? Llegó a suponer que el crimen de Lecuona, la muerte del Mexicano, la misteriosa actitud de La Casa e incluso la persecución de los desconocidos, podían ser resultado de la fantasía de un escritor anónimo, borrachín y angustiado por las hemorroides. Tuvo que pensar en el escritor que había divisado en el Doble F conversando con el embajador chileno, habría jurado que él lo había observado con una sonrisa burlesca y aire arrogante, como si lo conociera. ¿Por qué? En el fondo todos los escritores eran crueles porque estaban acostumbrados a jugar con los destinos de sus personajes.

—Hay buen viento —dijo de pronto Vladimir arrancándolo de sus elucubraciones. Se lo agradeció, quizás el frío lo estaba enloqueciendo—. A esta velocidad deberíamos llegar en dos horas a nuestro destino.

El velero se internaba mar adentro, entre los islotes, lo que lo indujo a preguntarse qué haría si el hielo se quebraba bajo el *isjakt*. No había nadie a la vista en el Báltico, sólo los manchones de bosques cubiertos de nieve y arriba el cielo rayado a trechos por la estela de los aviones. De no ser por el silbido del viento y el flamear de las velas, aquello habría parecido una fotografía.

—¿Por qué usted no quiso regresar nunca a Chile? —gritó Cayetano.

—Volví una vez a Chile —repuso Lobos—. Pero no pude adaptarme.

No era fácil acostumbrarse a seres que habían sido sometidos a diecisiete años de dictadura, afirmó el capitán. Resultaba imposible comunicarse armónicamente con compatriotas que desconocían la tolerancia y la diversidad. Eso creaba un abismo insuperable, un exilio permanente. El retorno era un mito, sólo se retornaba a lo que se conocía, y el Chile de antes había desaparecido. Sí, él era hoy un nostálgico, un convencido de que todo Chile pasado había sido mejor.

—Quizás hasta la izquierda vivía, en cierto sentido, mejor bajo Pinochet —gritó Cayetano—. Entonces enarbolaba sus banderas con orgullo y autenticidad, y confiaba de lleno en sus proyectos.

No pudieron seguir conversando porque el viento y el frío se los impidió. Viajaron largo rato contemplando en silencio bajo una luminosidad exigua, que infundía un sentimiento de desamparo. A Cayetano lo sobrecogió el recuerdo del doctor Müller y de la mancha en su pulmón, porque sintió que la muerte estaba próxima. Cerró los ojos, extenuado, mientras los patines de la nave resbalaban sibilantes y vertiginosos.

Despertó mucho después, cuando Lobos replegaba las velas. Cayetano se irguió teniendo cuidado de no resbalar y el capitán le ofreció un trago de vodka y chocolate, lo que lo hizo revivir. El sol comenzaba a sumergirse detrás de los pinos y abedules, y el silencio horadaba los oídos.

—¿Y dónde estudió navegación? —preguntó, impresionado por el talento de Lobos para orientarse sin brújula.

—En verdad, estudié literatura, y cuando me di cuenta que no iba a poder vivir de ella, me dediqué a asuntos reales, como a ser chofer de taxis o de autos de embajadores latinoamericanos.

Con que estaba ante otro literato. Era impresionante la cantidad de gente que estudiaba literatura en el mundo. Sí, afirmó Lobos, era mucha la gente. Terminaban como docentes y críticos literarios. La literatura no se enseñaba y la crítica no era más que una ficción parasitaria, que florecía a la sombra de poemas y relatos, una forma supuestamente diferente de escribir textos de ficción.

—Mandé todo al carajo cuando me di cuenta de que en la universidad estábamos escribiendo ensayos más extensos que las novelas que analizábamos —precisó sin

dejar de examinar las velas—. Y ahora mejor nos olvidamos de las teorías, que si la oscuridad nos sorprende antes de llegar a la isla, nos jodemos.

Llegaron a la hora del ocaso. Era una isla similar a las avistadas durante el viaje. Tenía el mismo silencio, los mismos árboles centenarios, el mismo paisaje congelado, y su única diferencia consistía en que contaba con un embarcadero, una playita y, en la cima de una loma, con una *stuga* de troncos pintada de rojo óxido.

—Al menos hay gente en casa —anunció Vladimir señalizando hacia un mástil embanderado y la columna de humo que despedía la chimenea.

Tras desembarcar del *isjakt*, caminaron sobre el hielo. El sol, hundiéndose en el horizonte, permeaba el mundo de color miel. Un cuervo graznó a lo lejos y luego volvió a imponerse la calma. Cayetano sintió que las piernas comenzaban a desentumírsele.

—Usted vaya solo, mejor. Yo me quedo asegurando el *isjakt* —sugirió Lobos en la orilla.

El detective se despojó del pasamontañas y subió por el sendero que conducía a la *stuga* escuchando crujir la nieve bajo las botas. Aquí, en este lugar ideal para ocultarse, había estado Lecuona meses atrás, pensó. ¿Qué lo había traído hasta allí?

Alguien le habló de pronto en sueco. Alzó la cabeza y pudo distinguir a una mujer de pelo corto y edad indefinida, de jeans y sueter de cuello beatle, que lo observaba amable desde el portalito de la *stuga*.

—Disculpe, vengo de Chile —gritó en inglés, sin detenerse. Le resonó ridícula la explicación—. Busco a una persona.

Ella aguardó a que Cayetano se aproximara. Seguramente ya se había percatado del *isjakt* y de Lobos. Nada podía pasar inadvertido en aquella inmensidad silenciosa e inmóvil a los ojos de sus habitantes.

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer en castellano una vez que él hubo ascendido los escalones del portal despidiendo vaho por la boca.

Tenía facciones finas y una mirada inteligente de ojos claros. Frisaría los cincuenta.

—Soy Ciabatta, investigador privado —aclaró con respiración entrecortada y esgrimió una sonrisa. En el portal había dos sillas de madera y una mesa, y sobre ella, curiosamente, una palmatoria de hierro forjado y libros. Alguien se sentaba a leer allí en invierno—. Le parecerá extraño que llegue hasta aquí, pero ando en busca de información.

Su mirada se tornó desconfiada.

—En realidad, sólo vemos pasar de vez en cuando a patinadores o *isjakistas*, pero pocos se detienen aquí —dijo tranquila—. Usted sabe, en Suecia la gente se anuncia

antes de aparecer.

—Disculpe. —Se quitó del bigotazo las estelitas de hielo—. Espero no importunar mucho.

—¿Es usted de la policía, entonces?

—Soy investigador privado. Vivo en Chile.

Ella empequeñeció los ojos, pero él no supo si era por efecto de la luminosidad o porque lo escrutaba.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Vengo por encargo de alguien que estuvo hace unos meses aquí —aclaró. Anhelaba pasar al ambiente calefaccionado y acogedor de la *stuga*. Le ardían las orejas y la frente, y cayó en la cuenta de que ya no sentía la punta de los pies, lo que constituía un síntoma peligroso. Lo peor del congelamiento, le había dicho Vladimir citando un relato de Jack London, era que no dolía, pues anulaba las sensaciones y la voluntad. Morir congelado era ir sumiéndose en un sopor profundo y placentero.

—¿Quién lo envió?

—Agustín Lecuona.

—¿Qué ocurre con él?

Al menos admitía conocerlo, pensó Cayetano con alivio. Se volteó a mirar y constató que desde el portal se tenía una vista formidable sobre el Báltico congelado y el horizonte en llamaradas. Hubiese preferido hablar de otra cosa, pero no le quedó más remedio:

—Lamento tener que decírselo, pero Agustín murió hace poco. Es decir, lo asesinaron. En Chile.

La mujer se cubrió la boca con las manos.

—Oh, Dios, no puede ser. No puede ser —susurró incrédula con los ojos cerrados—. Espere, espere, por favor. Le avisaré de inmediato a Pato.

A la luz de un candelabro cenaron en la *stuga* un guiso de patatas, cebollas y anchoas, denominado *delicias de Jansson*, que acompañaron de un cabernet sauvignon con notas de cedro. Poco después, Vladimir Lobos se retiró discretamente a la cabañita cercana, que compartiría esa noche con Cayetano.

Patricio Sardiñas era un chileno fibroso, reservado y nostálgico, que andaba por los sesenta. Tenía ojos verdes, el cabello canoso cortado a lo puercoespín, y el rostro pálido y filudo. No había mostrado demasiado asombro por la muerte de Lecuona. A su juicio, la repentina desaparición del cubano constituía un epílogo nada sorprendente para alguien como él. Sardiñas disimulaba sus verdaderos sentimientos detrás de un rictus imperturbable, y era posible, pensó Cayetano, que eso lo hubiese aprendido de los suecos.

—¿A qué diablos se dedica en este lugar del fin del mundo? —le preguntó mientras terminaban la primera botella de vino. Supuso que el hecho de que lo hubiesen invitado a él y a Lobos a pernoctar en la isla no obedecía sólo a un sentimiento hospitalario, sino también de curiosidad.

—Vivimos de nuestras rentas —afirmó Sardiñas descorchando un nuevo cabernet—. Hace años decidimos retirarnos de la vida activa y venir a este lugar.

—¿Por qué Agustín vino a verlo? —preguntó a quemarropa. Ya estaba harto de rodeos. No quería arriesgarse a regresar a Estocolmo con las manos vacías.

Inga comenzó a acarrear los platos a la cocina, lo que a Cayetano le pareció una acción concertada.

—Sólo lo conocí cuando nos visitó el otoño pasado —dijo Sardiñas desplazando la bandeja con los restos de las *delicias de Jansson* hacia el borde de la mesa.

—¿Y cómo llegó acá?

—Lo envió alguien que supuso que yo podría ayudarlo a escribir un par de artículos periodísticos sobre el papel de la izquierda chilena en los últimos cuarenta años, y sobre la injerencia actual de las transnacionales en la economía chilena. Usted sabe, del jaguar chileno no queda mucho.

Ocuparon los sillones del living frente al fuego crepitante de la chimenea. Afuera la luna llena proyectaba sombras tenebrosas sobre el archipiélago. Mientras ponía un disco de Ben Webster, Sardiñas explicó que noches como éstas le evocaban las pinturas de Caspar Wilhelm Friedrich, de quien Cayetano jamás había oído. Pero no se amilanó, porque tuvo la certidumbre de que el vino iba reduciendo la rigurosidad del chileno.

—Supongo que usted desea que se esclarezca el crimen de Lecuona —insistió al

rato, cuando Inga ya se había retirado a dormir y Sardiñas arrojaba leños a la chimenea—. Todo lo que me cuente me será útil. ¿Quién envió a Agustín hasta acá?

—No lo recuerdo bien —afirmó Sardiñas sirviéndose otra copa—. O si me lo dijo, lo olvidé. No era importante.

Webster comenzó a horadar con tono nostálgico la noche. Lo escucharon en silencio. El saxofonista se lo merecía.

—¿Y por qué usted había de saber tanto sobre la ultraizquierda y las transnacionales? —preguntó al rato Cayetano.

—Por el hecho de que fui dirigente de un frente revolucionario, Acción Directa, que impulsó la lucha armada contra el régimen de Pinochet. Pero en 1986 me vine al exilio a Suecia.

Le costaba imaginar que Sardiñas hubiese sido dirigente de un grupo armado.

—¿Nunca conoció a Marcia, la líder del MRA?

—En el mundo de la clandestinidad todos trabajan con chapas y nadie se deja fotografiar —aclaró Sardiñas—. De esa forma no hay modo de saber si uno conoce o no a tal o cual personaje. ¿Me entiende? Otra cosa es si la viera.

—Me extraña que usted haya abandonado intempestivamente su labor revolucionaria...

—¿Vino a interrogarme a mi propia casa? —preguntó molesto Sardiñas. Era un tipo hábil y unas copas de más no iban a hacerlo confesar nada sustancial—. Me retiré sencillamente porque creí que el país debía volver a la democracia mediante acuerdos políticos, no por acciones armadas. ¿Me entiende?

—Y entonces dejó la lucha y se instaló con su mujer aquí.

—Así fue.

—Y Agustín llegó porque le interesaba investigar esa etapa, y usted era un testigo excepcional de ella.

—Exacto —puso los pies sobre la mesa de centro y equilibró la copa con ambas manos sobre su barriga.

—¿No era Agustín tal vez un agente que buscaba información sobre la ultraizquierda bajo la cobertura del periodismo?

—Mire, el mundo está lleno de supuestos espías —comentó malhumorado—. ¿Espía de quién? ¿De la CIA, la DGI, del espionaje militar chileno o de La Casa? Yo busqué refugio en esta isla para escapar de las discusiones inconducentes.

—¿De quién se esconde, entonces?

—¿De quién voy a ocultarme? —aclaró tartamudeando Sardiñas—. De nada. Simplemente fui actor y ahora soy espectador.

—¿No estará huyendo de La Casa?

No le causó gracia la pregunta. Para él La Casa expresaba la traición a los ideales revolucionarios.

—Los de La Casa son gente que, al igual que usted, renunció en un momento a la violencia —afirmó Cayetano tratando de provocarlo—. Y es entendible que ahora

actúen contra los violentistas.

—Es inmoral. Debieron haber hecho lo que hice yo: desaparecer o ir a trabajar al Ministerio de Agricultura o de Educación, no a La Casa. No podían comenzar a perseguir a sus antiguos camaradas, que ellos mismos habían reclutado...

—¿Y sobre eso habló Agustín con usted?

—Sí, se interesaba también por la historia de la izquierda en el exilio, aquella que se preparó en Cuba, Libia y Rusia, que colaboró con la ETA y las guerrillas centroamericanas, la que intentó ajusticiar a Pinochet. La que también cometió abusos, aunque nunca tan graves como los de los milicos.

—¿Y él nunca le habló de «Delenda est Australopitecus»?

—¿«Delenda est Australopitecus»? —repitió Sardiñas frunciendo el ceño. Tal vez agradecía el cambio de tema—. No. Nunca.

Cayetano dejó pasar otro solo de Ben Webster, y luego preguntó:

—¿Y de Dimitri Neto?

Sardiñas estuvo a punto de derramar el vino.

—¿Igor cuánto? —preguntó repantigándose en el mueble.

—No importa —suspiró el detective—. ¿Supo que pretendía viajar a San Petersburgo?

—Bueno, algo de eso me dijo. —Apuró la copa con fastidio—. Planeaba reunirse allá con otro chileno descolgado, cuyo nombre nunca me mencionó.

Y tras decir esto, se dirigió a la ventana y contempló el paisaje mientras los ojos de Cayetano perseguían la danza del fuego en la chimenea. Sardiñas preguntó al rato:

—¿Ha caminado usted alguna noche de luna llena por el mar congelado?

La luna reverberaba contra la superficie congelada del mar Báltico, encendiendo la noche. Se alejaron de la isla y atrás quedó también la *stuga* con sus ventanas iluminadas. Reinaba un frío seco, aunque resistible, y las sombras eran largas y el mundo silencioso.

—Agustín creyó haber descubierto un poder que actúa contra ciertos países —dijo Sardiñas de pronto—. No tenía pruebas suficientes, pero durante la investigación, tropezó con los indicios de una organización llamada WPA, pero ignoraba si era real o ficticia. ¿Nunca escuchó de la World Production Association?

Nunca había escuchado hablar de la WPA, pero le pareció sintomático que recién ahora, sobre el Báltico, Sardiñas se atreviera a hablar sin tapujos sobre este tema. ¿Desconfiaba de su mujer o sospechaba que había micrófonos ocultos en su vivienda? Le preguntó qué sabía Agustín del «Delenda est Australopitecus», lo de la WPA lo dejaría para más adelante.

—Pensaba que era un programa de computación o una clave —dijo Sardiñas—. Soñaba con conseguir documentos sobre la WPA y ese programa. Pero yo más bien pienso que era el plan para asesinarlo.

—¿Cómo?

—Es simple. El «delenda» está en relación con Cartago, la ciudad que los romanos destruyeron durante las Guerras Púnicas. Cartago es la ciudad donde estudió San Agustín de Tagaste cuando era maniqueo. Y nuestro Agustín es en este plan el *australopitecus*, el «mono del sur», por lo tanto, «delenda australopitecus» significa hay que asesinar a Lecuona.

No supo qué responder. ¿Cómo era posible que el exiliado creyera en ese tipo de sandeces? ¿Y quién diablos iba a complicarse tanto la vida para ordenar un asesinato? ¿Había sido Lecuona capaz de descifrar aquella fórmula que se refería a su propia muerte? No, no, nada explicaba la causa por la cual el cubano había sido asesinado y menos el motivo que lo había llevado a buscar contacto en Chile con el Conde Rojo. ¿Significaba acaso que un grupo izquierdista había ajusticiado a Agustín con el propósito de impedir la misteriosa investigación que tenía entre manos? Se restregó varias veces la nariz para que no se le congelara.

—En mi juventud, cuando la derecha nos acusaba de maniqueos por nuestra interpretación de la historia, me interesé por el maniqueísmo y Manes, su profeta —agregó Sardiñas en tono pedagógico—. Si fuese creyente, yo sería maniqueo. Sólo el maniqueísmo puede explicar este mundo, donde la injusticia y maldad aplastan al bien. Desde la perspectiva de Dios no es posible explicar el mundo actual, sus

campos de concentración, el *Khmer Rouge* o la dictadura de Pinochet.

—Y, según su teoría, ¿quién ordenó el asesinato de Agustín?

—La WPA.

—Pero si usted mismo dice que no es seguro de que exista. ¿Agustín investigaba una institución que no existía y fue asesinado por ella? No me haga reír, por favor.

—Debe bastarle con el hecho de que él creía en su existencia. ¿Qué hay de extraño en eso? Casi todo el mundo se pasa la vida persiguiendo cosas que no existen: la vida eterna, el premio mayor de la lotería, el sistema social perfecto, el equilibrio absoluto... Son capaces hasta de sacrificar su existencia por mitos de esa naturaleza.

—¿Usted no teme que le ocurra lo mismo que a Agustín? —preguntó para inquietarlo.

—No, porque carezco de información sensible.

—Usted no está poniendo todas las cartas sobre la mesa. Es obvio que Agustín llegó a usted porque alguien se lo sugirió, ya que usted conocía el asunto que él investigaba. ¿Quién lo envió?

Sardiñas se encogió de hombros.

—Mi único anhelo es averiguar por qué asesinaron a Agustín —aclaró—. Si usted calla, usted saltará a la palestra, y no porque yo quiera denunciarlo, sino porque la investigación arrojará luz sobre usted. Así que, y perdone que sea tan recio, ¿quién coño envió a Agustín a estos parajes?

Caminaron largo rato en silencio, escuchando sólo el ulular del viento. Cayetano intuyó que sus observaciones hacían mella en Sardiñas, quien no podía imaginar que él también era un fugitivo.

—Ignoro quién lo envió —dijo Sardiñas de pronto, como si volviera de su ensimismamiento. La luz de una de las ventanas de la *stuga* se apagó, y Cayetano ansió sumergirse entre sábanas limpias y tibias—. Pero sospecho que los datos que manejaba Agustín provenían de un traidor...

—¿Un traidor? ¿A qué causa?

—Usted pide demasiado. Alguien que escapó de algún lugar con información. Un converso...

San Agustín había sido converso, pero eso no le permitía descifrar las palabras de Sardiñas.

—Cuénteme por qué se esconde aquí —inquirió Cayetano mostrando los alrededores con las manos enguantadas—. Usted está fondeado, y no le conviene que la policía o su antigua organización se acuerden de usted por un asesinato ocurrido a miles de kilómetros de distancia, y con el cual usted no tiene nada que ver.

Estaban ahora girando en torno a la isla y la *stuga* desapareció entre los abedules. Sardiñas dijo:

—Le voy a revelar la historia porque me interesa que se aclare el crimen.

—Y porque teme coletazos en su contra, pero hable, soy todo oídos.

—Yo me despedí hace años del mundo y no quiero saber nada de él, pero debe jurarme que me dejará tranquilo, porque no tengo nada que ver con la muerte de Agustín.

—Cuenta con mi palabra.

La historia se remontaba a comienzos de los ochenta, plena dictadura de Pinochet, cuando él y otro chileno, dirigentes de la organización revolucionaria, aterrizaron en Berlín Oeste después de asistir en Santiago a una sesión clandestina, en que se había acordado la lucha armada contra el régimen. Ambos debían cruzar la frontera hacia Berlín Oriental, pues desde allí Sardiñas viajaría a La Habana, y Ferlocio, su camarada, a Trípoli, lugares donde debían informar a los militantes exiliados sobre el cambio de rumbo político.

—Pero en el aeropuerto de Berlín Oeste nos detuvo la policía —precisó Sardiñas—. Nos pasaron por separado a unas oficinas. Fue la última vez que vi a Ferlocio. Nunca más supe de él, pues su nombre era chapa, igual que el mío.

—¿Y entonces?

—A mí, un civil alemán me dijo en castellano que escogiera: colaboraba con ellos o me devolvían a Santiago en el próximo avión. Me buscaban por terrorismo. El agente me enseñó la orden de captura, y me demostró que mi pasaporte era falso y que conocía mi verdadera identidad. Estaba en sus manos.

—Entiendo —gruñó Cayetano.

—Acepté colaborar, pero los engañé —buscó los ojos del detective para convencerlo de su honestidad—. En cuanto quedé libre, me reuní con Inga y desaparecimos del mapa. Me instalé aquí, premunido al comienzo de un pasaporte fulero que me permitió casarme y convertirme en ciudadano sueco. No traicioné. Prefiero que mis antiguos camaradas ignoren dónde estoy, porque jamás creerían que seguí siendo leal.

—¿Hay muertos de por medio?

—Obvio. Cayó gente al tiempo...

Era una historia irreal, como ese paisaje tocado por la pátina de la luna, pensó Cayetano mientras Sardiñas guardaba silencio. Si sus camaradas lo ubicaban, lo ajusticiarían.

—¿Fue Ferlocio? —preguntó Cayetano.

El hombre se encogió de hombros, fija la vista en su larga sombra sobre el hielo.

—¿Dónde puedo encontrar a Ferlocio? —insistió el investigador.

—Lo ignoro.

Bajo el frío, en medio de esa inmensidad, las cosas se le desdibujaban, reduciéndose a suposiciones, nebulosas y fantasmas. Lo único evidente era que retazos de la historia reciente de Chile yacían diseminados por el mundo.

—¿Habrás traicionado a Ferlocio o habrá hecho lo mismo que usted?

—Si había algo a lo que Ferlocio le tenía pavor, era a caer vivo en manos de la CNI —dijo Sardiñas. Caminaba con las manos en los bolsillos—. Ya lo habían

detenido después de un enfrentamiento en que salvó de milagro, porque una bala le cruzó superficialmente el pecho de un extremo al otro, abriéndole un canal. Lo llevaron a Villa Grimaldi. Tuvo suerte, lo curaron y no lo hicieron desaparecer. Tiempo después escapó de la cárcel de Valparaíso y se reintegró a la vida clandestina.

—¿Y la bala le rajó el pecho de lado a lado, dice usted? —murmuró Cayetano pensativo.

—Superficialmente. Por eso tenía una cicatriz de una tetilla a la otra, que se la vi en el hotel de Ámsterdam, donde pernoctamos tras el vuelo de Santiago. La seguridad del Estado germano-oriental nos entregaba pasajes por KLM para entrar a Chile. Al día siguiente cogimos el avión del aeropuerto de Schiphol al de Berlín-Tegel. Allí fue donde nos detuvo la policía occidental. No les interesaba el movimiento revolucionario chileno, sino infiltrar a la Stasi, convertirnos en agentes dobles.

—¿Qué edad tendrá Ferlocio ahora?

—Poco más de cincuenta.

—¿Cuidaba su físico?

—Oh, sí. Era un narcisista.

—¿Y usted habló también con Agustín de Ferlocio?

—Sí —repuso Sardiñas y estuvo a punto de resbalar sobre el hielo.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño, pero no a causa de los ronquidos de Vladimir Lobos, quien roncaba como morsa en la parte superior del camarote, sino por cuanto creía haber descubierto que el Conde Rojo, el jefe máximo de La Casa, era el Ferlocio de quien hablaba Patricio Sardiñas. Se trataba, por lo tanto, de un agente del espionaje alemán encaramado en la principal institución de seguridad del gobierno y del hombre que había contribuido a desarticular a los grupos armados durante el régimen democrático.

El hecho de que el Conde Rojo se hubiese convertido en agente del BND germano-occidental explicaba su necesidad de negar el acercamiento que Agustín había intentado hacia él en Santiago. Probablemente el cubano le había dicho que investigaba la historia oculta del exilio chileno y eso lo había inquietado. ¿Eso explicaba el asesinato? ¿O Lecuona había ido más allá y, tras identificar al Conde como espía alemán, había intentado chantajearlo con el episodio del aeropuerto berlinés? Era indudable que Sardiñas no asociaba al Conde con el compañero que viajaba con él en aquel vuelo de KLM. No le revelaría la verdad. Prefería mantenerlo en la ignorancia.

¿Y la aparición del cadáver del Mexicano en el living de su casa se debía sencillamente a que el Conde Rojo deseaba impedir que él investigara el crimen? Miró hacia lo alto. Las estrellas titilaban silenciosas, y abajo los islotes vecinos parecían próximos bajo la luna. Todo calzaba suponiendo que el Conde sabía que lo habían descubierto: el hecho de que despojaran del caso al Escorpión, las amenazas recibidas en la gasolinera y el aura de impunidad que rodeaba a los matones. Ahora se daba cuenta de la magnitud de lo que ocurría: él, Cayetano Brulé, era un fugitivo de La Casa, y el Conde no lo dejaría escapar. Tal vez sólo la genialidad de Suzuki de amenazar con la revelación del inexistente documento notarial sobre los criminales, lo mantenía aún con vida, pero su silencio perpetuo era lo único que en realidad podía convenir al jefe de La Casa.

Pasó horas dándose vueltas entre las sábanas sin poder conciliar el sueño, sobrecogido por los vericuetos ocultos tras el poder. Cogió el libro de Giovanni Papini sobre la vida de San Agustín, que Sardiñas le había prestado para que aprendiera algo de maniqueísmo, y trató de concentrarse en la lectura: «Ésta no es una de esas vidas a las que hoy llaman noveladas, es decir, con flecos de fantasías, por muy verosímiles que sean. He querido relatar la vida exterior e interior del ilustre africano con honrada sencillez, advirtiendo dónde se trata de hechos ciertos y dónde éstos son únicamente probables...».

Le ocurrió como con los textos de Lourdes, no pudo continuar. Si fuese tan fácil delimitar los hechos ciertos de los meramente probables, la investigación detectivesca sería un juego de niños, pensó. Desde sus mismos inicios, desde la llamada telefónica de Agustín y el ambiente irreal que reinaba en el Azul Profundo gracias a la luz indirecta y la música de Coleman Hawkins, aquel caso permanecía envuelto en una nebulosa que disipaba los contornos entre la realidad y la ficción. ¿Qué documentos había en el maletín de Agustín? ¿Qué significaban en verdad el «Delenda est Australopithecus» y la WPA? ¿Por qué Lourdes abandonaba la investigación a medio camino? ¿Qué buscaba el MRA con su investigación? ¿Y a qué intereses servía La Casa?

Colocó el libro de cubiertas de cuero sobre el velador y apagó la lamparita de noche diciéndose que aun si lograba probar que Ferlocio y el Conde eran la misma persona, no avanzaría mucho en la investigación. El «Delenda est Australopithecus» continuaba representando el enigma principal, se repitió, aunque bien podía tratarse de una clave para liquidar a Agustín, quien se había inmiscuido demasiado en una historia que muchos preferirían mantener soterrada, sí, en verdad la biografía del Conde no sólo resultaba comprometedor para el antiguo aparato represivo de los militares, sino también para sectores de la izquierda. Supuso, sin embargo, que una vez más la verdad histórica sería sacrificada en aras de la perpetua transición a la democracia que vivía el país, una transición que se asemejaba a un iceberg, pues sumergía lo sustantivo en negociaciones, acuerdos y silencios bajo la línea del agua.

Se preguntó si las confidencias de Sardiñas se debían a un arranque de ingenuidad política o sencillamente a un afán por comprometer al Conde Rojo. No tardó en concluir que lo segundo era improbable, por cuanto Sardiñas no podía saber que él también, por azar, había visto la cicatriz de aquel hombre.

Cuando Vladimir bajó del camastro y entró al baño, Cayetano supo que la noche se le había ido en elucubraciones. El Poljot marcaba las ocho y media, y aún estaba oscuro afuera. Regresaría a Estocolmo con sentimientos mezclados. Por una parte, con la convicción de haber establecido que el Conde era Ferlocio, y, por otra, con la frustración de no saber quién había enviado a Agustín a conversar con Sardiñas. Tal vez nunca lo sabría. Si había sido Dimitri Neto, entonces el ruso se había llevado el secreto consigo. Pero si ese hombre era un traidor a la KGB, ¿por qué entonces había viajado Lecuona a San Petersburgo? Debía aprender que sólo en las novelas policíacas todos los enigmas tenían respuesta. En todo caso, le parecía inverosímil que Sardiñas no recordara quién había enviado a Lecuona al archipiélago. Un hombre precavido, que se ocultaba del mundo, no recibiría a un desconocido sin averiguar primero cómo había llegado hasta su vivienda.

Sobre la mesa encontraron café, leche en polvo, cereales y pan centeno. Tomaron el desayuno escuchando las noticias de la radio Sur, emisora que administraban, según Sardiñas, latinoamericanos exiliados en Estocolmo. Inga dormía aún en su cuarto.

Las cosas en Chile eran cada vez más inquietantes, o al menos así las presentaba el locutor de acento rioplatense: una supuesta organización atacameña acababa de secuestrar en el oasis de San Pedro de Atacama a turistas norteamericanos y exigía a cambio de su libertad el éxodo de los extranjeros del pueblo, incluidos los chilenos no atacameños con inversiones turísticas. Los atacameños, aclaraba el grupo en un manifiesto, estaban hartos del atraso y la discriminación, y demandaban del gobierno fondos para paliar su pobreza. Días atrás, desconocidos habían incendiado un ala del Museo Padre Le Paige.

Las malas nuevas no sólo se circunscribían al norte del país. Una huelga masiva de temporeros paralizaba en la zona central la cosecha de frutas, uno de los principales recursos de exportación, y la prolongada rebelión mapuche se extendía ahora por gran parte del sur, obstruyendo el funcionamiento de las ciudades de Osorno y Temuco, mientras en Rapa Nui los pascuenses realizaban manifestaciones exigiendo una autonomía que les permitiera asociarse con islas polinésicas. Se esperaba para los próximos días el arribo de una delegación del Parlamento Europeo, que escucharía los planteamientos pascuenses y financiaría planes de infraestructura y difusión turística de la isla.

—El país está que arde con los pueblos autóctonos —comentó Lobos mientras untaba una hogaza de pan con manteca. La señal de la emisora se desvaneció—. Y eso que la radio no menciona los secuestros, que están a la orden del día.

Se retiró dejando a ambos hombres solos en medio del agradable tufillo a leña. A Cayetano le atrajo la idea de permanecer allí por un tiempo para contemplar detrás de los cristales las alboradas y los crepúsculos, o leer los libros en español que guardaban los estantes de la *stuga*.

Sardiñas redujo el volumen de la radio, que ahora transmitía un acalorado comentario político del locutor rioplatense sobre el inevitable desarrollo de la historia hacia el socialismo y el comunismo, y dijo:

—Creo recordar quién envió a Agustín a verme.

Cayetano echó un puñado de cereal en un plato y agregó leche. Eso le ayudaría a soportar la travesía, pensó mientras esperaba a que Sardiñas iniciara su confesión.

—Me habló de un tal Parker, Roger Parker —agregó el chileno—. Pero no me contó mucho sobre él. Sólo me dijo que vivía en México. Estaba al tanto de lo que él

investigaba. Puede que haya sido él.

Eso ya tenía sentido. Desde un comienzo había supuesto que Sardiñas debía saber quién había enviado a Agustín.

—Mire, no soy iluso —continuó con sus ojos verdes clavados en los del investigador—. Más de alguien que conoce dónde vivo, pero a mí me interesa contar con un lugar seguro, como éste o Jukkas Järvi, para hacerle difícil la labor a quien se proponga ajusticiarme.

—¿Jukkas?

—Jukkas Järvi. Un minúsculo pueblo en el norte de Suecia, queda más allá del Círculo Polar Ártico, adonde sólo llegan turistas a alojarse en el Hotel de Hielo.

—Eso me confirma que usted es el «Pato» que le envió la tarjeta a Agustín.

Le explicó cómo había llegado el mensaje a sus manos, y Sardiñas le contó que Lourdes debía ser la mujer de la cual Agustín estaba enamorado. No le había revelado su nombre, pero sí que se trataba de una mujer casada, que se divorciaría pronto para unirse a él. Mantenían una relación de años. La mujer estaba harta de la vida rutinaria junto a un hombre mayor que ella y soñaba con seguir a Agustín en sus aventuras.

Le sorprendió que Lourdes no le hubiera dicho que planeaba divorciarse. De pronto volvía a parecerle plausible que detrás de la muerte de Agustín se hallase el esposo de Lourdes. Ya había acariciado esa hipótesis y ahora ella volvía a dibujarse con fuerza en el horizonte de su investigación. Quizás eso explicaba el sorpresivo cambio de actitud de Lourdes y su interés porque hablara con quienes lo perseguían. ¿Pero era en verdad tan poderoso Cisneros como para liquidar a Agustín, al Mexicano, influir en La Casa y poner en funcionamiento a matones en Chile?

—¿Y ese Roger Parker? —preguntó.

—Es todo cuanto sé, en serio.

—Supongo que usted es el primer interesado en que esto se aclare, Patricio, de lo contrario podría aparecer perfectamente muerto un día de éstos si tiene la más mínima conexión con lo que investigaba Agustín. Usted le comentó lo del vuelo a Berlín, ¿verdad?

—Ya le dije. Él escribía sobre una etapa oculta de la izquierda. Y era bueno hasta para la propia izquierda que trascendiera, que no puede seguir asumiendo sólo el papel de víctima.

—No hay lógica detrás de eso. Si él escribía de eso, usted iba a aparecer en escena. A menos que haya llegado a un acuerdo...

—Obviamente que llegamos a un acuerdo, como con usted. Él no me mencionaría.

Pese a su experiencia en la clandestinidad, Sardiñas era un ingenuo, cuando no un estúpido, pensó el detective. En esos mundos no había que creer en promesas.

—Pero mencionaría a Ferlocio... ¿Usted sabe dónde está Ferlocio ahora?

Sardiñas cogió el tazón de café y caminó hasta el sofá frente a la chimenea. A través de la ventana ya comenzaba a colarse un cielo grisáceo. Abajo Lobos

arrastraba el mástil por la cubierta congelada del Báltico.

—Ignoro dónde está Ferlocio ahora —afirmó atento al desplazamiento del capitán—. El asunto me interesaba en términos de historia, ¿me entiende? Yo sigo pensando que mi país necesita un cambio revolucionario, que las estructuras injustas deben ser modificadas, que a los concertacionistas, que pactaron con los militares, hay que barrerlos del poder, pero deseo al mismo tiempo que se conozca la verdad.

—No logro entenderlo.

—En la historia de la derecha hay muchos muertos y desaparecidos, en la de la izquierda mucha traición a los ideales y oportunismo. También hay muertos, muchos menos, pero muertos al fin y al cabo. Si no hubiese habido muertos de por medio, podríamos entender el oportunismo de la izquierda simplemente como parte de las veleidades humanas.

Una duda lo paralizó. ¿Sardiñas no habría sido desde siempre un colaborador de los alemanes y su viaje con Ferlocio de Ámsterdam a Berlín Oeste una trampa para cazar a otro líder de la lucha armada? Si, al pensar en la buena vida que llevaba en medio del Báltico, con residencia, buena situación económica y mujer sueca, alejado de todo, feliz, comenzaba a sospechar de él. Nadie podía escapar durante la Guerra Fría así como así de un servicio de espionaje, menos burlándose de él, como supuestamente lo había hecho Sardiñas. Aquel hombre no le contaba toda la verdad.

—Roger Parker vive en México, ¿entonces? ¿Él envió a Agustín hasta acá?

—Así es.

—Y usted no conoce a Parker, ¿verdad?

—No.

Se mantuvieron largo rato en silencio. Cayetano escuchó que alguien se desplazaba en el cuarto contiguo. Debía ser Inga, quien se levantaba.

—Ya le dije todo lo que podía decirle —agregó Sardiñas, incómodo, pues se involucraba más y más en un tema que sólo prometía sinsabores—. Y ahora me parece que deberíamos ayudar a Lobos con el *isjakt*...

Arribaron al club de yates de Estocolmo poco antes de que cayera el crepúsculo. Extenuado por la noche en vela, Cayetano había dormido durante la travesía. En cuanto Vladimir detuvo el *isjakt* frente al muelle, el investigador se desperezó somnoliento y cruzó por el hielo hacia la cafetería, donde lo envolvieron el ambiente temperado, el aroma a café y una canción de Abba. Ordenó un *au lait*, pasó al baño y después llamó por teléfono a Kim.

—Qué bueno oírte —exclamó ella con voz temblorosa—. Anoche aparecieron dos tipos que necesitaban verte con urgencia. Hablamos en inglés. Parecen norteamericanos. Les dije que no sabía dónde estabas.

—¿Los recibiste en el apartamento?

—No los dejé entrar. Los atendí por citófono y les dije que tú no volverías. Insistieron mucho. Decían que te traían un paquete, pero yo los espíe por la ventana cuando se marcharon y no portaban nada. Me dijeron que eran amigos tuyos. ¿Cometí algún error?

La noche se cernía sobre Estocolmo y el local vacío. La dependienta silbaba a ratos detrás del mostrador.

—Lo hiciste perfecto —dijo mordiéndose el labio inferior mientras se afinaba el bigote—. ¿Dejaron nombres?

—Jacinto y Miguel. Raros para ser gringos, ¿no? ¿Los ubicas?

—Para nada.

—Son fuertes, llevan abrigo largo y sombrero. Me dieron miedo desde lejos...

La descripción calzaba con la de los hombres que lo habían perseguido en el hotel Scandic. Miró a través de la ventana hacia la ensenada desierta, donde aún se vislumbraba la silueta del *isjakt* luchando contra los últimos resplandores del día.

Las cosas se complicaban y era probable que sus perseguidores, desanimados por su desaparición, denunciasen a la policía chilena, y, por ende, a Interpol, su paradero en Suecia. Era probable que ya dispusieran de su identidad falsa.

—¿Le contaste a alguien del hotel que yo estaba contigo? —preguntó.

Vio que la dependienta colocaba ante Vladimir dos tazas de café y sándwiches envueltos en plástico.

—Creo que Jan, el de la recepción, se enteró de que andas conmigo —reconoció ella afligida—. Hace tiempo que tiene interés en mí, pero yo no lo soporto. Siempre vigila mis pasos.

—Pues ya sabes quién les pasó el dato a esos señores.

—Por cierto, en la recepción dejaron un mensaje para ti —dijo ella—. De un tal

Jerez. Quiere que te comuniques con él cuanto antes. Dejó un teléfono.

—¿Te lo dijo Jan?

—Sí.

—Déjame hasta ahí.

Ella guardó silencio al percatarse de lo que ocurría. Luego exclamó en tono angustiado:

—Ahora entiendo. Lo siento, lo siento de veras. ¿Y entonces? Necesito verte.

—Yo también, Kim, pero vamos por partes —repuso él tranquilizándola—. Si miras hacia afuera, ¿ves a alguien sospechoso o algún vehículo con gente dentro?

—La calle está desierta, y los automóviles estacionados, al parecer, vacíos —explicó ella después de un largo silencio.

—¿Y en el café de abajo?

—Le conté al dueño que me persiguen, y él me avisará si aparece gente extraña por allí.

—¿No tienes que volver al Scandic más tarde? —preguntó atusándose el bigote.

—No, por suerte. ¿Te espero?

—Iré para allá en cuanto termine de hablar con Jerez...

—Soy Marcia —dijo la voz al otro lado de la línea y en ese instante Cayetano se liberó del abrazo de Kim y sintió que su deseo se esfumaba como si le hubiesen rociado con agua fría—. Jerez me contó lo que te sucedió en la isleta y me dio tu teléfono.

Era pasada la medianoche. Desde el club de yates le había contado a Jerez segmentos de las conversaciones con Patricio Sardiñas, lo que había llevado al hombre del MRA a anunciarle que alguien del «interior» lo contactaría para entregarle nuevas orientaciones. Imaginó que debía estar anocheciendo en el verano ventoso de Valparaíso, y sintió deseos de estar en el Cinzano, de la plaza Aníbal Pinto, junto a una chorrillana y una cerveza, escuchando al incomparable Manuel Fuentealba cantar tangos, a sabiendas de que su oficina y su vivienda lo aguardaban a escasas cuadras de allí. Vio a Kim emerger desnuda y perfecta de entre las sábanas y desaparecer en el baño. Obviamente Marcia había escogido el peor momento para llamar.

—Entonces ya sabes que esto no tiene destino —comentó Cayetano en tono vago.

—El asunto no es claro, pero conviene que continúes —dijo Marcia.

—¿Estás en Chile?

—Sí.

—Por eso crees que es posible seguir adelante —reclamó pensando cómo sería asilarse en Estocolmo e iniciar, al igual que Sardiñas, una nueva vida. Más de cuarenta mil latinoamericanos residían en Suecia, y seguro que más de algún trabajito investigativo habría que hacer entre ellos—. El hombre con el que conversé ayer me resultó amable y educado, casi un sueco, pero en el fondo no me dijo mucho.

—Tal vez es un protegido de la gran compañía del norte —comentó Marcia refiriéndose a la CIA—. Y eso es lo que más nos interesa. Aquí puede existir un nexo entre «la compañía» y el asunto que tienes entre manos.

Cayetano se sentó desnudo en el borde de la cama y apoyó los codos sobre las rodillas. Le molestaba la barriga que ya comenzaba a consolidarse con los años. Kim cruzó el cuarto en penumbras y se detuvo junto a la ventana. Cayetano admiró su silueta de cintura fina y piernas largas recortada contra la luz de los edificios de enfrente y pensó que la perfección de ese cuerpo de piel manjar subrayaba aún más la diferencia de edad entre ellos. Sí, se dijo, Estocolmo era un buen lugar para refugiarse. De algún modo podría a lo mejor permanecer allí. Lo de los papeles podría resolverlo con ayuda de Kim, Jerez o Lobos. Además, si los temores del doctor Müller eran fundados, no viviría por largo tiempo.

—Sólo tengo el nombre de un tal Parker y el de una organización medio secreta para seguir adelante —resopló.

—Debes ubicar a ese Parker, quien no aparece en mis libros. Intuyo que es un tipo clave. Clave para nosotros, para entender las cosas, y para ti, para volver a ser alguien en este país.

—Buscar a un Parker en México es como buscar una aguja en un pajar. Además, nadie conoce esa organización. Ni Agustín estaba convencido de su existencia.

Prefirió omitir lo que Sardiñas le había dicho sobre el vuelo Ámsterdam-Berlín de 1985. De hacerlo, el MRA iniciaría acciones por cuenta propia, denunciando al Conde Rojo y todo se iría al carajo antes de que él aclarara el crimen. Entregarle información dosificada al MRA, en eso consistiría su treta, de lo contrario lo dejarían abandonado a mitad de camino. No les estaba mintiendo, sólo les contaba parte de la verdad.

—Además, se me va a acabar el dinero —comentó.

—Tiene que alcanzarte —ordenó Marcia como si él fuese un militante revolucionario—. Tienes que seguir adelante. Este país está que arde y tal vez hay ciertos planes en contra de él.

—¿A qué te refieres?

—A muchas cosas que ocurren con una dinámica sorprendente: la rebelión mapuche, las huelgas en el sector exportador, los secuestros, la imagen del país en el extranjero —le pareció que escuchaba a una empresaria y no a una militante de izquierda—. Y me temo que se comience a desarrollar algo parecido a lo de los mapuches entre los atacameños, los pascuenses y los aymarás. Es cuestión de tiempo.

—¿Y no están ustedes detrás de todo eso?

—Si lo estuviésemos, seríamos poderosísimos. Pero conozco a gente que planea sumarse a esos procesos. Yo creo que se trata de salvar el ring para poder pelear después en él. Quemarlo no le sirve a nadie, o a muy pocos.

—¿Entonces piensas que lo de Agustín forma parte de todo este asunto?

Cruzada de brazos sobre la jamba, Kim continuaba observando la calle, ofreciendo sus nalgas duras hacia el detective, que decidió calzarse las gafas para disfrutar aquel panorama.

—Puede ser —repuso Marcia enigmática—. Lo cierto es que, con toda esta crisis y la globalización, el país depende hoy más que nunca del exterior tanto en términos económicos como de imagen. Dudo de que eso sea bueno.

Le sorprendió el tono aciago de Marcia. Era cierto que los mapuches demandaban mediante manifestaciones y tomas, condiciones dignas de vida, y que sus exigencias gozaban del apoyo de la izquierda chilena y europea, sabía también que un grupo desconocido mantenía secuestrado al hijo del Presidente de la Corte Suprema y que terroristas habían asesinado al hijo de un importante accionista de una minera canadiense, pero que ahora los pascuenses y atacameños pudiesen buscar una suerte de autonomía, le sonaba a política-ficción.

—¿Pero qué opinan ustedes? —preguntó. Ahora Kim se acercaba a la cama con la actitud de niña ingenua de la Venus de Botticelli.

—Hay desorientación —admitió Marcia bajando la voz—. Ignoramos quién dirige todo. Por ello nos interesa este asunto. Son contradicciones intercapitalistas. La inestabilidad que paraliza al país nos parece artificial. Algo está fallando en el corazón del sistema, e ignoramos quién se esconde detrás de esto.

—¿No serán ustedes o aliados de ustedes?

—No somos nosotros. Aquí hay, a lo menos, una aplicación mecanicista de las lecciones de la Revolución rusa. Pero te llamé para decirte otra cosa.

—Soy todo oídos.

—No te molestes y no lo tomes a mal, pero si no logras datos concretos, no podremos seguir adelante. Hay gente importante en el club que se opone a que yo haya confiado en ti, un sabueso sin pedigrí. ¿Entiendes?

Lo entendía a la perfección. Le estaba anunciando la posibilidad de dejarlo a la deriva y nada más y nada menos que en Escandinavia, en medio del invierno.

—No te preocupes, con tal de que no me traicionen, me las arreglaré de alguna manera. Dame un par de días más —suplicó sin saber en qué basar sus expectativas.

—Bravo, así se habla —repuso ella manteniendo el tono condescendiente. No hay nada peor que gente autoritaria en cargos de poder, pensó Cayetano—. Pero ya sabes, sin resultados, no hay cooperación.

Y diciendo esto, colgó. El detective permaneció largo rato en silencio, confundido, con la cabeza entre las manos, disfrutando el masaje de Kim en sus hombros. Sólo pensar en vivir para siempre en Escandinavia lo apesadumbraba. Después de tantos años en Chile, la mitad de su alma era ya chilena. ¿Qué podía hacer un cubano medio chileno en Escandinavia?

En ese instante volvió a sonar el teléfono, cosa que lo sobresaltó. Kim respondió.

—Es para ti —dijo ella—. Patricio.

Acercó el auricular a la oreja, sorprendido. Sardiñas no tenía teléfono en la isla.

—Tenemos que hablar antes de que se vaya —dijo el chileno—. Espéreme en el Museo Vasa, mañana, a las diez de la mañana. Último piso, junto a la proa. ¿Escuchó? Junto a la proa del Vasa.

—¿No le parece que el Vasa demuestra que no hay nada seguro en esta vida? —preguntó una voz a su espalda.

El detective se dio vuelta y encontró a Sardiñas. Había surgido de entre las penumbras del museo, mientras Cayetano contemplaba el mascarón de proa —un gigantesco león en pleno salto hacia el mar— de la mayor embarcación del siglo XVII. Había sido rescatada del fondo del Báltico poco tiempo atrás, y ahora apenas cabía en ese museo de siete pisos.

—Revela el agudo sentido del humor de los suecos —agregó posando sus manos enguantadas sobre los barrotes del balcón desde el cual contemplaban el Vasa—. Habían logrado construir la maravilla militar de los mares del mundo. Veinte minutos después de ser botada al agua, se dio vuelta de campana y se hundió.

El hecho de haber naufragado en las aguas poco salobres de Estocolmo, que impedían el surgimiento de la broma, había conservado el Vasa en perfecto estado durante siglos. Ahora descansaba allí, en la isla de Djurgarden, convertido en imán para los turistas durante el verano.

—¿De qué me quería hablar? —preguntó el detective tras cerciorarse de que nadie los seguía. Ya en la mañana, tras desayunar en el Doble F, había dado vueltas por el centro por si detectaba movimientos sospechosos. Estaba convencido de que sus perseguidores no pertenecían a la policía, y que por eso el teléfono de Kim no podía estar intervenido.

—No se preocupe —aclaró Sardiñas con cierto sarcasmo—. Llegué hace mucho y usted está limpio. Es simpático recordar prácticas de otras épocas.

—¿Qué quiere?

Caminaron a lo largo de la nave y contemplaron los cañones de las cubiertas y el mástil mayor, cuyo último tramo horadaba el techo del museo, de modo que era visible desde kilómetros a la redonda. No había nadie más en ese edificio de cristal y ladrillo. Sus pasos resonaban huecos.

—Viajé desde la isla sólo para hablar con usted —dijo Sardiñas en voz baja. Vestía abrigo negro largo y un *beatle*, y bajo el brazo llevaba una gorra—. Hay cosas que aún debo contarle.

—Se lo advertí en la *stuga*. Ayer fue Agustín, mañana puede ser usted. Pero lo vi dubitativo en la isla, como si no quisiera contarme todo.

—He reflexionado mucho sobre el asunto desde que usted apareció —estaba demacrado—, y una cosa me queda clara: quienes enviaron a Agustín lo hicieron para hacerme llegar un mensaje. Y no fueron mis ex compañeros de Acción Directa.

—¿No? ¿Y cómo lo sabe? —actuaría fríamente, se dijo, trataría de que el miedo que ya corroía a Sardiñas, lo tornase más locuaz.

—Si hubiesen sido ellos, en lugar de Agustín habrían enviado a un sicario...

—¿Y, entonces, quién envió a Agustín?

—Los otros.

—¡Déjese de payasadas! ¿Cómo los otros?

Sardiñas se detuvo frente a la imponente popa recargada de ventanillas, estatuas y escudos tallados en la madera, y volvió a buscar apoyo en la baranda.

—Sólo puede tratarse de aquellos que me neutralizaron en Berlín —dijo y Cayetano vio cómo la nuez le bajaba y subía por el cuello.

—¿Y quiénes mataron entonces a Agustín?

—Sólo la gente que me reclutó puede saber a estas alturas donde vivo... Yo también estoy en peligro.

Hubiese jurado que ahora sí Sardiñas había perdido el aplomo. Pudo imaginárselo claudicando años atrás ante los agentes alemanes frente a la posibilidad de que lo devolviesen a Chile. Cayetano guardó las manos en los bolsillos del abrigo y repuso al rato:

—¿Entonces Agustín estaba escribiendo la historia oculta de la izquierda por encargo de quienes intentaron reclutarlo a usted en Berlín?

—Es lo que sospecho.

—¿Y qué podía contarle usted a Agustín que ellos no supieran de antemano?

—Lo ignoro —dijo Sardiñas extendiendo los brazos en señal de impotencia.

Por lo que escuchaba, era posible que Agustín haya llegado a Chile sin saber que Ferlocio y el Conde Rojo eran la misma persona. Pero alguien había creído que él lo sabía, y esa persona sólo podía ser el mismo Conde Rojo. Al sentirse amenazado, el Conde Rojo había tomado la determinación de silenciarlo. Si las cosas habían ocurrido de aquella forma, entonces era probable que el Conde conociese también el paradero de Sardiñas. El hombre con que hablaba era un candidato a ser asesinado en cualquier momento, pensó. ¿Pero el Conde Rojo había liquidado a Agustín sólo porque él conocía su verdadera historia o había mucho más detrás de aquella determinación? Si había recurrido al asesinato era porque tal vez tenía algo más que ocultar.

—¿Y la WPA?

—De ella hablamos poco. Agustín manejaba una historia bastante fantasiosa al respecto. Decía que había detectado una conspiración en contra de Chile.

—¿En contra de Chile como país? —preguntó azorado—. ¿Como qué?

Sardiñas echó a caminar y Cayetano lo siguió. Bajaron a la rápida unas escaleras en semipenumbras, de peldaños bruñidos y limpios, y el detective captó con el rabillo del ojo que en ese nivel dos hombres de abrigo y sombrero observaban el Vasa. Temió que pudiese tratarse de una encerrona y el corazón le galopó con fuerza.

—Como alguna acción que pudiera desestabilizar a Chile —contestó Sardiñas.

—A juzgar por las calamidades que están ocurriendo, pudiera haber una pizca de verdad en eso. ¿Pero para qué toda esa conspiración?

El chileno se detuvo de pronto y, perdiendo la calma, cogió sorprendentemente a Cayetano por las solapas.

—Tampoco lo sé —dijo con una mueca y lo empujó hacia la pared del fondo—. Usted no entiende que en aquellos momentos yo sólo me concentraba en protegerme, en despistar a Agustín. No podía confiar en él.

Cayetano se apartó con suavidad las manos de encima y preguntó:

—¿Adónde iba Agustín cuando volvió de la *stuga* a Estocolmo?

—Ya se lo dije, creo que a San Petersburgo.

Bajaron otros niveles y luego caminaron junto al casco del Vasa en dirección a la cafetería del museo.

—Necesito ahora toda la verdad —exigió Cayetano mientras se detenían junto a la barra del autoservicio. Unos platos con lascas de arenque y camarones fríos le espantaron el apetito—. ¿Quién podría ayudarme en todo esto? Sólo si me ayuda, es probable que usted pueda seguir tranquilo en su isla. De lo contrario, me temo lo peor.

—Tal vez un cubano, que debe vivir en La Habana, pueda ayudarlo —explicó Sardiñas llenando una taza de café aguado con mano temblorosa—. Se llama Wenceslao.

—¿Wenceslao a secas?

—Era el compañero que me atendía en los ochenta en el Departamento América del Partido Comunista cubano, ¿entiende? Agentes sin apellidos. Atender significa que se encargaba de orientarme y encomendarme tareas en la lucha contra Pinochet. Wenceslao me entregaba fondos, identidades falsas y misiones para Acción Directa.

—¿Y por qué habrá de ayudarnos? Para él, usted es un traidor.

Los ojos de Sardiñas se empequeñecieron y unas arrugas se marcaron con fuerza en su frente.

—Que alguien haya estado escribiendo la historia oculta de la izquierda chilena puede interesarle. Debe suponer que él es un protagonista de ella, y la curiosidad lo llevará a conversar con usted.

—Pero si la izquierda eliminó a Agustín para que no contara esa historia, entonces para Wenceslao eso no constituye novedad. Quizás hasta él estaba al tanto de la operación.

—No crea. Wenceslao es un tipo con el cual se puede hablar. Es, al menos, el recuerdo que tengo de él.

—No creo que acepte hablar conmigo. ¿Por qué está tan seguro de que aceptará?

—Hay que imaginarse el estado en que se encuentra la gente del espionaje cubano después de la desaparición del socialismo: algunos de los suyos son hoy millonarios en Chile, Ecuador o Nicaragua, mientras ellos viven en La Habana con cien dólares mensuales en el bolsillo —dijo Sardiñas inclinando la cabeza con lástima—.

Cualquier emisario que pueda ayudarles «el día después» de la desaparición de Castro, les merece atención.

Días más tarde se reunió a almorzar con Jerez en una pizzería llena de humo, que manejaban kurdos en un local situado en un subterráneo de la avenida Valhallavägen. El sitio ofrecía condiciones ideales para encuentros conspirativos y a Cayetano le agradaron allí la soledad, la música mediterránea de una casetera y el aroma a pan caliente que exhalaban los hornos.

—Le traje el pasaje y unos dólares por orientación de Marcia —dijo Jerez en cuanto se hubieron sentado—. Se los paso enseguida.

Quedaban sentados al nivel de la vereda de la Valhalla, de modo que podían contemplar las piernas de cuantos pasaban por allí. Jerez, con la cabeza entre los hombros y su rostro pálido, ojeroso y bien afeitado, parecía sufrir en exceso los rigores del frío y la oscuridad escandinavos.

—¿Cuándo viajo a La Habana? —preguntó Cayetano mirando a los kurdos que amasaban pizzas. Vestían camisetas blancas, eran delgados, de rostros angulosos y llevaban bigote, algo inusual entre los suecos. Tal vez por eso lo habían saludado en kurdo y con afecto.

—Mañana. Hará el trayecto hasta Madrid en SAS, y después seguirá en Iberia.

Le sorprendió la rapidez con que ponían en movimiento su organización. Pocos días antes, tras la cita con Sardiñas en el Museo Vasa, había llamado a Jerez para anunciarle que necesitaba viajar a Cuba para continuar la investigación. Al hombre del MRA lo había sorprendido el hecho de que un ex dirigente de Acción Directa se ocultara en el archipiélago, pero se había limitado a tomar nota del asunto y Cayetano no le había revelado los detalles de la conversación. Ponerlo al tanto de todo podía llevar a Marcia a abandonarlo. Si viajaba al día siguiente, tendría que despedirse esa misma tarde de Kim, a quien tal vez no vería nunca más. Un cosquilleo le recorrió el estómago. No es que se hubiese enamorado de ella, pero sí le fascinaban su juventud, su belleza y su entrega desinteresada y sin complicaciones.

Después de ordenar sendas pizzas *Cuatro staggioni* y cervezas, Jerez le entregó un sobre que contenía el pasaje de avión y cinco billetes de cien dólares mientras un kurdo regaba la pasta cruda con trocitos de tomate, cebolla y pimentón, y el otro se acercaba a la mesa con vasos y las botellas de cerveza.

—Es gente muy sufrida —comentó Jerez—. Están repartidos entre varios países, que les impiden formar un Estado propio. Siempre han sido solidarios con los chilenos. A este paso van a desaparecer, mírelos bien, son candidatos a ser aniquilados ante la pasividad del mundo.

Cayetano creyó advertir cierta dignidad milenaria en los gestos del kurdo, pero no

pudo olvidar que al día siguiente debía partir a Cuba. Mientras guardaba el pasaje y el dinero en la chaqueta, recordó lo ocurrido la noche anterior, cuando Kim le había rogado la dejara compartir su suerte, pues necesitaba estar a su lado, lo que no era amor, para que no se inquietara, pero sí una suerte de afecto y empatía con dosis de pasión. Y él le había respondido que no daría su brazo a torcer por cuanto la investigación, de la cual ella desconocía los detalles, la involucraría en asuntos delicados. De partida, él era un fugitivo de la justicia de un país del Tercer Mundo, y ella una muchacha con un gran futuro por delante en esa sociedad democrática y justa. Sin embargo, había menospreciado la terquedad de Kim:

—Yo iré. No puedes impedírmelo. Quiero, además, hallar a mi padre.

Y ahora tenía ante sí al imperturbable Jerez, anunciándole que un chileno llamado Federico se haría cargo suyo en la isla y lo pondría en contacto con quién deseara.

—El compañero es un tipo bien conectado. Hizo dinero esquivando el bloqueo comercial norteamericano.

Escuchó aquello con cautela. No descartó la posibilidad de que la empresa de Federico perteneciese al MRA, ya que ésta de algún modo debía conseguir los fondos para financiar la infraestructura con que parecía contar.

—¿Y qué opina de lo que ocurre en Chile? —le preguntó a Jerez cuando se convenció de que no le entregaría más datos sobre Federico.

—Todo esto se veía venir. Los gobiernos posteriores a Pinochet alimentaron demasiadas expectativas y ahora cosechan la insatisfacción que generan sus promesas inconclusas.

—Sin embargo, el MRA aún no se pliega a las protestas de los mapuches, cosa que sí han lecho los comunistas.

—Ya cambiará esa política —afirmó Jerez picado—. El MRA no tardará en unirse a las protestas. En el próximo congreso habrá un cambio de línea. Marcia debe salir, ha terminado por bajarnos el perfil. Es mucho lo que hoy está en juego en el país. En todo caso parece mentira que el gobierno no haya detectado a tiempo lo que se le venía encima.

—¿Y cómo lo iban a detectar?

—Con La Casa. Pero no fueron capaces de descifrar la ebullición social que se gestaba por una razón muy simple —añadió con desprecio—. Porque formaron el aparato de inteligencia con renegados que sólo creen en sus puestos y carecen de vínculos con el pueblo, lo formaron con traidores a sus antiguos camaradas.

Lo dejó desahogarse y aprovechó de cambiar el tema en el momento en que les servían las pizzas:

—¿No hay problema en que me acompañe una amiga sueca a Cuba?

Con el cuchillo y el tenedor ya en la mano, Jerez esgrimió una sonrisita burlona y le preguntó:

—¿Ya se entusiasmó con una rubia, mi amigo?

—Digamos que hay cierta persona que desea acompañarme.

—Si ella paga su pasaje, no hay problemas, es un asunto suyo —advirtió Jerez tomándose serio—. Pero tenga cuidado, no vaya a ser que se la haya infiltrado el enemigo...

Cayetano y Kim volaron en un pequeño jet de la SAS a Madrid y de allí en un *jumbo* de Iberia a La Habana. Ocupaban una de las últimas filas de la nave, atestadas de escandinavos que viajaban a ver el epílogo del socialismo cubano. Muchos eran simpatizantes de Fidel y al mismo tiempo críticos acérrimos de cualquier régimen dictatorial de derecha.

Cayetano optó por evitarlos, pues la inconsistencia era, tal vez por deformación profesional, lo que más detestaba. No podía concebir que aquellos seres de semblante sano y expresión ingenua, que disfrutaban del bienestar y la democracia social sueca, fuesen a Cuba a aplaudir un modelo que rechazaban para sí. En el fondo eran, pensó, unos racistas: el socialismo de la antigua Rumania o Bulgaria no estaba bien para los europeos, pero sí para los latinoamericanos. Ignorarlos le resultó empresa fácil, ya que los escandinavos, por lo general, especialmente si no han ingerido alcohol, son gente reservada y quitada de bulla.

Aparte de eso, el vuelo transcurrió en calma y tranquilidad. Ni siquiera las usuales turbulencias sobre el Atlántico lo inquietaron. Sólo a Kim, sentada junto a la ventanilla, aferrada a él, comenzaron a asaltarla de pronto presentimientos desgarradores.

—Anoche soñé que encontraba a mi padre —dijo con los ojos humedecidos.

—Te ruego que no te hagas demasiadas ilusiones —le advirtió Cayetano y vació una botellita de Bacardí en un vaso—, recuerda que no es la primera vez que intentas ubicarlo.

Kim había visitado en tres oportunidades la isla con el propósito de dar con su padre, pero sus esfuerzos habían sido infructuosos. Con el correr del tiempo se había ido convenciendo de que quizás el nombre bajo el cual su padre había enamorado a su madre era falso y que luego, por alguna razón, lo había modificado. La teoría de su muerte la descartaba, pues suponía que de eso ella se habría enterado.

El Ministerio de Relaciones Exteriores, del cual Maximiliano Ruz indudablemente había sido funcionario, desconocía su paradero. En rigor, ella nunca había recibido una respuesta precisa de la repartición de El Vedado sobre su padre. Y aunque los funcionarios la atendían con afabilidad y tacto, enfatizando que él había dejado el ministerio hacía mucho y que ellos desconocían su paradero, le reiteraban asimismo que seguirían el asunto y la mantendrían informada a través de la embajada en Estocolmo. Lo único cierto era que al final Kim regresaba a Suecia cargada de promesas que nunca se cumplían.

—Eso me huele a dos cosas —comentó Cayetano. Cruzaban sobre un Atlántico

de azul intenso y cielo despejado—. Una posibilidad es que tu padre se haya fugado a Occidente aprovechando un viaje. Cuando un funcionario hace eso, lo que se considera una «traición», desaparece de los registros y no hay nadie en Cuba que se atreva a contarte dónde ubicarlo.

—Lo que me duele es que jamás haya intentado ponerse en contacto conmigo —dijo Kim y se enjugó las lágrimas con una servilleta de papel—. Debería ubicarme. Si lo único que anhelo es verlo y saber cómo es.

—La otra posibilidad es que Maximiliano Ruz haya sido un agente que le infiltraron a tu madre para obtener información sobre la embajada sueca.

—¿Cómo puedes pensar que todo surgió de una farsa?

Trató de explicarle que ése había sido uno de los métodos predilectos de la Stasi germano-oriental para infiltrar al enemigo durante la Guerra Fría. Cientos de «Romeos» germano-orientales, hombres atractivos y expertos en el arte de hacer el amor, habían sido enviados por Markus Wolf, el jefe de espías de Berlín Este, a la capital alemana federal, donde conquistaban a secretarías de ministros y políticos. Gracias a esta treta, que instrumentalizaba la soledad de las mujeres, Wolf sabía más de la política occidental que nadie.

—Maximiliano Ruz pudo haber sido un nombre falso y por ello no puedes ubicarlo —explicó Cayetano, a sabiendas de que estaba sugiriendo que el apellido de Kim podía ser obra de la ficción—. Si era un agente y hoy vive en la isla bajo otra chapa y con otras tareas, nunca lo hallarás.

—¿Estás diciendo entonces que jamás estuvo enamorado de mi madre?

Cayetano sintió deseos de decirle que sí, que pese a su misión como espía, tal vez se había enamorado de su madre, como tantas veces ocurre en las novelas y películas de agentes secretos. Era la respuesta que le permitiría a Kim hacer más llevadera su existencia. Nadie desea haber nacido de un accidente o una intriga, pensó Brulé.

—Por las fotos, era un mulato grande y fuerte, alegre y cariñoso —agregó Kim. Cayetano veía su perfil de nariz fina y frente amplia recortándose al contraluz de la ventanilla—. Quiso marcharse con ella de la isla, pero eso jamás se consumó. Después, cuando mi madre volvió a Estocolmo, cesaron las cartas y él no volvió a aparecer por la embajada sueca en La Habana. Nunca más supimos de él.

Ahora Cayetano entendía la emoción que se apoderaba de Kim mientras el avión se aproximaba a la isla. Pero tal vez él se estaba adentrando demasiado en asuntos ajenos, se dijo mientras Kim trataba de dormitar en medio del rumor de las turbinas. Y cada tema ajeno a la investigación lo apartaba en el fondo de su objetivo primordial, que consistía en esclarecer el asesinato de Agustín y demostrar su propia inocencia. Recordó al bueno de Suzuki, quien aún sobrevivía entre la agencia en el entretecho del Turri y la fritanguería, vislumbró con nostalgia su hogar del paseo Gervasoni y los bares del puerto, donde había pasado tantas juergas, y también evocó a Margarita, la que tal vez aún lo esperaba en la oficinilla de la plaza Echaurren, y todo aquello le pareció tan lejano e irreal, tan inasible, que temió no poder regresar

nunca más a Chile.

—¿Y qué es lo primero que haremos en La Habana? —le preguntó Kim de pronto, somnolienta.

—Primero nos instalaremos en el hotel Nacional, donde nos reservaron un cuarto —explicó Cayetano afeitándose los bigotes—. Después tengo que ubicar a un chileno llamado Federico.

Se instalaron en el hotel Nacional, frente al Malecón de La Habana, en el barrio de El Vedado, en una habitación amplia, algo oscura y de estilo gótico que, desde lo alto de una colina, miraba hacia la Corriente del Golfo. La reserva había sido hecha a nombre de Inocencio Ciabatta y en el velador descansaba una tarjeta de visita de Federico Opazo, director de una importadora con sede en el barrio de Miramar.

Una secretaria lo conectó con él. Opazo lo saludó como si fuesen viejos amigos y le anunció que lo recogería a las siete de la tarde.

—Aprovechemos entonces el tiempo —le dijo Cayetano a Kim en cuanto colgó.

Salieron del edificio vistiendo sandalias y bermudas poco después de las once de la mañana y se mezclaron con los transeúntes de El Vedado. Recorrieron las avenidas arboladas contemplando incrédulos la agonía de la ciudad, y encontraron por fin refugio en un *paladar* instalado en el patio interior de una casona. El lugar lo dominaba una antigua palmera y en torno a ella había cinco mesas vacías. De alguna parte llegaba música de los Van Van mezclada con el aire viscoso y el olor a fritanga. En cuanto tomaron asiento, un jabao de ojos verdes les preguntó si querían almorzar. Vestía jeans desteñidos y una polera de los Miami Heat y del cuello le refulgía un medallón dorado.

—Ponme dos Lager heladas, mi hermano —dijo Cayetano con su mejor acento habanero mientras encendía el Lanceros que acababa de comprar en el hotel—, y después me cuentas qué tienes hoy para tus víctimas.

El jabao se dirigió a la cocina y regresó de inmediato con dos Hatuey. Las destapó y llenó los vasos.

—Hoy tenemos, vamos a ver, tenemos lo que teníamos que tener —anunció el jabao imitando a Nicolás Guillén—. Escuche, caballero, tenemos fufú y sopa de plátanos, chicharrones, lechoncito asado, congrí y yuca con mojo y también, aunque parezca milagro, malanga frita, y de postre queso crema con guayaba o tocinillo del cielo. Esto no estaba así desde el año 59, para que sepa.

La cerveza fría le hirió el paladar, un dolor que fue tomándose placentero en la medida en que le refrescaba el cuerpo y el alma.

—Olvídate de la sopa, que los guapos no tomamos sopa y los suecos, en verano, menos —dijo sintiendo no sólo que renacía en ese ambiente húmedo y caluroso del trópico, sino también reconocía añejos aromas familiares—. Preséntanos mejor ese lechoncito con el congrí, que promete, acompañado de una porción de yuca con mojo y otra de malanga, y de postre queso crema con dulce de guayaba.

Tras almorzar, Kim se dirigió al Ministerio de Relaciones Exteriores para la

búsqueda de su padre, y él se echó a caminar feliz por El Vedado. Después se acostó a dormir una siesta en el cuarto.

Lo despertó la presión de algo frío contra el mentón. Se llevó las manos al rostro y sus dedos tropezaron con un objeto que le desagradó y le hizo abrir los ojos. Vio el cañón de un arma y detrás de él, de pie, a un hombre vestido con guayabera, y más allá, junto a la puerta, a otro tipo con idéntica indumentaria.

—Siéntese, mi amigo —le ordenó suavemente el de la pistola.

Cayetano obedeció, pero no pudo incorporarse con la dignidad con que hubiese deseado, ya que estaba falto de ejercicios abdominales. Una razón más para imitar algún día al Conde Rojo, pensó.

Una vez que se hubo calzado las gafas, contempló a sus huéspedes. Eran corpulentos, de rostro pálido y rasgos europeos. Hubiese jurado que eran los mismos que lo habían perseguido en el hotel Scandic de Estocolmo. En todo caso, se trataba de profesionales o, al menos, de gente que se manejaba bien en el oficio.

—¿Qué se les ofrece, caballeros? —preguntó restregándose los ojos.

—Aquí las preguntas las hacemos nosotros —aclaró el hombre que estaba junto a la puerta en el instante en que se ubicaba fuera del campo visual de Cayetano, de modo que éste sólo podía ver a quien tenía enfrente, delante de la ventana.

—Ustedes dirán entonces —repuso el investigador sin perder aplomo y cuando intentó ponerse de pie, una mano se lo impidió.

—Tranquilo —ordenó el hombre invisible. Hablaba como los norteamericanos que saben bastante castellano aunque no lo suficiente como para disimular el acento—. Sabemos que se gana los chicharos esclareciendo muertes, pero, y quiero ser muy explícito, deseamos que se olvide del caso.

—¿Que me olvide de Agustín Lecuona?

—Exacto.

—No puedo. Me pagan para no olvidarme de Lecuona. ¿Puedo encender un cigarrillo?

—Joe, aparta la pistola de su boca para que fume —dijo el interrogador y esperó a que Cayetano extrajera un cigarrillo de la cajetilla que tenía sobre el velador y lo encendiera—. Su cliente ya se bajó del caso —comentó al ver que la bocanada de humo ascendía al cielo raso.

—No, mi cliente es un tipo que jamás daría su brazo a torcer —mintió—. Además, si ustedes me dejan perpetuamente horizontal, mi cliente empleará de inmediato a otro investigador.

—Su único cliente es Lourdes Cisneros, y ella renunció a la investigación. Mujer bella y sensata, por cierto.

—Creo que me dijo que ustedes habían sido excesivamente convincentes —afirmó al ver que no le quedaba otra. Se alisó las arrugas de la polera y pensó que morir en bermudas y sandalias no sonaría bien en Valparaíso.

—No le quepa duda de que podemos ser excesivamente convincentes.

—¿Como con el Mexicano?

—Usted es quien afirma eso, mi amigo.

—Tim, a este sujeto no le gusta que le digan «mi amigo» —interrumpió Joe, a la vez que retrocedía un paso y guardaba el arma bajo la guayabera, lo que llenó de esperanza al detective—. Recuerda que es cubano, por lo que tienes que decirle «chico». ¿Cierto, chico?

Cayetano deseó abofetear a Joe, pero escogió la prudencia. No valía la pena recibir un tiro en la cabeza por un quítame de ahí esas pajas. Además, el hecho de que esa gente, obviamente extranjeros, se desplazasen por La Habana cargando armas, indicaba que disfrutaban de buenos contactos en la isla.

—¿Cuál es el argumento más generoso? —preguntó mientras Tim se acercaba a Joe y la ventana.

—Primero, el perdón, luego una suma de dinero y, por último, una amnesia total. Es decir, usted se olvida de nosotros y nosotros nos olvidamos de usted.

—Aún no me cuentan quién los envía.

Tim se acomodó sobre el escritorio y se dio a la tarea de escrutar con cierta satisfacción al detective. Joe gozaba desde lejos aquel espectáculo.

—Usted no está aquí para preguntar —le recordó Tim con una sonrisa. Tenía los labios pálidos y finos.

—La WPA los envió —apostó Cayetano.

—A usted no le interesa quién nos envía —pronunciaron los labios pálidos y finos—. Confórmese con mi oferta, que es generosa y única: cinco mil dólares, pasaje adonde usted desee y aquí no ha pasado nada.

—¿Y si acepto, y después me arrepiento?

—Lo encontraremos aunque se vaya a Tierra del Fuego, al desierto de Gobio a Laponia. Lo encontraremos y lo haremos picadillo, el plato que a usted tanto le gusta.

Cayetano se quedó pensativo. Luego preguntó:

—¿Por qué en lugar de hacerme esta oferta, no me despachan?

—Es un buen sabueso, ¿verdad, Joe? —comentó sonriendo Tim y se paseó por el cuarto. A través de la guayabera se le transparentaba la cacha marfil de la pistola—. La verdad es que ya ha muerto mucha gente y nosotros somos humanistas —precisó.

—¿Se refiere a las muertes de Lecuona, el Mexicano y Neto?

—No olvide que puede morir más gente. Patricio Sardiñas, por ejemplo, que navega en *isjakt* por las superficies heladas del Báltico.

Pensó con tristeza que él mismo había guiado a los criminales hasta el refugio del chileno.

—¿Todo esto es parte del «Delenda est Australopitecus», verdad? —preguntó.

—Nosotros vinimos acá, por la sencilla razón de que nos dijeron que usted venía, mi amigo. Y no se vaya a imaginar que le vamos a contar quién nos lo dijo. Debe bastarle con saber que entre la gente que lo apoya hay mucho infiltrado.

—¿Sabes, Tim? —preguntó Joe—. Me cargan estas conversaciones de películas

de gánsteres poco antes de que maten a un tipo. Me parece que sólo son trucos baratos de los guionistas para alargar la trama y cobrar más. ¿Qué hago con este tipejo que ya me cansó?

—Cuando Joe pierde la calma, no hay nada que hacer —comentó Tim fingiendo preocupación—. Fúmesese con calma ese cigarrillo y dígame después si acepta o no nuestra oferta. De lo contrario, Joe cuadra la caja.

—No puedo volver a Chile. Ustedes lo saben.

Tim soltó una sonrisa esperpéntica e introdujo las manos en los bolsillos.

—Eso es un detalle menor —dijo—. Nosotros nos encargamos de deshonar u honrar a cierta gente. Algunos prefieren aceptar nuestras ofertas, otros mueren atropellados por un metro mientras la piensan, y hay porfiados que se ahogan en la tina de baño tras rechazarlas.

—¿Me aseguran que quedaré libre de polvo y paja si me bajo del asunto? —preguntó Cayetano aplastando el cigarrillo contra el cenicero.

—Si nos concede un par de días, le da un ataque de Alzheimer y se gana nuestra confianza, su situación quedará aclarada en un dos por tres. Hasta la prensa le pedirá disculpas por haberlo arrastrado por el lodo, porque ahora su prestigio anda lamentablemente por los suelos, señor Brulé.

—Así es, Tim, este lampiño o levanta su prestigio a la altura que se lo merece, o lo tumbamos para que baje a reunirse para siempre con él.

—Bueno, mi amigo, ahora es a mí a quien se le acabó la paciencia —dijo Tim y avanzó hacia Cayetano haciendo crujir los dedos—. ¿Te retiras de la pista o te embarcamos con Lecuona y el Mexicano?

Esa misma noche, después de convencer a los matones de que le dieran tres días para poner punto final a su investigación, Cayetano Brulé recibió el timbrado de Federico Opazo desde el lobby.

Bajó de inmediato a reunirse con él. Iba preocupado, porque Kim aún no volvía de su trámite en la Cancillería. Opazo era un tipo alto, de bigote y ojos moros, que usaba guayabera de mangas cortas y reloj de oro, y parecía impaciente, como si aquella cita le resultara inoportuna y asuntos de mayor envergadura lo esperaran. Cruzaron por los senderos iluminados del jardín del Nacional bajo el cielo estrellado y desembocaron en el malecón, donde la gente conversaba sentada sobre las rocas. Desde el mar, tranquilo y espeso, la brisa espantaba el calor pegajoso.

—¿Y entonces cuál es su papel en esto? —preguntó Cayetano mientras paseaban en dirección a La Habana vieja seguidos por *jineteras* y proxenetas, siempre atentos al paso de los turistas.

—Mi papel es simple —anunció Opazo sentándose en el muro de la costanera—. Me han dicho que debo ponerlo a usted cuanto antes en contacto con un cubano llamado Ismael, que puede ayudarlo.

—Me imagino que usted sabe al menos qué me trajo hasta acá...

—No sé nada ni quiero saber detalles. Para serle franco, lo mío es el negocio, el *bizne*, como dicen aquí. Me dedico a la importación. Hace mucho me retiré de las lides políticas, entre otras cosas, porque siempre preferí la concreta y la concreta ahora no es andar internando armas en Chile ni formando camaradas en Punto Cero, sino traer conservas y turistas a Cuba.

Hubiese esperado un mensaje tan franco de un chileno radicado en Estocolmo, pero jamás de uno exiliado en La Habana. La izquierda no dejaría nunca de sorprenderlo. De activistas políticos, muchos se habían convertido en empresarios, y otros habían morigerado sus demandas una vez instalados en un sillón legislativo o gubernamental. También había de aquellos que, tras abjurar de sus posiciones políticas originales y acceder a la dirección de una empresa estatal, arreglaban las cosas para participar ventajosamente en las licitaciones privatizadoras. Opazo era al menos un tipo honrado, le apasionaba el *bizne*, y había sepultado ya en forma definitiva la etapa anterior, la romántica, de puño en alto y «La Internacional». La Habana dejaba ya de ser la capital latinoamericana de la conspiración revolucionaria para convertirse en la ciudad de negocios jugosos y discretos, pensó.

—¿Usted entonces no sabe por qué estoy aquí, ni ha escuchado del «Delenda est Australopitecus»? —preguntó Cayetano enervado.

Vio que Opazo consultaba el reloj. ¿Por qué Marcia lo entregaba a diletantes? Tal vez era cierto lo que decía Jerez en Estocolmo: los días de Marcia a la cabeza del MRA estaban contados y con ellos quizás los de su protección. ¿O es que ese movimiento, que en Chile le había parecido a ratos invulnerable, se desmoronaba afuera, no por ataques enemigos, sino por los negocios que la isla les ofrecía ahora a sus militantes?

—Del *Australopitecus* escuché cuando estudiaba antropología en la Universidad de Chile. Creo que era peludo, con cara de mono y usaba garrote —dijo Opazo en medio de una carcajada.

—¿Usted confía en mí o cree que soy del espionaje chileno? —preguntó Cayetano molesto, entre toses, lo que le hizo recordar al doctor Müller y tirar el cigarrillo.

Un negro viejo, con movimientos de bruja, lo recogió al vuelo y se lo instaló en la boca. Se alejó fumando, satisfecho.

—No me haga reír, por favor —reclamó Opazo—. El espionaje chileno existía en la época de Pinochet. Ahora la inteligencia de los milicos espía a La Casa, y La Casa espía a los milicos. A ese ritmo van a terminar fagocitándose. ¿Se dice así?

—Oiga, yo entiendo que usted no esté al tanto de la razón de mi visita, pero no puedo creer que ignore que viajo bajo la protección de su movimiento.

—¿Qué movimiento? —preguntó insolente.

Bajó la cabeza desanimado y golpeó el muro con los tacos de los zapatos reparando en que su situación se hacía insostenible. Quizás él había terminado por convertirse en la última víctima de la Guerra Fría, un gran pelotudo, en buenas palabras. Si los matones estrechaban el círculo y lo amenazaban con matarlo, no tendría a quién recurrir. ¿Marcia no lo estaría abandonando lentamente ahora que él se aproximaba —por lo menos esa sensación tenía— al esclarecimiento del crimen de Lecuona?

—¿Cómo qué movimiento? —repitió a un tris de perder la paciencia—. No me va a decir que no tiene idea de nada.

—Yo, como le anuncié en un comienzo, me limito a hacer lo que me corresponde. Si me dan un llamado y me piden un favor, lo cumplo y vuelvo a la normalidad.

—La normalidad, ¿no? —repitió Cayetano ajustándose los anteojos.

—Usted no va a venir a decirme que la normalidad es el fantasmagórico mundo de la Guerra Fría que usted sigue habitando...

Se dio cuenta de que Opazo lo confundía con un viejo *aparatchik*, lo que ya era el colmo del absurdo. ¡Él, un escéptico de todo, un ser espontáneo y desorganizado, pasaba en La Habana ante ese revolucionario en retiro por un *aparatchik*!

—Yo no habito ningún mundo ficticio —aclaró recordando los textos literarios de Lourdes—. Yo habito el mismo mundo suyo.

—Pues nuestro mundo está muy compartimentado, así que el resto de los asuntos e interrogantes resuélvalos con quien le ha atendido hasta el momento.

—Voy a tener que hablar con Marcia.

—Ella no tardará en caer en desgracia, mi amigo. Quien sueña hoy con hacer política debe tener antes dinero. Marcia es una buena muchacha, demasiado idealista, quizás. De pronto la contrato como secretaria para mi oficina aquí —afirmó misericorde—. Al menos ha sido consecuente con su pacifismo. Eso mismo la liquidó.

—¿De qué se trata, entonces? —preguntó Cayetano. La noche soltaba un aroma a salitre y en la lejanía navegaban las hileras de luces de un transatlántico hacia Cayo Hueso—. ¿Quiere que yo hable con Ismael? ¿Para qué?

—Bueno, usted es quien debe saberlo. Hágase la idea de que usted es el turista y yo la agencia de turismo. ¿Entiende ahora mi papel? Soy una especie de *broker* o intermediario en este asunto.

Lo miró de arriba abajo y comentó sarcástico:

—Lo que no entiendo es para qué coño entonces formaron todo este revoltijo mundial.

—¿A qué se refiere?

Opazo lo observaba ahora con desconcierto.

—A que si impulsaron la Revolución rusa para que al final los funcionarios comunistas terminaran dueños de las empresas fiscales, y la revolución sandinista para que Daniel Ortega y sus amigos se apoderaran de las casas y fincas de los somocistas, y esta revolución para que los barbudos del 59 se instalaran con chofer y criadas en el barrio de Miramar, y volvieran la prostitución y el capital extranjero. Me pregunto si no había en verdad una ruta más corta y menos dolorosa para todo eso. Mucho mejor hubiese sido mejor hablar claro desde un comienzo.

—Pensaba que usted vino a la isla a investigar un crimen y no a construir una nueva teoría política, bastante gusana, por lo demás —replicó con sorna el chileno—. Pero si cree que las revoluciones se reducen a lo que dice, a los abusos de un par de aprovechadores, se equivoca medio a medio. Las revoluciones son mucho más que eso y constituyen el gran motor de cambio de la historia.

Cayetano se acarició una punta del bigotazo mirando con los ojos entrecerrados a Opazo, como si desconfiase de sus palabras, y repuso:

—No estoy de ánimo para iniciar un debate ideológico tricontinental ahora, pero creo que si ustedes hubiesen dicho desde un comienzo que sólo querían convertirse en empresarios o asesores de grandes empresas, o simplemente en administradores del modelo neoliberal, entonces las cosas habrían sido más simples en Chile, y no habríamos tenido necesidad de circunloquios tan lamentables como los que conocimos. Pero, bueno, volvamos a la concreta, como dice usted: ¿por qué debo hablar con Ismael?

—Quizás porque es funcionario del ICAP.

—Explíquese mejor. ¿Qué es eso de ICAP?

—Son las siglas del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, la gente que

atiende a extranjeros importantes acá. Me dijeron que Ismael es el hombre que tal vez pueda ayudarlo.

—¿Ismael cuánto?

—Vamos, que usted bien sabe que en la isla hay cierto tipo de gente que no tiene apellido por el carácter de sus funciones —aclaró molesto Opazo—. No sé, en verdad, qué es lo suyo, mi amigo, pero ahora me disculpa, que se me hace tarde y debo correr a nuestra embajada. Me aguarda un cóctel en honor a una delegación de exportadores chilenos.

Recuperó la calma al encontrar a Kim reposando en el cuarto.

—¿Qué te dijeron en el Ministerio de Relaciones Exteriores? —preguntó mientras se secaba el sudor del rostro con una toalla.

—Lo de siempre, que no se han olvidado de mi petición, pero que no lograron dar con mi padre. Me recomendaron ser paciente, pues ya averiguaron al menos que no ha fallecido, lo que mantiene intactas mis esperanzas.

—Juegan con el dolor ajeno —comentó Cayetano. Sentado en el borde de la cama, se despojaba de los zapatos. Tenía deseos de tenderse un rato, al menos hasta que se le aliviara el dolor que le causaban las sandalias compradas en una liquidación.

—No creas —dijo Kim con suavidad y se puso de pie y miró por la ventana—. La funcionaria que me atendió hoy estaba al tanto de mi caso y me pareció sincera y bien intencionada. Que alguien busque a su padre despierta siempre simpatías, o al menos compasión. Pero ella no sabe qué más hacer. Hay algo al parecer contra lo cual la búsqueda tropieza.

—Pues ya te dije, o tu padre se marchó ilegalmente de la isla, y lo consideran traidor o bien, disculpa que lo diga, o bien se oculta de ti, Kim.

Ella bajó la vista y no respondió.

—¿Qué pasa? ¿En qué piensas? —preguntó Cayetano recostándose en la cama, apoyando la cabeza sobre las palmas de las manos.

—Me apetece salir de paseo.

Estaba a punto de contarle que prefería reposar hasta el día siguiente a causa de las malditas sandalias, cuando Kim le hizo señas para que dejaran el cuarto. Una vez afuera, mientras pasaban frente al hotel Capri en dirección a la plaza del Copelia, ella le explicó de qué se trataba:

—Al salir del ministerio, le compré granizado a un viejo que lo vendía en un carrito. Como su aspecto me recordó a mi padre, le di diez dólares de propina. Él sonrió incrédulo, pensó que era una equivocación. Es más de lo que gana en la semana.

—¿Y?

—Lo acompañé un par de cuerdas, pues ya se marchaba a casa. Y obviamente me preguntó qué hacía una extranjera no diplomática en el ministerio. Cuando se lo expliqué, me dijo que no confiara en nadie, que jamás me conducirían a mi padre, que él conocía a alguien que tal vez podría ayudarme.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó Cayetano inquieto—. ¿No te das cuenta de que puede ser una trampa?

Un *turistaxi* pasó lentamente frente a ellos, dándoles oportunidad para que lo abordaran. Luego arrancó con chirrido de neumáticos.

—Cayetano, estás paranoico total. Ellos no pueden manejar todos los hilos.

—Podemos buscarnos un lío que termine por perjudicar hasta mi propia investigación, Kim.

—Ah, si estamos con esas, entonces tal vez es mejor que nos separemos —dijo ella seria.

Intentó explicárselo de forma razonable: si cada uno investigaba por su cuenta, lo más indicado era que se separaran temporalmente. De esa forma los errores de ella no lo afectarían. Él era un sabueso profesional, ella una de esas diletantes que él tanto aborrecía, pero lo crucial radicaba en no convertir aquella separación táctica en el término de la relación. Se trataba sólo de actuar con pragmatismo.

Anonadado por sus palabras, buscó en vano cigarrillos en la guayabera y después se introdujo las manos vacías en los bolsillos del pantalón. Rechazó su oferta, porque no pretendía abandonarla a su suerte, menos ahora que sus perseguidores les pisaban los talones. Al contrario, Kim debía volver a Suecia por su propia seguridad.

—Lo que pasa es que eres un machista del carajo —le reprochó ella—. Crees que sólo los hombres sirven como investigadores. Ni siquiera te has detenido a pensar en que mi conversación con el viejito nos puede ayudar bastante. Vamos, ¿qué pasa? ¿Es que sólo te gusto en la cama y de adorno por la calle?

Cayetano lanzó un resoplido y miró a su alrededor. Estaban detenidos en la vereda, cerca del Copelia, atrayendo la atención de los curiosos que pasaban.

—¿Y el viejo del carro desde cuándo se dedica a vender esas payasadas? —preguntó malhumorado. Le resultaba extraño que un comerciante pudiese instalarse cerca de ese ministerio. En el fondo, podía tratarse de un cazabobos de la DGI.

—Trabajó por años en una bodega vendiendo alimentos racionados. Allí conoció a Figueroa, el tipo que realmente me interesa. Escucha, Figueroa era encargado de la biblioteca del ministerio. Él le prestaba revistas occidentales por unos días y el viejito, a cambio, le vendía alimentos por la libre, así se hicieron amigos.

—¿Y Figueroa jubiló?

Kim lo tomó del brazo y lo invitó a seguir caminando.

—Lo tronaron hace años —explicó—, cuando su hijo se marchó por el Mariel a Estados Unidos. En el fondo es su hijo quien lo mantiene a él y a su mujer con las remesas que envía de Miami.

—¿Y en qué quedaste con el viejo del granizado?

—En que nos recibirá mañana en su apartamento.

—¿Estará también Figueroa? —inquirió atusándose el bigote.

—Sí. Sólo me pidió que llevara habanos y unas fotos de mi padre. Dice que Figueroa conoció a todo el que pedía libros o revistas en el ministerio.

—No sólo les llevaremos tabacos, Kim, sino también una latica de café Pilon. Ya verás cómo cantan...

Llegaron a las nueve de la mañana al apartamento de Pablo Armenteros, que quedaba en el segundo piso de un descascarado edificio de tres niveles en la Calle 31, de Marianao. Allí, sentados en el pequeño living de la vivienda, con la puerta abierta para permitir que soplara la brisa, los aguardaban dos ancianos conversando y meciéndose en sillas de mimbre.

Encendieron alborozados los Romeo y Julieta, que los viejos no olían desde los sesenta, y prepararon el Pilón en una cafeterita de aluminio mientras Kim echaba una ojeada rápida sobre las fotos y los lomos de libros de una repisa. Pablo les contó que su mujer andaba en la cola de la bodega del barrio recogiendo la ración de pollo del mes.

—Puede sentirse en confianza entre nosotros —dijo el dueño tras cerrar la puerta de casa—. Aquí, a mi amigo lo despidieron del Minrex porque su hijo se marchó a Estados Unidos y no le permiten ir a reunirse con él porque dicen que porta información sensible para la seguridad del Estado cubano.

—Así es —dijo Jesús. Se mecía sin derramar el café. Usaba unos espejuelos de un cristal brumoso que agrandaba sus ojos y le brindaban un aspecto demasiado vulnerable—. A estas alturas, si no se muere pronto Fidel, me quedaré sin ver a mi hijo.

—Ismaelillo ha tratado varias veces de venir a Cuba a visitarlo, pero no le dan la visa de ingreso a la isla —aclaró Pablo meneando la cabeza—. Dicen que Jesús no puede recibir al enemigo...

—¿Tienes las fotos allí, mi niña? —preguntó Jesús.

Kim extrajo de su cartera un sobre con dos fotografías amarillentas y se las extendió al anciano.

—¿Su padre es este señor? —inquirió con el habano colgando de la boca.

—Veinticinco años atrás —dijo Kim—. ¿Usted trabajaba en la biblioteca en esa época?

—Trabajé allá toda mi vida, así de simple.

—¿Y lo recuerda?

—Tiene algunos rasgos suyos —admitió Jesús. Observaba alternativamente a Kim y la fotografía—. Las cejas y los pómulos son de él, pero el resto debe haberlo puesto su madre, gracias a Dios. Claro, el color canela es fruto de la mezcla entre su padre y una escandinava. Bella su madre, mi niña. De una madre así no podía salir más que otra belleza.

Kim agradeció incómoda el piropo. Ahora sólo anhelaba que Jesús le revelara por

fin si recordaba o no a su padre de alguna visita a la biblioteca del ministerio.

—¿Y qué opina? —preguntó Cayetano, impaciente.

—Por más que trato, no lo recuerdo. Y mire que soy buen fisonomista —dijo el viejo con desánimo—. Lo siento, señorita, pero no sé quién es este hombre. Tal vez no trabajaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores. ¿Está segura de que lo hacía allí?

—Puede que haya pertenecido al espionaje —admitió Kim cabizbaja, recordando insinuaciones de su madre. Si ellas resultaban ciertas, entonces su madre había sido utilizada como diplomática sueca y ella, Kim, era fruto de aquel juego.

—Los del espionaje no iban a la biblioteca del Minrex. Ellos cuentan con una excelente biblioteca propia, y si no tenemos el nombre, de nada sirve.

—Se llama Maximiliano Ruz —dijo Kim con un brillo de esperanza en los ojos.

—Si era del espionaje, se trata de un nombre falso. Los agentes suelen usar nombres de guerra. Con los años y de acuerdo a las circunstancias, los modifican.

—¿Y no conoce a ningún Wenceslao? —preguntó de pronto Cayetano imaginando que tal vez el viejo, por alguna casualidad, ubicaba al hombre que «atendía» a Patricio Sardiñas en la época en que éste participaba en la lucha clandestina contra Pinochet.

El viejo escupió una fibra de tabaco al piso de baldosas mientras el cigarro humeaba en su mano. Se rascó brevemente la cabeza y luego, tras carraspear, dijo:

—Si estamos hablando del mismo Wenceslao, entonces lo conozco, chico. ¿Cómo era? ¿Blanco, negro? ¿Dónde trabajaba?

—Sólo sé que trabajaba en el Departamento América del Partido Comunista hace unos veinte años. Debe tener ahora la edad suya.

—Pues se parece al Wenceslao que yo conocí. Pero a ése lo tronaron hace mucho, mi amigo —repuso con picardía—. Lo conocí porque a su hija, Casandra, no la autorizaron para dejar la isla en la época de la emigración por el puerto del Mariel. Ella estudiaba en la universidad con mi hijo, que sí logró irse, aún no sé cómo. Casandra no pudo marcharse, porque su padre era de la seguridad del Estado. Ella estuvo varias veces aquí, creo que se llamaba Casandra Castellanos. Se habló mucho de ese caso, la hija de un *seguroso* tratando de irse al Norte...

—¿Entonces su padre se llama Wenceslao Castellanos?

—No, ya les expliqué que llevan nombre de guerra, pero cuando jubilan o salen del servicio, vuelven a su nombre real. Son como seres intercambiables.

—¿Pero usted sabe cómo ubicarlo aunque haya cambiado de nombre? —insistió Cayetano, impaciente, mientras Kim y el vendedor de granizados seguían atentos el diálogo.

El viejo aspiró tranquilo el tabaco y dejó escapar unas volutas.

—Si no se ha muerto en los últimos diez años, es posible que viva en el mismo apartamento. Y creo que entre los cuadernos de mi hijo, que los guardo con unción como todo lo de él, deberían estar los teléfonos de sus compañeros de estudios.

Quizás también el número de Casandra. A lo mejor ella lo guía hasta donde su padre.

Al regresar al hotel, Cayetano y Kim encontraron un sobre de Federico Opazo en la recepción. Le anunciaba al detective que Ismael lo esperaría esa misma tarde, alrededor de las ocho, en el restaurante del hotel. De inmediato el detective supuso que el MRA lo estaba controlando a través de las mismas personas que le sugería como contactos. Cuanto le dijera a Ismael lo sabría el MRA, y era probable que de esa forma se cavara su propia tumba, más aún si Marcia ya había caído en desgracia.

Kim estaba deprimida a causa de la conversación celebrada con los ancianos. Una vez más su padre se convertía en una sombra lejana, imprecisa e inalcanzable. Tal vez ella se pasaría la vida tratando de encontrar a un hombre que vivía amparado bajo otra identidad.

—No debemos perder la paciencia —sugirió Cayetano mientras acariciaba la cabellera de la sueca—. De pronto se te cruza en el camino y todo cambia de golpe. Las cosas son así a veces.

Sí, a veces el azar cambiaba súbitamente el curso de los acontecimientos, pensó. Lo demostraba el hecho de que disponía del número de teléfono de Wenceslao gracias a Jesús Figueroa, a quien acababa de conocer. Y aunque nadie atendiera ese aparato ni hubiese guías telefónicas en La Habana para ubicar a Wenceslao, confiaba ciegamente en que se trataba del hombre del Departamento América al que se refería Sardiñas en Estocolmo. Sólo necesitaba contactarlo para averiguar si veinte años atrás había conocido al joven revolucionario chileno.

Cuando constató que Kim dormía, salió sigilosamente del cuarto y dejó el hotel. Protegido por el follaje de los árboles, deambuló por las calles húmedas y calurosas de El Vedado admirando los palacetes de la época republicana, las fachadas de algunos edificios y los parques preservados para deleite de los turistas. Una mansión de aspecto fantasmal llamó de pronto su atención. Una placa de bronce indicaba que se trataba de una Casa de la Cultura, y un cartel escrito con *crayon* anunciaba una conferencia sobre literatura policial de un crítico de Santiago. Movidio por la curiosidad, cruzó un pasillo y se asomó a la sala, donde un hombre desgarrado e histriónico despotricaba contra un popular autor de novelas policiales de su país. Cayetano fracasó en el empeño por descifrar los conceptos sobre deconstrucción, mediaciones y funcionalidades ataráxicas de la literatura de los que hacía gala el charlista, pero su incontenible verborrea le recordó los volúmenes teóricos facilitados por Lourdes.

Aburrido del discurso churrigueresco, prefirió matar el tiempo examinando al público, un trío inolvidable: uno roncaba a pierna suelta, el otro leía un reportaje del

Granma anunciando la pronta inauguración de un plan lechero modelo, y el tercero, sumido en pensamientos lejanos, parecía evocar un reciente viaje a Pjong Yang o Ulan Bator. Sintiendo lástima por la soledad del conferencista, optó por dejar en puntillas el lugar. Un trecho más allá, en medio de una oficina vacía, divisó un teléfono y no lo pensó dos veces, marcó de inmediato un número.

—¿Wenceslao? —preguntó al escuchar una voz de hombre al otro lado de la línea.

—Sí. ¿Quién es?

—Su número me lo dio Jesús Figueroa, el padre de Ismaelillo.

Silencio.

—El Pato Sardiñas me pidió que le hablara.

—¿Y cómo está el bandido ese?

—Sobreviviendo por ahí. Necesito hablar con usted.

—Pero yo no soy ya el Wenceslao...

—Por eso me interesa conversar. —Tuvo la impresión de que Wenceslao titubeaba—. ¿Le convendría mañana, a la una del día, en La Esperanza, de Miramar?

—¿La Esperanza? —sonrió—. ¿Turista?

—Sí.

—Coño, nunca he estado allá. Eso es nuevo y está sólo para el área dólar. Llegaré con *Y si muero mañana*, una novela de Luis Rogelio Noguerras, bajo el brazo.

Volvió justo a la hora en que debía reunirse con Ismael en el restaurante. Había paseado largo rato por El Vedado pensando satisfecho en que por fin conversaría con el Wenceslao del cual le había hablado Sardiñas en Suecia. Tal vez ahora sí se acercaba al esclarecimiento del crimen.

Ismael lo abordó en el lobby, tras reconocerlo entre el centenar de pasajeros que deambulaba por allí. Seguramente disponía de una descripción suya. Ingresaron de inmediato al restaurante, un local vasto y de ventanales que daban hacia el mar, donde el capitán les ubicó en una mesa apartada, junto a una columna.

—Pues, bienvenido a La Habana —dijo Ismael. Tenía los ojos verdes, el pelo liso y grasoso, y los gestos reposados. Debía andar por los cincuenta años—. Me contó Federico que andas en una investigación. Cuéntame y vemos en qué podemos ayudarte. ¿Qué te apetece? Aquí preparan la cherna como en ningún otro lugar.

Pidieron cebiche de langosta de entrada, y de fondo cherna al grill, acompañada de arroz, y un Tarapacá blanco. Cayetano le relató su situación sólo en términos generales, pues supuso que el MRA tenía a Ismael al tanto de los detalles.

—¿Usted nunca escuchó hablar del «Delenda est Australopithecus»? —preguntó Cayetano después de catar el vino.

—Primera vez que oigo eso —aseguró Ismael mientras les servían el cebiche—. Chico, ¿qué es eso? ¿Un libro, un plan?

—No tengo idea, pero al parecer algo importante. ¿Tampoco has escuchado de la WPA? No me digas que no...

Ismael pareció disfrutar en silencio la angustia de Cayetano mientras bebía.

—La famosa GUAPA —comentó con arrogancia y se enjugó los labios con la servilleta que tenía sobre su falda—. Suena como una muchacha bella y esquiva, y en cierto sentido lo es. Pero nadie sabe a ciencia cierta si ella existe o no.

—A ver, a ver...

—Mira, Cayetano, aquí vamos a estar claros desde un comienzo. Nosotros sabemos perfectamente quién eres tú y bajo qué circunstancias andas por aquí, sabemos también de qué se te acusa. Así que podemos hablar a calzón quitado.

Aprovechó que Ismael se echaba una nueva cucharada de cebiche a la boca, para decirle:

—He dado media vuelta al mundo y nadie habla claro. Si dejas de lado la diplomacia, mejor.

—Hemos tenido demasiados problemas con Chile por lo del senador, y ya no queremos más. Esos chilenos no serán los ingleses, pero sí son los leguleyos de

América Latina. No queremos más lucha con chilenos. Los menos leguleyos son los de la derecha, que los de la izquierda lo son hasta con las teorías sociales.

—¿Y de dónde tanto amor por la diestra?

—No me vas a negar que a la derecha chilena podemos enseñarle cómo mantenerse en el poder, y ellos a nosotros cómo armar la economía. Grábate una cosa para tu oficio: siempre es preferible hablar con el dueño de la finca que coquetear con el administrador. ¿Te has fijado en quienes dirigen a la izquierda allá?

—Vine a hablar de la WPA, no de la izquierda chilena.

—Y yo entonces a leerte la cartilla —replicó picado Ismael—. En otras palabras, voy a ser claro: puedes preguntarme todo lo que quieras y nosotros vamos a ayudarte en lo que podamos, pero queremos que en tres días te hayas ido de la isla. ¿Está claro?

—Clarísimo —dijo sosteniéndole la mirada—, y como tenemos poco tiempo, quiero que me digas qué coño es la WPA.

—Siento defraudarte, pero no es mucho lo que sabemos. Hace años Fidel habló de esa organización en un discurso, pero nadie del Tercer Mundo tomó nota. Las campañas imperialistas de desinformación son demasiado poderosas. Podrías leer ese discurso de los años ochenta, allí lo dice con claridad.

—¿Qué dijo Fidel de la WPA?

—Que es una organización internacional secreta, que agrupa a empresas capitalistas «top» del mundo y vela por sus intereses a escala global.

—Yo pensaba que la CIA se dedicaba a eso...

—No, no confundas las cosas —advirtió Ismael mientras el mozo retiraba las copas de cebiche—. La CIA responde a los intereses del gobierno norteamericano, puede actuar incluso en contra de intereses económicos norteamericanos en un momento determinado. La GUAPA es un gremio a escala mundial.

—¿Una corporación que decide los destinos de la humanidad?

—Eso suena demasiado apocalíptico. Se trata de una agrupación de grandes empresas del hemisferio norte que intercambia información y sesiona para imponer sus intereses.

Cayetano probó el consomé de pollo. Estaba pasable. Siguió atacando el Tarapacá.

—Te voy a explicar con un ejemplo —continuó Ismael—. Cualquier comerciante que tiene su almacén en una esquina está atento por si le surge un competidor en el barrio. Si aparece y le amenaza, tratará de liquidarlo bajando precios primero, mejorando el servicio después, pero si fracasa, adoptará medidas más drásticas. ¿Me captas?

—Más o menos.

—Lo mismo ocurre a nivel internacional. Cuando los productores norteamericanos o escandinavos de salmón, por ejemplo, se reúnen secretamente en el marco de la GUAPA, lo hacen para ver si la competencia asomó en la esquina del

frente. Igual operan los de la fruta, la madera, el pescado, las armas, en fin. Al que se asoma mucho, comienzan a seguirle la pista como posible competidor. Mientras están emergiendo, no los perjudican, pero en cuanto se convierten en amenaza, la GUAPA actúa contra ellos. Se echan al bolsillo el discurso de la libertad de comercio y sacan el garrote. Vamos, chico, todo eso está archirrepetido por Fidel. Quien no quiso creerlo, allá él.

Entornó los párpados por unos instantes, se acarició los bigotes y luego, apuntando con la cuchara a Ismael, preguntó:

—¿Cómo trabaja la WPA específicamente?

—Al principio utiliza recursos civilizados: sus contactos en publicaciones influyentes, como *New York Times* o *The Economist*, y no tarda en aparecer un artículo denunciando la contaminación de los mares por las salmoneras de Chile, por ejemplo. O bien consigue un reportaje en un diario popular o un programa de televisión sobre los abusos que se cometen en Argentina contra los cosechadores de frutas. Y así los consumidores del mundo industrial creen que al comprar productos de Chile o Argentina, están promoviendo la contaminación y la explotación en el planeta.

—¿Y si eso no funciona?

—Bueno, primero tratarán de liquidar al país objetivo bajando los precios, después acusándolo de *dumping*, de pagar bajos salarios y desconocer los derechos laborales, y finalmente intentarán desestabilizarlo.

—¿Cómo?

—De mil formas: mediante conflictos fronterizos, crisis laborales, enfrentamientos étnicos, luchas entre narcotraficantes, creando inseguridad en las calles, en fin. Para la GUAPA no hay nada imposible.

—Dime una cosa —preguntó Cayetano con la copa de blanco en la diestra—. ¿Chile es un recién aparecido en el barrio?

—Un advenedizo —repuso Ismael con aire pedagógico—. Acaba de abrir su puestecito con salmones, frutas, vinos, maderas, en fin, hasta armas. Acaba de instalarse frente al supermercado. Verás la paliza que le dan...

Le quedó claro en ese momento por qué la WPA se movía entre la ficción y la realidad. Pero también pudo explicarse por fin la gran crisis, con atentados, secuestros, rebeliones y huelgas, que afectaba de pronto al país. Todo aquello bien podía deberse a una operación en marcha. ¿No sería eso acaso «Delenda est Australopitecus»? ¿No radicaría allí la causa para el crimen de Agustín Lecuona y demás personas? ¿Eso era lo que pretendía confirmar Marcia? ¡Pero si el espionaje cubano lo sabía desde hacía mucho!

—No es que la GUAPA genere las crisis, no —aclaró Ismael alejando la taza de consomé vacía—. Ellas no son artificiales. Las causas sociales de la rebelión mapuche son tan reales como las causas de las huelgas de las temporeras o las desconfianzas entre civiles y militares. Nada de eso lo inventa la GUAPA. Ella se

limita a azuzarlas, nutrir las y aprovecharlas. ¿Me entiendes?

—¿Y la gente se deja manipular?

—Algunos están al tanto de lo que ocurre y callan por conveniencia, otros creen que hay que beneficiarse de los compañeros de ruta, pero la mayoría está convencida de que sólo están luchando por sus propios derechos. En verdad nunca se sabe, porque nadie puede distinguir en este terreno lo natural de lo artificial.

—Pero ¿cómo coño no ponen ustedes el grito en el cielo? —exclamó el detective gesticulando con la cuchara en la mano.

Tuvo la desdicha de que las gotas de consomé impactaran en su único pantalón de verano.

—Ya te dije que el imperialismo mantiene una campaña ininterrumpida contra la revolución —continuó Ismael—. Cuando el comandante en jefe intenta hablar del asunto con líderes latinoamericanos, ni siquiera le dan crédito. Creen que está viejo, le piden que se saque el uniforme primero, que haga elecciones y todo ese tipo de pendejadas, pero lo cierto es que hay un asunto adicional.

—¿Cuál?

—Que el capitalismo está condenado a desaparecer y nuestro comandante en jefe convencido de que no hay que ponerle trabas a su extinción. Y conspiraciones como las de la GUAPA también pueden contribuir a generar las condiciones objetivas para la efervescencia revolucionaria.

Cayetano entendió las dimensiones de lo que estaba en juego y que en ese marco un par de vidas era irrelevante. Tal vez el documento de Lecuona se refería a lo que estaba ocurriendo en el país. Lo central no era averiguar ahora la trama, que varios parecían conocer, sino identificar a los actores e instigadores de todo. ¿Eso era lo que buscaba Marcia? ¿Para eso lo había reclutado? ¿Y con cuál fin?

—¿Nunca has hablado con Federico Opazo de esto? —preguntó Cayetano midiendo ávido el filete de cherna que acababan de servirle.

Ismael hizo rechistar la lengua con desprecio.

—A Federico lo único que le interesan son los negocios a estas alturas de su vida. Pero, siendo honesto, ¿qué saca él con conocer al dedillo un ente que puede ser una ficción? Y si la GUAPA existiese realmente, ¿por qué se iba a quemar las pestañas? ¿Y nosotros por qué habríamos de oponernos a ella? ¿Para preservar el sistema capitalista en Chile y en el mundo? Déjate de esperar quijotadas de los demás. Bastante tenemos con defender a la revolución de la CIA y sus lacayos.

Saboreó el trozo de cherna. El restaurante ofrecía un servicio envidiable. Era una lástima que sus compatriotas sin dólares no pudiesen disfrutarlo.

—El único que descubrió lo que está sucediendo fue asesinado —concluyó pensativo.

—Eso explica tal vez por qué tú estás tan jodido.

Si las magnitudes que inspiraban a la WPA eran de ese calibre, entonces entendía por qué los matones podían ofrecerle la absolución de su caso ante la justicia chilena

y un retorno sin sobresaltos a su casita de Valparaíso. Lo único que exigían era el silencio. ¿Entonces el Conde trabajaba además para la WPA? ¡Iba a enloquecer!

—Dime, ¿cómo llego a su cuartel general?

Acomodó el servicio en el borde del plato, se limpió los labios con la servilleta y le dijo a Cayetano:

—Si la WPA tuviera sede, compay, hace rato que le habríamos colocado al menos una bomba. Es muy poco lo que sabemos de ella. Conténtate con lo poco que sabemos y, por favor, no olvides que debes marcharte de la islita antes de tres días. ¿Pedimos otra botellita, mi ambia?

Cuando regresó al cuarto, encontró a Kim sollozando en la cama, los cajones de los veladores y la cómoda en el piso, las maletas abiertas y la ropa desparramada.

—¿Qué pasó? —preguntó alarmado, cerrando de un portazo a su espalda. Se acercó a Kim y la estrechó entre sus brazos. Entendió de inmediato quiénes habían sido—. ¿Te hicieron algo?

—Fueron dos hombres que se hicieron pasar por técnicos que revisaban los teléfonos del hotel —dijo ella una vez que se hubo calmado—. Me amenazaron con que me matarían si gritaba y revisaron todo en busca de no sé qué cosa. No me tocaron. Sólo me dijeron que nos arrepentiríamos si no les respondías cuanto antes.

Le acarició la cabellera pensando que la descripción de los hombres calzaba con la de quienes lo habían despertado durante la siesta. Eso indicaba que les seguían y espiaban en forma permanente. Le explicó lo que ocurría.

—¿Por qué no abandonas la investigación, entonces? —suplicó ella con ojos humedecidos—. ¿Por qué no dejas todo esto y nos refugiamos como Patricio Sardiñas en una isla del archipiélago?

—Escucha, Kim, yo no abandono esto por lo mismo que tú no renuncias a la búsqueda de tu padre, porque necesito conocer la verdad —aclaró—. Creo que Agustín era un tipo decente y bien intencionado. No puedo permitir que sus asesinos continúen en la impunidad y de paso terminen por encerrarme a perpetua en una cárcel.

—Tú sabes que todo esto no conduce a ninguna parte.

De pronto tuvo una idea. Le ordenó que se calzara en el acto los zapatos, cogiera la cartera y lo siguiera. Esa noche no regresarían al cuarto, le anunció, ya encontrarían dónde dormir, quizás en una posada o un lugar semejante. Mientras esperaban el ascensor y Kim le exigía explicaciones, se cercioró de que no los seguían, y le pidió a su amiga las fotos amarillentas de su padre que portaba en el bolso y las guardó en la guayabera.

—Espérame en el lobby hasta que vuelva —le indicó cuando las puertas del ascensor se abrieron.

El lobby estaba atestado de turistas ansiosos de disfrutar la noche. Se dirigió al restaurante, que seguía lleno, y desde el umbral constató que una pareja ocupaba ahora el lugar en la que había cenado con Ismael. Paseó la mirada por las mesas, por el pianista negro que interpretaba a Lecuona y después la dirigió hacia la barra. Allí divisó a Ismael, que bebía taciturno un mojito.

—Necesito que me ayudes —le dijo apareciendo por su espalda.

Se volteó sorprendido, pero recuperó de inmediato la compostura.

—Necesito ubicar a este hombre. Es cubano y tú tienes que conocerlo.

Colocó las fotos de Ruz con la madre de Kim sobre la barra, e Ismael las observó durante unos instantes en silencio.

—¿Por qué quieres hablar con ese hombre? —preguntó mientras encendía un cigarrillo con cierta indiferencia.

Cayetano le pidió un mojito al barman. A juzgar por la respuesta, Ismael conocía a Ruz.

—Por un asunto humanitario —repuso aliviado.

—Nos joden siempre y mucho con ese tipo de temas. ¿Puedes ser más explícito?

—Tal vez a este hombre le interese saber que una hija suya lo busca desde hace años...

Ismael inclinó la cabeza y dejó el cigarrillo en un cenicero. Luego comenzó a acariciarse la barbilla.

—¿Te refieres a la hija de la sueca aquella con la que tuvo un romance?

Cayetano sonrió satisfecho.

—Efectivamente —dijo—. Ella vino a Cuba a buscar a su padre. Quiere conocerlo. Me imagino que entiendes que es algo normal y justo.

Ismael cogió con parsimonia el cigarrillo e hizo girar su cuerpo sobre la butaca. Sus ojos se encontraron con los del capitán, que esperaba, menú en mano, junto a la puerta.

—¿Sabes cómo encontrar a ese hombre? —insistió Cayetano.

—¿Ahora ya no te interesa la GUAPA?

—No jodas y dime la verdad: ¿sabes cómo encontrarlo?

—No.

—Esa muchacha está en peligro, al igual que yo. Gente de la WPA acaba de amenazarla mientras cenábamos. ¿Era gente de la WPA o gente tuya?

—Te equivocas con nosotros, Cayetano. Soy un hombre de la seguridad del Estado cubano. Somos despiadados con nuestros enemigos, pero nobles con nuestros amigos.

—A la hija del cubano de estas fotos —dijo el detective guardándolas en la guayabera— la amenazaron de muerte. Ella anda conmigo. No creo que vayas a impedir un acercamiento tan natural y lógico. ¿Te imaginas que la sueca y yo amaneciéramos tiesos mañana?

Ismael esperó a que el barman sirviera el mojito para responder con calma:

—La Habana es ya desde hace años una ciudad abierta. Aquí, con el turismo, llega gente de todos los pelajes. Desde curas a gozadores del sexo, desde empresarios a narcotraficantes, desde budistas hasta terroristas. ¿No querían acaso que Cuba se abriera al mundo?

—Eres un cínico, coño.

—¿Porque no me conmueve que ande gente de la GUAPA en mi patio? Ese es un

asunto tuyo o del país donde vives. Nosotros estamos muy jodidos para resolverles problemas a los demás.

—Ayúdame a dar con este hombre y te dejo tranquilo. Puede que a Ruz no le apetezca acercarse a su hija, y yo puedo entenderlo. Pero ¿por qué no me das al menos la posibilidad de consultarlo para ver si es cierto? No pierdes nada. Él decide, no tú...

—A lo mejor a ti te mandó a esta isla un ángel de esos de Wim Wenders...

—¿Qué quieres decir con eso?

—No se llama Ruz, sino Eladio, y lo conozco —continuó Ismael pensativo—. Debes saber que Eladio tenía otra hija, una de su matrimonio, una médico pediatra que murió hace poco asesinada en Angola durante un ataque de Jonás Savimbi. Era una joven valerosa, que prestaba servicios internacionalistas allá.

—Coño, las ironías de la vida. Ahora sólo le queda Kim.

—Él no le contó a su mujer de su hija sueca, porque aquello había sido sólo una aventura. No pensaba en romper con su familia, pero la mujer no tardó en enterarse por otra gente.

—¿Y qué ocurrió?

—La mujer exigió el divorcio.

—¿Y la sueca?

—Ella nunca le pidió nada a Eladio —comentó Ismael—. Ella sólo quería un hijo como testimonio de ese amor. Así le desgració en parte la vida al hombre. Por eso él nunca más quiso saber de la sueca. Un capricho de ella lo desgració.

—¿Eladio se acercó a la sueca por amor o por encargo?

Ismael lo miró como desde lejos, tratando de enfocar bien la mirada. Murmuró:

—Hay cosas que mejor no se preguntan, Cayetano. Todos necesitamos nuestros zares y también nuestros mitos. Así somos más felices. La verdad no siempre te hace más libre, a menudo te desgracia...

Barrió el restaurante con los ojos en los momentos en que el pianista volvía a tocar, esta vez algo de Guillermo Portabales. Le pareció que el barman, desde una distancia prudente, escuchaba lo que hablaban.

—¿Dónde puedo ubicar a Eladio? —dijo bajando la voz—. Sólo quiero preguntarle si está dispuesto a encontrarse con la única hija que tiene.

—Mira, no sé si te hice estas confianzas a causa de lo que he bebido o porque no logro despreciarte por vivir en el extranjero, o porque sospecho que a sus años y con lo que le ocurrió, a Eladio tal vez le haga muy bien estrechar entre sus brazos a esa hija.

Cayetano apuró un sorbo del mojito.

—¿Cómo puedo ubicarlo? —insistió.

—Tienes que prometerme antes que no le contarás que yo te ayudé en esto.

—Cuenta con eso, chico, vamos.

—Apunta entonces el número y no te olvides de que tienes un plazo para dejar la

isla. ¿Estamos de acuerdo, verdad?

Salió apresurado del lugar sin terminar el mojito, cogió de la mano a Kim y se dirigió hacia uno de los teléfonos del lobby. Ahora ya no importaba que llamara desde el hotel. El hecho de que Ismael le hubiese entregado el número, legitimaba su acercamiento a Eladio. En caso de que lo estuvieran grabando parecería que se regía por instrucciones oficiales.

—Eladio, soy un amigo de su retoño sueco —dijo en cuanto el otro contestó—. Me interesa hablar con usted. Le traigo un mensaje. Es vital. Necesito verlo.

Su respuesta fue un silencio sobrecogedor. Supuso que el hombre se sentía súbitamente acosado por su propia historia. Al cabo de unos instantes, balbuceó:

—¿Cómo es su nombre y quién le dio mi número?

—Me llamo Inocencio Ciabatta, estoy de visita en Cuba y lo busco para entregarle un mensaje importante. ¿Cuándo podemos vernos?

—¿Para qué?

—Mejor lo hablamos en persona. ¿O prefiere quedarse para siempre con la duda?

—Está bien —respondió resignado—. Mañana a las seis de la tarde. Espéreme en la plaza Zapata, en el barrio de Miramar. ¿La ubica?

—Perfectamente.

—Vaya solo, lleve un *Granma* y siéntese a leerlo. Recuerde, vaya sin compañía.

—Me parece muy digno que el Pato Sardiñas se haya retirado a una isla después de caer en manos del enemigo —comentó Wenceslao acariciando con las yemas la portada amarillenta de la novela de Luis Rogelio Noguerras en la mesa de La Esperanza—. En nuestro servicio reclutamos por convicción ideológica, a diferencia de la CIA, que lo hace por dinero. Como le dije, Sardiñas siempre fue un buen elemento.

Wenceslao tenía a los sesenta años algunas libras de más. Era alto y de boca estrecha, y sus cejas pobladas le conferían un aire de monje triste y resignado. En el pequeño living adyacente había bebido con fruición un Tío Pepe y ahora aguardaba paciente el plato de fondo en aquel local privado con paredes cubiertas de óleos modernos, iconos religiosos y retratos antiguos. De alguna forma le pareció que La Esperanza resultaba anacrónica, porque anunciaba tiempos posteriores a la revolución.

—Pues Sardiñas me insistió en que hablara con usted por lo de la WAP —dijo Cayetano.

—En verdad lo «atendí» varios años en el Departamento América en la época de Pinochet. Era el líder clandestino chileno de mayor proyección. Jamás habría terminado como algunos dirigentes izquierdistas, que sólo aspiraban a vivir como burgueses.

—Que Sardiñas era un tipo con futuro también lo sabían los servicios secretos occidentales —comentó el detective mientras un mozo le servía cerveza. Por la avenida Tercera, pleno barrio de Miramar, pasó una guagua repleta a toda carrera—. Lo cazaron y lo dieron vuelta de forma magistral, si uno cree lo del vuelo Ámsterdam-Berlín.

—Una lástima todo lo que le ocurrió, pero el que se mete en este oficio, debe saber en qué se mete.

Habían ordenado pollo al grill con salsa picante de pomodoro, y después camarones ecuatorianos. Era primera vez que Cayetano estaba en La Esperanza. Un artículo en la revista del avión, así como el nombre, tan especial, lo habían convencido de que se trataba del lugar que le convenía.

A Wenceslao no lo habían despedido del Departamento América en la época en que calculaba Jesús Figueroa, sino años más tarde. La expulsión del espionaje por el intento de su hija de abandonar la isla había sido sólo un simulacro para dotarlo de nueva leyenda y permitirle continuar en su especialidad: la infiltración de grupos contrarrevolucionarios. Sin embargo, pocos años más tarde había caído efectivamente

en desgracia debido a negocios algo turbios con mexicanos. Llevaba ahora largo tiempo desempleado y descartaba que algún día volvieran a llamarlo. Su confusa historia despertó cierta suspicacia en el detective, quien a esas alturas no atinaba a distinguir si su interlocutor seguía siendo o no agente cubano.

—Tengo una idea aproximada de la WAP y de sus métodos de trabajo, y sospecho que ella liquidó a Lecuona porque sabía demasiado —dijo el investigador mientras se refrescaba con la Hatuey—. ¿Usted cree que la WAP tiene a Chile ahora en la mirilla?

—El modo en que Chile se derrumba se asemeja demasiado a la estrategia de la WAP para destruir naciones emergentes —aseveró Wenceslao. Eruptó y se pasó el dorso de la mano por los labios. Llevaba un reloj ordinario y una guayabera percutida con un lápiz bic asomando por el bolsillo—. ¿Conoce usted algún país emergente que haya atravesado el umbral del desarrollo en los últimos cincuenta años, excluyendo al Japón?

Admitió para sí que no conocía ningún país que lo hubiese logrado mientras estudiaba a los comensales de La Esperanza: casi todos hombres de cierta edad acompañados de atractivas jovencitas cubanas ligeras de ropa y tal vez de cascos. A simple vista, la prostitución en la isla superaba con creces a la que existía en la época de Fulgencio Batista, cuando Cuba era considerada «el lupanar de Estados Unidos».

—Durante mis últimos años trabajé en el contraespionaje, que ya no es ni la sombra de lo que era. Usted entiende, después de lo de Ochoa ya nada es igual en la isla —aclaró Wenceslao en voz baja—. Y varias veces recibí allá de refilón datos sobre la WPA. En realidad, ya desde la época en que «atendía» a Sardiñas me interesaban las organizaciones enemigas de perfil bajo para infiltrarlas.

—Necesito datos más concretos, Wenceslao. Ya le conté mi situación. Tengo que llegar a la WPA.

Wenceslao juntó las cejas y ensartó una rodaja de salchichón con el tenedor.

—Nadie sabe dónde radica la WPA —afirmó—. Se reúne discretamente, sin dejar rastro. Lo puede hacer en la Costa Azul o en Davos, o en Aspen, o en cualquier otro lugar exclusivo. Sus directivos aprueban planes de acción, llamados protocolos, y fondos millonarios para financiarlos, y se los encargan a una comisión ejecutiva, la que a su vez contrata a los agentes, que pueden ser pistoleros, terroristas, ecologistas, empresarios, sindicalistas o periodistas. Éstos son los que en verdad actúan.

—Así no quedan huellas...

—Es que en rigor la WPA nunca hace nada. Es simplemente la autora intelectual de todo. Ella diagnostica y establece el tratamiento, pero las operaciones las ejecutan agentes a sueldo, que ni siquiera saben quién los contrata.

—Supongamos que lo que ocurre en Chile está siendo impulsado por ella...

—¿Supongamos? —preguntó Wenceslao burlesco y se introdujo un nuevo trozo de salchichón en la boca—. Que ella está interviniendo es más claro que el agua.

—Lo que me interesa es si quienes actúan ahora en Chile, saben que le hacen el juego.

—Es improbable, porque la WPA, tras ubicar los focos de conflicto de un país, actúa sobre ellos como catalizador. No crea los conflictos, sino que los radicaliza —dijo Wenceslao, y a Cayetano esas palabras le recordaron las de Ismael—. Ni las temporeras, ni los mapuches, ni los ecologistas imaginan que le están haciendo el juego a una agrupación de élites internacionales.

—Y usted, dedicado por años al tema, ¿no conoce a alguien que haya trabajado para la WPA y pueda tirarme un cable?

—Sus agentes no hablan, pues carecen de justificación ideológica —repuso enfático—. El que trabaja para nosotros lo hace por el socialismo, el que colabora con la CIA alega ser anticomunista, pero servir a la WPA no tiene justificación alguna. Por ello sus agentes jamás dan la cara...

El mozo les sirvió el pollo a la salsa, acompañado de arroz blanco y verduras a la mantequilla, y después acomodó en una mesa arrinconada a un hombre mayor con aspecto de extranjero y a un atlético joven mulato.

—Mire, lo que voy a decirle —agregó Cayetano volviendo a fijar sus ojos en los de Wenceslao—. Sardiñas me mencionó su nombre, porque tal vez tuvo una premonición, y yo estoy metido en este embrollo porque investigo un asesinato de origen turbio, que me complica.

—¿Quiere ablandarme el corazón acaso?

—Tal vez, pero yo no puedo dar un paso atrás ni para tomar impulso. Quiero recordarle que si usted no me ayuda, Sardiñas se habrá equivocado una vez más y yo seré condenado a perpetua por un crimen que no cometí.

—¿Y no puede refugiarse en Cuba?

—¿Está loco? Tengo a gente de la WPA sobre mis talones.

—Es difícil que actúen acá. No son santos de la devoción del comandante en jefe por razones obvias...

—¿Sí?, pues Ismael, del Departamento América, me dio tres días para marcharme.

—¡El carajo! Fue el que me sacrificó y quien se benefició con mis pecadillos.

—Pues mi cuadro es peor —insistió Cayetano trozando su presa de pollo—. Tengo ya plazo para abandonar la isla, me persiguen pistoleros de la WPA y afuera me espera la Interpol si mis aliados me traicionan.

—¿Y qué quiere que haga?

—Que me ayude a acercarme a la WPA. Estoy urdiendo un plan para salvar el pellejo.

Wenceslao reflexionó durante unos instantes. Sus mejillas sudaban. Dijo:

—Había un hombre nuestro en Chicago que trabajaba en la WPA. Era un agente doble. Nunca confié demasiado en él, ¿me entiende? Los agentes dobles suelen correr con colores propios. Lo vi un par de veces en Miami y en París. Pertenecía al secretariado general de la WPA y nos entregaba informes esporádicos contra estadas en el hotel Internacional de Varadero.

El dato lo entusiasmó.

—¿Cómo se llama y dónde lo encuentro?

—Se llamaba Parker, Roger Mike Parker —dijo Wenceslao casi en un susurro—.

Pero sólo recuerdo que vivía en Chicago.

—¡Coño, pero no me va a dejar así ahora! ¡Tiene que acordarse! —reclamó impaciente, pues no era la primera vez que escuchaba ese nombre—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Wenceslao bebió de su cerveza y dijo al rato con voz trémula:

—Parker repetía que cuando jubilara, se retiraría a una casita que poseía en la costa caribeña de México. Si ya jubiló e hizo realidad su sueño, lo puede ubicar allá. No debe haber muchos Parker en Playa del Carmen, supongo.

¿No se estaría enamorando de la muchacha? Una vez más le costaba establecer la diferencia entre amor y sexo, y ya estaba viejo, gordo y algo calvo para aprender a hacerlo. ¿Es que Kim lo atraía sólo físicamente o, en verdad, se estaba enamorando de ella? ¿Es que toda atracción física consumada podía desembocar en una tierra imprecisa y sin nombre, una especie de antesala del amor o bien de la aventura? ¿Era posible diferenciar la simple atracción del verdadero amor antes de ir al lecho, o sólo era posible a posteriori, cuando la pasión ya se consumiera? Admitió que cualquier estudiante de secundaria se burlaría de sus cuitas y le recomendaría disfrutar la vida, vale decir, las carnes duras y bronceadas, la cintura fina, los pechos pequeños y erguidos, y los labios húmedos de la sueca. Pero no se trataba de eso, coño, menos a su edad y bajo sus circunstancias.

La voz ronca del chofer del *turistaxi* lo devolvió abruptamente a la realidad. Estaba a sólo unas cuerdas del parque Zapata, en la esquina de la Quinta Avenida y calle Veinte. Pagó a la rápida una suma aproximada y echó a caminar con Kim bajo la sombra de los flamboyanes acordando los últimos detalles del plan:

—Dame tiempo para conversar con él —dijo cuando pasaban junto a los antejardines de las mansiones de Miramar. Llevaba bajo el brazo un *Granma* que publicaba un discurso de Fidel elogiando nuevos récords en la producción agrícola de las cooperativas socialistas—. Debes permanecer oculta entre las mahaguas que están frente a la embajada de Bélgica.

Kim le había exigido que le permitiera acompañarlo a la cita con su padre. Anhelaba verlo desde que tenía uso de razón y no estaba dispuesta a dejarlo escapar en esta oportunidad. Le resultaba indiferente si su padre se negaba a conversar con ella, sólo quería verlo. Pese a la oposición de Cayetano, quien pensaba que no era el momento adecuado para el encuentro, ella había terminado por imponerse. En fin, si Ismael conocía a Eladio, era posible que Eladio también supiera algo de la WPA y del paradero de Parker.

Los deslumbraron las calles amplias y de vegetación frondosa, las balaustradas bruñidas, las rejas de hierro forjado y las fachadas eclécticas de los alrededores. Parecía como si el tiempo hubiese acrecentado el encanto del antiguo barrio de la burguesía, convertido ahora en el reparto de los diplomáticos, empresarios extranjeros y dirigentes revolucionarios.

Se separaron una cuadra más arriba, a la altura de Veintidós, y Cayetano, tras comprobar que nadie lo seguía, se dirigió a la plaza Zapata. Una vez allí se aproximó al monolito levantado en honor del héroe mexicano y se sentó a leer el *Granma* en un

banco de piedra, a la sombra de los árboles.

—¿Ciabatta? —preguntó una voz y él se encontró de frente con un mulato macizo, de rostro ancho y ojos encendidos que lo miraba con curiosidad—. Soy Eladio.

Peinaba canas en las sienes, tenía la frente amplia, los pómulos salientes y los brazos fuertes, todo lo cual le confería un aspecto saludable. Algo de sus ojos y un aire en la sonrisa le recordaba a Kim. Superaba a Cayetano por una cabeza, y parecía un boxeador de peso completo en retiro y estado envidiable.

—Le agradezco que haya venido. ¿Conversamos aquí?

—En una serie policial de televisión, llamada *En silencio ha tenido que ser*, los espías se reunían a menudo aquí —comentó Eladio risueño—. La vida se parece a veces a los libros y a las películas.

—Así es, y yo vine a verlo por algo que parece justamente una novela —dijo Cayetano jugando con una ramita recogida del piso—. Es un tema en el cual se mezclan lo real y lo ficticio, y del cual usted quizás sabe algo, la WPA.

Eladio soltó un suspiro de fastidio y preguntó serio:

—¿Quién lo envió a verme?

Se mantenía de pie a pasos suyos, con las manos en los bolsillos, controlando a ratos los alrededores por entre los arbustos. De pronto la afabilidad había desaparecido de su rostro. Bajo la guayabera, a la altura del cinturón, se alcanzaba a dibujar el promontorio formado por su arma de servicio.

—No importa quién me envió. Soy un investigador independiente, que vive en Chile, y que necesita saber algo de la WPA.

—Y yo soy un funcionario cubano. No puedo hablar así como así con desconocidos.

—No le estoy pidiendo secretos. Ando buscando a un hombre de la WPA de apellido Parker. Sólo me interesa saber dónde lo ubico. Del resto me encargo yo.

Eladio se cruzó de brazos, alerta. Su interlocutor bien podía ser un agente provocador. Cayetano calculó que desde algún punto esa conversación era monitoreada por otro cubano.

—¿Quién le dio mi nombre?

—Para qué le voy a mentir —respondió. Echaría por la borda la promesa del día anterior. Era la única forma de quebrar a ese hombre—. Me lo dio Ismael.

—El carajo...

—No quiso hacerle daño, sólo ayudarlo. Me contó lo de su hija. Lo siento, Eladio. Lo siento de veras.

Le recordó en cierta forma lo ocurrido con Vladimir Lobos. Eladio también estaba preparado para rechazar un intento de soborno o reclutamiento del enemigo, pero no para que un desconocido le expresara sentimientos de dolor por la muerte de su hija. Romper los esquemas constituía siempre un arma insustituible, pensó el sabueso.

—Quizás Ismael pensó que le vendría bien encontrarse ahora con su hija sueca —añadió.

—¿Quién puede saber en verdad lo que me conviene?

—Si quiere, dejamos todo hasta aquí y no ha pasado nada.

—Aunque quisiera ayudarle, Ciabatta, no tengo idea de la WPA.

—Es una lástima. O la gente no sabe o tiene miedo a hablar de ella —repuso y se introdujo la ramita entre los labios—. En todo caso, tanto a mí como a su hija nos urge encontrar a ese Parker.

—Mire, ignoro si usted ha venido a Cuba a chantajearme, pero si se lo propuso, no lo logrará —advirtió Eladio alzando la voz—. Además, no tengo el más mínimo interés en verla, ni siquiera en esta etapa de mi vida. No es bueno ni para ella, ni para mí. ¿Sabe?, los hijos no son biológicos, sino culturales.

—No entiendo.

Eladio se cruzó de brazos y guardó silencio mirando el suelo.

—Los hijos son los que uno cría, no importa la simiente de la cual provienen —agregó—. Una hija adoptiva, criada por uno, puede convertirse en hija auténtica, y una hija biológica con la cual no se establece relación alguna puede tornarse la peor enemiga.

—No me va a negar que ella tiene derecho a conocerlo...

—¿Y cuáles son mis derechos?

—Bueno, mantener una distancia, pero al menos tiene que escucharla.

—Esa muchacha existe por la exclusiva voluntad de su madre. Su madre la planeó sin advertírmelo. Me utilizó, ¿me entiende? Usted como hombre tiene que entenderme: las mujeres siempre tienen en ese sentido la sartén por el mango.

—Desconozco los detalles —dijo Cayetano.

Supuso que su interlocutor cobijaba desde hacía mucho ese tipo de resentimientos y que no los había compartido con nadie.

—No sé por qué coño le estoy contando todo esto —exclamó de pronto Eladio.

—Porque en el fondo le interesa su hija sueca.

—No sé nada de la WPA —insistió sin mucha convicción y se sentó junto a Cayetano.

—Le pregunto por última vez, porque tampoco voy a rogarle que haga lo que le corresponde: ¿le interesa ver a Kim?

—No deseo verla, que es distinto.

—Ella está cerca. Me basta con hacerle una seña y se acercará.

—¿Cree que soy tan comemierda como para asistir a una reunión clandestina con un desconocido sin tomar precauciones? Usted mismo la trajo.

—¿La llamo o no?

—No. No quiero verla. No deseo que mi indiferencia la hiera.

Resolvió, entonces, sacar su carta maestra del bolsillo. Pronunció las palabras lentamente, sopesando cada una de ellas, consciente de que se jugaba demasiado y

que podría parecer inescrupuloso:

—Si no desea que Kim sufra aún más, ayúdenos.

—¿Cómo?

—La WPA nos tiene amenazados de muerte. A ella y a mí.

Le contó detalles de la situación que afrontaban, y por la preocupación que vislumbró en sus ojos, supuso que sus palabras sonaban convincentes.

—Lo mejor es que se desentienda de todo —sugirió Eladio—. Esa gente no bromea.

—Usted, que a estas alturas aún sigue a su líder, ¿me recomienda renunciar a lo último que me queda, la dignidad? Vamos, Eladio, usted sabe que mi única salida es por la puerta amplia, de lo contrario habré traicionado a Agustín y renunciado a la búsqueda de la verdad y seré un rehén perpetuo de ellos.

—Todo eso suena muy bien, Ciabatta, pero a veces los hombres deben hacer concesiones.

—¿Por eso continúa usted siendo fiel a esta revolución que naufraga?

—Si a usted le queda sólo la dignidad, a mí me queda sólo la consecuencia —admitió Eladio cabizbajo—. Es lo único con lo que me enterrarán. A esta revolución sólo me unen ideales. Nada material he ganado con ella.

Cayetano escupió el palito.

—Déme las coordenadas para ubicar a Parker —insistió—. Él podrá decirme qué llevó a Agustín Lecuona a Chile.

—O tal vez nadie lo sabrá nunca. La WPA es intangible, coño. ¿No ha tratado nunca de agarrar el viento con las manos? La WPA es como un huracán. Cualquiera de sus compañías afiliadas es más poderosa que Chile.

—Necesito los datos para ubicar a Parker. Ya sé que él fue agente cubano.

Eladio soltó una carcajada.

—¿Eso también se lo dijo Ismael? —preguntó incrédulo—. Ya ni siquiera los secretos se guardan en esta isla. Yo he escuchado de Parker, porque la WPA es un tema nuestro desde hace mucho. Pero debo desanimarlo, la WPA no tiene archivos, ni estatutos, ni rostro, y nadie sabe ya cómo dar con Parker.

—¿Ni siquiera en Chicago o Fráncfort?

Eladio levantó la vista y por entre los arbustos, más allá de los vehículos que fluían por la Quinta Avenida, divisó a la muchacha alta y bronceada que cruzaba ahora bajo la sombra de las majaguas centenarias. Estimó que no tardaría mucho en estar junto a ellos y antes de marcharse, dijo:

—Parker ya no trabaja para la WAP, jubiló. Por lo tanto jamás podrá ubicarlo. Lo más aconsejable es que usted y Kim se oculten en el archipiélago sueco o en la tierra de los samis.

Tras despegar del aeropuerto de Varadero y atravesar el Caribe en un avión a hélice de una compañía pirata, Cayetano y Kim aterrizaron en Cancún y cogieron un taxi que los condujo a Playa del Carmen. Durante el trayecto los azoró la belleza del paisaje que la carretera, al discurrir junto a la costa, divide en dos: por un lado, la vastedad estremecedora de la inexpugnable selva tropical con los templos mayas emergiendo entre la vegetación; y por otro, las magníficas playas visitadas sólo por el oleaje tibio y turquesa.

Se instalaron en unas cabañas construidas cerca de la plaza del pueblo, desde donde divisaban el mar y, en el horizonte, la verde isla de Cozumel. Mientras esperaban el almuerzo bebiendo *margarita* bajo un techo de bahareque, y los envolvía la música «salsa» y el olor a mariscos y pescados a las brasas, Cayetano tuvo que admitir que no tenía la certeza de que Parker viviera en esa ensenada de arenas blancas y cocoteros. Sin embargo, en La Habana, acosado por sus perseguidores y los funcionarios cubanos, no le había quedado más que confiar en que Playa del Carmen fuese el lugar indicado para buscar al tipo de la WPA.

—¿Hay algún lugar especial donde se reúnen los gringos aquí, mi amigo? —le preguntó al mozo cuando descansaban ya del *pargo* y disfrutaban la brisa de los ventiladores del local mientras los lugareños se paseaban por el bulevar ignorando el implacable sol del mediodía.

—Tenemos el Casablanca, la cafetería de Cindy Rollins, una texana —repuso el hombre guardándose en un bolsillo la propina del detective—. Si en alguna parte se reúnen los gringos, es allá. Queda a una cuadra de aquí, señor. No puede perderse.

Lo devoraba la impaciencia por encontrar a Parker, de ese encuentro dependería su destino, pensaba Cayetano. Si el hombre vivía en Chicago, París o Fráncfort, estaba perdido. Miró a Kim, sentada a su lado. Ella contemplaba a los paseantes del bulevar, pero él sabía que la muchacha aún no lograba recuperarse de la impresión que le había causado divisar a su padre conversando con él en el parque Zapata. Ella hubiese querido congelar el transcurso del tiempo para grabarse los gestos de Eladio, su forma de pararse con las piernas abiertas y de encogerse de hombros como un boxeador, su porte imponente, su rostro desconcertado al verla acercársele por un extremo del parque. Sí, casi sin darse cuenta de lo que ocurría, ella se había dejado llevar simplemente por el entusiasmo y dirigido al hombre que ansiaba abrazar desde la infancia.

Y Eladio, al verla cruzar la Quinta Avenida y reconocer a la muchacha de color canela y larga cabellera oscura, había echado a correr desbocado por la calle

Veintiséis en dirección a la Séptima Avenida, víctima de un pánico irrefrenable. Cayetano permanecía sentado con la vista baja en el banco, cuando Kim apareció trémula y agitada, con los ojos húmedos buscando la figura ya lejana de su padre que abordaba un VW escarabajo, que parecía aguardarlo desde hace mucho en una esquina cercana.

—¿Por qué? —había sollozado aferrándose decepcionada al detective—. ¿Por qué?

Y él, sintiéndose incapaz de explicarle lo que Eladio le había confesado, sólo atinó a replicar:

—Déjalo marcharse. Está viejo, acabado y ya no abriga esperanzas de ningún tipo.

Nunca lograría penetrar del todo el alma femenina, se dijo, mientras caminaban, después del bajativo en el bahareque, hacia el Casablanca a tomar un café. El local era en verdad un antiguo garaje ubicado en una callejuela que desembocaba en la playa. Alguien lo había convertido con ingenio y buen gusto en esa cafetería de paredes blancas y piso de cerámica roja, sobre cuya barra descansaban brownies y muffins protegidas por una campana de vidrio. En un rincón había un estante con libros usados y más allá, junto a un refrigerador de los cincuenta, una computadora conectada a internet.

Se sentaron en las mesas de la vereda, bajo un quitasol de la Coca-Cola, y le pidieron a Cindy café helado. Cuando la mujer les trajo el pedido, Kim le preguntó:

—Andamos buscando a un viejo amigo nuestro. Es norteamericano y se llama Parker.

—¿Parker? El único Parker que conozco en Playa del Carmen es medio alemán —comentó Cindy secándose las manos en el delantal—. Parker, ¿cuánto?

—Roger Mike Parker.

—Ah, sí. Es alemán.

Kim miró sorprendida a Cayetano, pero éste asintió satisfecho.

—¿Dónde podemos ubicarlo? —preguntó.

—¿Periodistas?

—Antiguos amigos de Miami.

—Su número debe estar en la guía. De todos modos, acostumbra desayunar aquí tipo nueve de la mañana. Café con leche y una bagel con queso. Es más rutinario que Immanuel Kant, el pobre.

—¿Por qué pobre? —inquirió Cayetano.

—Bueno, era un hombre fuerte, grueso y guapo. Ahora está delgado y débil, con las defensas bajas.

—¿Enfermo?

—Y de mala forma, creo yo. Pero ya sabemos que la vida es un reloj de arena: se quiebra, se traba o se acaba en cualquier instante —repuso Cindy antes de regresar al local.

Roger Mike Parker cumplía la palabra empeñada por teléfono: aquella noche esperó a Cayetano bebiendo cerveza y hojeando una novela de John Le Carré en una de las mesitas que el Casablanca situaba en la calle. De los altavoces disimulados entre los libros de un estante llegaban con la brisa la guitarra de Django Reinhardt y el violín de Stephen Grappelli.

—A usted es primera vez que lo veo —afirmó Parker estrechándole la mano.

El detective tomó asiento, encendió un cigarrillo, que lo hizo recordar las advertencias del doctor Müller, y luego contempló las luces de los botes de pescadores enredadas en la cabellera negra del mar. Sin embargo, esa visión paradisíaca no logró neutralizar el impacto que le causaba el rostro enjuto y demacrado de Parker.

—Yo tampoco sabía mucho de usted —admitió tras ordenar un *margarita* a Cindy, cuyos ojos oscuros y pómulos salientes de aire asiático la asemejaban a Patricia Highsmith, una de sus escritoras predilectas.

—Si vino a chantajearme para que siga trabajando con ustedes, le advierto de antemano que ya nada puede obligarme a eso: ni grabaciones, ni fotos, ni videos, ni dinero —repuso Parker a la defensiva. Era evidente que lo confundía con un agente cubano—. A estas alturas nada me importa.

Le calculó unos sesenta años. Era de aquellos gringos espigados y huesudos, de cabeza pequeña, quijada amplia y pelo canoso, que hablan con voz aguardentosa y nasal, y visten como adolescentes. Pero lo más llamativo no eran aquellos rasgos ni sus bermudas de mezclilla, ni su polera de Pokémon, ni sus mocasines blancos, sino sus ojos pequeñitos y grises asomando apenas bajo los pliegues de los párpados.

—A mí me interesan sólo unos cuantos asuntos muy precisos, Roger. Por eso he venido. No tengo nada que ver con los cubanos a que usted se refiere.

—¿No me dijo que lo envió Wenceslao? ¿Cómo está él?

—Tronado desde hace años por unas platas ajenas. Él me contó que usted colaboraba...

Parker acarició con parsimonia la jarra de cerveza y tras saborear un sorbo, dijo:

—Eso fue hace mucho, y no voy a seguir trabajando con ustedes, Ciabatta.

—Roger, escúcheme...

—Y no intente presionarme. Colaboré por años y eso es suficiente. Ahora que sólo aguardo la muerte en mi refugio, quiero estar tranquilo y sin el riesgo de que el FBI o la CIA descubran lo que hice. He sido un simulador y quiero morir como tal.

—Lo mío es muy simple.

—Voy a ser enfático —alzó sus manos de articulaciones gruesas—. Me detectaron una enfermedad incurable y sólo me restan meses de vida. No tengo mujer ni hijos, y bajo estas circunstancias nada puede obligarme a seguir colaborando.

Estuvo tentado de decirle que en verdad la proximidad de la muerte lo liberaba a uno de muchas cosas aparentemente importantes, que perdían de pronto relevancia, pero lo cierto era que en ese momento Parker lo tomaba por un emisario de la Dirección General de Inteligencia cubana y debía convencerlo de que no lo era. El hecho de que hubiese arribado a Playa del Carmen enviado por Wenceslao reforzaba esa suposición.

—No soy agente cubano —repitió una vez que Cindy se hubo alejado tras depositar sobre la mesa una copa de *margarita* del tamaño de un macetero—. Soy un fugitivo y estoy aquí simplemente para pedirle ayuda.

Empequeñeciendo aún más sus ojos color cielo encapotado, Parker preguntó con incredulidad:

—¿No viene acaso por encargo de Wenceslao?

Le explicó lo que le había acaecido a partir de la llamada de Agustín Lecuona mientras Parker lo escuchaba impertérrito, escrutándolo con desconfianza. Sólo después que el ex hombre de la WPA hubo indagado una y otra vez con la astucia propia de un interrogador experimentado por detalles que le despertaban suspicacia, fue tornándose más flexible y comprensivo.

Al frente, la isla de Cozumel era una mera franja iluminada en medio del Caribe, y el Casablanca escupía ahora una canción del grupo Abba, que a Cayetano le hizo recordar los bares del Gamla Stan y la piel suave y perfumada de Kim. Pese a todo, reconoció, el mundo sigue su trayectoria acostumbrada.

—Para qué lo voy a engañar. Yo fui quien le reveló a Lecuona la existencia del plan «Delenda est Australopithecus» —admitió de pronto Parker finalizando su tercera cerveza. Cayetano no esperaba una confesión tan vertiginosa—. Y, por lo que usted cuenta, yo soy ahora en cierta medida culpable de su muerte y de las vicisitudes suyas.

No era malo que Parker viera de ese modo las cosas, pensó Cayetano, y aprovechó de preguntar:

—¿Por qué Lecuona llegó hasta usted?

—Es simple: yo lo escogí y lo hice venir, porque creí que constituía mi deber denunciar a la WPA antes de morir. Estoy seguro de que contraí el mal cuando transportaba en avioneta sustancias tóxicas a plantaciones centroamericanas. Colocábamos pruebas inculpatorias y después alguien exigía una investigación en el terreno... Hice numerosos viajes antes de integrarme al secretariado de la WPA. Soy piloto, viajaba clandestinamente respirando todo aquello. Hace poco, cuando me diagnosticaron y desahuciaron, la WPA me botó como a un perro...

—Vamos por parte —dijo Cayetano tratando de ordenar sus ideas, porque estaba en la fuente de todo—. ¿Por qué era Agustín el hombre indicado para vengarse?

Vamos, que esto es una venganza suya.

—La WPA se desentendió de mí justo en el momento en que llegaban a mis manos aspectos aislados del «Delenda est Australopitecus». Ya esa información era una bomba. Cualquier otro periodista se hubiese asustado o bien, con un plan así bajo el brazo, hubiese buscado arreglos con la WPA. Lecuona era el hombre indicado, porque no me delataría ni transaría. Era un hombre que no se amilanaba y que necesitaba dar un golpe noticioso para alcanzar notoriedad.

—¿Pero cómo sabía usted de él? ¿De dónde?

Parker explicó que al intuir que sus días estaban contados, había abierto el archivo de periodistas de la organización. Comprendía a cientos de ellos en el mundo, algunos figuraban en su lista regular de pagos, otros eran candidatos a ser reclutados. La WPA disponía de perfiles íntimos y profesionales de todos ellos. Mediante el financiamiento de viajes y honorarios, los inclinaba en favor de sus campañas. Pero Lecuona no había podido ser reclutado, porque amaba demasiado su independencia.

—Entonces él sabía desde antes de la existencia de la WPA —concluyó Cayetano—. ¿Quién había fracasado en el empeño por reclutarlo?

—Creo que un familiar suyo.

Se atusó alerta las puntas del bigote.

—¿Un Cisneros, tal vez? ¿Ramón Cisneros?

—Puede ser. En todo caso, era alguien cercano y vinculado a la WPA.

Creó entender por qué Lourdes había abandonado sorpresivamente la investigación. Tal vez Ramón la había presionado para que lo hiciera. Y eso podía deberse a que él estaba comprometido de alguna forma con aquello. No era de extrañar, toda vez que Cisneros contaba al parecer con una cuantiosa inversión en el sector frutícola californiano.

—¿Y qué nivel de detalle le entregó usted a Lecuona sobre el plan?

—De carácter general. Le confirmé que la WPA desarrollaba esos planes para velar por los intereses de sus asociados en el mundo. Pero también le advertí que lo clave no era el plan, sino el manual operativo, es decir, la forma concreta y precisa como la organización actúa en cada caso.

—¿Y por qué fue Agustín a Chile?

Una mueca de sorpresivo desencanto desfiguró el rostro enfermo de Parker. Parecía incomodarle hablar con alguien que ignoraba tantas cosas.

—Porque el «Delenda est Australopitecus» se refiere a ese país. Es un itinerario para destruirlo, como han existido y existen planes para desarticular a otros países.

Aunque Parker bien podía sufrir de un *delirium tremens* a causa de su enfermedad o estar mintiendo como un deschavetado, no debía pasar por alto que no se trataba de un oficial de la inteligencia cubana que especulaba sobre la WPA, sino un ex empleado de la organización, alguien que la conocía.

—¿Cómo es eso de desarticular países, Roger?

—Me sorprende su ingenuidad siendo usted detective privado.

—Aprendo de cada caso —dijo con modestia y luego observó a Cindy, que agitaba una coctelera detrás de la barra al ritmo de una nueva interpretación de Django Reinhardt. ¡Cómo tocaba ese salvaje con una sola mano!—. ¿No le apetece un *margarita*?

—Yo, con lo que tengo, no debía estar tomando ni cerveza —farfulló Parker pensativo—. Pero ¿cuál es el sentido de la renuncia al final de la vida? La consecuencia es una virtud vacía de significado.

—Vamos, un *margarita* no le hará mal. —Era innoble proponerse emborracharlo, pero necesitaba el máximo de información suya. Recordó que uno de los textos literarios de Lourdes sostenía que no era posible ser sabueso sin ensuciarse las manos. Y él ahora se las ensuciaba—. Me decía que la WPA destruye países...

—Así es —exclamó Parker con un dejo de importancia, achicando los ojos—. Y es curioso que usted, tan astuto, no vea lo que ocurre ante sus ojos.

—Sigo sin entenderlo.

Soltó una sonrisa mefistofélica, esperó a que Cayetano ordenara los *margaritas*, y dijo:

—¿No le llama la atención que el Líbano esté convertido en ruinas después de haber sido el centro financiero y de negocios del Cercano Oriente? ¿No le parece que es demasiada casualidad que Montevideo se haya hundido en una guerra entre tupamaros y militares cuando era el centro financiero de América Latina? ¿No le suena raro que Cuba haya desaparecido por años del Caribe con el castrismo precisamente cuando era el principal destino turístico de la región? ¿Y nunca le ha parecido sospechoso que los gobiernos mexicanos apoyaran al régimen socialista mientras las cadenas hoteleras internacionales llenaban de centros turísticos el Caribe mexicano?

—En verdad, da que pensar...

—¿Y no le parece demasiado casual que Ciudad de Panamá haya sido bombardeada e invadida por tropas norteamericanas, supuestamente por culpa de Noriega, cuando se había convertido en un centro comercial y financiero clave de América Latina, vale decir, en la heredera de Montevideo?

Cayetano expulsó el humo por la nariz y contempló los faroles de los botes en el mar. Los altoparlantes del Casablanca escupían ahora «Who stops the rain», de Creedence Clearwater Revival.

—Al que se destaca, le llega su problemita —murmuró.

—Ahora Miami es el centro financiero que antes fueron Montevideo y Panamá. Y Miami es el principal destino turístico de la región, el lugar que tenía La Habana antes del 59. Miami es por fin la capital de América Latina —agregó Parker—. Liquidó hasta a Buenos Aires. Miami está construida sobre los fracasos latinoamericanos.

—Suena interesante.

—Y si todo eso le parece poco, ¿no le resulta sintomático el repentino

desmoronamiento de las economías del sudeste asiático, a las que todo el mundo calificaba de ejemplares?

—Vamos, Roger, no sea tan maniqueo para explicarse la política internacional.

—Lo claro es que hay países a los cuales se ayuda cuando van en picada, como Japón o Italia, y hay otros, como los del sudeste asiático o de América Latina, a los que se deja estrellar para recoger sus pedazos. Cuando usted le pisa los callos a un potentado, no tarda en recibir golpes bajos.

—¿Está la CIA detrás de esto? —preguntó Cayetano. Si lo estaba, entonces lo suyo no tenía remedio.

—La *compañía* anda en otras cosas —aseguró con desparpajo Parker—. Ella sabe de la existencia de la WPA, se cruza a veces en su camino, pero la WPA funciona con intereses corporativos internacionales, no gubernamentales. ¿Duda de lo que le digo? ¿Cree que estoy delirando?

—No, por cierto todo me parece hilvanado y lógico —tartamudeó Cayetano.

Aprovecharon de saborear las *margaritas*.

—La WPA es un comité informal que agrupa los intereses claves que dominan los mercados mundiales —continuó Parker—. La WPA es el alma del capitalismo que desconfía de la libre competencia, o al menos el alma capitalista convencida de que la torta mundial se reparte sólo entre los países ricos. No se altere, las cosas han sido siempre así.

—¿También durante la Guerra Fría?

—Cuando el mundo estaba dividido en dos bloques, la WPA era el escudo del libre mercado. Si se inmiscuía en la zona de influencia soviética, entonces aparecían el Tratado de Varsovia o las tropas cubanas. ¿No se acuerda de Angola? La WPA, que promovió su independencia para apoderarse del petróleo y los diamantes, fracasó en su intento por culpa del general Arnaldo Ochoa...

—De pronto me parece que quiere venderme la WPA como un instrumento benigno —comentó Cayetano pasando el índice por el borde del vaso. Se llevó la huella de sal a la boca.

—No, pero lo que es cierto, es cierto. Ella garantiza el equilibrio global evitando rupturas abruptas. Es un ente regulador, vela por la estabilidad del mundo y, desde luego, les pasa la cuenta a «los gallitos».

—¿Y Chile es un «gallito»?

—Ese país se metió a pisar los callos de demasiada gente importante, mi amigo —dijo abordando con satisfacción un tema que parecía apasionarlo—. Entró con fuerza en sectores donde los grandes productores no tienen sentido del humor: la fruta, el salmón, la madera, el vino, las armas, en fin. Ahora quiere convertirse en un centro financiero de América del Sur. No creo que le resulte, acuérdesese de Montevideo y Panamá. Lo van a despedazar antes.

Había dos cosas que no lograba explicarse a partir de cuanto escuchaba: lo manipulable que era el mundo y la incapacidad de los países pobres para detectar los

peligros a la vuelta de la esquina.

—No se lo tome muy a pecho, pero sólo los Estados poderosos abordan en serio estos asuntos —continuó Parker en tono paternalista—. Son los únicos que hoy preparan los escenarios del 2050 o el 2100, lo que para cualquier otro país es política-ficción. Incluso esto que hablamos ahora, aquí, bajo el cielo tropical, les sonaría a política-ficción a los políticos latinoamericanos. Ignoran que transitan a diario por un mundo que fue diseñado por los grandes, decenios atrás.

—Chile está entonces en una lista negra de la WPA por ser «gallito»...

—Desde hace mucho, y por eso el «Delenda est Australopithecus». Seguro que los secuestros de empresarios, las rebeliones indígenas, las huelgas en ramas exportadoras y las denuncias de *dumping* en contra de ellas integran el plan. Ya verá usted cuando la Unión Europea comience con exigencias en materia ecológica, laboral, sindical y étnica, y se compliquen aún más las cosas.

—No sea simplista, Roger. Esas rebeliones tienen causas sociales e históricas profundas —alegó Cayetano—. No reduzca los problemas reales del país a los frutos de una conspiración internacional.

Parker cruzó con fastidio las manos sobre la barriga. Dijo:

—No voy a discutir minucias, mi amigo, usted sabe que se le puede echar leña al fuego. A la WPA, créamelo, le sobran leña, carbón y parafina. Mejor salgamos a pasear por la playa. La noche está espléndida y si caminamos a paso lento, hasta me hará bien. ¿Me acompaña o ahora desconfía de mí?

Caminaron descalzos por la arena húmeda y fresca mientras el oleaje lavaba las rocas, levantando un intenso perfume a algas. A lo lejos los faroles de los botes se confundían con las luces de Cozumel y las luciérnagas.

—Usted fue agente cubano —murmuró Cayetano—. ¿Por qué si lo tenía todo?

—Aunque le suene raro, colaboré con ellos por un asunto de conciencia —replicó Parker mirando hacia Cozumel.

—Debió haber denunciado todo, mejor.

—Nunca fui un kamikaze.

Mientras avanzaban junto a la orilla, Parker explicó que durante su trabajo en el secretariado de la WPA había llegado a tener acceso a las reuniones del comité ejecutivo y, a través de ellas, a los protocolos de desestabilización y destrucción de las ramas productivas prósperas de países en desarrollo. Gradualmente había ido apartándose así de la filosofía de la WPA.

Las acciones comenzaban siempre con campañas periodísticas. Si éstas no reducían las ventas de la competencia, la WPA pasaba a demandar trabas arancelarias en contra de esos productos a través de su influencia en gobiernos y organizaciones internacionales de comercio, y en caso de que este recurso tampoco fructificara, recurría a la desestabilización de las economías competidoras mediante operaciones como secuestros, asaltos, atentados terroristas y supuestos enfrentamientos entre narcotraficantes. Nada de aquello, aclaraba Parker mientras se detenían para que él pudiera recuperar el aliento, era desde luego artificial, pues la WPA se limitaba a estimular, mediante el soborno y la infiltración, los focos potenciales de conflicto de los países escogidos.

—Pero usted tiene que haberse dado cuenta desde un principio en lo que se había metido —comentó Cayetano—. No me va a decir que lo descubrió a última hora.

Desde el muelle zarpó una nave de pasajeros, blanca y completamente iluminada, con destino a Cozumel.

—En un comienzo me fascinó estar en ese nivel de manejo del mundo —confesó Parker, su voz apagada en parte por los motores de la embarcación—. A cualquiera le hubiese ocurrido lo mismo, pero después me asqueó. Por eso acepté colaborar con La Habana. Claro que ellos no estaban por salvar al capitalismo, desde luego, les interesaba estar al tanto de las cosas, no más.

—¿Se acuerda del momento preciso de su ruptura emocional?

—Fue cuando desarrollamos una campaña contra las flores colombianas, que estaban transformándose en seria competencia para los productores holandeses. Al

parecer los colombianos se habían creído lo del libre mercado y habían invertido millones de dólares en el cultivo de flores. Producían flores de gran calidad y a precios sin competencia. Los holandeses estaban en peligro...

—¿Y entonces?

—La WPA comenzó a golpear bajo el cinturón. Invitamos a líderes sindicales colombianos para que vieran las condiciones en que trabajaban sus pares en Holanda, desarrollamos una campaña de denuncia contra los pesticidas que se empleaban en América Latina, y otra en contra de los salarios que recibían los recolectores de las flores.

—¿Picaron los consumidores?

—Llenamos de cartelitos las floristerías de Europa advirtiendo que con cada flor colombiana que se compraba, se consolidaba la explotación de campesinos pobres, y echamos a correr el rumor de que esas inversiones eran lavado de dinero.

—Entiendo.

—Logramos lo que queríamos, miembros del WPA adquirieron algunas de esas empresas, otras cerraron y las que sobrevivieron se ajustaron a los precios que no representarían riesgo para los holandeses. Al final la gente se quedó en Colombia sin pan ni pedazo, ni siquiera con los depósitos bancarios de los narcotraficantes. ¿Usted sabe dónde están esas fortunas?

—No tengo idea.

—En los bancos del norte, pues, mi amigo. ¿Ha escuchado alguna vez que hayan cerrado un banco grande por recibir fondos de origen turbio o hayan detenido a un pez gordo, pero gordo, en Estados Unidos o Europa Occidental? No me va a decir que usted cree que los únicos millonarios eran Pablo Escobar, los hermanos Orejuela o el «Señor de los Cielos», todos latinoamericanos, por cierto. ¿Usted no cree que existe al menos un pez gordo que sea norteamericano, alemán o francés?

La nave se fue desperfilando en la oscuridad y dejó atrás sólo una blanca costura en el Caribe.

—A Chile ya lo tocaron una vez con uvas envenenadas —agregó Parker pensativo.

Lo recordaba, había ocurrido en los años ochenta. El increíble descubrimiento de cuatro uvas envenenadas en un cargamento de toneladas de uvas chilenas a Estados Unidos lo interpretaban muchos como una presión de Washington sobre Augusto Pinochet para que condujera al país a la democracia. Pero Parker alegaba que la causa del complot era otra, y que el plan había surgido no en los cuarteles de la CIA en Langley, sino en una reunión secreta de la WPA en Zúrich.

—¿Qué harán ahora? —preguntó el investigador. Una estrella fugaz le infundió cierta esperanza irracional en que todo saldría bien finalmente.

—Mañana pueden alegar que el alimento del salmón chileno genera cáncer o contamina las aguas, o que la madera chilena proviene de bosques expropiados a los mapuches, o que los recolectores de la fruta chilena carecen de protección social. En

fin, pueden recurrir a cualquier argumento, real o no, con tal de destruir a la competencia.

Cayetano encendió un cigarrillo y preguntó:

—Pero no puedo creer que la WPA carezca de una simple sede.

—La WPA es como la correspondencia de un correo electrónico de la internet. ¿Dónde está físicamente ese mensaje que usted puede consultar desde Valparaíso, Playa del Carmen o Nueva York? El tema, mi amigo, no es dónde está esa organización, sino lo que hace y a través de quién lo hace.

—Por eso impulsa acciones sin dejar huellas.

—La WPA permanece simplemente oculta tras las bambalinas —repuso Parker. Las sombras de la noche tornaban aun más magro su rostro alargado y anguloso—. Actúa a través de periodistas, grupos ecologistas, empresarios, sindicatos o institutos de investigación social o técnica.

—¿Y cómo los contrata sin que adviertan que son meros instrumentos?

—Infiltra instituciones de gente bien intencionada e idealista, mediante agentes o subvenciones, y después orienta sus actividades para agudizar los conflictos que le interesan.

—¿Está diciéndome que los mapuches están siendo utilizados?

—Con la WPA nunca se sabe —repuso enigmático—. Pero al asunto se le brinda cobertura de prensa desde el extranjero. ¿No le parece extraño que nadie en Europa se haya acordado por siglos de los mapuches, y ahora que sus antiguas tierras están dedicadas a la exportación de madera, surja la solidaridad hacia ellos? ¿No es demasiada casualidad? En estos negocios no hay casualidades.

—Vamos, Roger, que cualquiera sabe que las demandas mapuches son antiguas y justas.

—No me refiero a si lo son o no —repuso respirando con dificultad—. Yo digo que las azuzan y aprovechan desde fuera. Europa, mi amigo, es más vieja que la Iglesia católica y sabe cómo actuar. ¿No le resulta increíble que 500 años después de la llegada de los europeos a América, que causó el mayor genocidio de la historia universal, sea una academia europea la que le entregue un premio Nobel a una indígena guatemalteca? ¿No será muy mezquina la reparación?

Caminaron dejando atrás el muelle y llegaron a unos roqueños donde la playa parecía estrecharse. Más allá la gente cenaba en una terraza bajo el cielo estrellado.

Parker le pidió un cigarrillo y añadió:

—Ni los miembros de esas instituciones ecológicas ni los líderes sindicales caen en la cuenta de que en el fondo les hacen el juego a otros. Los enaltecen y obnubilan con invitaciones a conferencias europeas y la consecución de fondos de organizaciones internacionales, y desconocen el efecto objetivo de sus acciones, como diría un marxista.

—¿Quién coordina las acciones de la WPA en Chile?

Parker se inclinó para que Cayetano le encendiera el cigarrillo con un fósforo, y

dijo:

—Saberlo, le servirá de poco.

—Depende de cómo actúo de ahora en adelante.

—Hay un tipo en Santiago de apellido Frosch, con una empresa que opera como fachada.

—¿Frosch es el tipo de la WPA en Chile? —preguntó azorado. Ahora entendía el papel de la Expedition en las inmediaciones del Azul Profundo en la noche del crimen—. ¿Él maneja la campaña contra el país?

Parker se limitó a contemplar satisfecho la lumbre de su cigarrillo colocándolo contra el cielo, y agregó:

—La articula, que no es lo mismo. Supongo que distribuye recursos a organizaciones ecologistas, sindicales o de minorías étnicas, y les consigue invitaciones al extranjero y luego las manipula en favor de los intereses de la WPA. Pero, entiéndame bien —advirtió Parker y aspiró el humo del cigarrillo con gesto de aprobación—, él utiliza a esa gente idealista y bien intencionada, y ésta lo ignora.

Era evidente que Lecuona había sido asesinado por su intento de denunciar el «Delenda est Australopithecus». Ahora sólo avanzaría con la investigación si Parker le revelaba el contenido del documento.

—¿Cómo puedo obtener una copia de ese plan? —preguntó.

—Lo que hay que hallar no es el plan, sino el manual operativo. Lecuona llevaba algo del plan, un buen punto de partida, en todo caso. Pero son los manuales operativos los que detallan las medidas concretas que se adoptan contra el país en cuestión. Una vez interceptados no es mucho lo que sirven, pues están codificados de forma hermética.

—Es un nombre extraño el de ese plan, por cierto.

—La WPA adora los nombres fantasiosos para sus operaciones y, según recuerdo, Frosch es un amante de la literatura y la historia, por lo que no sería extraño que envíe sus mensajes en claves cultas. ¿Sorprendente, no? Cuesta imaginarse a un ser refinado cometiendo crímenes. Pero por lo que está ocurriendo en Chile, es indudable que hay un plan en marcha allá. Dudo mucho de que usted pueda obtener y decodificar el manual. Yo que usted lo pensaría dos veces antes de continuar investigando...

Se reunieron a la mañana siguiente a desayunar en el Casablanca. Ordenaron café con leche y *bagels*, y Cayetano pidió además una paila de huevos fritos. Un cibernauta trabajaba en la computadora del local.

—He reflexionado mucho sobre lo que hablamos ayer —dijo Parker con el *International Herald Tribune* abierto en la página editorial—, y a pesar de que usted se está metiendo en la boca del lobo, voy a ayudarlo porque es una forma de tranquilizar mi conciencia. A través de un contacto pude sacar en limpio que hace un tiempo hubo alarma en la WPA por la filtración de documentos.

Parker cerró el diario y se contempló las manos como si las viera por primera vez. Luego fijó sus ojos grises en los de Cayetano, y continuó:

—Pero las aguas se aquietaron y ya no hay peligro, Cayetano Brulé.

La simple mención de su nombre lo desconcertó. El día anterior él se había presentado como Inocencio Ciabatta, y Parker se lo había creído. ¿De dónde sacaba ahora su nombre verdadero?

—Me enteré anoche por alguien que sigue en la WPA, viejas lealtades, usted entiende —afirmó Parker echándole ufano y con cara zorruna un vistazo al mar, que resplandecía turquesa—. La WPA sabe todo sobre usted. Le ha seguido por doquier, aunque es probable que haya perdido por unos días su pista aquí en México. Pero no nos apartemos de lo esencial: mi amigo nada pudo decirme sobre el manual. Pero de que es un plan para liquidar sectores de la economía chilena, de eso no hay duda...

Cindy sirvió el café y las *bagels*, y se marchó llevando el diario a otro cliente. Todas las mesas de la calle, protegidas por los quitasoles, permanecían ocupadas.

—Me interesa saber qué decían los materiales de Agustín y cómo se enteró la WPA de que Lecuona iba a perjudicarla —inquirió Cayetano y vertió tres cucharadas de azúcar en su taza—. ¿No sería una trampa de su fuente?

Parker saboreó el café con leche y luego untó pensativo el queso crema sobre la *bagel*. A esa hora tenía mejor semblante, mas su piel, un tanto ceniza, reflejaba los estragos de la enfermedad.

—Usted me dijo que Lecuona intentó ponerse al habla con La Casa en Chile, ¿verdad? —preguntó Parker.

—Eso es al menos lo que me informaron.

Parker arrancó un trozo de su *bagel* y comenzó a masticarlo con deleite. Se pasó una servilleta de papel por los labios y dijo:

—Pues Lecuona cometió un error fatal.

—¿Por qué?

Cindy volvió a la mesa, esta vez con la paila de huevos. Cayetano cortó un trozo de *bagel* y rompió con fruición la yema de color naranja.

—Habló con el jefe de La Casa. Eso fue lo que le costó la vida. Denunció el hecho ante el hombre equivocado.

—¿El Conde Rojo es un hombre de la WPA? —dijo incrédulo con la boca llena.

—Mire, Cayetano. Es una historia larga y escúchela con calma. Yo soy alemán de nacimiento y en los años ochenta, cuando trabajaba para el Verfassungschutz alemán, nos llegó la información de que en un avión de British Airways viajaban dos terroristas chilenos de Ámsterdam a Berlín Oeste.

Cayetano escuchó el comienzo de un relato que le resultaba conocido, aunque desde otra perspectiva. Se lo había oído a Sardiñas la noche en que caminaban sobre el Báltico congelado.

—Ordené su detención en cuanto dejasen la nave. Eran de la oposición armada al régimen de Pinochet, pero no nos interesaban por eso, sino por sus contactos con Libia y Alemania del Este. Nosotros, por encargo de la CIA, andábamos buscando a los terroristas árabes que habían realizado un atentado en una discoteca de Berlín Occidental.

—¿Uno de ellos era el Conde Rojo?

—Uno de ellos era Sardiñas, el hombre que usted visitó en Suecia —aclaró Parker y sorbió ruidoso de su taza—. Confesó en lo que andaba, aceptó colaborar con nosotros para informarnos sobre los germano-orientales, pero después se bajó del tren y se ocultó en Europa, casado con una sueca. Nunca pudimos hacerle nada, en verdad no había cometido delito.

—¿Y quién era el otro?

—El otro era efectivamente el Conde Rojo —aseveró con una sonrisa condescendiente—. Él también aceptó colaborar. No en lo relativo a su lucha contra la dictadura de Pinochet, pero sí en relación con los libios y los países del este de Europa.

—¿Entonces el Conde Rojo operó para ustedes? —Volvió a introducirse un trocito de pan con yema de huevo. Abrió mucho la boca para no mancharse los bigotes.

—A diferencia de Sardiñas, el Conde cooperó con nosotros y siguió escalando en su organización. Lo aceptó porque el poder era su droga. ¿Se imagina a un hombre así lejos del poder? Se deprime, no sabe qué hacer y termina suicidándose. Con el tiempo le perdí la pista.

—¿Por qué?

—Me retiré del Verfassungschutz, me fui a Estados Unidos y comencé a trabajar para la WPA gracias a mis conocimientos de inteligencia. Mejor paga y menos tensiones.

—¿Y usted no alertó a Agustín sobre el Conde Rojo?

—Ya le dije, no tengo alma de kamikaze. Un periodista como él hubiese revelado

eso al día siguiente, hundiéndome. El «Delenda est Australopitecus» puede filtrarse por diversos canales, no así la historia del Conde Rojo. Además, cuando Lecuona quiso hablar conmigo sobre él, yo preferí esquivar el tema, no me interesa la historia de una traición individual, sino que el país descubra el drama que lo amenaza.

—Pero, un momento —dejó lo que quedaba de la *bagel* reposando junto a la paila—. ¿De dónde surgió el interés de Agustín por abordar el tema del Conde Rojo? ¿Una mera corazonada?

—Recuerde que él estaba escribiendo la historia de la izquierda chilena...

—¿Y está de seguro que nadie le mencionó el tema?

—Bueno, sí, un chileno que encontró en París, pero vivía en San Petersburgo. Él le había comentado que el Conde Rojo tenía un pasado turbio. Pero nunca supe quién fue, además parecía más bien un chisme...

Ahora entendía por qué él, Cayetano Brulé, seguía vivo, y por qué el Escorpión le había dado a entender que el jefe de La Casa era un hombre en el cual no se podía confiar. Circulaban rumores sobre el Conde Rojo, y era probable que intuyera que si ordenaba su asesinato, el Escorpión sospecharía en primer lugar del jefe de La Casa. Eso explicaba también por qué sus perseguidores le ofrecían resolverle los problemas ante la justicia chilena.

—Anoche averigüé también que el «Delenda est Australopitecus» fue acordado hace dos años y como escalada —agregó Parker—. *Delenda* significa «destruir», y con *Australopitecus* se refieren a Chile, al hombre austral. Es un juego medio idiota de algunos de la WPA para disfrazar la operación.

—¿Y el manual operativo?

—Lo desconozco, pero el asunto está en marcha. Se trata de una operación «caos». Por lo general, el plan operativo es absolutamente en clave y aunque lo tenga en sus manos no podría descifrarlo.

Parker podía estar tendiéndole una trampa. Tal vez aún se mantenía fiel a la WPA y trataba de convencerlo para que viajara a Chile con el fin de que allá lo cazaran y secaran en la cárcel, sin necesidad de despertar sospechas en gente como el Escorpión.

Comenzaban a aparecer los primeros bañistas en la playa: unas muchachas en bikinis breves, seguidas por un tropel de mexicanos.

—No vaya a Chile, mejor —dijo al rato Parker y contempló al grupo mientras bebía de su taza.

—Tengo que ir —repuso Cayetano desde el pozo claro de sus dioptrías, aspirando el calor húmedo de la mañana—. Y por eso necesito la información que llevaba Lecuona.

—No dejé copias por razones de seguridad. Más fácil le resultará conseguirse un pasaporte falso, que aquí los venden por una bicoca, y desaparecer con su amiga en el archipiélago sueco.

—Usted no tiene alma de kamikaze, y yo no tengo pasta de Robinson Crusoe.

Parker dejó de masticar, entretenido por la analogía, y dijo:

—No se preocupe, uno siempre vive menos de lo que se imagina.

Tenía razón. A menudo el error de los proyectos íntimos consistía en ignorar el calendario, lo que también era válido para su relación con Kim. Toda pareja debía tener al menos una perspectiva en el papel, y la suya era culminar como abuelito artrítico junto a una mujer en el esplendor de su madurez. Y eso, siempre y cuando la mancha maldita no fuese nada más que eso, una mancha irrelevante. No, no estaba para candidato a tarrudo, pensó afincándose en sus espuelas de macho latinoamericano.

—Necesito toda la información —insistió al volver a lo que le ocupaba—. Tanto el plan general como el operativo. Con ellos en la mano puedo advertir a las autoridades chilenas, esclarecer el crimen de Lecuona y quedar libre de polvo y paja. De lo contrario, llegaré a Chile igual que Agustín, ignorando cuestiones cruciales.

Parker sonrió displicente.

—Por eso no vaya.

—Voy a ir —dijo resuelto—. ¿Y usted quiere dejarme marchar como a Agustín? ¿Ignorando lo esencial? ¿No serán demasiado dos muertos para su conciencia?

Parker guardó silencio, serio, y Cayetano pensó que tal vez era una ingenuidad imaginar que ese tipo de argumento podía hacer mella en un antiguo colaborador de la WPA.

—Trataré de ayudarlo —dijo Parker al rato, como si las palabras le hubiesen surtido efecto. Paseó la mirada por la calle, que desembocaba ahora vacía en la playa—. Pero recuerde que no debe acercarse al Conde Rojo. —Se quedó pensativo y en silencio, y luego agregó—: Hay algo que no le he contado sobre el asunto.

—¿Qué?

—¿Sabe quién fue el interrogador de Sardiñas y el Conde en el aeropuerto de Berlín?

—Usted, ¿verdad?

—No, yo estaba de analista en la central —corrigió con el ceño adusto—. Fue Frosch, señor Brulé, Helmut Frosch.

Tres días más tarde, después de haber adquirido con la ayuda de Parker y trescientos dólares un flamante pasaporte mexicano, Cayetano abordó el Lan Chile que lo dejaría en Santiago a la mañana siguiente. Kim viajaba en ese momento de vuelta a Estocolmo, desde donde lo apoyaría mejor en caso de que las cosas no marchasen. Acordaron mantenerse en contacto a través del correo electrónico.

Durante la despedida en la cabaña, donde se sentían seguros, porque según Parker la WPA aún no lograba ubicar su nuevo paradero, el detective tuvo la intuición de que nunca más volvería a ver a la sueca. Y quizás era mejor así, se dijo a modo de consuelo, por cuanto una relación entre dos personas de edad tan dispar no contaba con expectativas halagüeñas. Se habían despedido en un ambiente racional y cariñoso, carente de reproches y dramatismos, lo que le hizo apreciar la ecuanimidad del alma de la escandinava.

Y ahora surcaba el cielo en ese Boeing con destino al sur del mundo llevando, al fin, una copia del plan general del «Delenda est Australopitecus», el mismo que a Agustín Lecuona le había costado la vida en el Azul Profundo. Casi no podía creerlo. El documento estaba allí, frente a él, en la guantera del respaldo del asiento delantero, y nadie se lo podría arrebatar. No bebería una sola gota de alcohol ni pegaría pestaña para proteger de forma adecuada esa información crucial.

Era un estudio de cincuenta páginas. Parker lo había recibido vía Internet, y después lo había impreso y anillado en un centro fotocopador de Playa del Carmen. El «Delenda est Australopitecus» detallaba con abismante exactitud las principales ramas exportadoras de la economía chilena, las compañías propietarias, el desarrollo de sus colocaciones en el exterior y los proyectos de expansión ya aprobados. Contenía al mismo tiempo un listado de los mayores inversionistas individuales en esas ramas y precisos cuadros de sus familias, círculos de amistades, gustos, hobbies, vicios y preferencias, en especial, los del ámbito sexual.

Un capítulo aparte examinaba las áreas vulnerables de las ramas exportadoras en materia de producción, asuntos laborales, procesos de distribución, tributos nacionales y endeudamiento de las compañías. Al final del segmento se formulaban consejos para iniciar ofensivas mediáticas en la Unión Europea y Estados Unidos contra las empresas exportadoras. En rigor, el documento no hacía referencia a la WPA y podía parecer el análisis de un economista de una universidad norteamericana.

—Con esto que le entrego —le había dicho horas antes Parker en su casa construida sobre rocas frente al Caribe, casa cuyas paredes estaban cubiertas de

estantes con libros de arte, arquitectura y novelas policiales— me estoy condenando a una muerte anticipada, porque la WPA lo sabrá. Pero me han dicho que lo peor son los últimos meses de mi mal.

Su contacto en la WPA, un hombre que por sugerencia de Parker había pasado de la CIA a la organización, le había hecho llegar el plan, pues creía que el enfermo quería estudiarlo para contribuir a detectar insuficiencias.

—Recuerde que el poder principal de la WPA no radica en sus miembros — subrayó Parker después del desayuno en el Casablanca, mientras acariciaba la portada del documento recién impreso—, sino en que sus planes son inverosímiles, como arrancados de la obra de un novelista.

Ahora que veía sus ojos vacíos de alma y sus manos nervudas y temblorosas, cayó en la cuenta de que no sabía nada sobre él. ¿Había estado casado? ¿Tenía familiares? Probablemente no, por ello se encontraba solo y ya no tenía reparos en traicionar a la organización para la cual había trabajado. Era demasiado tarde para averiguar algo sobre Parker a través de terceros. Se marcharía al día siguiente usando un pasaporte falso y nunca más se cruzaría en el camino con el enigmático hombre de la WPA.

Parker inclinó la cabeza e introdujo sus manos en los bolsillos del pantalón como dando por terminado el encuentro. El aire acondicionado enfriaba bien, y a través del ventanal del living uno tenía la impresión de que la casa emprendería en cualquier instante el vuelo sobre el Caribe.

—¿Por qué no huye? —preguntó Cayetano con cierto temblor en su voz. El tipo comenzaba a despertarle compasión.

—¿Adónde? —preguntó Parker alzando sus pequeños ojos hacia el cielo raso—. El amigo con quien hablé anoche me anunció que pronto llegará gente a visitarme.

Cayetano se miró las sandalias. Le seguían apretando, las miserables.

—¿Conoce a esa gente?

—Han de ser pistoleros. Pero no se inquiete, esto es así, Cayetano. La WPA financia la traición y atrae a traidores.

Cayetano hojeó el documento. Eran páginas letales si permanecían en poder de la WPA. Parker continuó en tono pedagógico:

—Recuerde que allí no encontrará detalles sobre la recta decisiva. Eso está en el manual operativo. De conseguirlo, se lo haría llegar.

Apuntó en una hojita amarilla el *hotmail* de Kim, que Cayetano le dictó.

—No se olvide de enviarme el material. Es clave...

—Sólo podré hacerlo si logro interceptar un mensaje o penetrar algún disco duro —dijo tras adherir la hojita a la pantalla de su Gateway—. ¿Cómo decían los estudiantes franceses? Seamos realistas, pidamos lo imposible. Cayetano, usted es un anacronismo.

Sí, no había sido fácil convencer a Kim de que volviese a Suecia. Sólo el argumento de que desde Estocolmo podría serle más útil a su causa la había hecho cambiar de opinión a último minuto. Y ahora, viajando en ese avión bajo una identidad falsa, se sentía huérfano y solitario. No sólo lo mortificaba el deseo de tenerla entre sus brazos en el lecho, sino también la necesidad de contar con su compañía permanente. ¿Era amor o sólo acostumbamiento todo eso? Le resultaba inconcebible que a lo largo de la vida nunca dejásemos de ser simples aprendices en materia de amor, analfabetos incapaces de discriminar los sentimientos, de diferenciar entre afecto y deseo, y entre deseo y curiosidad.

La nave aterrizó en Pudahuel cuando el esmog ya pendía amenazador sobre la capital, y por el este los picos de algunas montañas refulgían cobrizos. Era el inicio de un nuevo día caluroso. Cruzó sin inconvenientes el control de inmigración entre los pasajeros taciturnos que regresaban de Cancún con la inquietante conciencia de que en el Caribe existía otro modo —más sensual, espontáneo y alegre— de experimentar y gozar la vida, entre gente que volvía a casa con un sabor a derrota y desencanto. Tal vez habían descubierto que no valía la pena esforzarse por ser los suizos o ingleses del continente, y que algo sustancial para la existencia escaseaba a los pies de los Andes.

No perdió mucho tiempo, sin embargo, en disquisiciones antropológicas y cogió un taxi hacia la casa de Madame Eloísa, la amante de Suzuki, donde se instalaría a planear su estrategia. De partida, era urgente ubicar a la persona adecuada en el gobierno para entregarle el «Delenda est Australopitecus», de lo contrario corría el peligro de que el documento terminase en manos del Conde Rojo y él, condenado a perpetua, aunque dicha pena no sería, quizás, tan larga, pensó mientras recordaba que debía volver donde el doctor Müller. No lo había llamado del extranjero no sólo por temor de que la policía lo detectara, sino también de que un resultado negativo lo desmoralizara.

Seguro Kim ya estaba en el departamento de Södermalm esperando recibir de Parker el manual operativo del «Delenda est Australopitecus», se dijo embargado por un repentino sentimiento de soledad en el asiento trasero del vehículo. Debía contactarse electrónicamente cuanto antes con su amiga. Teniendo ya el segundo documento en la mano podría hacer un buen papel ante los representantes de gobierno. Ojalá que el Conde Rojo no se hubiese enterado de que él ya estaba en Chile.

Tal vez Parker lograría conseguir el manual operativo, pero no era seguro que

podiera descifrarlo. Sus días estaban contados. Nadie que revelara los planes de la WPA podía esperar clemencia. La muerte de Agustín lo probaba fehacientemente. La WPA contaba con recursos y paciencia para cazar a quien se propusiese. La actitud de Parker rayaba a esas alturas en la resignación: «¿Cuánto tiempo de vida le queda a un hombre enfermo como yo?», le había preguntado clavándole como estacas sus ojos de color metálico. «¿Dos, tres, seis meses? Es preferible morir asesinado a morir en una cama».

Intentaba planear sus próximos pasos, pero el taxista que lo conducía a Valparaíso, un hombre delgado, de anteojos ahumados y bigotito a lo Clark Gable, hablaba ininterrumpidamente de los secuestros y de las huelgas en el área exportadora, así como de la rebelión mapuche y presagiaba que pronto los atacameños y pascuenses exigirían su independencia.

—Vamos derechito al abismo —pronosticó—, y aquí nadie hace nada. Ya poco nos queda del país jaguar del pasado. ¿Usted vino como turista o piensa quedarse?

—Andaba afuera sólo de viaje —repuso Cayetano mirando hacia las viñas que se extendían amarillentas a ambos lados de la carretera.

En ellas se pudrían los racimos de uvas que nadie cosechaba y los pájaros hacían su agosto. En verdad, las huelgas de las temporeras constituían ya una protesta de dimensión nacional. No tardó en constatar que a la entrada de los túneles y junto a los puentes había efectivos militares armados. El gobierno temía seguramente acciones terroristas.

—Pues, la cosa empeora a diario, mi amigo. Mire cómo la uva se seca en los parrones —agregó al ver que Cayetano contemplaba el valle—. Ahora en Estados Unidos acusaron a las viñas de emplear pesticidas cancerígenos.

Arribó donde Madame Eloísa a las once de la mañana. El día estaba despejado y tibio, envuelto en olor a mar y pinos. La mujerona, una gorda de proporciones desmedidas, labios carmesí y un gran lunar junto a la boca, vestía una bata de seda china mientras colgaba ropa húmeda en el portal de la vivienda. Como todas las casas de Valparaíso, la suya miraba desde lo alto del cerro hacia el Pacífico.

—¡Pero no puede ser! —gritó enlazando regocijada sus manos. Llevaba tubos en el cabello y una toalla manchada sobre los hombros, porque acababa de teñirse de rubio—. ¡Al fin reapareció don Cayeta en persona!

—Baje el tono, Madame, por favor, que ando arrancando de la policía —dijo él en cuanto el taxi se hubo marchado—. ¿Está Suzukito? Necesito hablar con él.

Instantes después el investigador y su secretario desayunaban y conversaban mientras Madame Eloísa preparaba el cuartito en lo alto de la casa, un lugar tranquilo y seguro, con una vista formidable sobre Valparaíso.

—Si prefiere, a la noche puede dormir en el salón de masajes —propuso Suzuki—. Lo más seguro es cuando alojan policías. Les ofrecemos promociones especiales y derecho a pernada con las contrataciones más recientes.

Rechazó la invitación, y desde la computadora que Madame Eloísa tenía en el

dormitorio, le anunciaron a Kim que estaban en condiciones de recibir mensajes. Después le pidió al secretario que llamara al Escorpión desde un teléfono público para que éste a su vez se contactara desde la calle. A Suzuki no lo convenció la idea de hablar con un funcionario de Investigaciones.

—Confío en él y tal vez pueda ayudarme —repuso Cayetano al romper la yema con el pan.

—¿Y los amigos del MRA?

—Que ni sepan que ando aquí. Piensan que aún estoy en México. Decidí desembarcarme. Tengo la impresión de que están infiltrados hasta los tuétanos.

—Bueno, jefazo, me marché entonces a llamar al Escorpión —dijo Suzuki tras limpiar el fondo de la paila con el pan—. Si necesita chequear mi correo electrónico en busca de mensajes, Eloísa sabe cómo hacerlo. Y ahora descanse al menos un rato.

—Voy a pasar al cuartito a releer el documento. Hay varias cosas que necesito estudiar. Creo que con un poco de suerte podremos aclarar todo.

—¿No necesita un arma, jefazo?

—¿Para qué? No creo que el Escorpión me delate.

—No me refiero al Escorpión, jefazo, sino a los de La Casa. ¿Está seguro de que el Conde Rojo ignora que usted ya está en Chile?

—¿Pero tú te has vuelto loco? —exclamó el Escorpión tras escuchar el relato de Cayetano sobre su odisea—. Si le hablas al gobierno de la supuesta guerra que libra un grupo secreto contra el país, irás derecho al manicomio y hasta yo aplaudiría.

—Eso es el «Delenda est Australopithecus» —insistió Cayetano—. Aunque no lo creas.

Discutían en el living de la casa de Madame Eloísa tomando un café detestable en tazones trizados. A través de la puerta abierta veían la baranda del corredor sobre la que descansaban maceteros con claveles, y abajo, lejos, la herradura costera de Valparaíso.

—Esto no explica nada, lo pudo haber escrito cualquier novelista con imaginación —alegó el hombre de Investigaciones agitando el documento—. La simple palabra escrita no convierte lo narrado en real.

—¿También tú estás dedicado a la teoría literaria?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que si también estás estudiando a Lacan, Lukacs y Shklovsky, y otros tipos complicados, que te juro no entiendo.

—No tengo idea de lo que hablas, lo que me confirma que no estás en tus cabales. Pero si pretendes con estas malditas hojas —las arrojó sobre la mesa en señal de molestia— convencer a los tribunales de que eres inocente y al gobierno de que hay una conspiración en ciernes contra el país, estás más que jodido. Esto no prueba nada.

Cayetano sorbió el café molesto por el escepticismo del Escorpión. Estaba ocurriendo precisamente lo que temía: pocas personas creerían en la realidad de la WPA. Supuso que había caído en una trampa, al igual que Robert Redford en la película *Los tres días del cóndor*.

—Lo que me corresponde a mí ahora en realidad es detenerte —anunció el Escorpión mirándolo tranquilo, aunque con aire resuelto.

Con su chaqueta café, pantalón marengo y la corbata gris sobre la camisa azul se veía impecable, como de costumbre, el policía. Nunca dejaría de asemejarse a un maestro de colegio de clase media.

—No jodas, Escorpión, tú sabes que digo la verdad y que todo lo que te conté es cierto.

—Lo sé, lo sé como individuo, pero como funcionario de Investigaciones tengo que atenerme a los hechos. Te buscan por el homicidio del Mexicano y eso es todo. Lo demás hará creer a los jueces que perdiste el juicio, lo que en este país sirve para eludir tribunales, por cierto. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Seguir perpetuamente en

estado de demencia?

Cayetano se puso de pie y salió al corredor a contemplar la ciudad. El sol coruscaba sobre los techos de calamina y el Pacífico, y el mundo parecía engañosamente en orden. Nada cambia cuando las cosas marchan mal para uno, pensó. Y era cierto, la ciudad cumplía imperturbable su jornada veraniega, envuelta en el viento de la tarde mientras las sombras se colaban por las calles y avenidas. ¿Qué haría, coño?

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que desees —agregó comprensivo el Escorpión—. Yo no daré el soplo, pero no creo que te entusiasme mucho la perspectiva. ¿Cómo es posible que te hayas vuelto a Chile con estas páginas, que más parecen una novela, en lugar de quedarte con la sueca?

Sorpresivamente ingresó Suzuki a la sala. Traía varias hojas impresas y un aire de desconcierto.

—Mire lo que acaba de enviarnos Kim por internet, jefe —anunció entregándole el documento a Cayetano—. Acabo de imprimirlo. Dice que es el manual operativo de la WPA y que tenga cuidado, que lo actualizan día a día...

Al detective privado se le encendieron los ojos. Cogió las páginas y se sentó a la mesa a examinarlas. El Escorpión continuaba sentado junto a su taza, meneando la cabeza con escepticismo.

—Aquí está lo que necesitábamos —Cayetano se esforzó por sonar convincente. Su destino dependía del Escorpión, de que él también creyera en todo eso—. Suzukito, para celebrar ponte sobre la mesa unas Lager bien frías y las aceitunas negras —ordenó. Y dirigiéndose a su colega, dijo—: Esto me lo acaba de enviar el hombre de la WPA a través de Estocolmo. Dice que probablemente es lo último que recibamos, porque siente que el círculo se cierra en torno a él.

—Déjame ver —repuso el Escorpión con el ceño fruncido, masticando macadamias.

Lo que vieron sus ojos lo sorprendió:

84-7082-013-3 mayo 05

1559633611 junio 06
Albert Edelfeldt (1883)

9519543445 junio 11

0856673439 diciembre15
Peder Severin Kroyer (1898)

9879077091 diciembre16

3893547266 febrero 16

84857800 febrero 20
A. Herrhausen - australopitecus
0517207419

Edward Hopper (1946)

Philip Evergood (1937)

Los números y las palabras se repetían monótonamente a lo largo de las páginas.

—Pero aquí sólo hay cifras, fechas y un par de nombres, carajo —reclamó el Escorpión decepcionado.

—¿Es que no te das cuenta de que es un mensaje en clave? Si logramos decodificarlo, podré llevarlo al gobierno.

—Entonces anda viendo cómo descifras el mamotreto este, porque con él no te puedes presentar ni en un circo pobre.

—¿Pero qué te ocurre, Escorpión? ¿Te has vuelto pusilánime? Dame tiempo y yo me encargo de descifrar esto. Ya verás.

—Pues, si con esas andamos, avísame entonces cuando lo hayas hecho —repuso el Escorpión y dejó caer las páginas sobre la mesa—. Pero con el «Delenda est Australopitecus» y ese supuesto manual operativo en este país sólo cosecharás carcajadas. Una descripción detallada de la economía chilena y de la vida de ciertos empresarios, junto a unos nombres y números, no sirven.

—Dime una cosa, Escorpión.

—Tú dirás —repuso el hombre de Investigaciones desde el umbral, el mar a sus espaldas.

—Si logro desentrañar esa clave y las cosas tienen sentido, ¿me ayudarías a contactarme con alguien confiable en el gobierno?

—Si logras hacerlo y no se trata de otra novelita como que la que tienes sobre la mesa, cuenta conmigo, Cayetano. De lo contrario, dile a Suzuki que te vaya consiguiendo la camisa de fuerza ahora mismo.

Quedaron solos, pues Madame Eloísa había salido cerro abajo, llevando pamea y un vestido rosado, a buscar pan fresco para hacer once con un arrollado insuperable que fabricaban en un boliche de la calle Las Heras.

—¿Y ahora, jefazo, qué hacemos? —preguntó Suzuki, consternado por la repentina marcha del Escorpión.

—Vamos a decirle a Kim que le pregunte a Parker qué diablos significan estos números, nombres y fechas —repuso Cayetano en un acceso de tos—. No puede ser que él no tenga la más mínima idea.

—Jefazo, usted debería ir de inmediato a ver al doctor Müller. Esa tos suena requetemal.

—No puedo ahora, Suzuki. Fíjate mejor en lo siguiente: estas palabras parecen formar el título de una novela o una película. «Jo en Wyoming», 1946, y «Tragedia americana», 1937. ¿Has visto alguna película con ese título?

—Para qué le voy a mentir. De cine lo que veo son las películas taiwanesas de kung fu y las norteamericanas de Schwarzenegger y Brad Pitt. ¡Esas sí son películas, jefazo, nada que ver con los bodrios intelectuales con que tanto latean franceses y suecos!

—Si te escucha Héctor Soto, te crucifica en su columna sobre cine, coño. Es como hablarle mal de Hemingway al periodista Javier Ortúzar.

Entraron al dormitorio de Madame Eloísa, y Suzuki se sentó al computador y envió el mensaje a Kim. En Europa debían ser las diez de la noche, y era probable que la sueca respondiera de inmediato.

Le apetecía un cigarrillo, pese a las advertencias de Müller, y tomó asiento al borde de la cama, que rechinó bajo su peso, mientras maldecía el hecho de que aún no sabía qué indicaban los malditos números. Pero aunque leyó una y otra vez las páginas impresas, no pudo resolver el enigma.

—Para mí que esos números son combinaciones de banco, jefazo. Tal vez su amigo de Playa del Carmen se confundió con el apuro, y no le envió el manual operativo de la WPA en Chile, sino cuentas secretas de la organización en bancos suizos, lo que no estaría nada mal.

Le indicó a su ayudante que llamara de inmediato a Exequiel Lira, asesor financiero de una entidad bancaria, para quien había resuelto años atrás un caso de estafa en Vitacura. Tras recomendarle que invirtiera su dinero en dólares, porque la divisa norteamericana no iba a dejar de subir, Lira le advirtió que los números no olían a cuenta bancaria y que en el caso de que lo fueran, de nada servían, puesto que

no iban acompañadas del nombre de la institución. Después consultaron al abogado Hugo Botticelli con resultados semejantes.

—Si no son películas, a lo mejor son novelas —comentó Suzuki.

—Aquí sí que nos vamos al carajo —exclamó Cayetano con desaliento—. De literatura es poco cuanto sé. Apenas he leído novelas policiales y esos horribles textos de teoría literaria que me regaló Lourdes, los que, por cierto, no dejan de azorarme por lo hermético que me resultan.

—¿Hablamos mejor entonces con el profesor de la Universidad de Playa Ancha? Me contaron que desde que se le echó a perder el carro de alquiler, está acuartelado en su casa escribiendo una historia imaginaria sobre Valparaíso.

—¿Imaginaria?

—Una ciudad que nunca fue fundada no puede tener más que una historia imaginaria.

—Eso es una novela, entonces. Una nueva novela, coño. Todo el mundo es literato ahora.

Era increíble el número de novelas que circulaban por el mundo y la multitud de personas que seguían escribiendo nuevas novelas, pensó Cayetano. Seguro existían en el mundo más escritores que lectores, circunstancia deprimente para los primeros. En fin, se dijo, si la historia imaginaria de Valparaíso le daba una tregua al profesor Inostroza, probablemente pudiera ayudarlos.

—Envíale otro mensaje a Kim —ordenó pensativo—. Dile que lo que Parker envió como manual operativo puede ser una confusión.

No pudo reprimir un sentimiento de nostalgia por la muchacha. Él mismo le había impuesto el regreso al oscuro invierno de Suecia, y él la había dejado marcharse de su lado, pese a que tal vez era la mujer de su vida. Sintiendo un cosquilleo de angustia en la barriga, intuyó que nunca más volvería a verla. Alguien le había dicho una vez que en la vida existía sólo un amor y que el resto eran meros espejismos. ¿Pero cómo coño se distinguía de buenas a primeras el amor de los espejismos?

La irrupción de Madame Eloísa envuelta en un aroma a pan recién salido del horno lo arrancó de sus cavilaciones amorosas y encendió el entusiasmo de Suzuki. La mujer venía sudada y resollando, y tras arrojar su pamelita rosada sobre la cama, le anunció que prepararía once y por la noche unas prietas formidables con papas cocidas. Fue ése el instante en que la respuesta de Kim apareció en la pantalla.

—Escuche, jefe, lo que dice su walkiria —anunció Suzuki—: «Ya le reclamé a Parker, porque a mí también me pareció que podía tratarse de una equivocación. Insistió en que no es una lista de cuentas bancarias, sino efectivamente el manual operativo codificado de la WPA para Chile. Además, dice que está en el Casablanca y que ya se enteró de que ciertos visitantes lo esperan en casa».

—¡Coño! ¿Todo esto sucede ahora, Suzuki? —preguntó con alarma Cayetano.

—Ahora mismo, jefe. En vivo y en directo, como diría Pedro Carcuro. Eso es lo grande de la internet. Ahora en Estocolmo es de noche, y su amiga está ante la

pantalla, y en Playa del Carmen aún brilla el sol y Parker camina a su casa para encontrarse con esa gente.

—Pues, la cosa está jodida, Suzukito. Parker no volverá de esa cita.

—¿Qué dice?

—Que Parker marcha a la muerte —pronosticó cabizbajo—. Y lo sabe. En rigor, le da lo mismo.

Un grito destemplado desde la cocina les anunció que Madame Eloísa ya había preparado el café y los sándwiches.

—¿Y ahora, jefe? —preguntó Suzuki consultando la pantalla en busca de nuevos mensajes.

—Ahora no nos queda otra que descifrar el significado de este manual operativo.

—¿Nos ponemos en contacto con el profesor Inostroza después del arrollado, entonces?

Si bien el calor aún tenía bajo su férula a la ciudad aquella tarde, el profesor Inostroza leía despreocupado, y en chancletas y pantalones cortos, una novela de Patricia Highsmith a la sombra del parrón. No pudo ocultar su asombro al ver a Cayetano Brulé seguido de Suzuki delante de la reja del jardincito.

—No creo en nada de lo que cuenta la policía sobre ti, Cayetano —afirmó abrazando emocionado al detective—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Gracias, muchas gracias. Sírveme algo de tomar y te haré unas preguntitas —dijo Cayetano. Abajo los techos de calamina devolvían los reflejos del sol de la tarde, y las calles descendían culebreando por entre los cerros como ríos de plata.

Inostroza colocó un par de cervezas y un potecito con aceitunas negras sobre la mesa, y el detective, tras explicarle en términos generales las razones por las cuales estaba de regreso en Chile, le enseñó el manual operativo. El académico lo hojeó en silencio, sin comprenderlo.

—¿Te dicen algo esos números? —preguntó Cayetano mientras masticaba una aceituna.

—Para serte franco, no tengo ni idea. Los números a la derecha obviamente son fechas. Ignoro, eso sí, de qué año.

—¿Y esos títulos a la izquierda? ¿No serán acaso de novelas? ¿Tal vez los nombres son de actores...?

—No ubico ni a Edelfeldt ni a Kroger —repuso Inostroza a la vez que hojeaba el documento—. Bien pueden ser actores, pero también políticos, vaya uno a saber. Y «Una tragedia americana» me suena a novela, no así «Jo in Wyoming», aunque hoy se escribe tanto...

—¿Qué sabes de esa novela? ¿Tiene algo que ver con Chile?

—La escribió Theodore Dreiser, un norteamericano. Se trata del asesinato de una muchacha embarazada, ocurre en Kansas City, si no me equivoco.

—Coño, si esto sigue así...

—Me alegra que la literatura también juegue un papel protagónico en cosas importantes —comentó pensativo el académico—. El redactor de esto conoce al menos la literatura norteamericana.

—No estoy de ánimo para discutir esos temas —reclamó Cayetano después de probar la cerveza, que le supo fría y ácida—. Tengo las horas contadas, y sospecho que si no me apuro, pronto me echarán el guante. No puedo vivir clandestino todo el tiempo. Dime, ¿qué puede significar todo esto?

—Más allá de los nombres no puedo ir. Las fechas que aparecen a la derecha de

las claves es lo que me desconcierta. La novela de Dreiser apareció como en 1925 o 1927, antes de la gran depresión, pero no en 1937. Por lo tanto, no se puede tratar de la novela de Dreiser. Puede ser una película, tal vez.

—¿Y entonces?

—No sé. Estamos atascados —dijo Inostroza echándole una mirada rápida a su reloj.

—¿Tienes un compromiso?

El sol caía como una moneda incandescente en el Pacífico. Y las nubes en el cielo comenzaban a adquirir una tonalidad rojiza de infierno dantesco.

—A las ocho debo pasar a buscar a una novia. Pero todavía dispongo de unos minutos, me calzo el traje gris y ya. Menos mal que la gente se sigue casando, pues con lo que gano en la universidad no me alcanza ni para la micro.

—Vamos, Inostroza, dame una manita. —Se le escapó un leve erupción con olor a Escudo—. ¿No puedes buscar los nombres por internet? Por internet se venden libros y películas, hasta arte, según Kim.

Inostroza se puso de pie sin palabras, como compungido, y entró a su casa, dejando a ambos investigadores bajo el parrón. Unos gorriones se posaron en las baldosas y luego remontaron con escándalo el vuelo.

Cayetano pensó que iba a ser imposible demostrar las acciones de la WPA contra el país. Chile seguiría rodando cuesta abajo y él siendo un fugitivo. ¿Qué podría hacer para que le creyeran? Pensó en Kim, en que a esa hora seguramente estaría en el Scandic o en el Doble F, o bien en su apartamento de Södermalm, recordando tal vez su paso fugaz por el Caribe. Se acordó de la *stuga* de Sardiñas, perdida en el archipiélago congelado, de los viejos que se mecían en sus sillas en Marianao, del padre de Kim huyendo en forma perpetua, y del Casablanca con su música y sus libros usados.

¿Qué sería de Parker? ¿Estaba ya muerto o lo estarían interrogando? ¿Y dónde se encontraba el Conde Rojo? ¿Y el MRA se había enterado ya de que andaba en Chile? ¿Sabían ya el Conde y la WPA que él estaba al tanto de todo, tal como lo había estado Lecuona? Temió que terminaran por asesinarlo. Ni el Conde ni la WPA podían tener interés en dejarlo con vida. Los peores augurios de Margarita se harían realidad.

—¡Cayetano!

Se viró y vio a Inostroza asomado por la ventana, sonriente.

—¿Qué ocurre, coño? ¿Te casas tú, que estás tan feliz?

—Parece que di con la clave.

Cayetano y Suzuki corrieron al interior de la vivienda, donde Inostroza estaba ya sentado frente al computador. Había un gran libro abierto sobre la mesa.

—¿Son películas o libros? —preguntó Suzuki.

—¿Y qué significan esos nombres? —insistió Cayetano hojeando la novela de Highsmith, que Inostroza había dejado junto al computador.

—Los nombres son de pintores, y los títulos pertenecen a pinturas famosas. Vean

la enciclopedia y lo comprobarán. Albert Edelfeldt es un pintor escandinavo y en 1883, la fecha que aparece a la derecha en el manual, pintó *En el mar*. Observen.

No era una buena enciclopedia de arte, pero suministraba los datos biográficos esenciales y un retrato del pintor: Edelfeldt era, o había sido, un tipo de aspecto angustiado.

—Y Kroyer pintó en 1898 su obra maestra, *La fiesta del artista* —agregó Inostroza al dar vuelta las páginas—. Aquí lo ven. Aunque es muy pequeña la foto, muestra a un grupo de gente que celebra en torno a una mesa. Y la *Tragedia americana* es otro cuadro, pintado en 1937, por Philip Evergood. Allí calza el año con el indicado en el manual.

—¿Y Hopper? —preguntó el detective. Examinaba el año de publicación de *Los dos rastros de Jano*, la primera novela de Highsmith que había leído.

—Edward Hopper es un artista norteamericano. En 1946 pintó *Jo en Wyoming*. Su cuadro más famoso es *American Gothic*. Es todo cuanto sé.

—¿Y entonces? ¿Qué hacemos con todas estas obras, jefazo? —preguntó Suzuki con cara de desahuciado—. Esto parece Parinacota.

—Pinacoteca, Suzukito —corrigió Cayetano examinando las primeras páginas de la enciclopedia—. Y tú, Inostroza, debes irte ahora al matrimonio antes de que la novia se arrepienta, pero te voy a pedir que busques todo lo concerniente a «A. Herrhausen», el apellido que aparece en el manual operativo.

—Seguro. Habrá muchos Herrhausen.

—Bien, cuando vuelvas del casorio, te dedicas a buscarlo. Yo me iré con Suzukito a la casa de Madame Eloísa a investigar por internet. Es seguro que obtendremos algo más. Pero antes de que te marches, Inostroza, dime, ¿todos los libros tienen marcado este numerito?

—Desde hace años, todos. Es el ISBN.

—¿Todos tienen ese ISBN?

—Todos los libros del mundo. Y jamás se repiten. Son como la huella dactilar de cada texto.

—Entonces dimos con la clave, mis amigos.

La madrugada sorprendió a Cayetano y a Suzuki frente a la computadora de Madame Eloísa, quien se encontraba atendiendo su negocio del Almendral. A las cinco los investigadores habían logrado decodificar, a través de amazon.com, el conjunto de los ISBN e imprimir los títulos de los libros correspondientes. Sin embargo, pese a los sándwiches y los tazones de café, aún no lograban armar por completo el rompecabezas del «Delenda est Australopithecus» en relación con los pintores.

—Busca lo que haya pintado Odd Nerdrum en 1978 —dijo Cayetano—. Me interesa mucho por la fecha que aparece en el renglón derecho.

Suzuki tecleó en el museo virtual y en la pantalla surgió un cuadro impactante. Un joven era ultimado de un disparo en la cabeza por un grupo de hombres. La escena, valiéndose de escasos elementos, irradiaba un dramatismo escalofriante. Era la pintura más brutal que habían visto y que verían en años. Se titulaba *El asesinato de Andreas Baader*.

—Fíjate en la fecha que aparece en la lista, a la derecha del título —ordenó Cayetano.

—12 de enero. ¿Por qué? ¿Ocurrió algo importante ese día?

—Es el día en que asesinaron a Agustín Lecuona.

Se miraron perplejos e incrédulos, guardando silencio. ¿Era casualidad o estaban ante el itinerario de las acciones criminales codificadas por gente de la WPA? Lo que sí estaba fuera de toda especulación era que ese día el cubano había sido liquidado en el Azul Profundo de una forma similar, cuando no idéntica, a la descrita por la pintura de Odd Nerdrum. Y Cayetano podía recordarlo a la perfección.

—Esto sí parece una novela, jefazo —murmuró Suzuki y echó una mirada a la ciudad dormida a través de la puerta abierta, sintiendo un estremecimiento.

—Ahora hazme el favor de encontrar las otras pinturas.

—Ignoro cómo consigue la WPA exactamente lo que se propone en el manual operativo. Pero de que son peligrosos, lo son. Veamos, aquí está lo que me pidió.

La pantalla del computador mostró un óleo de estilo realista del pintor norteamericano Edward Hopper, llamado *Jo en Wyoming*. Era un paisaje del Midwest estadounidense visto desde el interior de un coche de los años cincuenta. Se apreciaban nítidos el tablero del automóvil y, a través del parabrisas, la carretera y la llanura desiertas. El asiento del conductor estaba vacío, y gracias al preciosismo y los reflejos, tanto el manubrio como los relojes y los botones eran de una perfección asombrosa. Una mujer ocupaba el asiento del copiloto, seguramente Jo, la esposa de Hopper.

—El auto representa al país, Suzukito, no cabe duda. Un país sin conducción. Es el objetivo clave del plan. Por eso todo esto aparece en las últimas páginas del manual.

—¿Pero por qué transmiten órdenes de forma tan complicada, jefe? Es como tirado de las mechas.

—Me lo explicó Parker, Suzukito, y tienen dos razones. En el caso de que el documento caiga en manos del enemigo, nadie lo descifrará. La otra es que la WPA cuenta con agentes de servicios de espionaje que colaboran clandestinamente con ella. Esas personas pueden trabajar sin que los detectores de mentiras de sus agencias los descubran.

—No entiendo.

—Las Polygraph sólo distinguen entre verdad y mentira, pero son incapaces de descubrir si alguien sólo cuenta parte de la verdad. ¿Entiendes? Un método operativo ingenioso, como el de los libros, le permite al agente engañar a la Polygraph. Pero pasemos al próximo cuadro, mejor, Suzukito.

Se trataba de *Una tragedia americana*, de Philip Evergood, pintor estadounidense del siglo xx, obra inspirada por la novela de Theodore Dreiser. La escena urbana del óleo era desgarradora, porque en medio de una lucha campal entre huelguistas y policías, un agente descerrajaba a quemarropa un tiro en la cabeza a una mujer. A Cayetano le hizo recordar el cuadro de Nerdrum.

—Si la selección de estas novelas y pinturas expresa en clave el plan de la WPA, veamos cómo conjuga el resto... —apuntó Suzuki.

Destaparon dos botellas más de cerveza y desplegaron después sobre la cama de Madame Eloísa los títulos impresos a partir de los ISBN. Ahora, en lugar de las cifras, tenían a la izquierda títulos de libros, y a la derecha días y meses, pero sin especificación de año. Afuera la ciudad respiraba en calma y sólo brillaban los faroles de las calles. Dentro de poco los porteños se levantarían para iniciar una nueva jornada en la ciudad más afectada por el desempleo y la delincuencia en el país.

—Averigüemos ahora qué significan las fechas frente a los títulos de las obras —propuso Cayetano a Suzuki, quien la noche anterior no había abierto la fritanguería—. Lo mejor es buscar en los diarios. Selecciona allí *La Tercera* electrónica para ver si en los días mencionados ocurrió algo relevante.

Empezaron con la epopeya *La araucana*, escrita en el siglo xvi por Alonso de Ercilla y Zúñiga, que era la primera obra que figuraba en el manual operativo. Se refería, obviamente, a la zona del sur del país, a la región donde habitaban los mapuches y se talaban los bosques. Las violentas disputas entre mapuches y empresas forestales había terminado por desalentar a los inversionistas.

—¿Qué ocurrió el 5 de mayo pasado? —preguntó Cayetano con la botella en la mano. Suzuki tecleaba—. Es al menos la fecha que aparece aquí. Comencemos por el último año. Busca, por favor, la edición del 6 de mayo...

La pantalla parpadeó un par de veces y emergió después la portada de aquel día.

El titular principal los consternó. Anunciaba que los mapuches se declaraban en rebelión contra las empresas forestales y el gobierno mientras no les restituyesen las tierras que les habían sido arrebatadas...

—¡Coño, la WPA está detrás de eso también! —exclamó Cayetano y derramó parte de la cerveza—. Necesito un cigarrillo, no, un Lanceros, mejor, Suzuki. Esto es increíble —consultó sus apuntes y agregó—: Debes encontrar ahora la obra de Albert Edelfeldt. Recuerda que tenemos junto a ella, formando un bloque, el libro *Salmon without rivers: a history of the pacific salmon crisis*, de Jim Lichatowich...

Suzuki encontró en una sección del Museo de Arte de Gotemburgo un cuadro que Edelfeldt había pintado en 1883. Se llamaba *En el mar* y era de una perfección realista extrema. Mostraba a un viejo pescador y a una muchacha, quizás su hija, navegando angustiados en un bote vacío en medio de un mar embravecido. Cayetano se preguntó si el temor que se reflejaba en los rostros de los pasajeros se debía a la falta de pesca o a la amenaza que representaba el mal tiempo.

—¡Es una pintura estremecedora, parece que uno viajara en la proa del bote! —comentó Suzuki sin despegar la vista de la pantalla.

—Junto al título tenemos la fecha 6 de junio —dijo Cayetano—. Busca ahora el diario del 7 de junio.

—Mire la portada, jefe, junio 7: los productores de salmón de Estados Unidos iniciaron en la víspera una demanda contra las salmoneras chilenas porque supuestamente emplean alimentos cancerígenos. Los acusan, además, de recibir subvenciones del Estado chileno. Y es la semana en que se inician en el sur las protestas ecologistas por la contaminación de las costas chilotas.

—¡Coño, coño, coño! —gritó Cayetano con incredulidad—. ¡Si aquí está todo, Suzuki! ¡Al fin sabemos por qué mataron a Lecuona y al Mexicano y a tanta gente! Al fin sabemos la verdad.

—¿Y qué pasa si llega mañana mismo al Palacio de la Moneda con todos esos libros y esos cuadros, jefe? ¿Le creerán?

Cayetano comenzó a pasearse en silencio por el cuarto. Se asomó brevemente a la baranda exterior de la casa y echó un vistazo hacia la bahía. Como la noche en que había escapado tras hallar en su living el cadáver del Mexicano, le llegó de lejos la música que alguien escuchaba a todo volumen. Sin embargo, esta vez era una melodía triste, semejante a los valsecitos peruanos que cantaba Lucho Barrios en los bares porteños de antaño.

—Busca ahora al pintor Kroyer. Algo que haya pintado en 1898.

No tardó mucho en encontrarlo.

Era la *La fiesta de los artistas*, de Peder Severin Kroyer, otra pieza del Museo de Gotemburgo. Presentaba a un alegre grupo de hombres y mujeres que comían, bebían y cantaban en torno a una larga mesa al aire libre en un espléndido día de verano. Una niña, vistiendo un traje vaporoso, seguía con asombro la celebración. Todo en aquella escena giraba, desde luego, en torno al vino, que corría generoso animando

los espíritus.

Cayetano leyó en voz alta el título de la novela que aparecía asociada por la fecha con el cuadro de Kroyer:

—*El vendedor de vinos*, de Georges Simenon, mi hermano. La escribió en 1970. Imagino que, al igual que en el cuadro de Kroyer, el tema de la novela es el vino. Ya casi te puedo apostar qué va a salir con respecto a ese tema en el diario. Busca la edición...

Sonrieron incrédulos, a pesar de todo: aquel día se habían presentado en tribunales de Estados Unidos y Europa demandas en contra de los productores vitivinícolas chilenos. Los acusaban de competencia desleal. Un recuadro indicaba que las temporeras de los viñedos del valle de Casablanca iniciaban una huelga indefinida en favor de demandas salariales.

Comprobaron con estupor que cada obra de la lista guardaba un nexo riguroso con sucesos políticos ocurridos en las fechas apuntadas en la columna de la derecha. Era evidente la coincidencia entre los temas y las fechas, y de que se trataba de un itinerario, de un plan maquiavélico y bien lubricado. No cabía duda de que Parker había conseguido un documento tan sorprendente como revelador.

Por otra parte, la fecha vinculada con el libro *Kon-tiki*, de Thor Heyerdahl, coincidía en forma notable con la creciente inestabilidad política en Isla de Pascua. Concluyeron que las fechas correspondían tanto al año anterior como al en curso, y les asombró que las fechas futuras hablaran de asuntos difíciles de pronosticar, como la novela de Marcel Proust *Albertina ha desaparecido*, o bien *The fatal ballet*, de Rick Geary, que era una especie de recreación del asesinato de James Garfield, el vigésimo presidente de Estados Unidos. ¿Se pretendía acaso asesinar en algún momento al mandatario chileno?

Todo aquello resultaba demasiado especulativo y espantoso, pero una cosa parecía indesmentible: El «Delenda est Australopitecus» se fraguaba desde las sombras bajo la batuta de Frosch y con la complicidad del Conde Rojo. Sintió unas ganas de ir a romperle las narices al jefe de La Casa al recordar que él era, en el fondo, el verdadero culpable del asesinato de Agustín Lecuona, pero se tranquilizó recordando las palabras de Parker en el sentido de que el Conde también era una víctima de la WPA. De la WPA y de sus propias ambiciones de poder, se dijo. ¿Y él, Cayetano Brulé, el fugitivo, qué debía hacer ahora? ¿Limitarse a seguir como testigo mudo todo cuanto ocurría y ocultarse con Kim en el archipiélago sueco? ¿O denunciar el descubrimiento? Sudó ante la posibilidad de convertirse en blanco de las burlas del gobierno y de terminar encarcelado.

—¿Te fijas que hay una actividad preparada para el 20 de febrero, es decir, para tres días más? —le preguntó a su secretario—. Observa, hay tres conceptos en bloque: *The bridge over the Kwai river*, de Pierre Boulle, *Una voz dormida en la tierra*, de José Manuel Serrano, y el apunte «A. Herrhausen-Australopitecus».

—Pésima película *El puente sobre el río Kwai*, pues, jefazo. A los japoneses nos

ponen allí como tarados...

—Envía una nota de protesta a Hollywood si no te gusta. Lo que es yo, no tengo ni idea qué significa el resto. Lo malo es que la fecha se nos viene encima, pero lo bueno es que si logramos decodificar el asunto, podríamos correr a reunirnos con el gobierno.

—Usted es una lumbrera, jefe. Tenemos a la WPA en nuestras manos y ellos ni se lo sueñan.

—Faltan tres días para el 20 de febrero —comentó Cayetano junto a la puerta abierta. Comenzaba a aclarar de modo imperceptible sobre los techos de zinc, y ya cantaban los zorzales—. Si nos anticipamos a lo que va a ocurrir, agarraremos al toro por las astas, mi chino.

Estaba en el Cinzano, bailando tiernamente con Kim mientras el incomparable Manuel Fuentealba cantaba «Balada para un loco», cuando lo despertaron los malditos timbrazos del teléfono. Una lástima, con las cosas que aún tenía para confesarle a Kim... Oyó que Suzuki atendía la llamada en la planta baja. En verdad se habían pasado la noche y parte de la madrugada en la compaginación de la lista de novelas y pinturas, por lo que hubiese preferido dormir más tiempo.

—Es para usted, jefazo —anunció su ayudante desde la puerta—. Lo llama el Escorpión.

Entró somnoliento al cuartito envuelto en una vaporosa bata china de Madame Eloísa, le entregó el auricular del inalámbrico y se esfumó.

—Dime, guajiro —farfulló Cayetano mientras se calzaba los anteojos.

—Te llamo desde un teléfono del Centro Cultural de la Estación Mapocho por razones obvias —anunció el Escorpión.

—¿También el director de la Estación está tratando de descifrar el manual operativo?

—Te llamo porque esta mañana arribaron al aeropuerto de Pudahuel dos norteamericanos algo sospechosos.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso?

—Son tipos de entre 30 y 35 años. Sus pasaportes muestran timbres de entrada reciente a Suecia, pero lo que más me llama la atención, y por eso te llamo, es que arribaron a Pudahuel desde Cancún en un vuelo de Lan Chile. ¿Te suena conocido?

Se acarició el bigote con algo de inquietud y después se puso de pie constatando que ya se cerraba el círculo en torno suyo. Andaba en calzoncillos. Corrió las cortinas para permitir la entrada del sol y contempló por unos segundos la bahía.

—¿No será una pareja de turistas o empresarios? —preguntó al abrir de par en par las ventanas. Pudo aspirar el aire fresco y húmedo, mezclado con el canto de los pájaros.

—Más bien tienen aspecto de hampones. ¿Has visto las películas de Humphrey Bogart?

—La mejor es *El halcón maltés*, de 1941. ¿Dónde se instalaron?

—Les perdimos la pista. Sólo sabemos que están acá. Si son ellos, ya están al tanto de que regresaste a Chile. Cuídate. Mira bien donde pisas.

Echó un vistazo a través de la ventana. La calle emergía sinuosa y desierta, y más abajo los techos de calamina se ampliaban por los cerros, y el mar se difuminaba en el horizonte. ¿Por qué no eran hombres del Conde Rojo los encargados de asestarle el

golpe final?

—Tengo que pedirte un favor —dijo tras comprobar que no había nadie en los alrededores—. El asunto está ya casi resuelto. Solamente me falta atar algunos cabos. El plan es clarísimo con los cuadros y los libros. Necesito hablar con alguien de confianza, siempre y cuando no sea el Conde...

—Olvídate de tus pinturas y novelas, pareces un anticuario del barrio Bellavista. Con lo que acaba de ocurrir esta mañana hay menos posibilidades de que te vayan a tomar en serio.

—¿Qué sucede?

—Secuestraron a la esposa del presidente de la Asociación de Banqueros Extranjeros. Llevó a sus niños al Nido de Águilas y cuando volvía a su residencia de San Damián, la detuvieron a la altura de Estoril. Es un desastre, en estos días el gobierno iba a adoptar medidas importantes para atraer a la banca foránea.

—Eso también se fue entonces al carajo.

—Y la señora tiene excelentes conexiones con la sociedad santiaguina. Tú sabes, socia de los Amigos del Teatro Municipal y del Club de Golf, asistente perpetua a las recepciones diplomáticas y cliente asidua de las galerías de arte de Alonso de Córdoba y, como si fuera poco, personaje obligado en las páginas de la vida social. Allí aparece siempre junto a Rosemarie Mac-Gill, Julita Astaburuaga e Ismenia Ibáñez, damas todas de alcurnia. Esto va a traer cola. Además, es francesa.

Tuvo que pensar de inmediato en Marcel Proust y en la novela que formaba parte del ciclo *En busca del tiempo perdido*, la que figuraba en el manual operativo del «Delenda est Australopitecus». Su fecha era precisamente la de ese día.

—¿Dices que es francesa?

—Así es.

—¿Y no se llamará Albertina por casualidad?

—Efectivamente, se llama Albertina, Albertina Gombert. ¿Cómo lo sabes si su nombre aún no circula por las radios? —preguntó extrañado el Escorpión.

—Está en la lista que tengo, Escorpión, la misma que tú rechazaste. ¿No te acuerdas? No me preguntes más, pero está acá, tengo conmigo el título con la fecha de hoy. ¿Necesitas más pruebas para creer en esto? Deberías leer a Marcel Proust. Te recomiendo *En busca del tiempo perdido*.

—Todo eso bien puede estar en tu famosa lista, pero ya nadie te lo creerá —gritó el hombre de Investigaciones—. ¿No te das cuenta? Tu «Delenda est Australopitecus» se convierte en ficción en cuanto sus profecías ocurren en la realidad. Sólo puedes convencer al gobierno si te anticipas a los sucesos. Sólo una profecía tuya, verificable, te salvará.

—Coño. Escorpión, no trates de desembarcarte, que me encabrono —advirtió Cayetano paseándose por el dormitorio—. En dos días más ocurrirá algo muy importante, que aún no desentraño, pero ten la seguridad desentrañaré. Y lo haré aunque me pase sin dormir. Sí tienes que hacerme un favor...

—Tú dirás.

—Consígueme para mañana por la tarde una entrevista con alguien de tu confianza y que esté bien instalado en el gobierno. Yo te aseguro que tendré todo resuelto, que no haremos el loco.

No pudo escuchar la respuesta del Escorpión. En su lugar le llegó una voz que anunciaba por altoparlantes la inauguración de una muestra de quesos.

—Te puedo conseguir a alguien a buen nivel, que te dé ciertas garantías temporales, siempre y cuando llegues allí con algo concreto y serio, Cayetano. De lo contrario, en verdad me hundes.

—Dalo por hecho, Escorpión, mañana, a las seis de la tarde, tendré claridad total. Amarra esa entrevista, que yo llego con todo resuelto o dejo de llamarme Cayetano Brulé.

A las diez de la mañana del día siguiente un llamado telefónico despertó a Cayetano mientras dormía en el sofá del living de la casa de Madame Eloísa. Era el profesor Inostroza. Tenía la información precisa que le había solicitado la noche anterior.

—Sólo puede tratarse de Alfred Herrhausen, presidente del Deutsche Bank, nacido en 1939 —dijo el académico de corrido—. Murió el 30 de noviembre de 1989. Fue asesinado en su residencia de Bad Homburg por la Fracción del Ejército Rojo, la RAF.

—Espera, espera. ¿Es un banquero alemán que fue asesinado por extremistas en 1989?

—Así es. Se trataba de un tipo clave en el sistema bancario europeo.

—¿Y qué carajos hago yo ahora con estos datos? —exclamó Cayetano alcanzando las gafas, que yacían debajo del sofá.

—¿No querías acaso los datos del tipo?

—Sí, no te preocupes, te lo agradezco —dijo sentándose. De la cocina llegó olor a pan tostado y a café—. Lo que no entiendo es qué monos pinta este alemán asesinado en el asunto.

Colgó y fue al baño a lavarse la cara. Hasta allá le llegó el eco de las voces de Suzuki y su amante, que hablaban de Herrhausen. Después de peinarse con un cepillo que, a juzgar por los cabellos teñidos de rubio enredados en él, pertenecía a Madame Eloísa, pasó a la cocina.

—A sentarse, don Cayeta, que ya estábamos por comenzar sin usted —dijo la mujer.

Sobre la mesa había tostadas, el insuperable arrollado de la calle Las Heras, las tazas y una humeante cafeterita de aluminio. Se sentó y armó su sándwich mientras Eloísa le servía café.

—Escuché sin querer, Cayeta, que el banquero alemán fue asesinado —dijo la mujer.

Cayetano miró molesto a Suzuki. Ya le había advertido que no deseaba que ella se inmiscuyera en el asunto. Si lo hacía, en un par de días el Parlamento completo sabría que él se escondía en su casa.

—Bueno, ya veremos qué logramos con eso, porque a simple vista no hay ninguna relación con Chile —repuso el investigador—. Además, eso ocurrió hace varios años.

—No hay mucho que buscar, pues don Cayeta —dijo Madame Eloísa echándole tres cucharadas de azúcar a la taza del detective.

—¿Cómo que no?

Suzuki contemplaba aquello en silencio, masticando su sándwich. Madame Eloísa continuó resuelta como una aplanadora:

—Me tinca que el banquero ese es una clave para referirse a alguien semejante en Chile.

—Sí, ¿pero a quién?

—A alguien que desarrolla una labor por el estilo en el país, pues.

Le sorprendió el ingenio de la mujer y le preguntó:

—¿Y qué banco equivale al Deutsche Bank en Chile?

—¿Es que no se da cuenta? —observó ella cerciorándose de que el escote de la bata no ofreciera una porción demasiado generosa del canal de sus senos—. Usted que sabe algo de alemán...

En verdad podía tratarse del presidente del Banco de Chile. ¿Pero quién diablos era su presidente?

—Suzukito, llama a Peter Blumen y pregúntale eso.

Madame Eloísa se apoderó del teléfono antes de que lo hiciera su amante.

—Tengo un amigo en la biblioteca del Parlamento, que nos dará enseguida el nombre —anunció mientras marcaba un número.

Consiguió el dato en cuestión de segundos. La gorda aquella estaba efectivamente conectada, vaya a saber uno cómo, con las altas esferas del país. Se trataba de Felipe Berroeta de las Casas, quien además de banquero era un industrial próspero. El hombre se las estaba jugando desde hacía años para convertir al país en el centro financiero de América del Sur. Doctorado en Chicago y con experiencia bancaria en Manhattan, parecía el hombre óptimo para impulsar semejante proyecto.

—El mensaje me queda claro —comentó Suzuki llevando su plato con el sándwich a medio terminar hasta la cocina—. Mañana van a asesinar a Berroeta de las Casas.

Cayetano sintió un estremecimiento. Le parecía inconcebible que la WPA ocultase planes criminales bajo nombres de artistas, títulos de novelas, cuadros o películas. Una vez que hubo terminado el desayuno, le hizo un gesto a su secretario para que lo siguiera a la baranda.

—No tengo nada en contra de las musas en estos menesteres —aclaró. El balcón levitaba sobre los techos y las quebradas de Valparaíso—, pero es mejor que la Madame no esté al tanto de todo. Sería una injusticia que la WPA o La Casa la liquidaran...

—Harto que nos ayudó, eso sí —observó Suzuki acodado en la baranda, con la vista fija en el molo—. Ella siempre dice que las dos profesiones más antiguas del mundo deben ir de la mano. No, en serio, habría que asociarse con mi mujer, jefe. Pero no se preocupe, la mandaré a comprar un costillar de chanco, que le queda riquísimo, y la tendremos fuera de casa por un rato.

—¿Costillar?

—Al horno. Y de entrada unas machitas a la parmesana. ¿Qué tal?

Cayetano sonrió. No era un día para pensar en la comida, pero toleró que su ayudante decidiera en el terreno culinario por ese día. Después, poniéndose serio, aseveró:

—Si planean matar mañana a Berroeta de las Casas, tenemos que averiguar cómo y dónde. Y eso sí no lo revela el caso Herrhausen, pero quizás la película *El puente sobre el río Kwai* y la novela *Una voz dormida en la tierra*.

—Hay que llamar al profesor Inostroza de nuevo, aunque ya vi que usted también anda con un mamotreto sobre teoría literaria. ¿Ha aprendido algo útil con eso, jefazo?

—¿Útil? —exclamó el detective soltando el aire por la nariz—. Mejor hablemos de cosas reales. Eso de estudiar teoría literaria es para millonarios y ociosos, mi amigo. Escucha: si nos decidimos por la tesis de que mañana van a asesinar a Felipe Berroeta de las Casas, podemos especular con que lo matarán cuando quiera cruzar un puente, ¿verdad?

Suzuki inclinó la cabeza y se mordió los labios.

—¿No le parece demasiado fantasioso todo eso? —preguntó.

—¡Coño, compadre, si estamos especulando, especulemos no más! —agregó Cayetano contrariado por la reculada del secretario—. El crimen va a ocurrir en un puente. Por lo tanto, mañana estallará un puente igual que en la película norteamericana. ¿Qué te parece?

—Como usted diga, jefazo. Si le achuntamos, pasamos a la gloria, si no, ambos terminaremos encerrados. Usted por loco, yo por pelotudo. Mira que dárme las de novelista a estas alturas de la vida, cuando tengo —e indicó con una mano hacia las paredes del cuarto— el porvenir asegurado.

Una camioneta se estacionó frente al almacén de la esquina y su chofer bajó de ella y cargó un canasto con lechugas, despertando suspicacia en ambos.

—Lo mejor ahora es pedirle a la Madame que nos haga un último favor —dijo Cayetano tras afilarse los extremos del bigote.

—¿No la envió entonces a comprar costillar ni machas, jefazo?

—Escucha bien, coño: antes de que vaya de compras, dile que llame a la oficina de relaciones públicas del Banco de Chile y pregunte por el programa del señor Berroeta de las Casas para el día de mañana. ¿Mañana es viernes, verdad?

—Así es.

Cayetano subió al dormitorio y entró al bañito a tomar una ducha. Sentía que avanzaba sobre el filo de una navaja. Un tropiezo podría resultarle fatal. Quedaban apenas unas horas para que se entrevistase en La Moneda con el hombre escogido por el Escorpión. Si la WPA se mantenía dentro de la lógica que él había descubierto, el asunto resultaría menos complicado. Ahora necesitaba conseguir imperiosamente el programa del banquero para averiguar si cruzaba algún puente. ¿Y en caso de que no lo hiciera? ¿Presentaría entonces de todos modos la denuncia al gobierno o era más prudente dejar que las cosas siguieran su curso?

Al volver al primer piso, se encontró con Madame Eloísa que acababa de colgar el teléfono.

—Me hice pasar por una amiga periodista y me dieron el programa de don Felipe Berroeta de las Casas.

—¿Y...?

—El señor viaja mañana a una fiesta campestre que brindará en su fundo de Olmué en honor de unos banqueros norteamericanos.

—¿Y viaja solo?

—En un bus especial con sus invitados extranjeros. Obviamente se desplaza con escolta. Van además banqueros nacionales, dirigentes de la SOFOFA y del gremio de exportadores. Ya sabe usted que en tiempos difíciles todos se ayudan. ¿No habrá forma de pasarles un avisito de mi salón? Imagínese los precios que podríamos cobrar...

—¿Olmué, Olmué? —repitió Cayetano con las manos en los bolsillos—. Eso está aquí, en la Quinta Región. Si el grupo viene de Santiago, cruzará varios puentes por la ruta 68. Me cuesta imaginar un atentado en la carretera, sobre todo porque vi mucho militar apostado... Pero también hay otras rutas para llegar a Olmué. ¡Coño!

El detective se propinó un gran palmazo contra la frente.

—¿Qué pasa, jefazo?

—¡Ya! ¡Está todo claro! —gritó.

—Pero hable, pues jefe, no se trabe como yo en los momentos álgidos.

—Ahora entiendo por qué el título de la novela habla de la «tierra dormida» —anunció Cayetano eufórico—. La otra ruta de Santiago a Olmué pasa por Til-Til, donde asesinaron a Manuel Rodríguez, y luego cruza una cadena de montañas a través de la Cuesta de la Dormida. ¡Coño! ¿Se dan cuenta?

—Sí, es una ruta poco frecuentada —comentó Madame Eloísa—. Y tiene varios puentes menores, que tal vez no están vigilados. Por ahí pasarán entonces los peces gordos.

—Pues vuelve a llamar ahora mismo a relaciones públicas del banco y pregunta si Berroeta de las Casas acostumbra viajar por allí a su fundo. Si ésa es su ruta predilecta, nos vamos de inmediato al Palacio de la Moneda. Tendríamos el asunto esclarecido.

El subsecretario del Interior escrutó con incredulidad a Cayetano Brulé desde su sillón de cuero. Simplemente no podía concebir lo que el detective privado le planteaba en aquel sombrío despacho de la sala de puntal alto del segundo piso de La Moneda. Si algún día el presidente de la República se enteraba de que él, Ángel Medina Hirsch, había recibido en el palacio de gobierno a un prófugo de la justicia, podía dar por finalizada de inmediato su esforzada carrera política.

—¿Y entonces usted está convencido de que detrás de esos títulos de novelas, películas y pinturas se encierra una conspiración contra Chile? —preguntó juntando sus manos por las yemas, tras limpiar los cristales de sus anteojos Calvin Klein.

—No sólo de eso, sino también el atentado que sufrirán mañana Berroeta de las Casas y sus dilectos amigos —repuso Cayetano serio, tratando de sonar convincente, aunque intuyó que el funcionario ponía en tela de juicio su sensatez.

Irresoluto, el hombre lanzó un suspiro largo y agrio, y dirigió luego una mirada al Escorpión, que estaba sentado junto a Cayetano, al otro lado del escritorio. Ambos investigadores habían ingresado a La Moneda a través del subterráneo, evitando así que los vieran los periodistas que aguardan noticias en el primer piso del palacio.

—Usted es un fugitivo de la justicia y como tal yo debería detenerlo ahora mismo —dijo Medina Hirsch mientras doblaba su pañuelo y lo introducía con elegancia en el bolsillo de su chaqueta azul marino. Era un tipo espigado, de calva lustrosa y barba cana.

—Eso no es lo que acordamos por teléfono, señor —recordó el Escorpión con rostro grave. Tenía una relación de cierta confianza con el funcionario y sabía que éste jamás lograría el cargo de embajador en Italia, que deseaba. Sus vínculos en el gobierno no le alcanzaban para llegar a Roma e incluso su cargo actual se veía amenazado.

—Lo acordamos, pero constituye mi obligación en este cargo de gobierno hacer respetar la ley.

—Le propongo que hagamos otra cosa —dijo Cayetano hundido en el sillón de felpa—. Vayamos mejor a examinar los puentes de la cuesta La Dormida y si no encontramos nada extraño, usted me deja libre y nadie se acordará jamás de esta cita. Pero, si encontramos algo, usted se lleva las palmas...

A la madrugada siguiente un escogido grupo de agentes de Investigaciones salió en varios vehículos con rumbo a La Dormida. Viajaron a horas distintas para no despertar sospechas. En el último de ellos, una Blazer, iban Medina Hirsch, el Escorpión, Cayetano Brulé, un guardaespaldas y el chofer. Debían llegar a la zona

cerca de las nueve de la mañana, horas antes de que pasaran por allí los empresarios.

Después de servirse un cafecito y pan amasado con queso de campo en el quiosco Mi Bodeguita, que quedaba a la vera del camino, los cinco pasajeros reemprendieron la marcha. Una hora antes se había desembarcado una veintena de hombres de los vehículos para rastrear el terreno.

Cayetano sabía que se estaba jugando su libertad.

Intuía que Medina Hirsch no lo dejaría escapar si fracasaba la operación. Como político tenía seguramente todo dispuesto para detenerlo y obtener una recompensa. El subsecretario jugaba a ganador y por ello estaba donde estaba, pensó mientras el vehículo ascendía a tumbos por una carretera polvorienta, bordeada de boldos, espinos y olivos.

—Ahí está el primer puente y no veo actividad alguna —dijo el subsecretario volteándose hacia Cayetano, quien viajaba en el asiento trasero entre el Escorpión y un guardaespaldas—. Estoy por convencerme de que la literatura no es nada más que eso, literatura, mi amigo.

La Blazer disminuyó la velocidad para cruzar un puente de madera. Abajo fluía apenas un hilillo de agua. Cayetano temió que la construcción artesanal cediera bajo el peso de la máquina.

—Más arriba hay otro puente, señor subsecretario —aclaró el chofer, que llevaba anteojos de sol.

Pensó que en cuanto se apearan y se presentara la oportunidad, escaparía a toda carrera. De seguro que si se lanzaba por esas quebradas, no darían con él. De alguna forma se las arreglaría después para ocultarse, pero no se dejaría capturar por Medina Hirsch, quien a lo mejor era un agente de La Casa.

Después de una curva cerrada, alcanzaron el segundo puente. A la vera del camino había dos agentes de Investigaciones portando metralletas. El vehículo se detuvo mientras Cayetano sudaba en forma copiosa pese al aire acondicionado.

—¿Alguna novedad? —preguntó Medina Hirsch bajando el vidrio de la ventanilla del copiloto. Los abofeteó una oleada de aire seco y caliente.

—Afirmativo, señor subsecretario —dijo uno de los hombres sin contener el nerviosismo—. Bajo el puente encontramos explosivos T4, de origen checo, y un lanzacohetes RPG-7.

—¿Y sus dueños?

—Escaparon sin disparar un tiro. Los estamos persiguiendo cerro adentro —puntualizó al tiempo que indicaba hacia los montes—. Pedí ayuda por radio y dentro de poco tendremos un helicóptero sobrevolando el área.

El subsecretario se bajó de inmediato del vehículo y se tocó con un sombrero Stetson para protegerse del sol. Vestido con su traje claro de lino, camisa blanca y corbata de seda, se veía fuera de lugar en medio de aquel paisaje árido.

—¿Suficiente material para hacer volar al banquero? —preguntó.

—Suficiente para volar al banquero y a su club. Lo felicito, señor subsecretario.

Me imagino que sabe que libró al país de una tragedia de proporciones insospechadas...

Cayetano contempló los montes con alivio. Un júbilo moderado se apoderó de él mientras el sol picaba furioso contra las copas de los espinos, que ocultaban la persecución que tenía lugar en ese momento. Buscó en vano cigarrillos en su chaqueta. Ahora sí, pese a todas las advertencias del doctor Müller, anhelaba fumar. Vio que el subsecretario resbalaba acompañado de varios hombres por una ladera hacia el arroyo, porque quería cerciorarse personalmente del hallazgo de las armas. Tal vez ahora darían con los asesinos de Agustín Lecuona. De pronto sintió que alguien le propinaba afectuosas palmadas en el hombro. Se volvió a ver. A su lado, con su aspecto de maestro de secundaria, sonreía satisfecho el Escorpión.

Cinco días más tarde, después de haber permanecido oculto en el salón de masajes de Madame Eloísa a la espera de que la justicia sobreyera su caso, Cayetano se acercó al despacho del subsecretario Medina Hirsch empleando nuevamente la entrada subterránea de La Moneda. En el pasillo lo esperaba un hombre de traje gris, cabellera grasosa y rostro espinillento, que sonreía en forma condescendiente.

—El subsecretario lo aguarda en otro salón —explicó estrechándole la mano—. Soy Rigoberto Pérez Méndez, director de departamento, y me encargaron guiarlo hasta allá.

—A mí lo que me interesa es que me garanticen la libertad y se acredite que no tuve nada que ver con la muerte del Mexicano —dijo el detective mientras caminaba junto al funcionario por el pasillo desierto, en el que retumbaban sus pasos.

Entraron a una sala espaciosa, iluminada por una lámpara de cristales, donde el subsecretario y el Escorpión lo recibieron con palmadas en el hombro. Mientras Pérez Méndez conversaba con Medina Hirsch, el hombre de Investigaciones le ofreció a Cayetano macadamias de un cucurucho y le dijo que no debía preocuparse, pues su caso estaba prácticamente resuelto.

—Pero nada dicen los diarios de todo lo que hemos descubierto —comentó Cayetano.

—Ni lo dirán —aclaró el subsecretario acercándose. Su barba había sido cuidadosamente recortada—. La noticia no trascendió ni siquiera a los banqueros. Consideramos que por razones de seguridad y de imagen del país, es preferible que no se conozca ni lo del atentado. Así podremos actuar de forma más eficiente en la desarticulación de lo que pueda estar en marcha en contra de Chile.

—¿Cómo de lo que *pueda estar* en marcha? —reclamó Cayetano—. ¿Es que no les basta con la información que les entregué?

El subsecretario se pasó la palma de la mano por la calva, como ordenándose un mechón inexistente, y dijo con sonrisa diplomática:

—Oh, no, desde luego, señor Brulé, todo está muy claro, pero la cosa no era tan sencilla como imaginábamos. Si bien dimos antenoche con una moto desmontada en el garaje del presidente de la Compañía de Inversiones, la que seguramente se utilizó en el asesinato de Agustín Lecuona, Frosch anda prófugo. Y de los motociclistas ni rastro.

—¿Y detuvieron a los hombres que prepararon el atentado?

—Andamos en eso, pisándoles los talones. Pero no se inquiete, los encontraremos donde quiera que se encuentren y sufrirán todo el rigor de la ley...

—¿Y qué sucederá con el Conde Rojo?

Esta vez el subsecretario sonrió nervioso, cosa que también hizo Pérez Méndez, aunque con menos aplomo. Luego, cruzando los brazos, respondió:

—Hay cosas que Alcántara no ha podido esclarecer y en las cuales tiene seguramente una cuota de responsabilidad. En el fondo, fracasó en su labor de descubrir al enemigo que desestabilizaba al país. Se ha decidido su remoción del cargo —puntualizó bajando el tono de la voz—. Será enviado a una misión diplomática a Europa, por razones de seguridad. Usted podrá imaginar, un hombre con ese historial y los servicios que ha prestado, no puede quedar a la intemperie.

La puerta del despacho se abrió y entraron varios hombres con aspecto de burócratas, seguidos de un mozo de humita, que cargaba una bandeja con copas. Instantes después hizo su ingreso un tipo robusto y melencólico, de terno gris y contrastantes zapatos cafés, flanqueado por dos asesores que portaban maletines. Era el ministro. El subsecretario se abrochó la chaqueta y se dirigió presuroso hacia él.

—Llegó justo a la hora para la condecoración —comentó Pérez Méndez.

—¿Condecoración? —exclamó Cayetano. Sus dedos examinaron el ajuste de su corbata.

—La recibirá el subsecretario por la sabiduría y discreción con que manejó el caso —dijo solemne Pérez Méndez y carraspeó al ver que el ministro daba la vuelta saludando a los asistentes.

—He estado varias veces en su país, muy lindo —afirmó el ministro al estrechar la mano de Cayetano y enterarse de que era isleño—. ¿Y cómo lo trata el clima aquí?

Se quedó con la respuesta en la boca, porque el titular, sin aguardar su respuesta, ya se había situado en el centro del salón con las manos a la espalda y la gente formaba un semicírculo frente a él. Tal vez era mejor así, pensó el investigador algo defraudado, uno nunca sabe cuándo mete las patas en la corte.

—Esta ceremonia, señor subsecretario, es íntima —anunció el ministro con la voz engolada mientras sus asistentes extraían de un maletín una cajita de terciopelo y un pergamino—, pero de profundo sentido para el país. Ella demuestra la gratitud que sentimos por su brillante labor en el desmontaje de un vasto operativo criminal en contra de los intereses nacionales. Usted, señor subsecretario, al igual que nuestro insigne escritor y diplomático del siglo XIX, Alberto Blest Gana, jugó en estos meses un papel clave y silencioso, noble y esforzado, en la defensa de la patria. En los momentos en que los antiguos agentes del *ancien régime* siguen operando, usted se concentró en proteger nuestros intereses vitales. Por ello, en esta ceremonia secreta, nos honramos en otorgarle la condecoración que lleva el nombre de Blest Gana. Señor subsecretario, tenga la bondad...

El reducido grupo irrumpió en aplausos contenidos mientras el ministro intentaba prender en la solapa del homenajeador una medalla con cinta tricolor. Sin embargo, el alfiler cayó al parqué y desapareció como por arte de magia, haciendo brotar nerviosos comentarios de parte del público. Al ministro no le quedó más que

entregarle a Medina Hirsch la medalla en las manos. Éste la contempló con emoción y luego, en un gesto tan torpe como nervioso, se la guardó en un bolsillo.

—Es lo más indicado —aclaró sonriente el ministro—. Es una medalla que debe permanecer oculta, porque su misión ha sido secreta. Tu bolsillo es un buen lugar para llevarla, pelado —agregó en voz baja, coloquial.

—Señor ministro, amigos todos: agradezco enormemente esta distinción, pero es poco lo que tengo que decir —afirmó sonrojado Medina Hirsch—. Yo simplemente he cumplido con mi deber. La condecoración, que me honra, constituye un hito importantísimo en mi carrera de servicio público, a la cual me he dedicado con esfuerzo, esmero y sacrificio, sin reparar en desvelos. Les confieso que nunca, ni en los días más arduos de esta investigación, cuando carecía hasta del tiempo para volver a casa, besar a mis hijos o abrazar a mi señora esposa, nunca, repito, dudé de que estaba haciendo lo único que me correspondía hacer desde mi oficina de este edificio histórico: servir a Chile y los chilenos. Muchas gracias, señor ministro. Agradezco también a quienes me secundaron en esta tarea —le brindó un fugaz guiño de ojo a Cayetano mientras su calva resplandecía bajo la lámpara de cristales—. Sin esos aportes nuestra labor no habría sido fructífera ni coronada por el éxito. Y ahora permítanme invitarlos a lo único que realmente sé: a trabajar por el bien común. Muchas gracias.

Los aplausos se repitieron con la misma intensidad con que habían celebrado al jefe de gabinete.

—Mejor pasamos de inmediato al brindis —sugirió alguien—, que el ministro tiene otro compromiso.

—Señor Brulé —dijo poco después una voz a espaldas del detective. Al virarse, Cayetano se encontró con un tipo espigado, de ojos claros y cejas espesas—. Mucho gusto. Soy Roldán, el sucesor del Conde.

—El gusto es mío —tartamudeó y mantuvo a duras penas el equilibrio de la copa con la mano izquierda—. ¿Y de dónde viene usted?

—En verdad he pasado los últimos años en el servicio diplomático.

—Interesante. ¿Dónde?

—Bueno, hasta hace poco en nuestro consulado de San Petersburgo, ya que viví por años en la antigua Unión Soviética. El ruso es mi fuerte. *Nastarobia*.

—Qué interesante, qué interesante.

Cayetano sorbió largo del champán y guardó silencio pensando en que efectivamente había cosas en la vida de las cuales no valía la pena hablar, porque tendían a permanecer ocultas por siempre.

—Quería comentarle que admiro lo que hizo y que estoy a su disposición en lo que pueda ayudarle... —añadió Roldán.

—Gracias. Trataré de arreglármelas solito. ¿Usted va a seguir entonces de cerca los pasos de la WPA?

Roldán se introdujo una mano en el bolsillo de la chaqueta.

—De eso quería hablarle —aclaró incómodo, parpadeando varias veces—. Aunque lo sorprenda, voy a ser diáfano: no creo mucho en la existencia de la WPA.

—¿Cómo? —el estupor estuvo a punto de tumbarle los bigotazos.

—Los problemas que supuestamente genera la WPA tienen en verdad su origen en las condiciones económicas y sociales nuestras, y no en una conspiración internacional. La WPA es, a lo más, el sueño de un novelista reaccionario, señor Brulé, de alguien que pretende ver una conspiración donde sólo hay injusticia social y explotación. Usted, como hombre progresista, debe entenderlo, me imagino.

—¿Y todo lo que entregué al gobierno? —preguntó perplejo—. ¿Los documentos, el manual, el atentado? ¿No son reales, acaso?

—En el fondo, nada de eso prueba algo, señor Brulé. Todas esas cosas sólo aparentemente están interconectadas, pero en el fondo obedecen a causas diferentes. Creo más bien que usted ha sido víctima de una especie de confabulación de las circunstancias, de una cadena infinita de casualidades y hechos fortuitos, que le crearon una ilusión conspirativa, pero eso no le quita mérito a lo que logró.

—No me convence para nada, señor Roldán. Pero acá usted es la autoridad.

El nuevo jefe de La Casa sonrió magnánimo.

—Continúe mejor investigando en Valparaíso esos casos tradicionales que le han reportado prestigio —recomendó—. Allá lo veo muy *aplatanado*. Pero no lo olvide: si alguna vez vuelve a encontrarse con un asunto como éste, no dude en llamarme. Lo protegeremos de mentes extraviadas. No se olvide, llámeme —insistió Roldán, a la vez que le extendía una tarjeta de presentación.

Tras desplegar una sonrisa que pretendió ser afable, abandonó el despacho seguido de tres funcionarios lacónicos.

Media hora más tarde, Cayetano salió con una embriagadora sensación de alivio de La Moneda. El aire contaminado de la capital le pareció puro, el estrépito de las calles no lo aturdió y los árboles de la Plaza de la Constitución, entre los cuales ahora caminaba, le parecieron hasta sanos y fuertes.

A la sombra de la estatua de Salvador Allende lo aguardaba Suzukito, y a su lado, llevando un vestido carmín de vuelos y volantas, así como la pamelita con cinta floreada, se hallaba Madame Eloísa.

—Me entristeció verlo salir solo de La Moneda, jefazo —comentó el secretario abrazándolo—. Percibía un presidente al término del mandato. Me imaginé que después de todo lo que usted hizo, el ministro lo acompañaría al menos hasta la puerta.

—Hay cosas que no son importantes, Suzukito —repuso Cayetano—. Y las protocolares son algunas de ellas, grábatelo.

—¿Y ahora?

Cayetano sumergió las manos en los bolsillos del pantalón y dijo serio:

—Ahora me voy al Azul Profundo. Allá me espera el doctor Müller. Tenemos cosas importantes de que hablar...

—¿Y entonces a la noche nos vemos en mi residencia para celebrar con prietas y cerveza? —inquirió eufórica Madame Eloísa haciendo girar por el aire su cartera blanca.

Cayetano besó sus mejillas profusamente coloreadas, palmoteo a Suzuki en la espalda y luego, en silencio, echó a caminar en dirección al barrio Bellavista.

Antes de cruzar Teatinos, convertida a esa hora en un río de automóviles y taxis, se viró a contemplar La Moneda bajo la luz opalescente del mediodía. Hubiese jurado que alguien, parapetado entre las gruesas cortinas de una ventana del segundo piso, lo espía. Se atusó pensativo los bigotes, sacudió varias veces la cabeza y reemprendió la marcha silbando un antiguo bolero de Beny Moré.

Helmut Frosch jamás fue ubicado por las autoridades chilenas y circulan rumores de que radica actualmente en Buenos Aires, donde supuestamente dirige, bajo otro nombre, una influyente firma asesora de inversiones.

Lourdes Cisneros y su marido abandonaron el cálido clima de la Florida y residen hoy en Santiago de Chile. A menudo se les ve, haciendo gala de donaire y elegancia, en las páginas sociales de la prensa. Ramón inauguró hace poco en el barrio de El Golf una oficina para la asesoría del capital extranjero, la que respalda también numerosas actividades culturales, medioambientales y obras de beneficencia.

Marcia, la antigua líder del MRA, trabaja media jornada como ejecutiva en la firma importadora que Federico Opazo posee en La Habana. La mujer se ha distanciado de la política, vive en El Vedado y fundó en el balneario de Varadero una escuela de buceo, especialidad que aprendió durante sus años de preparación militar en Punto Cero.

Peter Blumen continúa atendiendo su puesto de artesanía y libros usados en las ferias de Valparaíso, aunque la competencia de artículos importados de China Popular lo tiene a mal traer. Cada semana edita una publicación crítica sobre el centralismo y la decadencia de Valparaíso.

Parker murió poco después de que Cayetano Brulé abandonara Playa del Carmen. Lo acuchillaron una noche mientras contemplaba el mar desde su jardín. Tras lanzar su cuerpo al Caribe, los asesinos sustrajeron de su casa sólo la computadora y el manuscrito de una novela que supuestamente escribía.

Kim Ruz se casó poco después de regresar a su país con un ingeniero comercial de Malmö, que trabaja para la Scania. Actualmente vive en Estocolmo, donde cuida a su hijita, María Cayetana.

Las autoridades nunca pudieron dar con las personas que habían preparado el atentado contra los empresarios en La Dormida, y tampoco lograron apresar a los asesinos del Mexicano. Sin embargo, las pesquisas continúan realizándose en el país y el extranjero.

El gobierno decidió no informar a la opinión pública sobre las operaciones de la WPA por temor a que el tema perjudicara aún más la alicaída imagen nacional. Tres comisiones secretas evalúan en la actualidad estrategias para enfrentar a la organización. Los conflictos étnicos y laborales, la inseguridad ciudadana y el proteccionismo contra productos chilenos continúan, no obstante, en aumento.

El Conde Rojo sigue desempeñándose como diplomático en Europa. Roldán, por su parte, concentra a sus hombres y recursos en una misión que considera urgente:

neutralizar a los ex agentes del servicio secreto del *ancien régime*, quienes dan muestras de cierta actividad en las sombras.

El Escorpión se desempeña aún en el cuartel central de la Policía de Investigaciones, dedicado a casos de poca monta, soñando con jubilar pronto y salir del aire enrarecido de Santiago para instalarse en el balneario de Cartagena, donde planea abrir un restaurancito con su mujer.

Cayetano Brulé reanudó al poco tiempo sus labores en el entretecho del edificio Turri, pero no pudo comentar con nadie los detalles de lo acaecido, ya que un juramento lo obligó a guardar perpetuo silencio al respecto. Un funcionario de La Casa le recuerda de vez en cuando por teléfono que las infidencias podrían acarrearle la pérdida de la protección oficial ante eventuales atentados de la WPA, así como la expulsión inmediata del país.

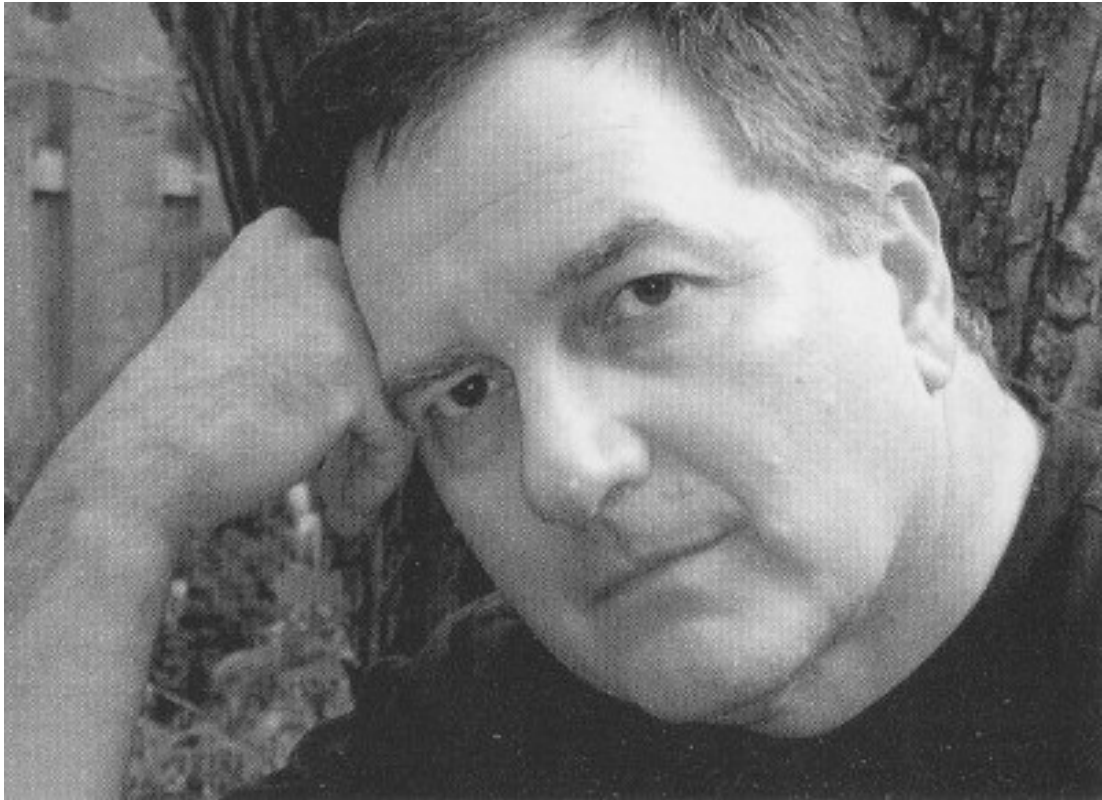
Margarita de las Flores se marchó un día a la capital en busca de mejores horizontes, y Cayetano nunca más supo de ella. En un comienzo el detective sintió una especie de alivio, que después se trocó en nostalgia y soledad abrumadoras. Tampoco se atrevió a restablecer el contacto con Kim Ruz.

Lo único bueno le sucedió en rigor en el Azul Profundo, el día de la condecoración del subsecretario: mientras se chupaba los bigotes después de una sabrosa marinera y Coleman Hawkins tocaba «La Rosita», se enteró de labios del doctor Müller que la tenebrosa mancha del pulmón no ocultaba nada maligno.

—Tendrás que reconocer al menos que esto parece una novela con final feliz — comentó el médico.

—Sí, al menos eso —replicó Cayetano dirigiéndole una mirada triste a la mesita vacía situada junto a la ventana de barrotes.

Estocolmo-Iowa City,
enero de 2000-agosto de 2001



Roberto Ampuero, nacido en Valparaíso (Chile), es un novelista con gran número de lectores. Ha publicado ya diez novelas, todas de gran éxito. Entre ellas destacan *Pasiones griegas*, elegida en China como la mejor novela escrita en español en 2006; *Los amantes de Estocolmo*, escogida Libro del año 2003 en Chile; y la ficción autobiográfica *Nuestros años verde olivo* (2000). También es autor de la popular saga protagonizada por el ya legendario investigador privado Cayetano Brulé, un detective cubano afincado en Chile, que se compone de *¿Quién mató a Cristián Kustermann?* (1993, Premio de Novela de Revista de Libros); *Boleros en La Habana* (1994), *El alemán de Atacama* (1996), *Cita en el Azul Profundo* (2003), *Halcones de la noche* (2005) y la excepcional novela, que rompe el orden cronológico de la vida del detective, *El caso Neruda* (2009).